ORIGEN, PROGRESOS Y ESTADO ACTUAL DE TODA LA LITERATURA OBRA...

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

ORIGEN,

PROGRESOS

Y ESTADO ACTUAL

DE TODA LA LITERATURA.

Digitized by Google

Digitized by Google

ORIGEN,
PROGRESOS
Y ESTADO ACTUAL
DE TODA LA LITERATURA.

OBRA ESCRITA EN ITALIANO

POR EL ABATE

DON JUAN ANDRES,

individuo de las Reales Academias Florentina, y de las Ciencias y buenas Letras de Mantua.

Y TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON CARLOS ANDRES,

individuo de las Reales Academias Florentina, y del Derecho Español y Público Matritense.

TOMO X.

EN MADRID

EN LA IMPRENTA DE SANCHA.

AÑO DE M.DCCCVI.

Se hallará en su librería, calle del Lobo.

Digitized by Google

Digitized by Google

INDICE
DE LOS CAPITULOS
DE ESTE TOMO.

LIBRO TERCERO.

De la Filosofía. Pag. 1

CAPITULO I.

De la Filosofía racional. 3
Origen de la filosofía. *Ibid.*
Filosofía de los griegos. 4
Fabulosa. 5
Política. *Ibid.*
Natural. 6
Tales. *Ibid.*
Ferecides. *Ibid.*
Doctrina de los antiguos filósofos. 13
Teología. *Ibid.*
Física. 16
Etica. 19
Lógica. 20
Sócrates. 21
Escuela de Sócrates. 23

Pla-

Platon. 25
Aristoteles. 34
Secta cinica, madre de la estoyca. 50
Zenon. *Ibid.*
Epicuro. 52
Secta académica. 55
Academia antigua. *Ibid.*
Academia media. 57
Filon. 62
Antioco. 63
Romanos sequaces de la Academia. 65
Secta peripatética. 68
Teofrasto. 70
Estraton. 73
Sucesor de la secta peripatética. 75
Vicisitudes de los escritos de Aristóteles. 77
Andrónico. 80
Secta estoyca. 81
Cleanto. 86
Crisipo. *Ibid.*
Otros sucesores de la secta estoyca. 88
Posidonio. 90
Secta epicurea. 91
Filosofía de Epicuro. 95
Particularidad de la escuela de Epicuro. 98

Dis-

Digitized by Google

Discípulos y sucesores de Epicuro. 101
Secta sceptica. 104
Pirron. *Ibid.*
Discípulos de Pirron. 106
Diferencia de la secta pirrónica á la académica. 108
Enesidemo. 111
Sexto Empírico. *Ibid.*
Decadencia de la filosofía griega. 113
Quinto Sexto. 118
Filosofía de Alexandria. 119
Sectas filosóficas renovadas. 121
Emperadores protectores de la filosofía. 122
Filósofos desterrados. 123
Filósofos llamados y honrados. 126
Séneca. 128
Plutarco. 129
Epitecto y M. Aurelio. 131
Cornuto. 132
Alcino. *Ibid.*
Apuleyo. *Ibid.*
Máximo Tirio. *Ibid.*
Secta eclectica. 134
Amonio Sacca. 135
Plotino. 136
Jamblico. 146

Fi-

Digitized by Google

Proclo. 148
Otros filósofos alexandrinos. 150
Mérito de la filosofía alexandrina. 151
Filósofos comentadores de Aristóteles. 153
Filosofía de los latinos. 154
Boecio. *Ibid.*
San Isidoro. 155
Otros griegos aristotélicos. 156
Filosofía de los árabes. *Ibid.*
Alkindi. 157
Thabit. 161
Alfarabi. 162
Avicena. 163
Estudios de los árabes en la filosofía. 164
Comentos. 165
Inutilidad de sus comentos. *Ibid.*
Averroes. 166
Filosofía de los griegos de los tiempos baxos. 167
Filosofía de los latinos. 169
Origen de la escolástica. 171
Roscelino. 172
Guillermo Champellense. *Ibid.*
Abaylardo. 173
Introduccion de los libros arábigos,

y

y de los aristotélicos. 175
Alberto Magno. 178
Santo Tomas de Aquino. *Ibid.*
Escoto y otros escolásticos. 181
Sectas escolásticas. 182
Suarez, y otros peripatéticos. 183
Otros filósofos de los tiempos de los escolásticos. 185
Vicente Bellovacense. 186
Rugero Bacon. 187
Petrarca. *Ibid.*
Disputas sobre el mérito de la filosofía platónica, y de la aristotélica. 189
Filósofos seqüaces de Platon. 192
Pedro Ramo. 194
Patricio. 195
Telesio. 196
Justo Lipsio. *Ibid.*
Bruno. *Ibid.*
Cardano. 197
Galileo. 200
Bacon. 202
Estudios de la Francia hácia principios del siglo XVII. 205
Cartesio. 206
Gasendo. 211

Digitized by Google

Filosofía cartesiana. 215
Malebranche. *Ibid.*
Hobes. 218
Cudworth. 219
Loke. 220
Leibnitz. 224
Wolfio. 230
Disputas metafísicas. 232
Clarke. 233
Bayle. 235
Filósofos irreligiosos. 237
Otros filósofos. 243
Académicos de Berlin. 245
Filósofos italianos. *Ibid.*
Genovesi. 246
Condillac. 248
Hume. 252
Alembert. *Ibid.*
Diderot. 254
Eulero. *Ibid.*
Bonet. 255
Conclusion. 259

CAPITULO II.

De la filosofía moral. 261
Origen de la filosofía moral. *Ibid.*

Só-

Sócrates. 263
Filósofos socráticos. 264
Platon. 267
Aristóteles. 270
Teofrasto. 275
Secta estoyca. 277
Secta epicurea. 282
Ciceron. 286
Parangon de Ciceron con Platon. 289
Séneca. 291
Plutarco. 294
Epitecto. 295
M. Antonio Vero. 296
Moral cristiana. 298
Arabes. 300
Escolásticos. 302
Petrarca. 303
Montagne. 304
Charron. 305
Macchiavelo. 306
Bodin. 307
Justo Lipsio. *Ibid.*
Gatakero. 309
Bacon de Verulamio. 310
Cartesio. 311
Hobes. 312
Grocio. *Ibid.*

Digitized by Google

Gracian. 314
Rochefoucauld. 315
La Bruyere. 316
Ingleses. 317
Alemanes. 318
Wolfio. 319
Heineccio. 320
Muratori. 321
Zanotti. *Ibid.*
Genovesi. *Ibid.*
Españoles. 322
Montesquieu. 323
Mably. 326
Rousseau. 328
Voltaire. 329
Beccaria. 330
Filangieri. *Ibid.*
Conclusion. 333

CAPITULO III.

De la jurisprudencia. 334
Origen de la legislacion. *Ibid.*
Moysés. 336
Minos y Radamanto. 337
Licurgo. 338
Dracon. 339

So-

Digitized by Google

Solon. 339
Parangon de las leyes de Minos, de Licurgo y de Solon. 340
Cuidado de los griegos para la conservacion de las leyes. 343
Nomofilacios. 345
Legislacion romana. 348
Leyes de las doce tablas. 352
Legisladores diversos entre los romanos. 356
Primeros jurisperitos de Roma. 358
Derecho flaviano. 359
Derecho eliano. 360
Interpretacion de las leyes de los jurisconsultos. 361
Los patricios primeros jurisconsultos. 362
Sexto Elio Cato. 363
Dos Catones. 364
P. Mucio, Bruto, y Manilio. *Ibid.*
Quinto Mucio Scevola. 365
Servio Sulpicio. 366
Mudanza de la legislacion romana. 371
Augusto. 372
Labeon, y Capiton. 373
Sectas de jurisperitos. 374
Salvio Juliano. 375

Edic-

Digitized by Google

Edicto perpetuo. 376
Jurisconsultos de aquel siglo. 380
Decadencia de la jurisprudencia. 383
Escuela de Berito. 384
Códigos, gregoriano, y hermogeniano. 386
Nueva legislacion de los emperadores cristianos. 388
Código teodosiano. 389
Justiniano. 391
Su código. 392
Pandectas. 393
Instituta. *Ibid.*
Novelas. 394
Mérito de las pandectas. *Ibid.*
Duracion del buen gusto de la jurisprudencia. 397
Vicisitudes del derecho justinianeo en el occidente. 399
En el oriente. 400
Basilicon. 402
Suerte diversa del derecho en occidente. 404
En Italia. 405
En España. 406
En las otras naciones. 409
Estudio de la jurisprudencia en los tiem-

Digitized by Google

tiempos baxos. 410
Escuelas de jurisprudencia. 411
De Constantinopla. 412
De Roma. *Ibid.*
De Ravena. 413
Escuela de Bolonia. 415
Pandectas florentinas. *Ibid.*
Profesores del derecho civil. 419
Irnerio. *Ibid.*
Azo. 421
Acursio. 422
Odofredo. *Ibid.*
Mérito de los primeros profesores. 423
Glosas. 424
Sumas. *Ibid.*
Division del Digesto. 425
Auténticas. *Ibid.*
Escuela de Bartulo, y Baldo. 427
Mérito de estas escuelas. *Ibid.*
Progresos de la jurisprudencia en el siglo décimo sexto. 428
Angelo Poliziano. *Ibid.*
Budeo. 429
Alciato. *Ibid.*
García de Ercilla. 430
Zasio. 431
Antonio de Govea. 432

Co-

Digitized by Google

Covarrubias. 433
Escuela de Bourges. 434
Baron. *Ibid.*
Duareno. 435
Balduino y otros profesores. *Ibid.*
Antonio Agustin. 436
Siglo de oro de la jurisprudencia. 440
Jurisconsultos de principios del siglo décimo-septimo. 443
Piteo. *Ibid.*
Mornac. *Ibid.*
Fabro. 443
Dionisio Gotofredo. 444
Jacobo Gotofredo. *Ibid.*
Antonio Mattei. 445
Vinio. *Ibid.*
Broeo. 446
Merille. *Ibid.*
Escuela de Salamanca. *Ibid.*
Pichardo. 447
Caldera. *Ibid.*
Melchor de Valencia. 448
Fernandez de Castro. *Ibid.*
Ramos. *Ibid.*
Suarez de Mendoza. 450
Nicolas Antonio. *Ibid.*
Retes. *Ibid.*

De-

Digitized by Google

Derecho universal. 452
Pufendorf. 455
Barbeirac. 457
Cocceios. *Ibid.*
Heineccio. *Ibid.*
Watel. 458
Otros escritores del derecho civil. 459
Franceses. *Ibid.*
Domat. *Ibid.*
Ferriere. *Ibid.*
Chesio. 460
Averani. *Ibid.*
Gravina. 460
Españoles. 462
Puga y Feixoo. *Ibid.*
Borrull. 463
Mayans. *Ibid.*
Finestres. 464
Alemanes y Holandeses. 465
Leibnitz. *Ibid.*
Coccei. *Ibid.*
Boemero. 466
Uber. *Ibid.*
Binkershoek. *Ibid.*
Noodt. *Ibid.*
Sculting y otros escritores. 467
Heineccio. *Ibid.*

Digitized by Google

Tesoro del derecho. 469
Otto. *Ibid.*
Meerman. *Ibid.*
Conclusion. 470

ORI-

Digitized by Google

ORIGEN,
PROGRESOS
Y ESTADO ACTUAL
DE LAS CIENCIAS NATURALES.

LIBRO III.

De la Filosofía.

Buscar la verdad y la virtud, dirigir el entendimiento y la voluntad, regular la razon y las costumbres, contemplar y obrar son los objetos en que pone la mira la filosofía; y por ello muchos la dividen en teórica y práctica, ó contemplativa y activa; y nosotros aquí la hemos querido dividir en racional y moral. La filosofía contemplativa ó racional no tiene mas límites en sus especulaciones que los confines de la naturaleza; la naturaleza toda, Dios, los hombres, los espíritus y los cuerpos, los cielos y la tierra, y el mundo entero, todo es objeto de su contemplacion. Y de este modo la física es justamente reputada por una parte muy prin-

cipal de la filosofía. Pero nosotros habiendo ya en el libro precedente tratado bastante de toda la física, hemos ceñido ahora la extension de la filosofía, reduciendo la contemplativa ó racional á aquellas meditaciones, que mas inmediatamente miran al uso de nuestra razon, á las disquisiciones naturales, que no se fundan en experiencias y observaciones, sino solo en raciocinios, á la metafísica, y á la lógica, que es lo que vulgarmente se entiende baxo el nombre de filosofía. Al contrario, hemos querido dar á la moral mayor extension de la que comunmente tiene, y hemos unido á la ética la jurisprudencia, que puede de algun modo considerarse como la moral de las naciones. ¿Pero de qué sirve el buscar razones para fundar la exâctitud, sea la que se fuese, de la distribucion que hemos creido conveniente dar á las materias? Nuestro mayor, ó por mejor decir nuestro único cuidado, debe dirigirse á tratarlas con la mayor perfeccion que sea posible á nuestra debilidad en qualquier órden que esten dispuestas; y ahora sin ocuparnos en exôrdios, ó en otras distracciones entramos á exâminar la historia de los progresos de la filosofía.

CA-

Digitized by Google

CAPITULO I.

De la filosofía racional.

Los filósofos de los pueblos antiguos, á saber, de los caldeos, persas, egipcios y otros, eran comunmente los sacerdótes, y su filosofía estaba reducida á las opiniones religiosas, á qüestiones acerca de Dios, y de los espíritus sus ministros, acerca de sus obras, y de la cosmogónia, acerca de la teología natural, y de la metafísica. En efecto ¿qué enseñaban los caldeos fuera de la exîstencia de un Dios superior y regulador del universo, y de los dioses inferiores, ó bien sea de los ángeles buenos y malos, á quienes daban diversas incumbencias, de la generacion ó formacion del mundo, ó sea la cosmogónia, y de las diversas y extrañas opiniones, que querian derivar de los principios recibidos? ¿Y qué eran los estudios filosóficos de los persas, sino las varias especulaciones sobre su Mitras, supremo dios, padre y criador de todas las cosas, sobre el dios benéfico Oromasdes, y sobre el maléfico Arimanio? ¿Qué la filosofía de los bracmanes ocupados en ra-

Orígen de la filosofía.

ciocinios sobre Dios, sobre la multiplicidad de encarnaciones, sobre el orígen de las almas, y sobre sus transmigraciones? ¿Qué los discursos de los egipcios relativos casi siempre á Osiris é Isis, Oro y Tifon? En suma, todas las doctrinas de los antiguos filósofos se dirigian al conocimiento de Dios, y de los espíritus, de la creacion del mundo, y de las obras del Señor, á la religion, á la teología, á la metafísica. La misma física de los antiguos no era mas que una deduccion de estos principios, y aun despues entre los mismos griegos no salió de los confines de una mera metafísica, reduciéndose á ideas abstractas, ingeniosos conceptos, conjeturas, y sistemas fundados puramente en raciocinios y en imaginaciones, todas obras ideales y de mental contemplacion. De aquellos pueblos antiguos se podrá pues tomar el orígen de la filosofía, que de ellos se derivó despues á los griegos, en cuyas manos adquirió desde luego mucha mayor perfeccion, y se formó una ciencia particular, y una parte del humano saber. Los primeros filósofos de la Grecia fueron sus celebrados poétas, los Orfeos, los Linos, los Museos, y aun los Hesiodos, y los Homeros, los quales en sus cantos exponian al vulgo

Filosofía de los griegos.

Digitized by Google

go la teogónia, y la cosmogónia, la naturaleza de los dioses, y de las cosas criadas, la teología, y la filosofía, que ellos podian saber, y lo adornaban con invenciones y con fábulas para deleytar á la ignorante y rústica multitud que los oia. Y por esto la filosofía griega en aquel primer periodo es comunmente llamada *fabulosa*: y como Varron dividió la teología de los griegos, que propiamente era su filosofía, en fabulosa, política y natural; así nosotros vemos despues de la filosofía fabulosa nacer entre los griegos la política. La filosofía fabulosa tuvo por predicadores á los poétas; la civil ó política pertenece á los legisladores; y Zaleuco, Caronda, Dracon, Minos, Radamanto, Licurgo, y los famosos siete sabios de Grecia, Solon, Talés, Pitaco, Chilon, Bias, Cleobulo, y Periandro forman el periodo de la filosofía política de los griegos, que precedió á la natural. Nosotros remitimos á los curiosos de las noticias historicas ó fabulosas, ó históricas y fabulosas de todos estos filósofos á Brukero (*a*), y á otros escritores de la historia de la filosofía, que han discutido todos estos y otros puntos históricos con erudita prolixidad, y pasamos á buscar des-

Fabulosa.

Política.

(*a*) *Hist. crit. Philos.* tom. I.

Digitized by Google

despues de la filosofía fabulosa y de la polítiNatural. ca el principio de la natural, de aquella que siguieron despues las célebres escuelas griegas, que pasó de allí á los romanos, que llegó hasta nuestros filósofos, y que es ahora conocida de todos con el nombre de filosofía.

Talés. Talés, uno de los siete famosos sabios de Grecia, fué el verdadero padre de esta filosofía natural, y Mileto, donde estableció su escuela, puede considerarse como la cuna de la misma. Los otros filósofos buscaban el principio de los cuerpos naturales en el caos y en la noche, en el amor y en la lid, y en otras semejantes cosas imaginarias é ideales. Talés fué el primero, que procuró establecer un principio real y físico, y propuso el agua como aquella de quien en su concepto se forman todas las cosas, y en quien se resuelven todas las cosas, y por esto fué llamado inventor de la filosofía, el primer físico, y el primero que se dedicó á tratar cosas naturales (*a*). Al mismo tiempo

Ferecides. que Talés florecia Ferecides, y su filosofía era conforme en muchos puntos. De Ferecides, dice Ciceron (*b*), que fué el pri-

me-

(*a*) Cicer. *De nat. deor.* lib. I, cap. X, Plutarchus, al.
(*b*) *Tusc.* I, et XVI.

mero de quien consta por monumentos escritos haber enseñado la inmortalidad del alma; y lo mismo, segun dice Laercio, aseguraban algunos de Talés, entre otros el poeta Cherilo (*a*). De Talés dice Laercio, que fué el primero que trató de la naturaleza (*b*). Teopompo, citado por el mismo Laercio (*c*), aseveraba haber sido Ferecides el primero que escribió de la naturaleza, y de los dioses. Y en efecto ambos á dos filosofaban á un mismo tiempo sobre aquellas materias: pero Talés solo las trataba de palabra, Ferecides las ilustró tambien con los escritos, y á él atribuian los antiguos el haber empezado á escribir en prosa, quando antes no se escribia mas que en verso. Laercio (*d*) trae las primeras palabras de una obra de Ferecides, que parece haber sido aquella, á que se referia Teopompo. Pero si Talés no transmitió á los posteriores su doctrina en los escritos, como lo hacia Ferecides, la estableció en una escuela, que éste no lo supo hacer, y la secta jonica, mas que ningun escrito, ha sido un glorioso monumento del

cré-

(*a*) Laërt. in *Thal.* (*b*) Ibid. (*c*) *In Pherecide.*
(*d*) Ibid.

crédito filosófico de Talés. Sucesor suyo en aquella escuela fué Anaxîmandro, el qual propuso otro principio de los cuerpos naturales, que llamó *infinito*, baxo cuyo nombre no nos atrevemos á decir que es lo que se entendia: vino despues Anaxîmenes, y queriendo tambien cambiar de sistema, dió por principio al ayre; se siguió despues Anaxâgoras, y no de un solo elemento, sino de una masa universal de todas las cosas, ó bien sea un conjunto de partes semejantes, tomó el principio de los cuerpos, y estableció su *homæomeria*. Sus predecesores trataron solo de la causa material de los cuerpos; y por ello únicamente llamaron principios al agua, al ayre, ó á otras materias: Anaxâgoras pensó tambien en la causa eficiente, é introduxo por ello la mente, ó bien sea Dios, que de aquella masa, ó de aquel principio material formase todas las cosas. En Anaxâgoras puede decirse acabada la escuela jónica, puesto que Arquelao, discípulo y sucesor de Anaxâgoras, la transfirió de Mileto á Atenas, y dexó de ser jónica. Arquelao es como Talés llamado el físico, pero por una razon contraria; siendo Talés así nombrado porque dió principio al estudio de la física; y Arquelao porque en él se extinguió dicho estu-

tudio, habiendo entonces introducido Sócrates el de la moral. De Anaxîmenes ó de Anaxâgoras fué discípulo Diógenes de Apolonia, quien tambien pasó á Atenas, donde enseñó la eloqüencia no menos que la filosofía, y estos y otros ilustres filósofos pertenecen á la secta jónica. Entre tanto que florecia en la Jonia la escuela de Talés, fundaba otra en Italia Pitágoras, que adquirió aun mayor crédito. El nacimiento fabuloso, los viages, el saber, el modo de vivir, y de enseñar la doctrina, el misterio, todo contribuyó á dar á Pitágoras una fama, á que pocos filósofos han llegado jamás. El fué el primero que dió el nombre de filosofía al estudio de la naturaleza, qual despues se ha conservado en todos los siglos posteriores; educado baxo la enseñanza de Ferecides y de Talés, á quienes estudiosamente se sometió, recorrió muchas regiones, y exâminada la doctrina que en ellas reynaba, estableció en Crotona en la Grecia magna su escuela, donde se enseñaba matemática, física, y moral, y á donde concurrian ansiosos centenares de oyentes de ambos sexôs, y de varias naciones. Hemos dicho en otro lugar quantos adelantamientos acarreó Pitágoras á varias partes de las ma-

temáticas (*a*); y ahora podemos decir con verdad, que no son menores los que le deben todos los ramos de la filosofía. La física y la ética han sido promovidas por él con mucho fruto: sus doctrinas sobre la constitucion de todos los cuerpos, y sobre el movimiento de los celestes, sobre Dios, sobre el ánima, y sobre otras partes de la naturaleza, despertaron á muchos filósofos para descubrir nuevas verdades: sus famosas sentencias baxo el velo de varios símbolos contenian disciplinas de moral utilísimas, que por medio de tales símbolos quedaban mas grabadas en la memoria: las mismas prácticas religiosas y sociales, las lecciones, las conversaciones, todos los discursos, y todas las enseñanzas tenian por objeto la investigacion de la virtud y de la verdad, y la perfeccion de la mente y del corazon; y todas las partes de la filosofía recibieron no poco esplendor de la doctrina de Pitágoras. De su escuela salieron hombres ilustres en todas las ciencias. El primer sucesor de Pitágoras en el magisterio y en la direccion de la escuela fué el gran geómetra Aristeo, autor de la sublime obra de los lugares sólili-

(*a*) Tom. VII, y VIII, cap. II, IV, VIII, X.

lidos, tan estimada de los antiguos. Discípulo del mismo Pitágoras, ó de su hijo Telauges, se dice que fué Empédocles, noble siciliano, poéta y filósofo, y maestro esclarecido de filosofía y de eloqüencia. De la misma escuela salieron el célebre poéta y cómico, y alabado filósofo Epicarmo; Alcmeon, docto físico y médico, y el primer anatómico, y primer escritor de anatomía; los célebres físicos Ocelo lucaniano, y Timeo locrense; el gran geómetra, mecánico y físico Architas, el aritmético, músico y filósofo Hipaso; los sublimes astrónomos Filolao y Eudoxô; é infinitos otros en todo género de doctrinas, venerados en aquellos tiempos, y conocidos tambien en los nuestros, de muchos de los quales hablan Stanley (*a*), Brukero (*b*), y otros escritores de la historia de la filosofía. Rama de la secta itálica puede reputarse la eleática, establecida en Elea, ó Velia, no léjos de Crotona, en la misma Grecia magna, de la qual fué autor ó gefe Xenófanes, que floreció poco despues de Pitágoras, venido de Colofon, y despues de varias vicisitudes establecido en

(*a*) *Hist. Phil.* t. II, p. VIII, cap. XXIV. (*b*) *Hist. Crit. Phil.* t. I, part. II, lib. II, cap. X, seç. II.

Digitized by Google

Elea, donde fué profesor público de filosofía. Sucesor de Xenófanes fué Parménides, celebrado de todos los antiguos, y particularmente conocido por los diálogos de Platon. Meliso, discípulo y fiel sequaz de Parménides; y Zenon eleateo, discípulo é hijo adoptivo del mismo Parménides, célebre por las sutilezas dialécticas, y estimado de los antiguos, no solo por la ciencia filosófica, sino tambien por la de la administracion de la república; Leucipo, primer promovedor de la filosofía atomística; Demócrito, propagador é ilustrador de la misma, uno de los mas grandes ingenios de la antigüedad, y que prescindiéndonos de su sistema atomístico, fué ciertamente entre los antiguos filósofos el que mejor conoció la física; Protágoras, famoso sofista, y maestro de la eloqüencia; Diágoras melio, Anaxârco y otros, son los nombres mas ilustres de la secta eleática, que puede llamarse un ramo de la pitagórica. A la misma se quiere referir tambien á Heráclito, como discípulo de Hipaso, escritor no menos famoso por su obscuridad, que por el mérito ciertamente grande de su recóndito saber, y autor tambien de una secta llamada por su nombre *heráclitea*. Estos son los primeros verdaderos filósofos de la Gre-

Grecia, estas las sectas mas antiguas de la filosofía griega, estas las primeras fuentes, donde bebieron los posteriores filósofos antiguos y modernos de la misma Grecia, y de otras naciones cultas; por lo que se hace preciso que demos una ligera mirada á su doctrina, y á sus opiniones teológicas y físicas.

Doctrina de los antiguos filósofos.

Algunas pocas palabras de las lecciones, y de los escritos de aquellos filósofos, que nos han quedado en las citas de los escritores posteriores, ciertamente no bastan para darnos una verdadera idea de su modo de pensar; y la misma diversidad de juicios, que los latinos y los griegos posteriores nos han dexado sobre su doctrina, prueba quan dificil fuese ya entonces el comprehender exâctamente los verdaderos sentimientos, y formar el debido concepto de su filosofía. Pero sin embargo, exâminando en general quantas memorias nos quedan de sus opiniones, creo, que por lo que mira á Dios y á los espíritus, que es lo que forma la mas sublime filosofía, podemos decir con verdad que la idea de los espíritus, de quienes nada nos dicen los sentidos, era muy comun á todos los antiguos, y que era reconocido de todos un ente superior,

Teología.

ó

ó un Dios autor, y provido gobernador del universo; y solo al querer exponer sus ideas sobre estos puntos, por intentar explicar lo que es muy superior á la humana capacidad, los vemos caer en poco justas, y muchas veces erróneas expresiones, sin que por esto nos hagan encontrar en todo ateismo, panteismo, maniqueismo, emanaciones divinas, y otros errores, como quieren Bayle, Beausobre, Coudwort, Brukero, y otros modernos, que pretenden hacernos conocer íntimamente los sentimientos de aquellos filósofos. Antes bien pienso que los mismos filósofos, que pasaron por ateistas en la antigüedad, sufrieron injustamente esta acusacion, y que ni á Protágoras, ni á Diágoras, ni á los otros pocos llamados ateistas se les puede dar con razon este nombre. Las absurdas difiniciones, y las locas pinturas, que algunos filósofos habian querido dar de los dioses, creo que obligaron á otros á ser mas reservados en hablar de estas materias; y por ello Demócrito no nombró á Dios en la formacion del universo, y procuró explicar todas las cosas con las causas naturales, sin meterse en las sobrenaturales; y Protágoras para empezar su libro diciendo no querer decidir

dir si habia ó no dioses, tal vez no tuvo otro fin que el de librarse del empeño de explicar quales fuesen, y como exîstian estos dioses; y Diágoras tal vez no hizo mas que despreciar las ceremonias supersticiosas, y los dioses inferiores, descubrir los discursos reconditos de Orfeo, los misterios eleusinos, y los ritos de los Cabiros, y destrozar la estatua de Hércules, y hacer otros actos de esta naturaleza, burlandose de la religion popular, sin querer por ello negar la exîstencia de un Ente supremo, primera causa, y primer motor del universo. ¿No vemos acusado á Anaxâgoras de irreligioso, sin embargo de que ponia por basa de su física la exîstencia de una mente superior formadora de todas las cosas, que es decir de un Dios? Y si Sócrates no hubiese tenido la suerte de lograr tantos y tan ilustres apologistas no hubiera pasado á la posteridad con la negra mancha de impiedad y de ateismo? Para evitar esta acusacion no bastaba reconocer un verdadero Dios; era preciso confesar, y adorar todos los falsos, y observar todas las costumbres y ceremonias que practicaba la ignorancia, y la supersticion. Sin embargo no me atreveré á negar que tal vez á alguno no le haya pa-

re-

recido mas conforme á la filosofía el excluirlos todos, y negar la existencia de toda divinidad, y de todo ente superior á lo que conocemos por medio de los sentidos, y á lo que nos presenta la naturaleza, que admitir tantos dioses que la fantasía y el capricho de los hombres habia inventado, y que alguno haya querido mostrarse espíritu fuerte no dexándose llevar de la corriente del pueblo, é intentando sofocar los gritos de la propia conciencia, y cerrar los ojos á las demostraciones de la razon, y haya creido parecer buen físico buscando en las causas naturales la razon de todas las cosas, sin necesidad de las sobrenaturales, y sin haber de recurrir á la oculta divinidad. Pero generalmente podremos decir de todos los filósofos de las primeras sectas de la Grecia, ó por mejor decir de todos los de las antiguas naciones, que todos en general admitieron y confesaron un Ente superior y divino, de quien depende la formacion y la conservacion de toda la máquina del universo, y que todos conocieron, y abrazaron en su corazon un verdadero Física. Dios. Pasando despues á las opiniones físicas de los sobredichos filósofos griegos, vemos que en ellas generalmente mas habia

bia de sutilezas, y de qüestiones metafísicas, que de verdades y descubrimientos físicos. La contemplacion del mundo era el principal objeto de su estudio; disputaban si es eterno ó formado en el tiempo, si inánime ó animado, si mortal ó inmortal, si todo lleno ó con algun vacuo, quál es su figura, qué debe creerse que es el lugar, qué el tiempo, quántos y quáles los principios de quienes se forman los cuerpos, si estos pueden dividirse hasta lo infinito, ó llegan á un término, en que no sufren mas divisiones, y agitaban otras qüestiones semejantes, en las quales mas hacian campear su ingenio que comparecer la verdad. El grandioso espectáculo del universo siempre ha excitado la curiosidad de los hombres, y la ha estimulado á hacer sobre esto algunas indagaciones: en efecto vemos que desde los siglos mas remotos todas las naciones se gloriaban de teorías sobre la formacion del mundo, y de sistemas de filosofía mística y mitológica, que la religion, y la poesía propagaban por el pueblo, y que formaban el curso de los conocimientos teóricos, y de la ciencia de aquellas gentes. No habiendo entonces personas dedicadas únicamente al estudio de la naturaleza, se cuidaban pocos de exâminar las

opiniones propuestas; y si á veces á uno le ocurria alguna duda sobre su verdad, desde luego se sofocaba, ó por el descuido é indiferencia universal sobre las qüestiones especulativas, ó por el respeto, y por la religiosa adhesion á los predicadores de semejantes doctrinas. Pero estableciendo Talés en Mileto una escuela pública, donde á presencia de muchos curiosos propalaba sus sentimientos sobre las grandes obras de la naturaleza, y procuraba hacer que los entendiesen y abrazasen sus oyentes, se empezaron á controvertir diversas opiniones, á moverse qüestiones, proponerse dudas, darse ilustraciones, y suelta la rienda á la natural curiosidad, buscarse la razon de todas las cosas, y engolfarse en un mar de nuevas dificultades, para cuyo esclarecimiento se necesitaban nuevos estudios, y nuevas teorías. De este modo vino á formarse en poco tiempo un cuerpo de filosofía, que podia ocupar dignamente la meditacion de los mas nobles ingenios, y merecia el estudio de la docta posteridad. La escuela jónica procuró mas particularmente explicar con cuerpos naturales las operaciones de la naturaleza en la formacion del universo, y por esto obtuvo distintamente el nombre de física: la ità-

itálica amó las meditaciones abstractas, y las espirituales contemplaciones, y podia por ello llamarse particularmente teológica ó metafísica, : la eleática tenia de una y de otra, y Xenófanes y Pármenides merecian el nombre de metafísicos, del mismo modo que eran muy físicos Leucipo y Demócrito. Pero la física, tanto de la una como de las otras escuelas, se paraba solo en especulaciones generales, se apacentaba de ideas abstractas, de vagos sistemas, de ingeniosos raciocinios, de simples conjeturas, sin descender á experiencias particulares, á hechos y á observaciones; y mas era una sutil metafísica, que una verdadera y sólida física. La moral no estaba olvidada en aquellas escuelas, y particularmente en la pitagórica formaba la principal ocupacion; y no solo se enseñaba en las lecciones, sino que se servian de ella para la conducta de la vida. Aquellas sublimes teorías de la abstraccion del alma del cuerpo, de la identidad con Dios, y de las obligaciones religiosas, aquellas sutiles disquisiciones sobre los géneros diversos, y sobre las varias divisiones, y descripciones de las virtudes, aquellos continuos sermones sobre el exercicio de las mismas, y en suma toda la doctrina práctica de Pitágo- Etica.

ras formaban una verdadera y perfecta ciencia moral, y eran las mas freqüentes lecciones de aquella escuela. Tampoco la lógica fué desconocida á los antiguos filósofos. Pitágoras explicaba á sus discípulos los varios modos que tenemos de conocimientos, la diferencia de aquellos que se adquieren con la razon, y los que nos presentan los sentidos, y tocaba varios otros puntos que pertenecen á esta parte de la filosofía. Empedócles igualmente enseñaba á no juzgar por los sentidos, sino por la recta razon, la qual preside á los sentidos, y se vale de su informacion para formar acertados juicios; como tambien queria Filolao que la razon no entrase á juzgar de las cosas si no estaba provista del auxîlio de las ciencias matemáticas. Protágoras, Demócrito, y otros muchos de aquellos tiempos procuraban encontrar el criterio de la verdad, y trataban algunos puntos de lógica; y Ẑenon eleateo cultivó tanto este ramo de la filosofía, que pasó entre muchos antiguos por el inventor de la dialéctica, ó á lo menos por el primer escritor de la misma (*a*). De este modo ilustraban aquellas escuelas todas las partes de la

Lógica.

(*a*) Plat. *in Parmen.* Laërt. al.

la filosofía; y en poco tiempo produxeron todas algunos ilustres filósofos, que dieron mucho crédito á aquellos estudios; los quales sufrieron despues una gran mudanza, porque poco á poco se extinguieron aquellas sectas, y nacieron otras nuevas. Las ciencias filosóficas se juntaron en Atenas, y se vieron casi de un golpe comparecer los grandes luminares de la filosofía, Sócrates, Platon, y Aristóteles; los académicos, los peripateticos, los estoycos, y los epicúreos sucedieron á los Parménides, á los Arquelaos, á los Timeos, á los jónicos, á los itálicos, á los eleáticos, y hácia los tiempos de Alexandro se formó el periodo mas glorioso, y la época mas ilustre de la antigua filosofía. Esta revolucion debió su orígen á Arquelao, que transfirió á Atenas la escuela de Mileto, introduxo en ella el talento de filosofar, excitó los vivaces ingenios de los atenienses al estudio de la filosofía, formó varios ilustres filósofos, y tuvo la suerte de poder contar entre sus discípulos á un Sócrates.

Sócrates es el gran filósofo de la antigüedad, la qual le erigió estatuas, le llenó de elogios y de honores, y casi llegó á tributarle adoraciones, y venerarlo por dios. De él hablan largamente, y repetidas veces sus

Sócrates.

BIBLIOTECA NAZ. ROMA VITTORIO EMANUELE

Digitized by Google

sus discípulos Xenofonte y Platon, y acerca de él se encuentran infinitos escritos, tanto de los antiguos como de los modernos, que todos le tienen por el héroe de la filosofía, y de la antigüedad. Y por ello la vida, la muerte, los hechos, los dichos, y todo lo que pertenece á Sócrates ha sido diligentemente buscado y discutido, dicho y vuelto á decir, exâminado é ilustrado por tantos eruditos é ilustres escritores que seria inutil el entrar nosotros ahora en nuevo discurso: Su filosofía, como toda moral, se reservará para el otro capítulo; pero sin embargo ahora dirémos que la teología de los griegos, envuelta en mil fábulas y visiones ridículas de Dios y del alma, fué corregida por él, y reducida á una mas sóbria é ilustrada simplicidad; que su sólido juicio no podia sufrir los dialécticos caprichos de los sofistas, que hora querian con Protágoras que las cosas fuesen lo que nos parecen (*a*), hora con Eutidemo, y con Dionisodoro que el que sabe una cosa las sabe todas (*b*), hora contendian sobre otras qüestiones frívolas, sin poder sacar jamás ni la mas mínima utilidad; y no le eran mas

(*a*) Plato *in Theet.* (*b*) Idem, *in Euthyd.*

Digitized by Google

mas tolerables las sutiles especulaciones de los filósofos, que querian disputar, si todo el universo era una cosa sola estable y consistente, ó al contrario todo se hallaba en continuo movimiento, sin consistencia ni estabilidad alguna (*a*); ni eran para él mas que vanos delirios las diligentes investigaciones de Anaxâgoras, y de los otros físicos, que creian poder explicar todos los fenómenos de la naturaleza, y querian dar razon de todas las cosas mas distantes de nosotros (*b*); y que generalmente el sabio filósofo Sócrates prácticamente, y con oportunas doctrinas enseñaba en su escuela, y propagaba donde podia el recto y justo modo de pensar, y la verdadera manera de filosofar. La escuela de Sócrates formó muchos ilustres filósofos, los quales, no ligados por el comun maestro á un sistema particular, inventaron diversas opiniones, y se hicieron xefes de varias sectas, que todas adquirieron un crédito mas ó menos glorioso. Pero como la doctrina de casi todas aquellas escuelas no era realmente mas que moral, dexarémos el hablar de ellas para el otro

Escuela de Sócrates.

(*a*) Plato *in Parm. Protag. al.* (*b*) Xenoph. *De fact. et dict. Socratis* lib. IV.

Digitized by Google

otro capítulo, y ahora solo tratarémos de dos que abrazaron materias pertenecientes á la filosofía racional; una de las quales es la megarense, conocida principalmente por las argumentaciones dialécticas que gustaba de cultivar. Euclides, xefe de esta secta, antes de ir á la escuela de Sócrates habia estado en la de Parménides, y en otras, donde fomentó mas y mas su genio naturalmente arisco y contencioso. Inventó algunas nuevas argumentaciones al mismo tiempo que quitaba otras, é introduxo una manera de argumentar viva y concluyente, que sin detenerse en la exposicion de los antecedentes corria desde luego á las conseqüencias, y las ensartaba sin interrupcion unas despues de otras para convencimiento del adversario. Tal vez por estas invenciones le habrán llamado algunos el padre de la dialéctica; nombre, que por lo que hemos dicho antes de los pitagóricos, ya no le correspondia; y ciertamente adelantó él mucho esta parte de la filosofía, no solo con las propias invenciones, sino tambien con la formacion de tantos discípulos que se hicieron célebres dialécticos. Tal fué Eubulido, á quien se atribuyen el *mentidor*, el *electro*, el *sórites*, y otras famosas argumenta-

taciones. Tambien fueron muy conocidos por algunas invenciones semejantes, y por las sutilezas dialécticas Alexîno eliense, Eufanto olintio, Apolonio, y Diodoro Cronos, todos discípulos de Eubulido, y todos alumnos de la misma escuela. Pero si la filosofía no enseñase mas que estas dialécticas sutilezas, poco mereceria nuestro reconocimiento: las hemos querido nombrar aquí, no para honrar la memoria de aquellos filósofos, que las inventaron, sino solo para seguir el curso de todos los ramos de la filosofía racional, para hacer conocer el estado de la lógica en aquellos tiempos, y para dar alguna idea de la secta megarense, tal vez mas celebrada por las especulaciones dialécticas, que por las teorías éticas.

Platon.

Otro espíritu y otro mérito tenia, y en otra reputacion se hallaba la escuela platónica, la qual bastaba para dar honor, no solo á la escuela socrática, sino á toda la filosofía griega. Vivaz fantasia, agudo ingenio, ardiente estudio, infatigable aplicacion, erudicion vastísima, y quanto puede desearse para formar un filósofo, todo se encontraba en grado eminente en Platon. Desde la mas tierna edad dedicado al estudio con grande ardor, recibió de Dionisio la

instruccion en las primeras letras, se exercitó tambien en la lucha, y en la palestra cerca de Ariston, célebre lidiador de Argos, aprendió optimamente la música, y la pintura, se distinguió con particular honor en varios géneros de poesía, y cultivó todas las artes con mucho provecho. Provisto del auxîlio de estas entró en las ciencias, y recurrió á Teodoro de Cirene para aprender de él la geometría, y á los filósofos Crátilo, y Hermógenes para ser instruido, por el primero en la filosofía de Heráclito, y por el otro en la de Pármenides; asistió constantemente por ocho años á la escuela de Sócrates, sin separarse un momento de su amado maestro, pendiente siempre de sus labios; y mas y mas ansioso de saber, pasó despues de su muerte á Megara para aprender de Euclides la dialéctica; viajó dos ó tres veces por Sicilia, y por Italia para penetrar los arcanos de la filosofía pitagórica, conversando íntimamente con Architas tarentino, con Timeo de Locri, con Filolao, con Eurito, y con otros instruidos en aquella doctrina; se internó en Egipto para adquirir los conocimientos filosóficos, de los quales aquellos sacerdotes se tenian por los únicos poseé-

seedores; y hubiera ido hasta la India si las guerras del Asia no le hubiesen cerrado el camino (*a*). Con tanto estudio, y con tan insaciable ansia de saber, con las vastísimas noticias sacadas de la lectura de infinitos escritores, no solo filósofos, sino históricos y poetas, y de todas clases, y del erudito trato y comunicacion con los mas grandes hombres de aquellos tiempos, con su sublime ingenio, y con su tenaz memoria ¿qué inmenso tesoro no recogeria de verdadero y exquisito saber? ¿y cómo podia tener encerradas en su pecho tantas riquezas, sin esparcirlas con larga mano entre los que las buscasen? Abrió por ello una escuela en la Academia, donde en públicas lecciones explicaba su sublime filosofía. Inmensa multitud de personas de todas clases, de todas edades, y de todos sexôs corria á la celebrada Academia de Platon; y todos se llenaban de gusto y de admiracion al oirle esparcir de su fecundo pecho tantos tesoros de sobre humana doctrina. Los mas ilustres filósofos Espeúsipo, Xenócrates, y Aristóteles; los mas eloqüentes oradores Hipérides, Isócrates, y

(*a*) Laërt. in *Platone*, Apul., al.

Demóstenes, los hombres mas grandes de aquel tiempo contaban por feliz suerte el poder ser oyentes de tan soberano maestro: los príncipes mismos, y los monarcas Dion, Dionisio y otros deseaban el honor de poderse sujetar á su enseñanza; por fin las mismas mugeres, como Lastenia y Axiotea, no se daban por contentas de su espíritu, sino iban á cultivarlo á la escuela de Platon. ¿Quál pues no habrá sido el mérito de la filosofía platónica, que tal encanto causaba en los sugetos mas respetables de su siglo? La enciclopedica universidad de su doctrina creo que habrá contribuido mucho á adquirirle tan gloriosa reputacion. En las escuelas de los otros filósofos, en unas se adquiria algun conocimiento de física, en otras se aprendia algun particular sistema metafísico; en otras se buscaban instrucciones sobre la moral; pero en la escuela de Platon se daban lecciones sobre todas las ciencias; y hora la retórica, hora la lógica, hora la física, hora la moral, hora la política, hora las matemáticas, hasta la gramática y la poética, todas las partes del saber humano eran expuestas por aquel gran maestro, é ilustradas con su copiosa erudicion, y con su encantadora eloqüencia. Era sumamente alhagueño á los discípulos el oir

oir explicar no solo las opiniones privadas de su maestro, y el sistema abrazado por él, como se hacia en las otras escuelas, sino tambien los sentimientos, y los sistemas de todos los filósofos, de Heráclito, de Parménides, de Protágoras, de Timeo, de los pitagóricos, y de los otros, y ya combatir sus errores, ya confirmar sus verdades, y sin salir de la Academia adquirir los conocimientos, que se encontraban encerrados en las escuelas de Grecia, de Italia, de Egipto, y de Asia. El método mismo de las instrucciones daba mayor lustre al mérito de la doctrina; porque entonces el método dialogal estaba muy en uso, y lo recibian todos con mucho gusto y complacencia. Zenon eleático, segun algunos, ó Alexâmenes teyo, segun Aristóteles y Favorino, fué el primero que lo introduxo; Sócrates le dió mucho mayor nombre, y todos los discípulos de éste lo usaban en sus escritos, y conduciendolo por sus diferentes escuelas, hicieron que lo conociesen, y gustasen de él los otros filósofos; pero Platon lo enriqueció con tantas gracias, y con tantos adornos, y lo trató de una manera tan agradable y nueva, que con razon pudo pasar no solo por exôrnador sino por autor del ver-

verdadero diálogo (*a*): ciertamente encantaba á todos con los donayres de su eloqüencia dialogal, y las agradables gracias, y el superior mérito de sus diálogos habrán contribuido mucho á dar mayor crédito á su escuela (*b*). La sublimidad, y á veces la misteriosa obscuridad de la doctrina, la verdad y solidez, la gravedad é importancia, y la fecunda utilidad de las muchas y oportunas sentencias, que con larga mano esparcia en sus discursos, daban gran realce y esplendor á su filosofía. ¿Cómo podian oirse sin conmocion del ánimo aquellos elevados discursos sobre la inmortalidad del alma, y sobre los premios ó castigos que la esperan despues de la separacion del cuerpo? ¿Qué impresion no debian producir en los oyentes las grandiosas y nobles ideas que daba de Dios, y de sus obras? ¿Quán nuevas y maravillosas no debian aparecer las obscuras, sí, pero sublimes doctrinas de la ciencia y de la sabiduría, de las ideas y de la reminiscencia, y de tantos otros puntos no tratados por otros filósofos? ¡Qué graves y llenas sentencias sobre el

(*a*) Laërt. *in Plat.* sez. 48. (*b*) Tom. V, lib. II, cap. IV.

el gobierno de las repúblicas, y quan fecundas de útiles y prácticas verdades! ¡Qué generosos y heroycos preceptos sobre la equidad y justicia, sobre el bien de la patria, sobre el amor de la humanidad! Y despues, todo esto expuesto con la seleccion y sonoridad de las palabras, con la elegancia de la diccion, con la plenitud, y rotundidad de los periodos, con la armonía y suavidad del estilo, y con la varonil robustez, y noble magestad de la eloqüencia, que hacian mirar á Platon como superior á los otros hombres, ¡qué dulce encanto, qué irresistible magia no debia producir en los armoniosos oidos, y en las almas sensibles de los griegos! ¡Qué es pues de admirar que los mas grandes hombres de Europa y de Asia estuviesen pendientes de sus fecundos labios, que los poetas viesen en él un Apolo, que cantaba en medio de los laureles de la Academia, los oradores un Mercurio, que declamaba, los políticos un Júpiter legislador, los filósofos un Saturno descubridor de los arcanos celestes, y que todos lo venerasen por un dios! Pero los posteriores, exâminando friamente su filosofía en los muertos escritos, léjos del encanto de la suavidad de su voz, y no deslumbrados por la magestad

tad de su presencia, quieren pesar mas críticamente el mérito de su doctrina, y concediendole las prendas que hemos insinuado hasta aquí, encuentran sin embargo no poco que desear, y quisieran ver en él tratadas las materias con mejor órden, con mayor exâctitud y precision de ideas, con mayor fuerza y solidez de razones, y con mas instructiva y mas acabada plenitud. Habla acá y acullá de retórica, de poesía, de dialéctica, de física; pero jamás se ve, no una entera facultad, sino ni aun un punto de ellas completamente explicado. Muchas veces todo un diálogo se reduce á buscar la definicion del nombre de la cosa, que debe discutir, y al fin ni aun esta definicion se encuentra. Los puntos mismos de metafísica y de moral, que quiere tratarlos mas á fondo, raras veces satisfacen enteramente la curiosidad de los lectores severos. En el mismo tratado de la inmortalidad del alma, en el famoso diálogo de *Fedon*, tan celebrado por los platónicos, ¡quánto tiempo no pierde en vanas sofisterías tras la doctrina entonces generalmente abrazada sobre la generacion de las cosas por sus contrarios, tras la semejanza, y la igualdad, la preexîstencia de las almas, y

la

la reminiscencia, y tras varios otros puntos, que no sirven para dar evidencia alguna al argumento que trata, antes al contrario lo obscurecen, y lo debilitan! ¡Que sublimes y divinos pensamientos no esparce en su admirable *Timeo*, de Dios, del universo, del alma, y de tantos otros objetos filosóficos! Allí se encuentra astronomía, teología, física, anatomía y medicina, allí un curso entero de la filosofía platónica, y todo expuesto con nobles ideas, y con magestuosa eloqüencia, todo ilustrado con grandiosas imágenes, y todo expresado con rasgos fuertes, y con pinceladas maestras; pero por otra parte todo mezclado con enigmáticas y misteriosas combinaciones de números, y de figúras geométricas, con pitagóricas imaginaciones, con obscuras sentencias, con vanas opiniones, con hipótesis insubsistentes, con inutiles é inoportunas, y á veces tambien falsas doctrinas. En los diálogos de la república y de las leyes presenta tratados mas metódicos, mas regulares, y mas completos; pero aun en ellos se dexa á veces llevar de su entusiasmo, y cae en opiniones extrañas y caprichosas, y freqüentemente tambien con las preguntas y respuestas no necesarias detiene, y re-

tarda el curso de la oracion. Me parece ver en Platon un ingenio sublime, un erudito y profundo filósofo, un eloqüente y copioso escritor; pero que escribia en tiempos, en que mas de palabra que por escrito se enseñaba la filosofía; y que aun no se habia fixado el estilo didascálico, ni se habia formado el gusto de escribir filosófico; así que á veces se enredaba en los lazos escolásticos, á veces se perdia en vuelos poéticos, y siempre deleitaba é instruia, hacia siempre admirar su ingenio, su eloqüencia, y su filosofía; pero raras veces daba tratados extendidos regularmente, y perfectamente completos para instruir plenamente, y satisfacer la curiosidad de un lector filósofo, que mas que el agradable placer busca en tales materias la útil enseñanza. En esta parte, como en algunas otras, fué superado Platon por su discípulo Aristóteles.

Entre el numeroso exército de escolares de Platon se distinguian con particular honor Espeusipo, y Xenócrates; pero descollaba sobre todos el grande Aristóteles. Platon, ó fuese por algun afecto á su sobrino Espeusipo, ó bien por zelos, ó por algun resentimiento contra Aristóteles, no quiso dexar á este su escuela, y nombró por sucesor á

Aristóteles.

Es-

Espeusipo. De este modo la Academia, tan famosa é ilustre por las lecciones de Platon, quedó ocupada por Espeusipo, que la regentó por ocho años, y al tiempo de su muerte la consignó á su discípulo Xenócrates; de Xenócrates pasando á Polemon, á Crates y á otros de mano en mano, aunque con alguna variacion en la doctrina, se sostuvo con honor por varios siglos, como veremos despues. Entre tanto vuelto Aristóteles á Atenas de la corte de Alexandro, á quien habia dado literaria y política educacion, y viendo á su condiscípulo Xenócrates rodeado de discípulos ocupar en la Academia la deseada cátedra de Platon, se sintió vivamente picado de noble emulacion, y conociendo sus propias fuerzas, y su superioridad quiso erigir por sí una escuela, y hacerse xefe de una secta, que no sin razon esperaba fuese superior á la platónica, y á todas las otras. Genio superior era Aristóteles, de mente perspicaz y exâcta, de sutil y penetrante ingenio, de gusto fino y acertado, de sed insaciable de saber, de infatigable é inextinguible curiosidad, de incesante estudio, de inmensa erudicion; el mas docto y profundo, y estoy por decir el único verdadero filósofo de la antigüedad, á

quien tambien muchísimos modernos hasta nuestros dias han mirado como un singular portento de erudicion, y como un número de la filosofía. Deseoso de adquirir mas y mas conocimientos, recogia y leia ansiosamente quantos libros podia encontrar; él fué el primero que supiese Estrabon (*a*) haber formado una considerable coleccion de ellos; y su biblioteca sirvió de exemplar á Tolomeo, rey de Egipto, para ordenar y distribuir la famosa de Alexandría. Sin embargo no bastaba á su ardiente ansia de saber la continua é incesante lectura de tantos libros, corrió á la escuela de Platon, oyó dia y noche sus lecciones, é indisolublemente unido á aquel gran maestro, permaneció así hasta su muerte por el largo espacio de veinte años, queriendo conservarse discípulo suyo, quando con tanta razon podia elevarse á maestro de todos los otros. Donde es de observar una notable diferencia de los estudios de los antiguos á los de nuestros dias. Nuestros jóvenes se avergonzarian de concurrir á las escuelas un dia mas de los señalados por las constituciones, ó por las leyes, por mas acreditados que sean los maes-

(*a*) Lib. XIII.

maestros, y capaces de darles la mayor instruccion; y léjos de querer continuar siendo escolares anhelan salir de las escuelas, y desean con ansia llegar á ser doctores; quando los antiguos aun en edad avanzada se sometian espontáneamente mas y mas años á la enseñanza de sus maestros, y mas deseosos de aprender que de enseñar, soportaban voluntariamente las molestas fatigas, y las pequeñas humillaciones, á que se sujetan los escolares. Platon en la edad de veinte años, despues de haber freqüentado otras escuelas, se fixó en la de Sócrates por ocho continuos, hasta la muerte de este, y despues aun emprendió largos viages para buscar varias otras escuelas. Aristóteles por veinte años continuos, en la edad de treinta y siete, oia atento y modesto las lecciones de Platon, y estudioso pendia de los labios de su maestro. Así los antiguos tenian Platones y Aristóteles, y nosotros debemos sufrir á enfadosísimos sabidillos, é ignorantes doctores. Pero volviendo al diligente y aplicado Aristóteles, él pudo con razon darse por contento de sus fatigas, y de su estudiosidad. ¿Qué precioso tesoro no adquirió de profundas noticias, y de sublime filosofía? ¿Con quántas brillantes luces no enriqueció su vasto

to entendimiento? ¿Qué ciencia, ni qué conocimiento fué extrangero á su penetrante é ilustrado ingenio? ¡Qué nuevas y útiles miras! ¡Qué solido y justo juicio! ¡Qué rara y varia doctrina! ¡Qué maravilloso é ilustrado saber! Parecia que la naturaleza hubiese elegido á Aristóteles por su confidente é intérprete, y hubiese querido hacerlo el depositario de todos los conocimientos. Las ciencias todas tomaron en sus manos un nuevo y mas luminoso aspecto; y singularmente la filosofía se vió por obra suya elevada á su correspondiente grandeza y magestad. Aun no tenia esta un soberbio y magnífico monumento digno de su augusta nobleza: Empedócles le habia consagrado algunas composiciones poéticas: pequeños opúsculos, y tratados sueltos habia escrito Demócrito; y Platon mismo no habia dexado mas que puntos desunidos expuestos en varios diálogos, y jamas se habia atrevido á dar un curso entero de filosofía. Solo Aristóteles tuvo la noble osadía de presentarnos un quadro perfecto con todas las vistas generales y particulares de la naturaleza, y de formar un curso completo y acabado de toda la filosofía. El tomó en las manos el mundo entero, y nos lo mostró primero por mayor en las

cau-

causas, en los principios, y en las esencias de los seres, en la mutacion de los elementos, y en la generacion y corrupcion de los cuerpos; exâminó en él su orígen, ó bien sea la eternidad, el espacio y el tiempo, lo infinito y lo finito; descendió despues al por menor, y primero registró los cielos, las estrellas, y los planetas, despues recorrió los meteoros, exâminó la tierra tanto en su interior en los metales, y en los fósiles, como en la superficie en las plantas, y en los animales; observó con particular atencion al hombre, tanto en el cuerpo, y en sus partes anatómicas, quanto en el alma, y en sus facultades, en la potencia motiva, en los sentidos, en la memoria, y en la reminiscencia, en el sueño y en la vigilia, y por fin en los sueños, y en la adivinacion, como entonces se acostumbraba hacer, por ellos. De la tierra, de los animales, de los hombres, de los planetas, y de los cielos, se elevaba aun mas alto, y contemplaba el primer hacedor, y primer motor de todo, el supremo Dios, y los otros dioses inferiores sus subalternos y ministros. Y mirandolo todo con miras aun superiores, abstraia su mente de los dioses, de los hombres, de la tierra, de los cielos, y de todas las cosas par-

ti-

Digitized by Google

ticulares é individuales, y solo la fixaba en los objetos mas transcendentales, como en el ente, en la substancia, en el accidente, en la potencia, en las nociones mas universales, y en las mas abstractas, y mas metafísicas generalidades. Teorías tan vastas, indagaciones tan sutiles, tan espirituales, y recónditas especulaciones no impedian á Aristóteles el descender á la práctica y actuosa filosofía, y presentarnos la moral en todas las relaciones, y la política, la economía, y toda la filosofía práctica en su correspondiente extension, manifestandose verdadero maestro en ella, no menos que en la teórica. De modo que Aristóteles no solo ha sido superior á los otros filósofos en la extension y en la dignidad de las materias, sino tambien en el método, y en la conveniente manera de tratarlas. El ha discutido sus asuntos no en poéticos rasgos, no en pequeños discursos, no en agradables diálogos, sino en regulares y bien distribuidos tratados; y en él se ven por primera vez los argumentos filosóficos no desflorados solamente, sino manejados por todos los lados, y expuestos con plenitud didascálica. Acostumbrado en tantas sutiles especulaciones á mirar en diversos aspectos la verdad, á descubrir las

Digitized by Google

dolosas falacias, y á quitar la máscara á los encubiertos errores, quiso dar parte á los otros de sus observaciones, y se dedicó á formar un arte, que enseñase á los hombres á pensar y á raciocinar; y si bien antes de él los pitagóricos, el eleateo Zenon, el megarense Euclides, y otros antiguos habian hablado, y aun escrito de lógica y dialéctica, él sin embargo ha analizado con tanto primor nuestros pensamientos, ha desenvuelto con tanta maestría nuestras ideas, ha dado sobre todo tan sutiles preceptos que puede decirse con verdad que solo Aristóteles ha formado realmente un arte de pensar, quando los otros no habian hecho mas que presentar algun bosquexo, y que á él solo, no á Zenon, ni á Euclides, ni á ningun otro corresponde el glorioso título de inventor de la lógica. En efecto ¿qué comparacion puede hacerse entre las pequeñas invenciones de algunas argumentaciones sofisticas de Tisias, de Trasimaco, y de otros sofistas, de Euclides megarense, y de los filósofos sus discípulos, y las sutiles observaciones, y profundas y sólidas doctrinas de Aristóteles? Habia antes de él, como dice el mismo Aristóteles, algunos descubrimientos sobre los razonamientos y artificios retóri-

cos y sofisticos; pero de la sólida dialéctica, del arte de combinar las ideas, de ordenar los discursos, de soltar los paralogismos, de formar concluyentes y seguros silogismos, de la verdadera y útil lógica, nada aun, enteramente nada se habia encontrado, todo fué obra del exercicio, de las investigaciones, y de los largos y continuos trabajos de aquel primer maestro, é investigador de la dialéctica (*a*). Ahora miramos con indiferencia, ó por mejor decir, ni aun miramos los analíticos priores y posteriores, los tópicos, las categorías, y los otros libros lógicos de Aristóteles; pero refiriéndonos á aquellos tiempos, en que aun no se habia empezado á reflexionar sobre nuestras ideas, y observar el curso y movimiento de nuestra mente, qué fuerza de ingenio, qué penetracion y sagacidad no deberémos reconocer en el primero, que en los objetos de nuestros pensamientos supo separar las relaciones comunes, que parecen identificarlos, y las ligeras diferencias, que los distinguen, distribuirlos todos en diez clases ó categorías, las quales abracen todos los seres, y todas sus maneras de ser, en quantidad, en qualidad, y en todos los modos; sub-

(*a*) *De Sophist. elench.* lib. II, cap. XXXIV.

subdividiendo cada una de ellas en una infinidad de otras menores, y menores, que se miran como subordinadas las unas á las otras; analizar nuestros discursos ó nuestros juicios, y reducirlos todos á simples enunciaciones, que acuerden ó nieguen una categoría á una otra, ó un predicado á un sugeto; y en estas aserciones hora generales, hora particulares, hora singulares, hora contradictorias, hora contrarias, y diferentes por tantas maneras diversas encontrar indefectiblemente la verdad, ó la falsedad; prescribir reglas exâctas para la definicion de cada cosa, que sepa indicar por lo general la semejanza de ella con otras diversas, y la diversidad de todas las otras por la diferencia, y haga conocer su naturaleza por tales caractéres, que la presenten claramente, y no permitan que se confunda con ninguna otra; dar leyes para las exâctas divisiones, que abracen todo el diviso, que procedan gradatim por los miembros próximos é inmediatos, por miembros que se opongan mutuamente, sin que el uno esté incluido en el otro; anatomizar nuestros discursos, y reducirlos todos á tres términos, de los quales el tercero sea atributo del segundo, y el segundo del primero; seguir las diferentes combinaciones de ellos,

y encontrar todas las clases diversas de raciocinios, que nosotros usamos aun sin pensar, y manifestar con este mecanismo ingenioso las operaciones mas complicadas de nuestro entendimiento, descubrir todas las fuentes de donde nacen las falacias de los sofismas, y señalar los modos de soltarlos, manifestar los paralogismos, y obligar á veraces é infalibles raciocinios, en suma, desenvolver toda la estructura de nuestros pensamientos, regular los secretos órganos de nuestra mente, mostrar el enlace de nuestras ideas, enseñar su conveniente combinacion, y hacernos conocer á nosotros mismos la màs noble, y tal vez la mas desconocida parte de nuestras operaciones. Tantas observaciones, tan finas analisis, tan sutiles advertencias, aunque ahora no necesarias, ni muy útiles, prueban en el autor una suma agudeza y sagacidad, una infatigable aplicacion, una constante y firme atencion, una continua y atenta reflexîon, y nos lo presentan agudo filósofo, sutil pensador, y digno de la mayor estimacion de la estudiosa posteridad. Pero ¿qué será si mirando juntamente con las obras lógicas tantas otras físicas, metafísicas y morales, y tambien retóricas y poéticas, volvemos los ojos á todas las partes

tes de la colosal y magestuosa mole de su filosofía? Será ciertamente preciso respetar á Aristóteles como un portento de ingenio y de doctrina, y reconocer en el estagirita el mas profundo filósofo de la antigüedad, y uno de los mas vastos y sublimes ingenios de que puede gloriarse el género humano. ¡Pero quan defectuosas é imperfectas son las cosas humanas, aun las mas excelentes y sublimes! Aquel grande hombre por maravilloso que fuese, y superior á los otros, era sin embargo hombre; sus obras, aunque llenas de mérito, no estan exêntas de muchos defectos, y su filosofía mas admirable y maravillosa que útil é instructiva, tal vez abunda mas de errores y de vanas doctrinas que de nuevas é importantes verdades. La ambiciosa ansia de los filósofos de aquellos tiempos de elevarse sobre los otros hombres contemplando las cosas remotas y abstractas, y de preferir las teorías generales á los conocimientos particulares, seduxo al grande ingenio de Aristóteles, y le hizo correr, como los otros filósofos, tras razones metafísicas, é inútiles especulaciones, que era lo que encontraba en los libros de aquellos maestros, lo que oia en sus lecciones, lo que veia estimarse,

y

y obtener el nombre y los honores de filosofía. Todos convenimos ahora en que es preciso conocer primero los hechos para buscar despues las causas, y que por el conocimiento de los particulares se debe ascender al exâmen de los generales. Pero los antiguos aun no habian fixado sobre esto opinion alguna, y procedian desordenadamente en sus investigaciones filosóficas, y en los tratados didascálicos, exâmínando comunmente primero las causas que los hechos, y cómo es engendrada cada cosa, antes de saber como exîste, y buscando primero las cosas generales, y mas remotas y ocultas, despues las particulares mas conocidas y patentes (*a*); y estimaban en poco aquellos escritores, que se dedicaron con mucho estudio á describir un rio, un monte, ó alguna cosa particular sin quererse internar á contemplar por mayor todo el universo, y á explicar las cosas mas remotas y sublimes (*b*). Así Aristoteles estableció como preciso el empezar sus disquisiciones por los universales para despues descender á los particulares (*c*), y juzgó empresa digna de su fi-

(*a*) Arist. *De part. anim.* lib. I, c. I. (*b*) *De mundo* cap. I. (*c*) *Natura auscult.* lib. I, cap. I.

filosofía el abrazar intrépidamente, y sin hesitacion las indagaciones de las cosas mas elevadas y obscuras, é ilustrar aquellos objetos, que no con la observacion material de los ojos del cuerpo, sino solo con la intelectual y atenta inspeccion *del ojo divino de nuestro espíritu* como él dice *se pueden comprehender* (*a*). Así que, en vez de investigar los hechos, y observarlos con atencion, y fundado en la plena noticia de ellos elevarse á la averiguacion de las causas, y á conocimientos mas generales, entra desde luego á exâminar los primeros principios de las cosas y se pierde en qüestiones metafísicas y en objetos generales y abstractos, formando sus sistemas, que no pueden ser mas que meramente ideales é imaginarios, sin establecerlos con alguna evidencia y seguridad de razones, que se puedan demostrar. El mismo confiesa que las cosas inferiores mas cercanas á nosotros se pueden conocer mas plenamente; pero que agrada tanto la excelencia de las superiores, que un ligero conocimiento de ellas satisface mas la curiosidad del filósofo, que la mas plena y completa comprehension de las inferiores (*b*). Por lo qual, preo-

(*a*) *De mundo* c. I. (*b*) *De part. anim.* lib. I, c. IV.

preocupado de sus mal fundados sistemas, y apoyado á conocimientos superficiales, y poco seguros, descendiendo despues á los hechos, á los fenómenos, y á las investigaciones de los particulares, por donde debia haber empezado, no podia dexar de comunicarles sus preocupaciones, dar inconcluyentes explicaciones, y esparcir doctrinas á veces falsas y erroneas, y casi siempre inciertas é insubsistentes. Hemos hablado bastante en otra parte de esta imperfeccion de la filosofía de Aristóteles (*a*); por lo mismo no nos extenderemos ahora en este asunto, observando unicamente que este defecto era comun á todos los filósofos de aquellos tiempos, como vemos en las obras de Platon, y en los extractos de la doctrina, tanto de Platon, como de los otros filósofos, que nos dan Plutarco, Laercio y otros, y en los freqüentes pasages que de ellos trae el mismo Aristóteles en sus tratados. Bien que Aristóteles quando entra en materias no manejadas por los otros, se porta con harto mas juicio, y en la historia, y en la fisiología de los animales, en las obras lógicas, y en las que no ha tenido exemplos

(*a*) Tomo VIII, lib. II, cap. I.

Digitized by Google

plos de filósofos que seguir, empieza por las experiencias y observaciones, y fundando en ellas sus teorías nos presenta mas verdaderas y sólidas doctrinas. Y si queremos comparar no solo la doctrina de Aristóteles con la de los otros filósofos, sino tambien sus escolares con los sequaces de las otras escuelas, encontrarémos en Teofrasto, en Estraton, y en los peripatéticos ilustradores mas perfectos de la historia natural, y mejores y mas dignos cultivadores de la buena filosofía, que en todos los otros filósofos, no solo de la Academia, y de las escuelas anteriores á la suya, sino tambien de la estoyca, y de las otras posteriores: lo que puede probar mas y mas quanto hemos dicho hasta aquí, de que los defectos de la filosofía de Aristóteles no deben atribuirse á culpa de su ingenio, sino al uso, ó por decirlo así, á la moda de la filosofía de aquella edad. Poco despues de la muerte de Aristóteles nacieron otras dos famosas sectas, la estoyca, y la epicurea, que sin tener mas mérito filosófico que la peripatética, obtuvieron entre los antiguos mayor crédito, lo que tambien prueba el gusto, que siguió siempre dominando en la antigua filosofía.

Secta cinica madre de la estoyca.

La secta estoyca ciertamente puede gloriarse de una antigüedad mas remota, y tomar su orígen de la cinica anterior á la peripatética. Antístenes, uno de los muchos discípulos de Sócrates, que despues de la muerte de su amado maestro se dedicaron á enseñar á otros la filosofía, abrió una escuela fuera de las puertas de Atenas en un lugar público llamado *Cinosargos*, por lo qual fué distinguida con el nombre de *Cinica* (*a*), aunque otros dan otro orígen á la aplicacion del título de *cinica* á aquella filosofía. En esta secta obtuvo particular crédito el muy cinico Diógenes, tan famoso por la libertad de hablar, y por la extraordinaria conducta de su vida. De esta fueron los filósofos Monimo, Onesicrito, Crates, Hiparchia su muger, Metroclo hermano de esta, Menipo, y algunos otros. De esta fué tambien por algun tiempo Zenon, el qual despues de haber freqüentado las escuelas del megarense Stilpon, y del académico Xenócrates se sometió enteramente á la disciplina del famoso cinico Crates, é hizo en ella muchos progresos; pero no acomodandose á aquella vida sobrado descompuesta y contra-

Zenon.

(*a*) *Laërt. in Antbistene.*

Digitized by Google

traria á todo respeto de la sociedad, y no pudiendo aprobar enteramente aquella manera de filosofar, retuvo algunos puntos de la doctrina de los cinicos; pero la abandonó en otros muchos, y formó por sí mismo una filosofía, que del lugar, donde tenia la escuela, tomó el nombre de *estoyca*, la qual, aunque conservase muchos vestigios de la cinica, se apartaba no poco de ella, y realmente podia llamarse una secta nueva. Los cinicos querian que estuviesen enteramente desterradas la lógica y la física, la geometría y la música, y generalmente todas las disciplinas enciclopédicas, y solo atendian á la moral; y aun algunos antiguos no se querian contar entre los filósofos, y consideraban su doctrina solo como regla de un órden, ó estado de vida, y no como enseñamientos de una secta filosófica (*a*). Zenon fué reprehendido por Casio Scepsio por haber considerado como inutiles las ciencias enciclopédicas en el principio de su obra sobre la república (*b*); pero sin embargo se ve que prácticamente tanto él, como sus discípulos cultivaban muchas cien-

 cias,

(*a*) Laërt in *Menedemo*. (*b*) Id. in *Zenone* §. XXVIII.

cias, juntaban á la moral la lógica y la física, y daban mayor elegancia y extension á su filosofía. En la doctrina moral habia entre las dos sectas mayor concordancia, conviniendo ambas á dos en la opinion de ser el fin del hombre el vivir segun la naturaleza, que es decir, segun la virtud, y en llevar una vida sobria, poco cuidadosa de placeres y de honores, de riquezas y de nobleza. Y si bien los estoycos ni aun en esto quisieron ser meros sequaces de la doctrina de los cinicos, á la qual añadieron muchas sutiles y nuevas disquisiciones, ni mucho menos pudieron acomodarse á la dureza, miseria, abatimiento, y descompostura de su vida; sin embargo, la severidad y rigidez, sino siempre de las costumbres, á lo menos de las máximas y de los preceptos, fué lo que dió á Zenon y á la secta estoyca la mayor celebridad. Al tiempo mismo de Zenon establecia Epicuro por un camino del todo diverso otra secta filosófica enteramente opuesta á la estoyca, y su rival en la concurrencia de los escolares, y en la fama de la doctrina. Epicuro, nacido en Gargeto, arrabal de Atenas, pero educado en Samos, donde se quiere que frequentase la escuela del platónico Panfilo, y vuelto

Epicuro.

Digitized by Google

to á Atenas, quando Xenócrates en la Academia, y Teofrasto en el Liceo daban lecciones de platónica y aristotélica filosofía, poco contento de la doctrina de todos aquellos filósofos que entonces eran mas celebrados, se dió á la lectura de Demócrito, de Aristipo, y de otros filósofos, se aficionó con particularidad á Anaxágoras, y á Arquelao, y se formó por sí una filosofía, en la qual tuvo muchos sequaces. De la vida, de la religion, de las costumbres, y de la doctrina de Epicuro se han escrito tantos volumenes, que hacen inutil qualquiera discusion que pudieramos hacer sobre este asunto, y así unicamente diremos en alabanza de Epicuro, que tanto los antiguos, como los modernos, que se han aplicado mas particularmente á exâminar sus cosas, se han hecho defensores y encomiadores no solo de los sentimientos de su filosofía, sino tambien de la conducta de su vida; y que su escuela, aunque despreciada al principio por el nombre de deleite, que era el objeto de todas sus miras, fué despues tan freqüentada, que ninguna otra podia contar tantos sequaces. De este modo nacieron á un mismo tiempo, y casi de un golpe las dos sectas, estoyca y epicurea; la pri-

primera todo rigor y severidad, la otra indulgencia y dulzura: aquella fundada sobre las sutilezas y espinas de la dialéctica; esta simple y llana, con ideas claras, y con palabras populares y comunes. Y estas dos sectas juntamente con la académica y la peripatética ocupaban á todos los filósofos, y formaban la filosofía de la antigüedad; porque si bien la secta megarense, llamada tambien *eristica*, y *dialéctica*, siguió por algun tiempo moviendo no poco ruido, sin embargo toda su fama se reducia á las sutilezas dialécticas del ya nombrado arriba Eubulido, con sus discípulos Alexîno y Eufanto, y despues de los mas famosos Diodoro Crono, y Stilpon, y del discípulo de este, Menedemo, con los quales feneció casi al comenzar la estoyca y la peripatética, y ni mereció particular atencion y estudio de los posteriores, ni se puede decir que haya tenido algun distinguido influxo en la literatura antigua. Tambien la secta cirenaica establecida por Aristipo se adquirió algun nombre, y tuvo algunos sequaces; pero ocupada solo en la moral no merece distinta mencion en este capítulo, y por ello se reservará para el siguiente. Quatro, pues, son las sectas de los antiguos fi-

Digitized by Google

filósofos, académica, peripatética, estoyca, y epicurea; y para dar una mas distinguida idea de la antigua filosofía seguiremos particularmente el curso de cada una de aquellas sectas.

Secta Académica.

Tres épocas, como sabemos por los antiguos (*a*), contaba la secta académica: la Academia antigua duró hasta Arcesila, ó como dicen otros Arcesilao; la media hasta Carneades; y la nueva florecia aún en tiempo de Ciceron, como veremos ahora. La Academia antigua es propiamente la escuela platónica. Fundada por el gran Platon tuvo por profesores á Espeusipo, Xenócrates, Polemon, Crates y Crantor, los quales adictos á la doctrina de su maestro siguieron, sí, su método de filosofar mas aporetico que dogmático, pero no dexaron de abrazar, y de sostener aquellas opiniones, que él habia procurado establecer. Vino despues Arcesilao, ó como lo llama Ciceron Arcesila, é instruido por Antólico, y por Hipónico en la matemática, por Santo ateniense en la música, y por Teofrasto en la filosofía, amante apasionado de Homero y de Píndaro

Academia antigua.

(*a*) Cic. *Acad.*, al.

Digitized by Google

ro, y feliz cultivador de la poesía, se dió mas plenamente á la disciplina del académico Crantor; y versadísimo en las obras de Platon, exercitado tambien en la palestra dialéctica de los megarenses Diodoro y Stilpon, y acostumbrado á la polémica de Pirron, empezó á disgustarse de la incertidumbre y falibilidad de las ciencias, y mucho mas del tono dogmático y decisivo con que oía alabar á los filósofos como ciertas, opiniones que eran meramente probables, y hecho sucesor de Crantor en la Academia, llevó mas adelante el método aporetico de Platon, y abandonando enteramente el dogmático, se dedicó á declamar contra la falacia de los sentidos, y tambien de la razon, á confutar las aserciones y las sentencias, que con mayor empeño eran sostenidas por los filósofos, y á hacer ver que nada se puede saber, y mucho menos afirmar con seguridad, y que nada es mas indigno de un filósofo que apoyar una falsedad, y afirmar con certeza lo que puede ser contrario á la verdad; y enseñando con mucha eloqüencia y erudicion semejantes doctrinas, hizo variar de aspecto las lecciones académicas, y dió principio á una nueva época, que es decir á aquella sucesion en la secta académica, que despues

pues fué llamada *academia media* (*a*). Convendré en que Arcesilao fuese inducido á promover esta irresolucion y perplexidad en los ánimos de los filósofos por la interior persuasion de la imbecilidad é incertidumbre de las opiniones humanas; pero no habrán dexado de tener en ello alguna parte los zelos ó la competencia de los aplausos que recibia la filosofía, entonces naciente, del estoyco Zenon. Arcesilao habia conocido á Zenon en la escuela de Crantor, donde fueron condiscípulos, y no podia ver en él un ingenio grande, capaz de abrirse nuevos caminos, y de inventar nuevas doctrinas, antes observaba que en efecto nada habia descubierto de nuevo, y que solo con variar algunas palabras, é introducir otras nuevas, se habia adquirido el concepto de haber enmendado á los antiguos: así que, al ver la adhesion con que eran abrazadas las lecciones de Zenon, y el ciego enagenamiento con que la multitud de los filósofos corria á su escuela con desercion y abandono de la académica, habrá pensado en volver á traer á esta los filósofos haciendolos entrar

Academia media.

(*a*) V. Laërt. in *Arcesilao.* Cicer. *Acad.*, al.

en desconfianza de los dogmas, y de las aserciones de las sectas filosóficas, y predicando al contrario que la verdadera filosofía consiste cabalmente en suspender el ascenso, no abrazar opiniones, no dexarse llevar de errores, y no abandonar nuestros juicios tras las apariencias muchas veces agenas de verdad. El ingenio, la erudicion y la eloqüencia de Arcesilao dieron no poco crédito á su doctrina; y la Academia con estas nuevas doctrinas atraxo de nuevo el concurso de los escolares, que ya empezaba á disminuirse. A Arcesilao sucedió Lacides, que rigió por muchos años la Academia; pero falto de la fuerza de persuasion, de que estaba dotado su maestro, no pudo conservarla en aquel esplendor á que la habia llevado Arcesilao. Despues de Lacides ocuparon la misma escuela Evandro, y Egesino, y no sabiendo proporcionarle mejor suerte, cayó la Academia en un lánguido abatimiento, y humillante abandono. Era muy natural que una escuela, que combatia todas las ciencias, encontrase oposiciones de todos los que las profesaban, y que enseñando que nada se puede aprender fuesen pocos los que concurriesen á ella. En efecto todos los filósofos, y singularmente los estoycos se enfu-

furecieron contra la secta académica, y la cargaron de escarnios, de ridículas ficciones, y de acusaciones gravísimas; y el pueblo la miraba como un cuerpo de hombres extravagantes é insensatos, que no pensaban como los demas hombres, y discurrian, hablaban, y obraban diversamente de todos los otros. En este estado de decadencia encontró la Academia Carneades, discípulo de Egesino, quando por la muerte de este entró á gobernarla; y reflexionando que la dureza de la doctrina producia esta aversion y odio, procuró darle algun temperamento, y enseñar una filosofía, que si en realidad no era muy diferente de la de Arcesilao, tenia sin embargo una apariencia mas moderada, y menos repugnante á los ojos de los otros filósofos. Era Carneades un hombre estudioso, erudito filósofo, de eloqüente verbosidad, de agudo ingenio, de vasta doctrina, de pecho fuerte, de voz sonora, y rico de aquellos talentos, que mas pueden contribuir á producir en los oyentes deleite y persuasion; y para auxiliar mejor estas optimas partes de la naturaleza y del arte, quiso tambien reformar aquellos puntos de la doctrina académica, que daban mas materia á conversaciones, y á escándalo. Y co-

mo una de las principales acusaciones contra la secta académica se dirigia á hacer creer que, quitado el asenso, se quita la guia de la conducta de la vida, y que si nada podemos saber, y nada conocer con certidumbre, deberemos estar siempre en una continua irresolucion, sin hacer jamas nada, con perjuicio de las artes y de la moral, se dedicó Carneades á moderar la acatalepsia de Arcesilao, y enseñaba que hay, sí, verdadero y falso, pero que no puede ser comprehendido por nosotros con seguridad, y que las pruebas de los sentidos y de la razon, á quienes prestaban tanta fe los otros filósofos, no nos pueden dar evidencia y certidumbre, pero que sin embargo producen una mayor ó menor probabilidad, y que esta probabilidad es la que nos regula, y nos conduce en todas las acciones de nuestra vida. Esta doctrina la probaba él con tantos argumentos, con tanta variedad de erudicion, con tanto peso de razones, y con tanta fuerza de eloqüencia, que arrebataba los ánimos de quantos le oian, y en poco tiempo atraxo á su escuela no solo á muchos filósofos, sino tambien á los mismos oradores, que abandonando las escuelas retóricas, corrian á la filosófica de Car-

Carneades (*a*). Enviado por los atenienses á Roma con una embaxada en compañía del peripatetico Critolao, y del estoyco Diogenes, seduxo tanto con su vehemente eloqüencia, discurriendo públicamente al modo de los académicos con igual fuerza en favor y en contra de la misma cosa, que fué tenido por perjudicial á la romana juventud, y obligó al severo Catón á echar de Roma á todos los griegos; y en esta embaxada fué quando esparció las semillas del academicismo, que algunos años despues se vió florecer en Roma (*b*). Muchos, como hemos dicho, fueron los discípulos de Carneades, entre los quales se ven celebrados Cármadas por la eloqüencia, Melancio rodio por la suavidad (*c*), Metrodoro por la fuerza y copia de la oracion, (*d*), Eschines, Clitomaco y otros, que hacian florecer en Atenas la Academia (*e*). Pero Clitomaco fué mas que todos fiel discípulo, y digno sucesor é interprete de Carneades; porque no habiendo este dexado ningun escrito, Clitomaco

(*a*) Laërt. *in Carneade.* (*b*) Cicer. *De orat.* lib. II, n. XXVII, XXXVIII, A. Gell. lib. VII, c. XIV, al. XI. (*c*) Cicer. in *Lucull.* VI. (*d*) Id. in lib. I *de orat.* (*e*) Ibid.

maco compuso quatrocientos volúmenes (*a*), la mayor parte de los quales contenia la doctrina de Carneades, y singularmente quatro ponian la mira solo en los preceptos de refrenar y detener el asenso (*b*). Sucedió á Clitomaco en el principado de la Filon. Academia Filon, el discípulo de Clitomaco mas estimable por su singular erudicion, el mas amable por su benigna humanidad (*c*), y tal vez el que mas ha contribuido á la cultura de los romanos en la eloqüencia, y en la filosofía, de cada una de las quales tenia escuelas públicas en diversos tiempos (*d*), y en ellas tuvo el honor de contar por discípulo á Ciceron. No podia la Academia encontrar mejor sostenedor que Filon, y mientras él vivió no le faltó un fuerte patrocinio, como dice el mismo Ciceron, aun en boca de Luculo, que no se mostraba muy afecto (*e*). Sin embargo Filon introduxo en ella alguna mudanza: sostuvo en dos libros dirigidos á este fin, que era error el creer dos Academias diferentes, la nue-

(*a*) Laërt. in *Clitomach.* (*b*) Cicer. *in Luc.* XXXI. (*c*) Plut. *in Vita Cicer.* in prin. (*d*) Cicer. II, *Tuscul.* III. (*e*) *In Lucull.* VI.

Digitized by Google

nueva y la antigua, quando en realidad no profesaban mas que la misma doctrina (*a*); y enseñó que ateniendose al criterio estoyco, esto es á las señales y argumentos, que pertenecen á lo verdadero en términos que de ningun modo puedan convenir á lo falso, nada verdaderamente se pueda conocer, porque tales señales no las tenemos; pero que no debe estarse á este criterio, y que las cosas en sí pueden absolutamente conocerse (*b*), ó, como dice Sexto Empírico, por lo que mira al criterio estoyco, ó bien sea la fantasía comprehensiva, las cosas son incomprehensibles, pero en quanto á su naturaleza comprehensibles (*c*). Por esta doctrina de Filon creyó Sexto Empírico poder establecer una nueva época, ó bien sea una quarta Academia, en la qual, no sé porque, quiso incluir con Filon á Carmidas, así como fixó una quinta del magisterio de Antioco en la misma (*d*). Antioco tuvo la suerte de agradar á Bruto y á Luculo (*e*), como Filon á Tulio, y Tulio mismo lo llama el mas agudo, y el mas fi- Antioco.

(*a*) Cicer. *Acad.* lib. I, n. IV. (*b*) Ibid. n. VI.
(*c*) *Pyrrhon. hypot.* lib. I, c. XXXIII. (*d*) Ibid.
(*e*) Plut. *Lucull. et in Bruto.*

fino de los filósofos de aquella edad (*a*). Lucúlo profesaba particular afecto á la Academia, tenia en su compañía muchos académicos quando era Quéstor en Alexandría, y se divertia oyendo las conferencias, en que Heráclito tirio, discípulo de Clitomaco, y de Filon, Antioco, Aristo su hermano, Aristones y Dion todos doctos académicos, disputaban entre sí con igual ingenio y erudicion que urbanidad (*b*); pero Antioco era sobre todos su filósofo predilecto, y, como dice Plutarco, le hizo su íntimo amigo, é inseparable compañero de toda su vida (*c*). Este Antioco fué el sucesor en la Academia de su maestro Filon; pero en un libro intitulado *Sosus* se opuso expresamente á su doctrina arriba expuesta, proponiendo otra, que puede decirse contraria á la de todos los precedentes académicos, con la qual pretendia conciliar entre sí los sentimientos de los académicos, y de los estoycos (*d*): y por esta introduccion de una nueva doctrina fué llamado Antioco aut-

(*a*) Plut. *Lucull. et in Brut.* n. XXXV. (*b*) Ibid. n. IV. (*c*) *In Lucullo* versus fine. (*d*) Cicer. *in Lucullo* n. IV, XXII, XXXII; lib. V. de fin., alibi: Sext. Emp. *Pyrrh. hyp.* lib. I, c. XXXIII, al.

autor de una quinta época de la academia. Pero despues no sabemos quien le sucediese en la prefectura de aquella escuela, ni encontramos quien la freqüentase con particular honor. Y por esto creo que quando decia Ciceron que la filosofía académica, entónces casi olvidada, volvia á su antiguo esplendor (*a*), se debia entender entre los romanos, no entre los griegos; puesto que de los griegos, que hasta aquel tiempo habia tantos académicos, cabalmente entónces ya no se veia ninguno, y el mismo Ciceron observa en otra parte que la academia en aquel tiempo estaba casi enteramente desconocida en la Grecia (*b*); al paso que los romanos, aunque despues de la sobredicha embaxada de Carneades ya no oyeron hablar mas de la academia, se mostraron entónces verdaderamente apasionados á aquella filosofía, no obstante que las otras sectas filosóficas habian empezado á introducirse con algun crédito y estimacion. Bruto y Lúculo la cultivaron particularmente baxo la enseñanza de Antioco y de Aristones su hermano (*c*). El nombre solo de M. Terencio Varron bas-

Romanos sequaces de la Academia.

(*a*) *In Lucull.* IV. (*b*) *De nat. Deor.* lib. I, n. V.
(*c*) Plut. in *Bruto et in Lucullo.*

Digitized by Google

taba para acreditar entre los romanos la secta académica abrazada por él mismo, habiendo freqüentado en Atenas la escuela de Antioco con tanto provecho, que Ciceron, gran defensor de la doctrina académica, á ningun filósofo creia corresponder mejor el texer su historia que al erudito Varron, tan versado en ella (*a*). Pero ademas de Varron habia otros muchos romanos, que cultivaban la doctrina de la academia. Ciceron nos describe la escuela de Antioco llena de ilustres romanos, quando él la freqüentaba, concurriendo á ella juntos M. Pison, T. Pomponio Atico, quinto hermano de M. Tulio, y Lucio Ciceron (*b*); y el mismo Tulio Ciceron queriendo exponer las opiniones de la academia sobre los fines de las acciones de los hombres, hace que M. Pison tome la defensa de los académicos como el mas instruido en su doctrina. Académico era tambien C. Cota; pero de la escuela de Filon, no de la de Antioco; y se ve alabado por Ciceron como príncipe de aquella doctrina (*c*). Pero el verdadero príncipe de la filosofía académica no era otro que el mismo Ci-

(*a*) Acad. lib. I, n. III, IV. (*b*) *De fin.* lib. IV, n. I.
(*c*) *De nat. Deor.* lib. I, n. VII.

Digitized by Google

Ciceron. El solo, mas que todos los romanos juntos, y estoy por decir que todos los griegos, dió á la doctrina académica esplendor y crédito entre los romanos, y entre los posteriores ¿Qué sabriamos ahora de la academia, aunque tan venerada de los antiguos, sino la viesemos recomendada y descripta en las obras de Ciceron? Este asiduo y atento escolar, albergador generoso, y leal amigo de Filon, concurrente tambien á la escuela de Antioco, y por otra parte discípulo del epicureo Fedro, del estoyco Diodoro, de Posidonio, y de otros filósofos, fué muy versado en todas las sectas filosóficas; pero siguió con mayor empeño la académica, y no solo la expuso, y la defendió victoriosamente en los libros de las qüestiones académicas, sino que tambien en los otros, donde pone á la vista las doctrinas de las escuelas filosóficas, hace siempre triunfar á la academia, y donde se le presenta ocasion de hablar de ella, no sabe dexar de prodigarle los mayores elogios. Pero no bastó tanto zelo y empeño, ni todo el ingenio, la erudicion, eloqüencia y persuasiva de Ciceron para conservar en pie su celebrada academia, porque ésta, tanto entre los romanos como entre los griegos, quedó dentro de poco abandonada y obscura, y

pudo decir Séneca con razon, que los académicos, tanto los antiguos como los nuevos, no dexaron xefe alguno ó maestro (*a*).

Secta peripatética.

No son menos considerables las vicisitudes á que estuvo sujeta la secta peripatética; puesto que aunque no podian ser mas gloriosos los principios, no obtuvo en lo sucesivo igualmente favorable la fortuna. ¿Quán lisonjera y brillante no era la noble corona de doctos filósofos que Aristóteles tenia en su escuela? En ella se veia un Eudemo, dialéctico y físico, geómetra, y astrónomo, é historiador de la geometría y de la astronomía, de quien hemos hablado en otra parte (*b*). Se encontraba Eraclides póntico, que escribió no solo de filosofía, sino de geometría, de gramática, y de otras ciencias, y en todas con variedad y ornatos de estilo, y con una fuerza capaz de deleytar y de arrebatar los ánimos (*c*). Concurria Aristóxenes, tan celebrado en la música, pero no menos filósofo que músico, y antes bien en los mismos escritos de música gran filósofo, historiador, y escritor de infinitos volúmenes en toda suerte de disciplina, y digno en verdad de en-

(*a*) *Quaest. nat.* lib. VII, cap. XXXII. (*b*) Lib. I, cap. I, IV. (*c*) Laërt. *in Heraclide.*

entrar en competencia con Teofrasto sobre la sucesion en la cátedra de Aristóteles (*a*). Estaba Dicearco, grande ornamento del liceo, que Ciceron llamaba sus delicias (*b*), célebre historiografo, ilustre filósofo, y diligente y erudito escritor, el qual mereció en concepto de todos los doctos un distinguido lugar entre los mayores filósofos de la antigüedad (*c*). Estaba Menedemo rodio, tambien competidor de Teofrasto en la sucesion á la cátedra de Aristóteles (*d*). Estaba Fanias, filósofo y escritor de historia literaria de la filosofía, y de la poesía, naturalista é ilustrador de varias materias (*e*); estaba Callistenes, famoso historiador de Alexandro (*f*); estaba Teofrasto, y estaban otros muchos hombres grandes, gloriosamente distinguidos en toda clase de ciencias. ¡Qué complacencia no tendria Aristóteles de verse rodeado de tantos, y tan ilustres filósofos, atentos oyentes de sus lecciones, que miraban como suerte venturosa el poderlo tener

(*a*) Suidas *in Aristoxeno.* Meurs *in notis ad Aristox.*, al. (*b*) *Tusc.* I, n XXXI. (*c*) Cicer. *Tusc. I, De offic.* II. *De divin. ep. ad Atlic.* lib. II, ep. II, al (*d*) A. Gell., lib XIII, cap. V. Plutarc. *in Arist.* (*e*) Laërt. *in Aristippo, in Antisthene*, al. Athen passim. Vossius *De hist. graec.* lib. I, cap. IX. (*f*) Laërt. *in Arist.*

Digitized by Google

ner por maestro! ¡Pero quán embarazoso no le seria haber de elegir uno entre tantos discípulos tan beneméritos, y de tan nobles circunstancias, para que fuese sucesor suyo en la escuela, con preferencia á todos los otros! Este honor le cupo á Teofrasto, que fué entre todos distinguido por su venerado maestro, y puesto sobre su cátedra en el liceo. Y en verdad no podia Aristóteles hacer una eleccion mas digna de su discernimiento y juicio, ni encontrar un sucesor mas digno de él, y que mejor pudiese sostener el esplendor de su escuela. Una suave elocüencia, que se adquirió el nombre de divina, é hizó que fuese llamado *Teofrasto*; una vasta erudicion, y una vaga y elegante filología; un sólido ingenio, una constante aplicacion, una suma prudencia, y una agradable afabilidad le conquistaban los ánimos de todos, y llamaban á su escuela millares de estudiantes de toda la Grecia, contandose en ella á un mismo tiempo hasta dos mil (*a*). De pocas obras antiguas ha sacado tanta instruccion la posteridad, como de los libros de Teofrasto. La botánica, y algunas partes de la historia natural no tocadas, ó á lo menos

Teofrasto.

no

(*a*) Laërt. *in Teophrasto.*

Digitized by Google

no tratadas dignamente por Atistóteles, reconocen por padre á Teofrasto, y de los escritos de este toman su principio. La meteorología, y la física le deben muchas luces. Los breves tratados de sus caractéres morales sirven mas para las buenas costumbres, y para la sabia conducta de la vida, y nos dan una ética mas útil y segura, que largos tratados, é ingeniosos sistémas de otros filósofos; y si los naturalistas toman de él el orígen de la botánica, parte tan vasta é importante de la ciencia de la naturaleza, no le deben menores obligaciones los éticos reconociendolo por inventor y padre de la *característica*, parte la mas cara y mas amena de la filosofía moral (*a*). Y generalmente puede decirse que Teofrasto, junto con sus dos maestros Aristóteles y Platon, forma el noble triumvirato de la antigua filosofía. Discípulo de Teofrasto fué Demetrio Falereo, el mas docto y erudito de todos los peripatéticos de su tiempo, y que superó á casi todos en el número de libros, y en la copia de escritos de todas materias (*b*). Tambien fueron discípulos suyos el famoso médico Era-

(*a*) Casaubon. *Epist. dedic. Nicol. Brulardo* &c.
(*b*) Laërt. *in Demetr. Phaler.*

Digitized by Google

Erasistrato, el hijo de Aristóteles Nicómaco, Estraton lampsaceno, llamado el *físico*, y otros ilustres filósofos. Pero entre todos estos quien entró á sucederle en la cátedra de Estraton. Aristóteles fué el expresado Estraton, llamado por Plutarco el *sumo* entre todos los peripatéticos (*a*); y verdaderamente fué sucesor de Aristóteles y de Teofrasto, no menos en el gusto de la filosofía que en el gobierno de la escuela. El estudio y la observacion de la naturaleza distinguió particularmente á Aristóteles, y á Teofrasto, y este mismo estudio proporcionó á Estraton el mayor crédito. Laercio nos lo presenta como eloqüentísimo, y versado en todo género de ciencias; pero particularmente excelente en la física, en la qual por haberse distinguido sobre todos los otros se adquirió por antonomasia el nombre de *físico*, con que es llamado por toda la antigüedad (*b*). Tulio jamas nombra á Estraton que no le honre con el título de físico, y de gran físico, que todo estaba embebido en la investigacion de la naturaleza; y muchas veces añade tambien, que para dedicarse mas plenamente á la cultura de esta parte de la fi-

(*a*) Adv. Colotem. (*b*) *In Stratone.*

filosofía abandonó todas las otras (*a*). En lo qual no está muy conforme la opinion de Ciceron con el testimonio de Laercio; puesto que éste ademas de llamarlo expresamente versado en todas las disciplinas, nos refiere el catálogo de sus obras, por el qual vemos que Estraton no solo escribió de física, sino tambien de lógica, de ética, de política, y de otras partes de la filosofía, bien que la física ocupa la mayor parte de sus escritos, y en ella singularmente la historia natural. Donde es de observar que solo la eleccion de las materias nos puede dar motivo para reconocer en él un fino gusto de originales y útiles disquisiciones. ¿No serian importantes aun en nuestros dias las diligentes investigaciones acerca de los animales fabulosos, como tambien acerca de aquellos cuya exîstencia, ó cuyas particulares qualidades son dudosas é inciertas, que emprendió Estraton, quando todas las escuelas de los filósofos corrian tras las éticas teorías, y las sutilezas dialécticas? ¿Y no hace mucho honor á un filósofo griego el verlo en medio de las disputas escolásticas, á que debia atender para sostener su escuela, ocuparse en

(*a*) Acad. I, num. IX. *De fin.* V, num. V.

las máquinas para la extraccion de los metales (*a*)? Es preciso, pues, alabar en el peripatético Estraton un docto naturalista, y es preciso tambien confesar que quanto sabian los antiguos de cierto y seguro en la historia natural todo habia salido de la secta peripatética; que Aristóteles en la zoología, en la botánica Teofrasto, y Estraton en la metalurgia fueron los maestros y los autores clásicos de la antigüedad; y que el amor á las experiencias y observaciones, sin el qual no puede haber buena filosofía, en ninguna escuela hizo tantos progresos como en la de Aristóteles. Es tambien de observar que Estraton, tan aplicado á la física, no se satisfizo con las doctrinas que le habian enseñado Aristóteles y Teofrasto, sino que con filosófica libertad se atrevió á apartarse de sus maestros, y á proponer nuevas sentencias (*b*); y reflexionando igualmente que Teofrasto, Dicearco, Aristóxenes, y otros discípulos de Aristóteles tentaron entrar en nuevas provincias, adonde no los habia conducido su maestro, y que en los mismos campos abiertos por él á su cultura no temieron aban-

(*a*) Laërt. ibi. (*b*) Plut. adv. Colot. Cic. I. Acad. IX. *De fin.* V, num. V.

abandonar sus huellas, y adelantar por sí mismos, veremos que la escuela de Aristóteles no imponia aquella servil sujecion, y aquel ciego respeto y adhesion, que por tantos siglos ha impedido en las escuelas modernas peripatéticas todo adelantamiento en la filosofía; y concluiremos, como hemos dicho antes, que ninguna de las antiguas sectas filosóficas ha sido mas filosófica, ó ha comunicado mas luces á la filosofía que la secta peripatética. Pero despues de Estraton no pudo esta dexar de sufrir una notable decadencia. Estraton aun en este sentido, puede verdaderamente llamarse con Plutarco (*a*) el último de los peripatéticos, puesto que sus sucesores ya no pudieron mantener el licéo en aquel alto grado de honor á que sucesivamente lo habian elevado Aristóteles, Teofrasto, y Estraton. Licon, su discípulo y sucesor, era hombre eloqüente en el hablar, y de buen método y destreza en el enseñar; pero quando se ponia á escribir ya no parecia el mismo, y quedaba inferior no solo á sus predecesores y maestros, sino tambien á sí mismo (*b*). En efecto ninguna obra suya ha llegado á noticia de la posteridad, ó sea

Sucesor de la secta peripatética.

(*a*) Adv. Colot. (*b*) Laërt. *in Stratone.*

que él, conociendo su inhabilidad, no escribió ninguna, ó que aquel mismo defecto de eloqüencia y de estilo hizo que cayese en abandono y obscuridad, si en efecto escribió alguna; y como Licon regentó el licéo no menos que quarenta y quatro años (*a*), un tan largo interválo de vergonzoso silencio debia acarrear algun deshonor á aquella escuela. Aristónes, sucesor de Licon, escribió, sí, muchas obras, y llenas de muchas gracias, segun dice Ciceron; pero su oracion, como continúa diciendo él mismo, no tenia peso de autoridad; y á aquel hombre elegante y adornado le faltaba la gravedad, que es tan precisa en un gran filósofo (*b*). Al mismo tiempo que Licon florecia Gerónimo rodio, hombre docto y afable, pero tan diferente de los otros peripatéticos en las opiniones, que Ciceron apenas se atreve á llamarlo peripatético (*c*). Critolao, sucesor de Aristónes, tenia la gravedad y copia de la oracion que convenia á los filósofos (*d*): y quando los atenienses le enviaron embaxador á Roma en compañía de Carneades, y del estoyco Diógenes hacia á los romanos graciosos y

(*a*) Laërt. *in Stratone.* (*b*) *De fin.* lib. V, num. V.
(*c*) Ibid. (*d*) Cic. ibid.

Digitized by Google

y finos discursos, con los quales se adquirió mucha reputacion, como dice A. Gelio (*a*): pero Critolao fué sobrado conciso en su filosofía, y aunque sequaz de las opiniones de los antiguos aristotélicos, sin embargo le cuenta Ciceron entre los que degeneraban del peripatetismo, y, por decirlo así, formaban rancho aparte (*b*). No puede en concepto del mismo Ciceron (*c*), llamarse mas peripatético Diodoro, el qual tambien se guiaba por sí mismo, y no sacaba sus opiniones de los libros de Aristóteles (*d*). Este Diodoro floreció hácia la olimpiada CLVII, ó cerca de 150 años antes de la era christiana: pero despues de él hubo un gran silencio en el licéo, y por muchos años no conocemos ya peripatéticos de algun nombre, y solo despues de cerca de un siglo vemos renacer algun tanto aquella casi sepultada escuela. Los antiguos peripatéticos, dice Plutarco (*e*), eran por sí mismos elegantes y eruditos; pero poco versados en las doctrinas de Aristóteles, y de Teofrasto. Y la razon es, porque, como largamente refiere Estrabon (*f*), habiendo dexado Aristóteles

Vicisitudes de los escritos de Aristóteles.

(*a*) Lib. VII. cap. XIV. (*b*) Cic. ubi supra.
(*c*). Ibid. (*d*) Ibid. (*e*) *In Sylla.* (*f*) Lib. XIII.

Digitized by Google

les su biblioteca á Teofrasto, y legadola Teofrasto juntamente con sus libros propios á un tal Neleo de Scepsis, éste transfirió á su casa paterna de Scepsis aquella copiosa coleccion de libros de Aristóteles y de Teofrasto, y sus herederos ignorantes, ó temerosos de que los Atalos, reyes de Pergamo, los usurpasen para enriquecer su famosa biblioteca, ó por otro motivo los escondieron en un hoyo con muchísimo detrimento de los mismos. De este modo quedaron sepultados y ocultos al estudio de los filósofos por espacio de mas de un siglo, hasta que finalmente, despues de cerca de 130 años, los descendientes de aquella familia los vendieron por mucho precio á un tal Apelicon teo, muy amante de libros, que hizo copiar, y poner en limpio los escritos hasta entónces casi enteramente desconocidos de Aristóteles y de Teofrasto, y entónces ya maltratados por la humedad, y por los insectos. Y entrando despues Sila á ocupar á Atenas tomó para sí la biblioteca de Apelicon, y la transportó á Roma, donde el gramático Tirannio, muy aficionado á las obras de Aristóteles quiso tener copia de ellas, y la obtuvo del bibliotecario, y despues los libreros sacaron otras; pero sirviendose de malos co-

Digitized by Google

copiantes, y no cotejandolas con los exemplares salieron inexâctas y llenas de errores. Entónces Andrónico rodio distribuyó por órden estas obras, formó sus tablas, y las hizo mas públicas, y entónces se restauró algun tanto la secta aristotélica decaida mucho tiempo habia, y se oyeron con honor los nombres de algunos peripatéticos. A mas del poco ha nombrado Andrónico son conocidos un Demetrio bizantino (*a*), un Alexandro antioquéno, hombre muy famoso en aquellos tiempos (*b*), un Staseas napolitano (*c*), un Crátipo, muy alabado en diversos lugares por Ciceron (*d*), y algun otro de aquellos tiempos, todos muy estimados y oidos con freqüencia por los Luculos, por los Catones, por los Cicerones, y por los mas ilustres romanos, entre los quales formaron en poco tiempo muchos cultivadores de la doctrina peripatética. Pero generalmente observa Estrabon una fatalidad de los peripatéticos, que los antiguos despues de los tiempos de Teofrasto faltos de las obras de su maestro no podian filosofar solidamente, sino solo formar algunas teses; y los modernos des-

(*a*) Laërt. *in Demetrio Phalereo.* (*b*) Plut. *in Crasso.*
(*c*) Cic. *De fin.* lib. V, num. III. (*d*) *De offic.* alibi.

despues de la publicacion de estas obras mas proporcionados que los otros para filosofar, y por decirlo así para aristotelizar, se veian obligados á decir muchas cosas por conjetura, atendidos los muchos errores que habian introducido en ellas los copiantes (*a*). Sobre cuya observacion de Estrabon concederemos que la pura doctrina de Aristóteles no se pudo oir por mucho tiempo en el licéo; y ademas hemos notado antes que los mismos primeros sucesores suyos Teofrasto, y Estraton, que la habian oido de su boca, y meditado en sus escritos, se apartaron en algunos puntos de su enseñanza con filosófica libertad; pero sin embargo diremos con Plutarco que no por esto dexaron los antiguos peripatéticos de ser elegantes y eruditos (*b*), y aun añadiremos con Ciceron que estos fueron mejores filósofos que los filósofos de las otras sectas (*c*), y que la flor de la filosofía, y del verdadero saber de los antiguos, Teofrasto, Dicearco, Aristóxenes, Demetrio falereo, y Estraton, toda era de la escuela peripatética. El último, que conocemos como xefe y maestro de esta, es Andrónico rodio, y de

Andrónico.

es-

(*a*) Lib. XIII. (*b*) *In Sylla.* (*c*) *De fin.* V, n. V.

este únicamente lo sabemos porque quando Amonio le nombra (*a*) lo cuenta por el undécimo en la sucesion de Aristóteles; de donde inferimos que entre Diodoro y Andrónico hubo otros tres superiores y maestros del licéo, pero todos tres desconocidos para nosotros, y tal vez tambien poco conocidos, y ciertamente poco nombrados por los antiguos. Y á la verdad el mismo Andrónico no tendria en mucho aprecio el magisterio de aquella escuela, puesto que, sin que sepamos un verdadero motivo, le vemos estarse en Roma muy despacio sin pensar en el licéo. Algunos peripatéticos se nombran contemporaneos, y posteriores á Andrónico; pero todos dispersos acá y acullá, y muchos residentes en Roma, ó compañeros de los señores romanos en sus viages, ó en sus expediciones, y ninguno honrado con el título de xefe ó maestro de la secta aristotélica, señal de que en aquel tiempo el licéo, no menos que la academia yaceria abandonado y obscuro.

De crédito mas popular, pero no de mayor mérito, fué en aquellos mismos tiempos la secta éstoyca. Al tiempo de Estraton, y de

Secta estoyca.

(*a*) *In Categ.*

de Arcesilao, quando las doctrinas de Aristóteles y de Platon habian ya producido tantos y tan ilustres filósofos, y empezaban á sufrir alteraciones en sus mismas escuelas, fundó Zenon la estoyca, y la proveyó de la doctrina, que despues fué la característica de aquella secta. La severidad y el rigorismo dieron á los estoycos la mayor reputacion: aquellas máximas de solo poderse buscar y reputar por bien la virtud, y todo lo demas, riquezas, comodidades, honores, y qualquier otra cosa, todo ser indiferente al filósofo; aquel no admitir en los defectos venialidad ó parvedad de materia, sino considerar como iguales todos los pecados por mas ligeros que puedan parecer á los otros; aquel querer que no pueda tenerse ninguna virtud sea la que se fuese sino se poseen todas; aquel declamar que no hay hombre libre sino el filósofo, y que este es siempre libre y feliz, rey y señor, y aun dios; aquel insistir en que el filósofo no puede jamas sujetarse al dolor, ni á la aflicion, á la opinion, ni á la maravilla, á la compasion ó misericordia, ni á pasion alguna, aun la mas inocente en la apariencia; estos y otros semejantes sublimes sermones de rigurosa moral preocupaban á la muchedumbre,

bre, y daban gran peso de autoridad á la doctrina estoyca. Por lo demas la filosofía de la secta estoyca no tenia mérito alguno para pretender la menor superioridad sobre la de las otras sectas. ¿Qué parangon puede hacerse entre los xefes de la académica, y de la peripatética, y el de la estoyca? ¿Quán inferior no queda Zenon en el ingenio, en la erudicion, en el saber, en la eloqüencia, y en todas las partes literarias á Aristóteles, y á Platon? La doctrina misma no tiene prendas que la distingan gloriosamente de las otras. ¿Qué oimos nombrar por los antiguos relativo á la doctrina de los estoycos fuera de innovacion de nombres, y sutileza de definiciones, argumentaciones sofisticas, y cavilaciones dialécticas? En efecto el principal estudio de aquella secta era de la dialéctica; y sabemos por Laercio que los estoycos sostenian, que la dialéctica forma los sabios, y que un dialéctico es siempre sabio (*a*); que Zenon mismo tenia en suma veneracion á Diodoro Cronos, y á Filon, porque eran dialécticos; y que á un dialéctico que le enseñó algunos modos de soltar un sofisma, no se contentó con pagarle cien dracmas,

(*a*) Laërt. *in Zenone* n. L.

como él pedia, sino que le dió doscientas (*a*). Ciceron nos presenta á Zenon como mero inventor de palabras nuevas, y no de cosas, ó de sentencias, y siempre habla de los estoycos como de sutiles y espinosos en el disputar (*b*), como de hombres que punzan con preguntillas apretantes y dificiles, como con aguijadas, y van siempre descubriendo espinas, y descarnando huesos (*c*), y en todas partes se burla de las menudencias, de las angustias, y de las contorsiones de sus conclusiones, y de lo reducido de su lógica (*d*). El mismo Séneca, aunque severísimo estoyco, y ornamento de aquella secta, no puede dexar de declamar con freqüencia contra las sutilezas y cavilaciones de sus filósofos; y hora los reprehende asperamente de su prurito de enredar al contrario con preguntas dolosas, para inducirlo fraudulentamente á error, y con una conclusion falsa sacar de una proposicion verdadera una falsedad (*e*); hora se burla de las vanas qüestiones sobre que disputan, hora los acusa de la prodigalidad de sus sutilezas en cosas frí-

vo-

(*a*) Laërt. *in Zenone.* n. XX. (*b*) *De fin.* III. n. I. et II. (*c*) *De fin.* IV. n. III. (*d*) Ibid. num. IV, &c. *Tusc.* II. et IV. et al passim. (*e*) Ep. XLVI.

volas y ridículas, y de la mayor inutilidad (*a*). Y así todos los antiguos miran siempre á Zenon y á los estoycos como muy amantes de qüestiones ineptas, de vanas sutilezas, de sobrado menudas definiciones y divisiones, de dolosas preguntas, de conclusiones tiradas de los cabellos y violentas, de sutiles enredos, y de dialécticas vanidades. Este amor á sofisticar se descubria tambien inoportunamente en su moral, y hacia, como veremos despues mas extensamente, infructuosas é inutiles tantas máxîmas de severa y rigurosa doctrina, que caracterizaban su filosofía. ¿Quál pues, habrá sido la física de Zenon y de los estoycos, que engolfados en la dialéctica, y en la moral ponian poco cuidado en el conocimiento de la naturaleza? Qüestiones vagas sobre el principio agente, y sobre el paciente, sobre la naturaleza, sobre el alma del mundo, y semejantes cosas abstractas, sobre las quales nada podian decir con algun fundamento de verdad, eran toda la física de los estoycos. Y generalmente de toda su filosofía se podrá decir con razon que daba mas humo para ofuscar á la muchedumbre, que clara luz para

(*a*) Ep. CVI, CXIII. al.

ra iluminar á los verdaderos filósofos, teniendo mas de apariencia que de realidad. En efecto no encontramos en la escuela de Zenon ni Dicearcos, ni Aristóxenes, ni Teofrastos, y en todos los sucesores de aquella secta apenas vemos mas que un Panecio, que se sepa haber ilustrado un punto importante de buena moral. ¿Y en verdad qué progre-

Cleanto. sos acarreó Cleanto á la filosofía, hombre que en la realidad era bueno, honesto, laborioso y continente, pero de ingenio tardo y obtuso, y que dió motivo para que se burlasen de él con apodos no muy agradables (*a*)? Lo vemos alabado con freqüencia de los antiguos por su moderacion, por la sobriedad, paciencia, y otras virtudes; pero rara vez ó jamas por alguna particularidad

Crisipo. de su doctrina. ¿Y qué otra cosa era Crisipo, sucesor de Cleanto, que un sagaz intérprete de los sueños de Zenon (*b*), y un agudo charlatan, que no habia perdonado á estudio ni fatiga para adquirir argumentaciones y sofismas, artificios de palabras, y lazos dialécticos con que enredar y confundir á los contrarios, y obligarlos mal de su grado

(*a*) Laërt. *in Cleanthe.* num. IV. (*b*) Id. *De nat. Deor.* lib. I, num. XV.

Digitized by Google

do á conceder lo que él mismo no creia interiormente? Crisipo escribió libros, y mas libros con esteril fecundidad, poniendo en el papel quanto le ocurria á la imaginacion, diciendo y volviendo á decir las mismas cosas, citando continuamente autores, copiando de ellos acá y acullá larguísimos pasages, y componiendo obras, que podian decirse, y en efecto se decian, mas de los autores citados que suyas, refiriendo hora cosas ligeras y vanas, hora tambien torpes y obscenas (*a*), contradiciendose muchas veces á sí mismo, y apretando con sus mismas palabras á Carneades, y á los otros adversarios suyos (*b*), llenando sus libros de fábulas é inepcias (*c*), escribiendo siempre con aridez y frialdad (*d*), y en suma conteniendo muy poco de justo y sólido, y de verdaderamente útil en sus setecientos y mas volúmenes (*e*). Y sin embargo Crisipo era el héroe de los estoycos, el sustentáculo de la stoa, como dice Ciceron (*f*), y sustentáculo tal que era comun opinion, que sino fuese por Crisipo, no habria

(*a*) *Laërt. in Chrysippo.* (*b*) Plutarch. *De estoic. repugnantiis.* (*c*) Seneca. *De benef.* lib. I, cap. III. (*d*) Cicer. *De orat.* lib. I, num. XI. (*e*) *Laërt.* ibid. (*f*) *In Lucull.* num. XXIV.

Digitized by Google

bria ya pórtico, ni podria sostenerse la secta estoyca (*a*). Del sucesor de Crisipo, Zenon tarsense, apenas sabemos mas que escribió pocos libros, pero dexó muchos discípulos (*b*). Sucesor de este fué Diógenes babilonico, aquel estoyco, que en compañia del académico Carneades, y del peripatético Critolao fué enviado por los atenienses embaxador á los romanos, como hemos dicho antes; filósofo alabado por Ciceron, y por otros antiguos, que contribuyó mucho á la cultura de los romanos en la filosofía y en la eloqüencia; pero que no sabemos que acarrease particulares ventajas á la filosofía. Alabado es tambien por los antiguos Antipatro tarsense, discípulo y sucesor de Diógenes, sin adquirirse por ello un distinguido nombre, qual realmente lo obtuvo su sucesor Panecio. Este fué tal vez el único entre los estoycos, que con sus escritos dió á los posteriores una verdaderamente útil y sana filosofía. Sus libros de las obligaciones, ó sea de los *oficios*, sirvieron de modelo á Ciceron para la famosa obra escrita por él sobre el mismo asunto; y mas bien se pue-

Otros sucesores de la secta estoyca.

(*a*) Laërt. ibid. (*b*) Laërt. *in Zenone.* n. XXIX.

puede decir que fueron el texto que él traduxo con filosófica libertad. Laercio y Plutarco hacen mucho uso de algunos escritos suyos (*a*). Y tanto Ciceron, Plutarco, y Laercio, como Ateneo, Porfirio, y otros antiguos griegos y latinos citan muchas veces las obras de Panecio. Mnesarco, Polibio, Posidonio, Apolonio niseo, Ecaton, y otros griegos fueron sus discípulos, como Lelio, y Scipion, los dos primeros romanos que con razon pueden llamarse literatos, buscaron su instruccion; y aun Scipion quiso aprovecharse de su compañía y de sus luces, no solo teniendole en su propia casa, sino llevandolo consigo en sus expediciones políticas y militares; y despues Q. Mucio Tuberon, sobrino del mismo Scipion, y Q. Mucio Scevola, famoso jurisconsulto, y otros romanos sacaron de las lecciones de Panecio la eloqüencia y filosofía, que entónces empezaron á introducirse entre sus conciudanos. Pero cabalmente Panecio se apartó tanto de la doctrina de los estoycos, que casi debia mirarse mas como desertor que como maestro de aquella escuela. Aban-

(*a*) Laërt. *in Aristippo* num. VIII., *in Xenophane* num. IV, al. Plut; *in Aristide*, al.

donó en varios puntos el rigorismo de la moral de los estoycos, como sabemos por A. Gelio (*a*), y huyendo, como dice Ciceron, su aspereza y melancolia desaprobó la acerbidad de las sentencias, y las espinas de las argumentaciones, siendo en un género mas blando, y en el otro mas claro, y teniendo siempre en boca á Platon, Aristóteles, Xenócrates, Teofrasto, y Dicearco, como hacian fe de ello sus escritos (*b*): en suma podia de algun modo llamarse igualmente, o aun mas bien peripatético que estoyco. Tambien Posidonio, el estoyco mas docto de toda la escuela, tal vez aun en comparacion de Panecio, instruido no solo en la solida moral, sino en la física, y en la matemática, en la historia y en otras ciencias, fué mas célebre por su famosa esfera celeste, por la honorífica visita que recibió de Pompeyo, y por las lecciones de filosofía que dió al mismo Pompeyo, á Ciceron, y á otros romanos (*c*), que por su estoyca doctrina; y tambien este tal vez estudió mas á los otros fi-

Posidonio.

(*a*) Lib. XII, cap. V. (*b*) *De fin.* lib. IV, num. últ. (*c*) Cic. *Tusc.* II, num. XXV. *De nat. Deor.* tom. I, num. III, lib. II, num. XXXV, al.

filósofos que á sus estoycos; en efecto, vemos una explicacion suya del *Timeo* de Platon, citada por Sexto Empírico, y muchos escritos de meteorología, y de física, materias que no habria estudiado en los estoycos, de quienes eran poco conocidas (*a*). Panecio y Posidonio enseñaban en Rodas y en Roma; y no sabemos quien regia en aquellos tiempos el pórtico en Atenas, y podemos creer con razon que estuviese ya entónces extinguida la secta estoyca, como la peripatética, y la académica. Algunos romanos, como hemos dicho antes, abrazaron la filosofía estoyca. Brukero lo dice particularmente de los jurisconsultos romanos, y trae las razones porque cree que aquellos graves y sabios jurisperítos quisieron seguir mas esta filosofía que las otras (*b*): pero esto aunque pudo dar honor á la doctrina estoyca, no pudo hacer que aquella secta tuviese mas durable consistencia.

Enteramente contraria á esta fué la secta epicurea. La estoyca toda rigor y severidad, la epicurea toda indulgencia y blandura; Secta epicurea.

(*a*) V. Fabr. *Bib. gr.* tom. II, pág. 409, 410. Meurs. lib. II, de *Rhodo*, al. (*b*) *Hist. Phil.* per. II, par. I, lib. I, cap. I, §. VII.

Digitized by Google

aquella no respiraba mas que honestidad y virtud, esta solo buscaba el deleyte y el placer; aquella hacia estudio de inventar palabras nuevas y desconocidas, esta no sufria mas que palabras claras y de uso comun; aquella se deleytaba con agudezas dialécticas, esta aborrecia todo artificio dialéctico, y no gustaba de otros discursos que los sencillos y llanos, contentandose con estar buenamente al juicio de los sentidos sin entrar en sutilezas; aquella no conocia otra física que metafísica é ideal, esta la queria toda material y mecánica; aquella en suma era una filosofía muy sublime y superior á la comun capacidad, esta muy fácil y popular. Así que tanto como aquella preocupaba con la sutileza y sublimidad, otro tanto atraia esta con la claridad y naturalidad. De ningun filósofo, y de ninguna secta ha sido tan varia y equívoca la fama como la de Epicuro y de su escuela. Los epicureos son mirados por algunos, como impíos y libertinos, sensuales y voluptuosos, dados enteramente á los placeres de la carne y de los sentidos, sin abstenerse ni aun de los mas torpes y obscenos, y los huertos, que les servian de escuela, son considerados como infames prostíbulos ó lupanares, ó á lo me-

menos como indecentes albergues de solaces y divertimientos (*a*). Otros al contrario nos representan á Epicuro y sus escolares como religiosos y devotos (*b*), frugales, sobrios, continentes, modestos, obsequiosos con los padres, benéficos con los hermanos, suaves con los siervos, y humanos con todos; y pintan los huertos de Epicuro como lugares de retiro y de meditacion, de sobriedad y de abstinencia, donde se vivia con agua, polenta y pan de cebada, y se gozaba el dulce y util ocio del estudio, y la tranquilidad y paz del ánimo (*c*). No quiero tomar parte en esta disputa, donde poco puede decirse por una ó por otra parte, que no esté ya eruditamente tratado por Gasendo; pero no puedo inducirme á creer que una sociedad de tantas personas estudiosas y doctas, que daban tanto tiempo á la meditacion, y á las conferencias filosóficas, pudiese pasar una vida sensual y voluptuosa, licenciosa y disoluta; y que una escuela que llamaba la atencion, y la concurrencia de tantos sugetos dignos de estimacion por muchos

(*a*) V. Plut. Adv. Colo.. Laërt. *in Epicuro* III, et IV, al. (*b*) Cicer. *De nat. Deor.* lib. I, c. XVII, XX, al. (*c*) Laërt. *in Epicuro* V, VI, Sen. ep. XXI, al V. Gassend. *De vita et mor. Epic.* lib. IV, V, VI, seq.

Digitized by Google

chos títulos, fuese una sentina de vicios y de libertinage; y me inclino á creer que los epicureos con una moral mas suave é indulgente habrán llegado á ser despreciados, como los estoycos con sus máximas rigurosas y severas, y como todos los otros filósofos de qualquier doctrina que fuesen, los quales todos, no por regla de conducta, sino por sistema de escuela, abrazaban las opiniones mas ó menos suaves ó severas, como vemos tambien que en el dia sucede con freqüencia entre nuestros moralistas; y que en los huertos de Epicuro, como en el pórtico de Zenon, y en todas las escuelas habrá habido filósofos de buenas costumbres, y de conducta inocente, y filósofos delicados, voluptuosos, incontinentes y viciosos, de donde se habrá tomado motivo para alabar, ó para vituperar toda la secta segun la contraria ó favorable preocupacion de quien queria hablar de ella. Antes bien se debe creer que la secta teórica moral de los epicureos nada tenia en su origen que no fuese honesto y decente, y que las primeras ideas de su deleyte no se extendian á sensuales y luxuriosos placeres, como claramente escribe Epicuro (*a*), si-

(*a*) *Epist. ad Menoecum.*

Digitized by Google

sino que estaban reducidas á un puro é inocente deleyte, y á aquel espiritual y sincero placer, que nace de la carencia de todo dolor, del sosiego de las pasiones, de la tranquilidad y paz del ánimo; y por ello recomendaba Epicuro la vida sobria y frugal, y predicaba que no se puede vivir con gusto sino con una conducta de vida sabia, justa y honesta (*a*). Si despues alguna vez el mismo, ó alguno de sus sequaces parece poner tambien el deleyte en los placeres sensuales y obscenos (*b*), esto es solo por violenta conseqüencia de no bien entendida doctrina, ó por poco exâcta expresion de los verdaderos sentimientos del mismo Epicuro (*c*). Y es cierto que generalmente la moral de Epicuro, tanto práctica como teórica, tomada en su verdadero sentido, y con aquella favorable interpretacion, á que todo autor tiene derecho, nada presenta que desdiga de un solido filósofo, y que deba ofender á las personas sabias y honestas. Toda su filosofía merece justamente el respeto

Filosofía de Epicuro.

y

(*a*) *Epist. ad Menoecum in ratis sentent.* (*b*) Cic. *De fin.* lib. II, num. III, al. (*c*) V. Gassend. in not. ad lib. X. Diog. Laërt. Ad. rar. sent. *Si ea quae sunt luxuriosis* &c.

y la atencion de los estudiosos; y aunque dirigida toda á buscar la felicidad de la vida, siendo definida por Epicuro la filosofía como un exercicio, que con discursos y razones procura una vida dichosa (*a*), parece que unicamente se reduzca á la moral, sin embargo abraza realmente todas las partes de la filosofía; y solo lo que nos queda en el epítome, y en los fragmentos que nos ha conservado Laercio, forma un curso filosófico harto completo. La lógica no fué al principio recibida por Epicuro en la filosofía, dividida por él solo en natural y moral; pero obligado despues á separar lo verdadero de lo falso, y lo cierto de lo dudoso, y á responder y confutar las falsas apariencias de verdad, introduxo, como dice Seneca (*b*), baxo otro nombre la lógica. Dió en efecto Epicuro una brevísima lógica, que quiso llamar *canónica*, y la reduxo á pocos cánones, ó reglas sobre el criterio de la verdad, tomado de las impresiones de los sentidos, de la anticipacion, ó prenocion, y de la pasion ó afeccion, y sobre la aplicacion de las palabras en los discursos y en las disputas filosóficas, y generalmente en el uso de

(*a*) Sext. Emp. adv. Ethic. (*b*) Epist. LXXXIX.

de la vida; cuyos cánones sino son todos exâctamente verdaderos sin necesidad de excepciones ó de interpretaciones, todos son sencillos y claros, fáciles y vulgares, y de utilidad práctica, y sirven harto mas para el recto modo de pensar, y para la justa manera de filosofar, que los inmensos volumenes de caprichos dialécticos de Zenon, de Crisipo, y de otros filósofos. La física de Epicuro ciertamente no tenia otro objeto que el de librar á sus filósofos del terror de las cosas supernas, y del temor de la muerte; pero sin embargo abrazaba todas las partes de aquella ciencia, y, exceptuada la física de Aristóteles, era tal vez mas extensa y completa que la física de todas las escuelas de la antigüedad; y aunque no esté exênta de muchos errores, tiene no obstante la ventaja de atenerse siempre á las claras y mecánicas explicaciones, sin perderse tras razones metafísicas y fantásticas, y es muy superior en la claridad y exâctitud no solo á la sofistica y teológica de los estoycos, sino á la física misma de Aristóteles y de Platon. La ética misma, que ha estado sujeta á tantos improperios, y á tan severas críticas, es harto mas honesta y decente de lo que creen los que se paran en el solo nom-

bre de deleyte, y sin tanto fasto, y sin tanta ostentacion de palabras y de sentencias es tal vez de mas práctica y obvia utilidad, que la estoyca tan decantada. Y generalmente podrá observarse que confrontando la filosofía epicurea expuesta en su verdadero esplendor por Gasendo, con la estoyca adornada con la ilustracion de Justo Lipsio, fácilmente se dará la preferencia á la primera; y dexando aparte algunos errores sobre la inmortalidad del alma, sobre la creacion del mundo, sobre la providencia de Dios, y sobre otros semejantes puntos teológicos, errores por otra parte, que no son peculiares de Epicuro, sino comunes á Aristóteles, y á otros filósofos, se formará una idea harto ventajosa de la filosofía epicurea.

Particularidad de la escuela de Epicuro.

Ciertamente ninguna escuela tuvo tantos, y tan adictos y fieles sequaces como la de Epicuro. ¿Qué numerosa grey de amigos, escribia Ciceron, y con que estrechos vínculos de amistad no estaban unidos en la augusta casa de Epicuro! y aun se conservaban muchos epicureos del mismo modo en tiempo de Ciceron (*a*). Tantos eran, dice Laercio, los amigos de Epicuro, que ciuda-

des

(*a*) *De fin.* lib. I, num. XX.

des enteras no bastaban para contenerlos (*a*). Y de quantos discípulos abrazaron su doctrina no se encontró ninguno que la abandonase, fuera de Metrodoro estratonicense, quien, tal vez por no poder sufrir tanta y tan extraordinaria bondad, desertó de su escuela, y pasó á la de Carneades (*b*). Ninguna secta tuvo tanta duracion como la epicurea. Suidas dice, que desde la muerte de Epicuro hasta el imperio de Augusto, por espacio de 237 años, se contaban diez y seis continuos sucesores suyos en el magisterio de su escuela (*c*). Y aun cerca de dos siglos despues observaba de su tiempo Laercio, que quando estaban casi ya enteramente extinguidas todas las otras sectas, sola esta permanecia constantemente cultivada por numerosos escolares, y gobernada siempre por sus xefes con una serie de sucesores jamas interrumpida (*d*). Era tal en tiempo de Ciceron el concurso á la escuela epicurea, que causaba á muchos admiracion, y se oia preguntar con freqüencia como era que tantos seguian aquella doctrina (*e*). El nos habla freqüentemente, y con elogio de

(*a*) *In Epicuro* num. V. (*b*) Ibid. (*c*) *In Epicur.* (*d*) Ibid. (*e*) *De fin.* I, num. VII.

Zenon, de Fedro, de Patron, de Filodemo, y de otros epicureos de su tiempo griegos y latinos; y vemos en sus cartas el empeño grande que tomaba Patron, uno de los maestros de la escuela epicurea, en conservar en pie todo lo que quedaba de su padre Epicuro, quando queriendo C. Memio, mientras estaba en Atenas, edificarse una casa, y con este fin echar á tierra los huertos de Epicuro, habiendo obtenido para ello un decreto del Areopago, se opuso fuertemente Patron, puso pleyto, escribió una docta oracion, buscó recomendaciones y empeños, y se valió de todos los medios para hacerle desistir de aquel pensamiento, como finalmente lo consiguió; en lo que se vió igualmente el amor y afeccion á aquella escuela del romano Pomponio Atico, que habia sido discípulo de los epicureos Zenon, y Fedro, y del mismo Patron, quien tomó la conservacion de aquellos huertos con un calor, qual no lo habia mostrado jamas por ninguna otra cosa (*a*). Lactancio afirma espontáneamente que la disciplina de Epicuro fué siempre mucho mas célebre que la de los otros filósofos, y que con el nombre popular de deleyte atraia á mu-

(*a*) Cicer. *Epist.* lib. XIII, ep. I.

muchísimos á su secta (*a*). Todo esto puede probar que no estaba tan desacreditada la escuela de Epicuro como se cree comunmente, ni enseñaba una doctrina torpe é indecente, que mereciese la abominacion y detestacion de todas las personas honestas y sabias. Laercio nos da una breve noticia de los principales discípulos y amigos de Epicuro; nombra á Metrodoro lampsaceno, muy estimado del mismo Epicuro (*b*); á Polieno, gran matemático (*c*); á Hermaco, sucesor suyo en la escuela; á Leonteo lampsaceno, y á su muger Temista; á Colot, é Idomeneo, y algunos otros (*d*); y Gasendo encuentra aun no pocos otros citados por otros escritores (*e*). De sucesores en la cátedra de Epicuro nos nombra Laercio á Hermaco, Polistrato, Dionisio, y Basilides (*f*); pero sabiéndose por Suidas, que desde la muerte de aquel hasta los tiempos de Augusto se contaban catorce, procura Gasendo irlos entresacando del mismo Laercio, y de otros escritores antiguos, que citan á varios omitidos por aquel, y forma igualmente una larga

Discípulos y sucesores de Epicuro.

(*a*) *De falsa sapientia* lib. III, cap. XVII. (*b*) Cic. *De fin.* II, n. III. (*c*) Idem *in Luculo* num. XXXIII. (*d*) *In Epic.* num. XI, seq. (*e*) *De vit.* &c. *Epic.* lib. I, cap. VIII. (*f*) N. XV.

ga lista de los sequaces de esta secta tanto griegos como latinos (*a*); de los quales nos presenta otra Fabricio harto mas larga que aquella (*b*). Pero sin embargo es preciso confesar que entre tantos filósofos epicureos no se encuentra ninguno, que se haya distinguido con particular crédito, y á quien debamos referir alguna notable ventaja para la filosofía. Los ingenios griegos habian ido decayendo, y no solo la epicurea, sino todas las otras sectas filosóficas se resentian de esta escasez de hombres grandes. Platon, Aristóteles y Teofrasto, fueron los filósofos de Atenas, ó por mejor decir de toda la Grecia; y en su tiempo florecian tambien los Antistenes, los Aristipos, los Aristóxenes, los Dicearcos, y todos los otros que han dexado ilustre nombre á la posteridad. Algunas reliquias del genio filosófico quedaron por un poco tiempo, y animaron á nueva empresa al académico Arcesilao, y al peripatético Estraton, no menos que á los fundadores de las nuevas sectas, Zenon, y Epicuro. Pero despues ¿qué filósofo de crédito particular salió jamas en Grecia? ¿Qué ventajas han pro-

(*a*) L. c. lib. II, cap. IV. (*b*) *Bibl. gr.* tom. II, lib. III, cap. XXXIII.

producido á la filosofía Carneades, Filon, y los otros eloqüentes académicos, ocupados únicamente en destruir las otras escuelas, no en enriquecer la suya con útiles conocimientos? ¿Qué peripatético despues de Estraton puede llamarse verdaderamente filósofo? Despues de Zenon, y despues de Epicuro fueron, sí, pisados por muchos filósofos el pórtico, y los huertos; pero jamas se vió producir algun nuevo fruto á la filosofía. El ingenio de la Grecia parece que quiso fixarse en Roma, donde se vieron nacer poetas, oradores é historiadores, que emularon, y aun tal vez superaron á los griegos; y aunque las ciencias filosóficas no llegaron á hacer tantos progresos, ni encontramos entre los romanos quien emulase en las teorías filosóficas á los Teofrastos, á los Aristóteles, y á los Platones, sin embargo apenas se introduxo en Roma el amor á la filosofía, quando la epicurea, antes que las otras sectas, encontró un docto y noble ilustrador. El gran filósofo y poeta Lucrecio se dedicó desde luego á adornarla con sus elegantes versos, y nos dexó un rico monumento, que, singularmente en la parte física, puede llamarse el mas precioso que nos ha quedado de la antigua filosofía. A mas de Lucrecio

cio hubo otros muchos ilustres romanos, como Pomponio Atico, Torquato Veleyo, Trebacio, Casio y algunos otros, que se declararon sequaces de la doctrina de Epicuro; pero estos romanos epicureos, como los otros académicos, peripatéticos, ó estoycos, aunque daban con sus nombres alguna recomendacion á la filosofía que profesaban, no le acrecentaban las luces con sus escritos, ni podian dar mayor peso de autoridad á los dogmas de su secta.

Secta sceptica. Las quatro sectas ahora exâminadas han sido las principales, y aun pueden decirse las únicas, dentro de las quales se contenia toda la filosofía antigua; puesto que las dos sectas sceptica, y ecléctica, que quando se habla de los antiguos filósofos se oyen nombrar con freqüencia, no pueden llamarse mas que impropiamente sectas filosóficas. La sceptica, mas bien que filosófica, debia llamarse antifilosófica, y léjos de acrecentar y avivar las luces de la filosofía, no hacia mas que obscurecerlas y extinguirlas: y sus dogmas, si acaso tenia alguno, se reducian á no creer algun dogma, sino oponerse á todos los de los otros filósofos, y suspender su juicio, y dudar de todo. Pirron, xefe y maestro de aquella secta, floreció despues del rey-

Pirron.

na-

nado de Alexandro, antes de Zenon y de Epicuro, contemporaneo de Teofrasto y de Estraton. Primero discípulo de Drison, hijo del dialéctico Stilpon, y despues de Anaxârco, en compañía del qual fué con Alexandro á Asia, donde quiso oir las doctrinas de los magos, y de los gimnosofistas, y versado en los escritos de Demócrito, y de otros filósofos, empezó á conocer la dificultad de decidir sobre la verdad, ó sobre la falsedad de las opiniones de los filósofos, de aquí pasó á no querer abrazar ninguna de ellas, despues internandose mas y mas en el exâmen, no solo de las opiniones de los filósofos, sino de las cosas en sí mismas, pasó aun á dudar de todo, y á no querer decidir nada, y antes bien llegó á negarlo todo, y sostener al contrario, que no hay cosa que realmente sea torpe ú honesta, justa ó injusta, verdadera ó falsa, que nada en sí puede decirse bueno antes que malo, saludable mas que dañoso, nada puede afirmarse mas de una cosa que de su contraria, y que en la conducta de la vida, la ley y la costumbre, y no la justicia y la verdad, son la regla de las acciones de los hombres (*a*). Para dar

(*a*) Laërt. *in Pyrrhone.*

fuerza á esta su extraña opinion, y encontrar razones para sus dudas hasta sobre las cosas mas manifiestas y evidentes, inventó *diez modos, ó épocas* ó lugares, de donde sacar argumentos para dudar, á los quales añadió despues Agripa otros cinco, buscó el apoyo de la autoridad de otros filósofos, y recogió con este fin muchos pasages de Homero, de los siete sabios de Grecia, de Archiloco, de Xenófanes, de Demócrito, de Platon, de Empedocles, y de los principales filósofos de toda la antigüedad, y formó una lógica aporética, ó un arte no de descubrir las verdades ocultas sino de dudar de las mas claras y patentes (*a*). Estas teorías de Pirron nada perjudicaban á la práctica, y á la regularidad de su vida; y dice Laercio que se portó siempre con mucha piedad, y con gran sobriedad y modestia, y que se adquirió tanto la estimacion y respeto de todos, que los eleenses sus compatriotas lo elevaron á la dignidad de sumo sacerdote ó pontifice, los atenienses lo honraron con el título de ciudadano, y muchos hombres doctos se some-

Discípulos de Pirron.

tieron á su disciplina, como Euriloco, Filon ateniense, Hecateo abderitano, Nausifanes teio,

(*a*) Laërt. *in Pyrrhone.* num. VIII, et seq.

teio, y Timon fliasio, diverso del misantropo, poeta de varios géneros de poesía pero particularmente de los *silos*, que tan freqüentemente se ven citados por los antiguos, y mas que todos los otros por el mismo Laercio (*a*). El respeto que con su erudicion, y con la irreprehensible conducta se conciliaba Pirron, y tambien la novedad misma de la doctrina llamaron por algun tiempo la atencion de algunos á esta nueva manera de filosofar, y pudo realmente formarse una escuela sceptica, llamada tambien *zetética*, *efectica*, *aporética*, y por el nombre del xefe y maestro *pirrónica*: pero no encontrando los discípulos otra cosa en aquella escuela que dudas é incertidumbres, y viendo que en vez de cultivar las ciencias solo servia para destruirlas, y que nada se aprendia en ella, sino que nada se puede saber, quedó luego abandonada y desierta, y quando murió Timon, primero y único sucesor de Pirron, no se encontró ya quien quisiese ocupar su cátedra, y dar lecciones de aquella filosofía, como dice Menodoto, segun Laercio (*b*). Y si despues el mismo

(*a*) Laërt. *in Pyrrhone.* num. V, VI, VII.
(*b*) Laërt. *in Timone.* VII.

Laercio forma una lista de maestros y discípulos desde Timon hasta Saturnino Citena, discípulo del célebre Sexto Empírico, estos habrán sido instruidos privadamente por sus respectivos maestros, no educados en la escuela pública, que estableció Pirron, y en la qual despues de él dió lecciones el ahora citado Timon. Lo cierto es que no vemos comparecer jamas en la escena los pirrónicos, como los académicos, los peripatéticos, los estoycos, y los epicureos; y Ciceron nos manifiesta que mucho tiempo habia que no se disputaba ya contra Pirron, ni se tenia en consideracion alguna su doctrina (*a*). Esto nos parece aun mas notable quando entónces estaban tenidos en mucho crédito los académicos, y el mismo Ciceron era su sequaz y encomiador, y la doctrina pirrónica, sino era del todo la misma, ciertamente se conformaba mucho con la académica; y en efecto el mismo Sexto Empírico, que va sutilmente buscando razones de diferencia de la doctrina sceptica á todas las otras, y mas extensamente procura encontrarlas por lo que mira á la académica, se ve obliga-

Diferencia de la secta pirrónica á la académica.

(*a*) *De fin.* lib. II, n. XIII.

gado á confesar que verdaderamente la academia media, ó la doctrina de Arcesilao, tiene tanta afinidad con la de Pirron, que casi es una misma la disciplina pirrónica, y la académica (*a*). Pero á mí me parece que aunque aquellas dos sectas enseñasen una doctrina no diferente, no dexaban de ser diferentes en la reputacion, y en el concepto entre los filósofos. La secta pirrónica empezó con el odioso anhelo de combatir á las otras, de aniquilar las ciencias, de profesar la ignorancia, y de enseñar solamente que nada se puede aprender, para lo qual no hay necesidad de lecciones, ni de concurrir á escuela alguna; mientras que la académica tuvo un luminoso principio con el grandioso sistema, y con los dogmas sublimes de Platon, y atraxo á sí muchos sequaces con el lisonjero ofrecimiento de adquirir tan nobles conocimientos. Y si despues Arcesilao abandonó el método de los antiguos académicos, é introduxo uno nuevo, que se uniformaba mucho con el pirrónico, bien presto empezó á decaer el honor de la academia, la qual dentro de poco tuvo necesidad de mutaciones y de reformas, como hemos di-

(*a*) Pyrrhon *hypot.* lib. 1, cap. XXXIII.

dicho antes haberlas hecho Carneades, Filon, y Antioco; y ni aun con estas correcciones pudo conservarse mucho tiempo con esplendor, y en tiempo de Ciceron estaba casi enteramente obscurecida en la Grecia (*a*). Si los romanos, por amor á la eloqüencia, la qual se animaba mejor con las contiendas de los aporéticos que con las aserciones de los dogmáticos, volvieron á ilustrar la filosofía académica antes que la pirrónica, esto en mi concepto no fué mas que por encontrarse todavía en pie la escuela académica, aunque casi enteramente desierta (*b*), quando la sceptica estaba ya cerrada mucho tiempo habia, y porque llamandose académicos podian alabarse de tener por guias á los Arcesilaos, á los Carneades, á los Filones, y á otros nombres ilustres, quando entre los scepticos no se podian citar filósofos, que se hubiesen conciliado la veneracion de los doctos, ni de los indoctos. En efecto, despues de Pirron y Timon ¿qué hombres célebres han tenido los scepticos entre quantos se dice que han seguido su doctrina? ¿Quién conoce ahora á Dioscórides, Nicolaco, Eufranor, Prailo, Eubulo, il-

To-

(*a*) *De nat. Deor.* I, num. V. (*b*) Cicer. *in Luc.* IV.

Tolomeo, Sarpedon, Héraclides, y los otros scepticos nombrados por Laercio (*a*)? Enesidemo, y Sexto Empírico, son los únicos que han merecido la memoria y el aprecio de la posteridad. Enesidemo vivia cabalmente en tiempo de Ciceron, enseñaba en Alexandría la filosofía pirrónica, y escribió para ella ocho libros intitulados *Discursos pirrónicos*, de los quales nos da noticia Laercio (*b*), y Focio nos ha conservado un extracto (*c*); y con el mismo objeto escribió tambien un libro contra la filosofía, ó bien contra la ciencia, y otro sobre la investigacion, ó pesquisa, citados ambos á dos por el mismo Laercio (*d*). Mas ilustre nombre ha dexado en la historia de la filosofía Sexto Empírico, quien hácia fines del segundo siglo de nuestra era, quando estaba ya extinguido el amor á las sectas filosóficas, quiso sostener ó restablecer el decaido pirronismo, y tanto en los tres libros de las *pirrónicas hipotiposis*, como en los diez ú once *contra los matemáticos*, dexó un monumento no menos glorioso á su erudicion que á la filosofía sceptica. Estos dos, y algun otro eru-

Enesidemo.

Sexto Empírico.

(*a*) *In Timone* VII. (*b*) Ibid. (*c*) Cod. CCXII.
(*d*) *In Pyrrhone* XIII.

erudito sceptico de aquellos tiempos, dieron algun crédito á los pirrónicos, y obtuvieron en efecto que aquellos pocos, que entónces se declararon sequaces de la doctrina aporética, igualmente, ó tal vez mas se llamasen pirrónicos ó scepticos que académicos; pero vinieron ya sobrado tarde para poder poner muy en uso, y hacer que fuese tenida en consideracion y fama universal la doctrina que promovian; y en los siglos anteriores, quando estaba inflamado el zelo por las sectas filosóficas, no tuvo jamas la pirrónica sequaz alguno, que con las prendas del ingenio, de la erudicion y de la eloqüencia, pudiese darle algun ornamento. Así que la filosofía sceptica jamas llegó á formar una secta firme y constante, que pudiese contarse entre las sectas filosóficas que dominaban en la Grecia: y si los republicanos romanos, que se aplicaron á la eloqüencia, quisieron seguir una filosofía aporética, se declararon por la académica, que tantos hombres ilustres habia producido, antes que por la pirrónica, seguida solo con interrupcion, y de pocos, y aun estos poco conocidos y obscuros. Mucho menos debe entrar en el número de las antiguas sectas filosóficas la eclectica, la qual, ni propiamente puede llamarse

sec-

secta, ni puede tener parte en la antigua filosofía, habiendo sido, como ahora veremos, instituida posteriormente en Alexandría por el filósofo Patamon, quando estaban ya extinguidas las antiguas sectas de la filosofía griega, y ya se habia introducido otra nueva manera de filosofar.

Decadencia de la filosofía griega.

Hasta aquí hemos recorrido los alegres dias de la filosofía griega; la hemos visto nacer en el Asia, extenderse por la Grecia magna, por la Sicilia, y por otras partes, y finalmente fixarse en Atenas, donde formó sus nobles campeones Sócrates, Aristipo, Platon, Aristóteles, Teofrasto, Zenon, Epicuro, los corifeos y xefes, los conductores y maestros de las sectas filosóficas, que por mas de tres siglos la mantuvieron en aquel brillante esplendor, á que la habian elevado Talés, Pitágoras, Anaxágoras, Empedócles, Heráclito, Demócrito, y los primeros filósofos de la antigüedad: ahora pasarémos á contemplarla en su decadencia. Atenas, el trono de la elegancia y del gusto, de las ciencias y de las artes, la madre de los políticos, de los guerreros, de los literatos, y de los artistas, el centro del consejo y de la fuerza, de la autoridad y del poder de la Grecia, la lumbrera de toda la docta Europa,

y aun tambien del Asia, y del Africa en sus regiones mas cultas; Atenas, promovedora y favorecedora de todas las ciencias, lo fué particularmente de la filosofía, y no solo conservó vivo y brillante el esplendor de esta mientras duro su poder y superioridad, sino aun quando estaba envilecida y oprimida por las armas enemigas, y quando ya los oradores no animaban al pueblo con sus arengas, ni los poetas lo divertian en los teatros, y quando habian ya muerto Dinarco y Menandro, últimas reliquias de su honor poético y oratorio, continuó aun abriendo escuelas de filosofía, y concurriendo á las lecciones y á las disputas de sus filósofos. Mientras los filósofos se mantuvieron en Atenas, las paredes mismas de las escuelas, los diversos monumentos de la ciudad, el mutuo exemplo de los unos y de los otros, todo los llamaba al estudio, todo los excitaba al amor de fundadores de aquellas escuelas, y al zelo de promover y de ilustrar su doctrina. Pero el esplendor de Atenas se fué eclipsando de dia en dia con las sucesivas revoluciones, y con las continuas turbulencias, que agitaban aquella famosa y desventurada ciudad; y los filósofos, que no encontraban en ella un teatro

tro correspondiente á su ambicion, abandonaban facilmente sus escuelas, y llevaban errante por otros lugares su filosofía. Entre tanto el Egipto, baxo el sabio y feliz gobierno de los Tolomeos, prosperaba alegremente en todas las ciencias griegas, y Alexandría, émula de Atenas en toda cultura de buenos estudios, llamaba á sí á los hombres mas doctos de la Grecia; y Demetrio falereo, Callimaco, Antigono, Agatarchides, Aristarco, Didimo, y otros profesores de todas las artes y ciencias, y principalmente Euclides, Apolonio Pergeo, Eratóstenes, Héros, Aristilo, Aristarco, los príncipes y maestros de las matemáticas, daban á las escuelas de Alexandría algun derecho para disputar la primacía á las de Atenas, aunque estas eran mas celebradas y famosas. Al mismo tiempo la grandeza de Roma se iba aumentando mas y mas, y el esplendor de aquella ciudad, reyna del universo, llamaba á sí á toda clase de profesores, y de artistas, y deslumbraba tambien á los filósofos, y les hacia dexar las cátedras de Atenas para ponerse á la sombra de los poderosos romanos. Pero los filósofos de Roma y de Alexandría no eran ya aquellos filósofos, que tanto honor daban á Atenas. Los romanos, nacidos

para gobernar los pueblos con su imperio, no se dieron jamas al ocio de las ciencias especulativas, y al quieto estudio de la filosofía: la cultivaban, sí, algunos, pero como un medio para animar su eloqüencia, ó como un asilo adonde se retiraban los sabios y quietos ciudadanos en los tumultuosos tiempos de las conmociones de la república; como queria Ciceron (*a*), ó tambien, como decia Séneca, como un recurso para ocupar los dias lluviosos, y los tiempos de vacaciones (*b*), mas que para conocer las operaciones de la naturaleza, é internarse en los secretos de la filosofía. Y por ello apenas encontramos entre los romanos estudiosos un Laercio, que sujetandose á un sistema filosófico nos diese un curso de física y de filosofía, como si hubiese sido maestro en los huertos de Epicuro, y un Nigidio Figulo, que provisto de los auxîlios de las matemáticas se engolfase en el estudio y en la investigacion de la naturaleza. Los otros romanos no cultivaban mas que la moral, la parte de la filosofía que mas les servia para la oratoria y para la jurisprudencia, estudios

(*a*) *Tusc.* I. et saep. al. (*b*) *Quaest. nat.* lib. VII, cap. XXXII.

dios predilectos de los gobernadores del universo, y solo deseaban enriquecer la mente con varias luces, y oir á diversos filósofos sin fixarse en sistema alguno, ni profundizar algun punto de la filosofía. Así dice Ciceron de Varron que en muchos lugares empezó á tratar la filosofía de una manera bastante para excitar el deseo, pero poco para instruir (*a*). El mismo Ciceron tocó las materias mas sublimes y nobles de la filosofía, explicó la doctrina de algunos filósofos con mas fuerza y claridad que ellos mismos lo hubieran podido hacer, y hora exponia y defendia los preceptos de los académicos, hora enseñaba las obligaciones del hombre, ó bien sea los *oficios*, hora trataba de la muerte, del dolor y de las pasiones, hora de los fines de nuestras acciones buenas ó malas, hora de las leyes, hora de la naturaleza de los dioses, hora del hado, hora de la divinacion, hora de otros argumentos graves é importantes; pero todo lo trataba recogiendo las sentencias de los filósofos griegos, y ya seguia á Panecio, ya á Platon, ya á otros, y no se dedicaba á meditar por sí, y á presentar sobre las materias tratadas ideas suyas nuevas

(*a*) *Acad.* lib. I, cap. III.

vas y originales, y enlazarlas entre sí de modo que pudiesen formar un cuerpo de filosofía ciceroniana. Quinto Sexto fué el único que pensó en componer un sistema de invencion suya propia, y que enseñó una filosofía griega en las palabras, y romana en las costumbres, como dice Séneca (*a*); pero esta filosofía aunque vigorosa y varonil, realmente digna de los espíritus romanos, y empezada con grande ahinco y fervor, no tuvo larga duracion, ni encontró muchos sequaces, y en su mismo principio quedó extinguida, como dice el mismo Séneca (*b*), sin dexar apenas memoria alguna de su exîstencia. Generalmente los romanos deseaban oir á los filósofos para recrearse en sutiles discursos, é instruirse en útiles preceptos, que es realmente el verdadero fruto de la filosofía; pero pasaban indiferentemente de las lecciones de Antioco á las de Fedro, Cratipo y los otros, de los estoycos á los epicureos, de los peripatéticos á los académicos, mas por un espíritu de curiosidad, que quiere verlo todo, que por una crítica filosófica, que se remonta á los principios, los pesa, y los aprecia, y quiere discernir lo verdadero de lo fal-

Q. Sexto.

(*a*) Ep. LIX. (*b*) *Quaest. nat.* VII, cap. XXXII.

falso; ansiosos solo de adquirir conocimientos, no de promover sistemas, de seguir su gusto, no de convencer ó satisfacer la razon, y hacerse eruditos mas que filósofos. Así que viniendo despues el gobierno de los emperadores, en el que poco manejo podian tener los particulares en los negocios de la república, y la eloqüencia oratória tenia menos necesidad de sólida filosofía, los romanos no se dedicaban á esta mas que por mero pasatiempo y curiosidad. Despues los griegos, que siguieron ocupando el dominio de la filosofía, y el magisterio de los romanos, introduxeron en Roma todos los sistemas filosóficos de la Grecia, y renovaron tambien algunos ya antiquados, procurando mas atraer á los oyentes con eloqüentes discursos, y con eruditas novedades, que ilustrar la filosofía con profundas discusiones; y Roma era el teatro, donde querian comparecer casi todos los filósofos griegos, y hacer ostentacion de su saber, y no el gimnasio, donde se formasen los filósofos y exercitasen sus ingenios para ilustracion de la filosofía.

Alexandría fué mas fecunda de filósofos, y cultivó con mas empeño la filosofía; pero una filosofía, que aunque venida de la Grecia, Filosofía de Alexandría.

cia, y enseñada por los griegos, se habia apartado bastante de la que se profesaba en Atenas. El Egipto, la primera escuela de filosofía de los griegos, donde habian concurrido para aprenderla Talés, Pitágoras, Platon, y los primeros filósofos de la Grecia, no podia de un golpe desnudarse de su doctrina, y vestirse de las que querian introducir los griegos, que en otro tiempo habian sido sus discípulos. Fué por ello preciso que los griegos atemperasen su filosofía á las doctrinas egipciacas, y expusiesen aquellos sistemas que mas se conformaban con el gusto de aquellas gentes, á quienes los querian enseñar. Los misterios y los arcanos simbólicos de los pitagóricos, y las abstractas y obscuras ideas de Platon eran correspondientes al genio melancolico y reservado de los egipcios, mayormente quando muchos dogmas de la filosofía platónica estaban sacados de la pitagórica, y muchos de ellos, tanto de Pitágoras, como de Platon, provenian de las tradiciones egipciacas; y por esto la filosofía pitagórica, y la platónica prevalecieron en Alexandría; bien que la peripatética y la estoyca, no desemejantes en la obscuridad y en la abstraccion á las otras dos, encontraron tambien buena aco-

acogida. Y por mejor decir aquellas mismas doctrinas platónicas y pitagóricas se envolvian en otras egipciacas y asiáticas, y formaban una filosofía mas mística y teológica, que práctica y natural. En este estado de los estudios filosóficos se vieron girar por la Grecia, por Egipto, y por Roma muchos profesores, unos de una secta filosófica, y otros de otra; pero pocos llegaron á ser verdaderos filósofos. La filosofía pitagórica, ya abandonada, volvió á ponerse en gran reputacion, obtuvo mucho crédito no solo en Alexandría, sino en Roma y en otras partes, y Moderato gaditano la ilustró con muchos libros, y Socion alexandrino, el famoso Apolonio tianeo, y varios otros la enseñaron en Roma, y en otras ciudades. La secta cinica reformada por Zenon, y de algun modo transfundida en la estoyca, perdió casi del todo su exîstencia; pero en el restablecimiento de la filosofía, baxo el imperio romano, nació de nuevo y la siguieron un Musonio, un Demetrio, un Demonates, y otros célebres filosofos. Cheremon egipciaco profesaba la filosofía estoyca; pero muy versado en las sagradas letras de sus gentes no podia abandonar los sentimientos con que habia sido educado, y unia á

Sectas filosóficas renovadas.

la doctrina de Zenon la de los egipcios, y escribia de los geroglificos y de las cosas egipciacas de modo que pudiesen gustar á los griegos (*a*). Quando reynaba aquel deseo de filosofar, y de oir diferentes doctrinas salieron tambien al campo los hebreos; y el célebre Filon hebreo alexandrino, animado de aquel espíritu casi general de filosofar escribió obras, en las quales de tal modo acomodaba la doctrina de Moyses á la filosofía de Platon, que decian verse en ellas ó Moyses que platonizaba, ó Platon que mosaicicaba. Y no solo la doctrina de los hebreos, sino que tambien las opiniones de los otros asiáticos encontraban entre los alexandrinos benigna acogida, y amasadas con las pitagóricas y platónicas se difundian por otras escuelas; y así se veian girar por Roma, Alexandría, Atenas y otras ciudades muchos filósofos griegos, que ataviados á la moda de su secta, predicaban altamente, y llevaban como en triunfo á su filosofía.

Emperadores protectores de la filosofia.

Los filósofos en todo el dilatado imperio de Augusto encontraron en este un de-

(*a*) V. Porphyr. *De abit.* lib. VI, al.

declarado protector y defensor; pero no todos sus sucesores los miraron con la misma atencion. Tiberio, Claudio, y Neron afectaron á lo menos por algun tiempo amor á las letras, y por ello tambien á la filosofía; bien que los desórdenes, las maldades, las iniquidades, las violencias y las despóticas y tiránicas crueldades de aquellos imperios poco podian animar á la cultura de este, ni de algun otro estudio. Galba, Oton, y Vitelio no hicieron mas que dexarse ver sobre el trono, y no tuvieron tiempo para mostrarse favorables ó contrarios á la filosofía. Pero Vespasiano pudo desplegar abiertamente su ánimo; é hizo ver, que, aunque apasionado á las personas doctas, no podia sufrir á los filósofos: á los quales desterró severamente de Roma, y aun condenó á muerte á alguno de ellos; y si pronto pudieron volver ó por indulgencia del mismo Vespasiano, ó con el permiso de Tito su hijo, no duró mucho su quietud, porque poco despues Domiciano los desterró; no solo de Roma, sino de toda Italia. Que Domiciano, cruel con toda clase de personas, y poco amante de las letras, no pudiese ver cerca de sí á los filósofos, no debe causar admiracion; ¿pero cómo es que Vespasiano, fautor de los buenos

Filósofos desterrados.

estudios, y protector de los doctos, destierra de Roma una clase de profesores, que enseñaban una ciencia tan estimada, como es la filosofía? Ello es ciertamente cosa notable que no pocas veces hayan encontrado los filósofos el odio de las personas honestas, y que aun los amantes de las ciencias y de la buena filosofía hayan declarado la guerra á los filósofos. La soberbia y el orgullo, con que se paboneaban, y querian ser tenidos como superiores á todos los otros, ponia mas á la vista sus defectos, y hacia que los otros los relevasen con mayor severidad: y su conducta no era por lo comun de tal calidad que pudiera merecerse el amor y el respeto de los observadores. Vanos y presuntuosos de sus opiniones, que muchas veces no eran mas que pueriles frioleras, ó aun sutilísimos errores, descarados aduladores, y viles cortesanos de los príncipes y señores ricos y poderosos, de quienes en sus apotegmas se jactaban ser superiores, ansiosos amantes de los honores y de las riquezas, que despreciaban en sus escritos, soberbios, inquietos, sediciosos y tumultuarios, y faltos de las virtudes, que predicaban con tanta ostentacion, no merecian mas que el odio, ó el desprecio de quien

quien los miraba con imparcialidad. Vemos quan ridículas y odiosas imágenes nos presenta de ellos continuamente Luciano (*a*); con quanta irrision, tanto por la doctrina como por las costumbres, habla á veces de ellos el mismo Séneca, aunque filósofo (*b*); que Vespasiano, príncipe sabio y amante de los doctos, los destierra de la ciudad; y que San Pablo, y los Santos Padres declaman con freqüencia contra los mismos, como contra gente nociva y malvada, contagiosa é infecta, de quien conviene vivir léjos. Aun en nuestros dias tenemos sobrado fatales exemplos de que de nadie ha recibido tan ruinosos golpes la religion y la humanidad como de aquellos, que siempre quieren respirar filosofía, y que con tanta soberbia se glorian de filósofos; y por ello el nombre de filósofo, en otro tiempo estimado y respetado de todos, es ahora oido con desprecio y abominacion por las personas sabias y honestas. Pero volviendo á los filósofos antiguos, de quienes estamos hablando, si sufrieron la ignominia de ser desterrados de Roma por Vespasiano, y aun de toda Italia por Domicia-

(*a*) *Vitarum auctiones*, *Revivíscentes*, al.
(*b*) Ep. XLVIII, et al.

ciano, encontraron despues una completa recompensa viendose honrados con premios, y con la asignacion ánua de diez mil dragmas por el famoso Antonino Pio (*a*), y recibiendo de Marco Aurelio las distinciones de estatuas, de imágenes aureas, de magníficos sepulcros, y de los mayores honores (*b*). Pero es de observar quales fuesen los filósofos, á quienes tanto honraba Marco Aurelio, Cómodo, Apolonio calcedonio ó calcidenico, Sexto cheronés, Junio Rústico, Claudio Máxîmo, Cinna, Catulo, Claudio Severo, filósofos ciertamente de no gran mérito, que poca ó ninguna ventaja acarrearon á la filosofía, y poquísimo nombre han dexado á la posteridad. ¡Qué inmensa diferencia no hay de estos obscuros filósofos á Aristóteles, á Xenócrates, á Aristóxeno, á Teofrasto, y á otros célebres antiguos, que con tanto empeño se disputaban las cátedras del licéo, y de la academia, que nada rentaban! No, ciertamente no son las grandes pensiones, y los grandes dones los que producen mas grandes y mas nobles profesores: el amor de la gloria y de las ciencias,

Filósofos llamados y honrados.

(*a*) Jul. Cap. in *Antonin. Pio*, Lucian. in *Eunucho*, Philostr. in *vit. Sophistar.* (*b*) Jul. Capit. in *M. Anton.*

cias, la energía y la actividad del propio genio es lo que anima á los hombres grandes, y excita á los grandes ingenios á dexar para despues de sus dias ilustres discípulos, y á promover todas las ventajas de las ciencias que profesan; y los Aristóteles, y los Teofrastos desean con ansia las estériles y pobres cátedras, quando las asalariadas y ricas se ven ocupadas por los Cómodos, por los Claudios, por los Cinnas, y por los otros profesores de mucho menor mérito. Las escuelas filosóficas dotadas por Antonino Pio fueron, como dice Luciano (*a*), las de los estoycos, de los platónicos, de los epicureos, y de los peripatéticos; así que parece que los pitagóricos, los cinicos, y los scepticos, ó no estaban en su tiempo tenidos en mucha consideracion, ó se confundian con los platónicos y con los estoycos, quando no quiera decirse, como parece mas probable, que M. Aurelio sin entrar en otras discusiones, puso la vista solamente en estos filósofos, porque sus escuelas eran las únicas que se habian hecho famosas en Atenas, y habian dado la regla y norma á la filosofía. Pero es cosa bien notable que de todos

(*a*) *In Eunucho.*

dos los filósofos, que florecieron en estos tiempos, cabalmente los mas doctos, ó á lo menos los mas famosos, y mas conocidos de los posteriores, hayan sido dos eruditos escritores, que sin cátedra en alguna de aquellas escuelas, y antes bien sin la borla, y sin las externas insignias de filósofos han acarreado mas ventajas á la filosofía que los mas célebres profesores. ¿Qué nombres tan obscuros no leemos en Suetonio, en Dion Casio, en Julio Capitolino, en Filostrato, y en otros griegos y latinos, que son referidos como filósofos muy estimados en aquellos dias? ¿Quántos no nombra solo Brukero, que habla con bastante extension de los principales maestros de cada una de aquellas escuelas, y cita ademas muchísimos otros filósofos de inferior crédito (*a*)? ¿Pero quán superiores no son á todos estos otros dos, que no hicieron pública profesion de filósofos, á saber Séneca y Plutarco?

Séneca. Séneca, educado por M. Anneo su padre en la eloqüencia, y en la filosofía por el pitagórico Socion, por Demetrio cinico, por Atalo estoyco, y por otros filósofos, dedicado despues á la oratoria forense, emplea-

(*a*) *Hist. crit. phil.* period. II, part. I, &c.

pleado en la qüestura, en la pretura, y en otros puestos importantes, y léjos del polvo de las escuelas, y de las disputas escolásticas, ha sido el mas grande filósofo de los latinos, y uno de los mas famosos de la antigüedad. No solo sus tratados y sus epístolas nos dan excelentes lecciones de la ética mas sublime, y lo constituyen uno de los mejores filósofos morales; sino que sus libros de las qüestiones naturales nos lo manifiestan tambien físico bastante docto, y en medio de algunos errores, generalmente excusables en aquellos tiempos, presentan verdades importantes, y contienen tal vez quanto dexaron los antiguos de mas precioso, y digno de la memoria de los posteriores. Plutarco, nacido en la Beocia, pero en una casa y familia erudita, instruido por Amonio en la filosofía, versado en muchos géneros de estudios, empleado desde su juventud en comisiones públicas, y ocupado en puestos respetables, fué uno de los primeros filósofos de aquel tiempo, y á mas de mostrarse tal en los escritos históricos y en los filológicos, dió tambien obras propiamente filosoficas, que le pusieron en la clase de los mas estimados filósofos. Plutarco, del mismo modo que Séneca, se ha espaciado Plutarco.

mas largamente en los campos de la ética, que en los de la física; pero á veces no ha dexado de volver su vista á investigaciones físicas; y las qüestiones naturales, los comentarios del primer frigido, de la faz que aparece en el orbe de la luna, y otros semejantes hacen ver, que no por cultivar la doctrina moral abandonaba el estudio de las cosas naturales: y generalmente Plutarco y Séneca pueden mirarse como los dos escritores de aquellos tiempos, que mas luces han comunicado á la filosofía. Séneca, mas sutil y agudo, mas profundo, nervioso y robusto, vibra sentencias, que como rayos y relampagos penetran hasta el fondo de la materia, y la tocan en su verdadero punto. Plutarco, lleno de varia y copiosa erudicion, ameniza con oportunos hechos históricos ó mitológicos, y con pasages de los poetas, y de otros escritores las materias que trata. Séneca con la vivacidad y prontitud de su ingenio maneja de diversos modos el argumento, y encuentra para todo razones, que á veces pecan en excesiva sutileza; pero comunmente son prudentes y sólidas, fuertes y convincentes. Plutarco satisface muchas veces al lector con una oportuna comparacion, ó con un rasgo de

Digitized by Google

erudicion. Séneca, riguroso censor de las costumbres, condena con severidad, y aun con dureza los vicios y los viciosos, y recomienda la virtud magestuosamente, y á veces con expresiones hinchadas y huecas. Plutarco, mas indulgente y mas moderado, reprehende con mas suavidad, y alaba con mas circunspecta sobriedad. Séneca da mas luces para la física, y para la moral; Plutarco para la historia literaria de la misma física, y de toda la filosofía. Séneca es mas filósofo; Plutarco mas erudito: ambos á dos escriben con poca cultura de lenguage y de estilo, y con algun desórden, y no apuran del todo la materia que tratan; pero ambos nos han dado las obras mas útiles y mas copiosas de verdadera filosofía, que nos han quedado de los filósofos de aquellos tiempos. En efecto ¿qué tenemos de todos los celebrados profesores y escritores de aquella edad, que pueda merecer la preferencia, ó que nos manifieste alguna superioridad de los mismos sobre los dos ahora nombrados? Epitecto y M. Aurelio han dexado obras de sólida filosofía; pero reducidas solo á la moral, y mas apreciables por la utilidad de los preceptos que por la dignidad en el modo de tratarla. ¿Qué nos enseña la obra de

Epitecto, y M. Aurelio.

Cornuto. Cornuto *De la naturaleza de los Dioses*, sino una mitológia envuelta con los obscuros caprichos de la fisiología estoyca? Alcino. Alcino nos ha dado una introduccion á la doctrina de Platon, donde forma como un epítome de su filosofía, poniendo en órden y sistema, y á mas clara luz los sentimientos y las opiniones de Platon, muchas veces misteriosas y obscuras, y esparcidas acá y acullá en sus diálogos; pero nada dice él de suyo, ni realmente hace otra cosa que introducir á la doctrina platónica, y servir como de guia á quien quiera estudiar la filosofía en los Apuleyo. escritos de aquel filósofo. Apuleyo ha formado un pequeño tratado sobre el mundo, mas geográfico ó cosmográfico que filosófico; pero en este mismo protesta seguir, quanto se lo permite su capacidad, las huellas de Aristóteles y de Teofrasto. ¿Y qué son sus discursos sobre la *filosofía*, y sobre el *dogma de Platon*, sino una reducida interpretacion de los sentimientos del mismo Platon en algunos puntos de su filosofía, y una introduccion como la de Alcino, á la doctrina platónica? Dulce y meliflua eloqüencia, mas que sólida y robusta filosofía pre-
Máximo Tirio. senta en sus disertaciones Máximo Tirio. Sofistas y retóricos eran casi todos los filósofos de

de aquellos tiempos, los quales estudiaban las obras de Platon, y de los otros filósofos para adornar su umbrática eloqüencia con las flores de la filosofía. Y así se ven referidos por Filostrato en las vidas de los sofistas algunos de aquellos mismos que Eunapio cuenta entre los filósofos; y vemos que la mayor parte de los filósofos de aquella edad son indiferentemente llamados por los escritores coétaneos ya sofistas, ya filósofos, sin hacer distincion alguna de los unos á los otros. Su estudio se dirigia á atraer á los oyentes, y adquirir gran número de discípulos; á este fin procuraban fecundizar su ingenio y enriquecer su eloqüencia, con la erudicion, y con la doctrina de los filósofos, y sin sujetarse enteramente á alguno se valian de las sentencias de todos como mejor les venia á su propósito. Platon, como el mas eloqüente, y el mas rico de elevados sentimientos, y de misteriosas y teurgicas teórias, era mas estimado, y estudiado de los que querian hacer de filósofos; pero estos mismos no dexaban de consultar á los maestros de las otras sectas, y la gravedad de las máximas estoycas, la extension y variedad de los sistemas peripatéticos, y la volubilidad de las razones pirrónicas y académicas, todo

se

se ponia en uso quando venia al caso para tratar las materias, sobre que querian disputar.

Secta eclectica. En este estado de la filosofía vino Potamon, y juzgó correspondiente al decoro de ella el quitar enteramente toda disension y diferencia de sectas, y formar una sola, que tomase de todas las otras lo que mas le acomodase, y se llamase por ello eclectica, que es decir electiva. Laercio es casi el Potamon. único, que nos da noticia de Potamon, y de su secta. Dice que Potamon era de Alexandría, que floreció poco antes del tiempo en que él escribia, que escogiendo de cada una de las sectas aquello que mas le gustaba, introduxo la secta eclectica, y que su doctrina era, que son dos los criterios de la verdad, el entendimiento que juzga, y el medio por que juzga, que es la distinta y clara idea ó imaginacion; que los principios de las cosas son la materia, y la causa eficiente, la accion y el espacio; y que el fin, á que todo se dirige, es una vida perfecta de toda virtud, pero no sin los bienes naturales del cuerpo, y aun los externos (*a*). Así que parece que la secta eclectica de Potamon no fué,

(*a*) In Prooemio num. XIV.

fué, como se cree comunmente, una secta que tuvo por dogma que de todas las sectas se debia hacer eleccion de las opiniones, dexando á cada uno el arbitrio de escoger á su gusto, sino una secta que tuvo sus dogmas establecidos por él, despues de haberlos escogido de varias sectas. Pero si así lo quiso hacer Potamon, ó á lo menos así lo entendió Laercio, de otro modo abrazaron otros el eclecticismo, y sin pensar en Potamon, ni en su sistema, formaron por sí otros, escogiendo los sentimientos no solo de los griegos filósofos, sino tambien de los egipcios, de los orientales, y de los mismos cristianos, los quales mucho tiempo habia que tenian una escuela en Alexandría, y entonces principalmente florecian en ella con particular fama de erudicion Panteno y Clemente Alexandrino (*a*), y el tan celebrado Orígenes Adamancio. La parte teologica no fué atendida por Potamon, y cabalmente esta, mas que la lógica y la física, estaba en uso entre los filosofos de Alexandria. Y por esto Amonio Sacca, que fué educado entre los cristianos, y segun algunos se conservo tal

Amonio Sacca.

(*a*) Heuseb. *Hist. Eccl.* lib. V, cap. X, et XI.

Digitized by Google

tal hasta la muerte, pero segun otros pasó al gentilismo, que por entónces era aun la religion dominante (*a*), enseñó una filosofía segun el método eclectico, y conforme al gusto de los filósofos de aquel tiempo, y al genio de los alexandrinos. Abrazó en la mayor parte la pitagórico-platónica, que era, por decirlo así, de moda en Alexandría, la concilió en varios puntos con la aristotélica, la corrigió y ennobleció en otros con las doctrinas de los cristianos, la mezcló con varias opiniones supersticiosas de los orientales, y se formó una filosofía, que obtuvo aquella universal aprobacion, y aquella abundancia de oyentes, que jamas pudo conseguir Potamon. El célebre Dionisio Longino fué uno de los discípulos de Amonio, y tales fueron tambien Erennio, y un Orígenes, diverso del Adamancio, y autor de una obrita sobre los demonios, que era materia del gusto de aquellos tiempos, y de otra con un título, que no nos manifiesta bastante qual sea su argumento (*b*). Pero el honor de la escuela de Amonio, y la lumbrera de la nueva filosofía fué particularmente Plotino; quien

Plotino.

na-

(*a*) V. Bruck. t. II, per. II, par. I, lib. I, cap. II, sect. IV, §. VI. (*b*) V. Porphir. in *vita Plotini* c. III.

nacido en Licópolis de Egipto, y educado en la escuela de Alexandría, quiso oir á todos los filósofos, que entonces estaban reputados por mas excelentes en aquella capital de la filosofía, y quedó tan poco contento de todos, que salió de sus escuelas lleno de tristeza y melancolía, viendo burladas sus esperanzas, y tan mal satisfechos sus ardientes deseos de saber, y de adquirir la verdadera filosofía, hasta que fué conducido por un amigo á Amonio, y entonces dice haber realmente encontrado lo que buscaba. Once años estuvo baxo la disciplina de Amonio, y deseoso por ella de conocer mas de cerca la doctrina de los persas se unió al emperador Gordiano, que marchaba entonces contra la Persia, y de aquí retirandose á Antioquía, se fué despues en el imperio de Filipo á Roma, donde pasó el resto de su vida, que al fin fué á terminar en la Campaña. Este Plotino, pues, fué tenido por el verdadero maestro, y el príncipe, ó antes bien el numen de la nueva filosofía, que enseñó por veinte años, y que despues dexó expuesta en sus libros. Los antiguos todos le colman de los mayores elogios, y le conceden una superioridad, que lo pone sobre el nivel de todos los otros. Longino no so-

lo le prefiere, con mucho, á los filósofos de sus dias, sino tambien á los anteriores pitagóricos y platónicos, á Numenio, Cronio, Moderato y Transilo (*a*). Porfirio no solo le tiene por superior á los otros filósofos, sino que le mira como escritor inspirado de Dios, y mas que como humano lo respeta como divino, creyendo que los oráculos, y el mismo Apolo estaban ocupados en texerle elogios y alabanzas (*b*). Eunapio dice que en su tiempo aun humeaban las aras de Plotino, y que sus libros no solo eran mas manejados y estudiados por los doctos, que los libros mismos de Platon, sino que el vulgo, aunque no entendiese sus dogmas, sin embargo por ellos regulaba su conducta (*c*). Y así puede decirse generalmente que la doctrina de Plotino era el objeto de la admiracion y de los encomios, y la norma del pensar, hablar y escribir, por no decir tambien del vivir de los filósofos de aquella edad. ¿Quál, pues, seria esta doctrina canonizada con tantas aprobaciones de los mas grandes hombres de aquellos siglos? Yo confieso que de todas aquellas sus enneades, ó de los

(*a*) Porphir. *in Vita Plotini* cap. XX, XXI. (*b*) In *Vita Plot.* cap. XXII. (*c*) *De Vit. phil. in Plotino.*

los seis novenarios de sus libros ordenados por Porfirio, la mayor parte se ha escapado á mi inteligencia, y en aquellos pocos libros, ó por mejor decir en los pocos capítulos que he conseguido entender, poquísimo he encontrado que merezca la pena de buscarse con algun estudio. Es cierto que él emprende tratar nobles é importantes materias tanto físicas como morales; pero en las unas y en las otras mete una tal gerigonza de ideas enredadas y abstractas, de expresiones obscuras y faltas de sentido, de teúrgicas y pneumatúrgicas teorías, de vana y batológica metafísica, que poco ó nada se puede aprender de sólido y verdadero. No hablo solo de la quinta y de la sexta enneada, que versando ambas á dos sobre las substancias, y sobre los inteligibles, sobre el ente, y sobre sus varios géneros, sobre el uno y el todo, sobre los números, y sobre otros puntos puramente metafísicos y abstrusos, no podian contener mas que sutilezas y enredos, confusion y obscuridad; no de la segunda, que abrazando argumentos de física, poco ó mal conocida por Plotino, y tratando del mundo con las ideas poco inteligibles de Platon, no podia ser mas que un comento de la doctrina del mismo Platon y de Aris-

tóteles; pero comento que tomandolo todo en sentido místico y nada en el físico y literal, y refiriendolo todo á sus dioses y demonios, á sus almas y á sus inteligencias, nada presenta de real y físico, de claro é inteligible; no de aquellos libros, ó de aquellos capítulos, que contienen su insignificante trinidad, el triplice retorno del alma al mundo inteligible por la música, por el amor, y por la filosofía, y otras materias misteriosas, sublimes y recónditas, que no sufren claras y sensibles explicaciones, aun tratadas por filósofos de ingenio mas sólido y claro, quanto menos por Plotino, enmarañado y confuso con los caprichos y logogrifos de su escuela; pero aun en los libros de la virtud y de la bienaventuranza, del alma y de su inmortalidad, y en aquellos argumentos, que formaban el principal objeto de sus meditaciones, y sobre los quales debia por ello haber adquirido mas claras y verdaderas luces, ¿qué nos presenta que pueda satisfacer la justa curiosidad de un verdadero filósofo? ¿Qué dice en efecto de la virtud? Propone una máxîma de Platon, que enseña ser preciso hacernos semejantes á Dios; pero la envuelve luego en una infinidad de qüestiones inutiles. ¿A qué dios nos

nos debemos asemejar? al alma del mundo? á su intimo gobernador? Pero este dios tiene él mismo todas las virtudes? tiene las civiles? y cómo? Y si Dios no tiene las virtudes, podremos, teniendolas, serle semejante? ¿Y quál podrá ser nuestra semejanza? Y de este modo se pierde en qüestiones, y en exposiciones obscuras é insubsistentes, sin dar la menor ilustracion sobre las virtudes; y despues entra en las purificaciones, y se engolfa en otro océano de importunísimas investigaciones, se confunde en vanas doctrinas de hacer al hombre unas veces dios y demonio, otras dios solo, de la sabiduría que hay en el entendimiento, y de la que hay en el alma, de la justicia en la multitud de las partes, y de la de uno para consigo mismo, y de otras inutiles é ininteligibles materias, termina su libro sin enseñar nada sobre las virtudes, que pueda contener verdad alguna importante, ó alguna utilidad práctica (*a*). No es mas instructivo tratando de la felicidad, que él coloca en la vida; pero explica ó confunde los diversos géneros de vida, y corre tras todo, menos la felicidad (*b*). Y generalmente en todas las materias que toca,

(*a*) Ennead. I, lib. II. (*b*) Enn. I, lib. IV, V.

ca, tanto dialécticas y metafísicas, como físicas y morales, poco y muy poco puede hallarse de sólido y verdadero, y comunmente no se encuentra mas que un laberinto de acciones pneumáticas y teurgicas, de causas y de efectos diferentes de los que se suelen buscar, un mundo de seres espirituales é inteligibles, de dioses, de demonios, de ánimas, y de entendimientos, una xerga de inexplicables qüestiones, de expresiones tenebrosas, y de vanas palabras, y en suma batologia, confusion y obscuridad. No eran pues culpables aquellos sus coetáneos, que reprehende Porfirio (*a*), porque abiertamente llamaban á Plotino un gran charlatan, y despreciaban como vana su doctrina. Porfirio mismo confiesa su obscuridad, y refiere de sí quanto le costó llegar á comprehender algunos sentimientos suyos, é insinúa de algun modo que en lo restante, mas por acto de fé, y por respeto á la autoridad del maestro, que por íntima persuasion prestaba entero crédito á todos los libros de Plotino (*b*). Tambien Longino, aunque admirador y encomiador de Plotino, sinceramente protesta no entender muchos argumentos de sus li-

(*a*) L. c. cap. XVIII. (*b*) Ibid.

libros (*a*). Pero ¿cómo es que los antiguos, y tambien muchos modernos, miraron con tanto respeto á Plotino, y con tanta veneracion á su doctrina? Tal vez una religiosidad de costumbres, y una prudente y regular conducta habrán conciliado la veneracion á su persona, y por lo mismo, como sucede con freqüencia, á su doctrina: tal vez la obscuridad misma le habrá adquirido mas alto concepto, siendo entre muchos mas respetadas aquellas obras, y aquellas sentencias, que menos se entienden: tal vez el parangon con los otros filósofos de aquellos tiempos habrá sido ventajoso á Plotino, y este habrá obtenido la fama de grande por la pequeñez de todos los otros; lo cierto es que Longino hablando de todos los filósofos que conocia no nos inspira grande estima de su saber, y no cree dignos de ser leidos otros que Plotino y sus discípulos Amelio y Porfirio (*b*): tal vez la grandeza y sublimidad de algunas sentencias de aquel filósofo habrán dexado ventajosa impresion en los ánimos de los lectores, sin que estos se tomasen mucha pena de exâminar con

(*a*) Porphyr. *in Vita Plot.* cap. XIX. (*b*) Ibid. cap. XX.

con cuidado el mérito de la exposicion. Vemos en efecto que Macrobio (*a*) alaba mucho su pensamienro de llamar al animal un cuerpo animado, y al hombre el alma sola (*b*); quando leyendose extendidas por Plotino estas ideas, no nos presentan mas que burlas y sutilezas de mixto y mixtura, del alma y del ser en el alma, y otras semejantes vanidades, y Celio rodigino (*c*) queria que se imprimiesen en caractéres de oro aquellas palabras, que al tiempo de morir dixo á Eustoquio, como refiere Porfirio (*d*), esto es „ procurar conducir el dios „ que hay en nosotros, ó lo que hay en „ nosotros de divino, al dios que hay en „ el universo" quando por estas mismas palabras han querido otros considerarlo como un espinosista; y nosotros podemos arguir que estas no eran conseqüencias de sus filosóficas meditaciones, sino solo una reminiscencia de las verdaderas y sencillas palabras de San Pablo, quando decia querer ser separado del cuerpo, y unido con Christo, parafraseadas con las pitagórico-platónicas sublimidades, como igualmente creemos que va-

(*a*) In *Somn. Scip.* lib. II, c. XII. (*b*) Enn. I, l. I.
(*c*) Ant. lect. XXI. (*d*) Cap. II.

Digitized by Google

varios otros elevados pensamientos de Plotino son tambien sacados de otras mas sencillas y sólidas expresiones de los libros sagrados y cristianos. Sea de esto lo que se fuese, lo cierto es que Plotino fué tenido por el gran filósofo de aquellos siglos, por el príncipe y xefe de aquella escuela, y por el corifeo y maestro de aquella nueva filosofía. Amelio, su discípulo, explicó muchos de sus dogmas, y como creia Longino los extendió con mayor prolixidad, y á veces tambien los alteró (*a*). Porfirio, que pensó como Longino acerca de los escritos de Amelio, evitó la ambigüedad y confusion de palabras de este su condiscípulo (*b*), y puso á mas clara y pura luz las implicadas y enigmáticas doctrinas de su maestro Plotino, como dice Eunapio (*c*). La mayor parte de las obras de Porfirio se dirigia á la ilustracion de aquella nueva filosofía; y no solo el libro de la *abstinencia*, el de las *ocasiones, ó causas, que conducen á las cosas inteligibles*, los libros del *conocimiento de nosotros mismos*, el de las *cosas que están en nosotros*, la *epistola* al egipciaco Anebon, y los otros

(*a*) Porphyr. *in Vita.* Plot. cap. XX. (*b*) Ibid. cap. XXI. (*c*) In *Porphyrio.*

Digitized by Google

libros, que miran directamente á las materias filosóficas, sino que tambien las *qüestiones homéricas*, y los opúsculos sobre la *cueva de las ninfas*, y sobre la *laguna estigia*, y otras obras aunque distantes de toda apariencia filosófica, entran en las teúrgicas y pneumáticas teorías, en los dioses, en los demonios, en las enagenaciones de los sentidos, en las purgaciones, en los raptos, en los extasis, en los misterios, en las alegorías, y en todas aquellas encrespadas ó confusas charlatanerías, que formaban las delicias de los filósofos de aquella edad. Así como Porfirio ilustró las opiniones de su maestro Plotino, propagó y amplió las doctrinas pitagórico-platónicas, y dió mayor crédito á la filosofía alexandrina, asi Jamblico, discípulo de Porfirio, ayudó á la consolidacion y ornamento de la nueva obra de sus famosos predecesores; y su libro de los *misterios de los egipcios* fué como el complemento, y el que echó el colmo á los sueños de aquella nueva filosofía. Porfirio en su carta al egipciaco Anebon habia propuesto algunas qüestiones, y excitado dudas sobre los dioses y los demonios, sobre su naturaleza, y sobre su culto, y Jamblico en este libro bajo el nombre del maestro Abammon respon-

Jamblico.

ponde á las qüestiones, y satisface las dudas de Porfirio, nos da peregrinas noticias de todos aquellos dioses, de sus nombres y empleos, de sus apariciones, de los espíritus buenos y malignos, de las dos almas del hombre, de las invocaciones de los dioses y de los demonios, de las maneras de adorarlos, y de toda la sublime y misteriosa doctrina, no solo de los filósofos y teólogos egipcios, sino de los caldeos, persas, indios y griegos; y así en esto, como en el libro de los *sermones instructivos* nos presenta obras de filosofía alexandrina dignas de los Plotinos, y de los Porfirios, y que no solo obtuvieron la admiracion y los aplausos de los filósofos de aquellos tiempos, sino que tambien se han grangeado muchos elogios de los eruditos de los nuestros. Plotino, Porfirio y Jamblico son los héroes de la escuela alexandrina, y forman el triunvirato de la pitagórico-platónica filosofía: pero hubo varios otros, que florecieron entónces con mucha fama. Eunapio (*a*) habla largamente de Edesio, de Máxîmo, y de otros muchos; Marino nombra tambien algunos otros (*b*); y Brukero, pescando de estos, y de otros

(*a*) *De Vitis philos.* &c. (*b*) *In Vita Procli.*

Digitized by Google

escritores antiguos, forma una larga série de los filósofos de la secta eclectica, que es decir de la filosofía pitagórico-platónica, ó alexandrina. Nosotros, no pudiendo seguir individualmente todas las cosas, nos referimos, por todo lo que mira á la historia política y biográfica, á Brukero, el qual da largas y distintas noticias de las vicisitudes de aquella filosofía y de sus profesores, de las escuelas de Alexandría y de Atenas, y de las vidas, y de las obras de aquellos filósofos (*a*), y deteniendonos solo en la parte literaria de la misma juntarémos á los tres ya celebrados maestros Plotino, Porfirio y Jamblico, despues del largo intervalo de
Proclo. mas de un siglo, á Proclo, como el único sugeto digno de estar en su compañía, y el único, que con sus obras nos puede hacer formar mas verdadera idea de aquella filosofía. Sus seis libros sobre la teología de Platon; sus instituciones teológicas; sus comentos de Esiodo, y los del Timeo, del Alcibiades, y de otros libros de Platon; sus obras sobre la providencia, sobre el hado, sobre la exîstencia de los males, sobre los sacrificios, y sobre la mágia, y varias otras de aquellas que

(*a*) *Hist. crit. phil.* tom. II, per. II, part. I, lib. I.

Digitized by Google

que tenemos todavia, y otras que se han perdido, ¿qué otra cosa son sino exposiciones é ilustraciones de la filosofía alexandrina? Si he de decir la verdad, me parece que en varias partes de los escritos de Proclo se encuentra mas substancia y realidad, mas solidez y claridad que en los de Plotino, y en los de los otros primeros maestros; pero sin embargo él mismo abunda sobrado de teurgias, de dioses, de demonios, de ánimas y de espíritus, de ideas y de nombres de su mundo inteligible y espiritual, diferente del nuestro físico y vulgar, para que se pueda hacer leer con gusto y con verdadero provecho. La mayor publicidad de las verdades cristianas, y el mayor trato, que al tiempo de Proclo se tenia con los profesores, que las enseñaban, le habrá sugerido muchos pensamientos sublimes, y muchas doctrinas sanas y justas, que no vemos, á lo menos tan bien expresadas, en los otros filósofos; y que Proclo efectivamente tomase mucho de las obras de San Dionisio areopagita nos lo dicen Suydas (*a*) y Pachimeres (*b*); y podemos creer que del mismo modo se valiese de las buenas sentencias

(*a*) In *Dionysio.* (*b*) Prooem. tom. I.

Digitized by Google

cias y doctrinas de otros libros cristianos; pero las escuelas de Alexandría y de Atenas, y los libros de sus filósofos, habian ya impreso en él sobrado sus doctrinas; y no supo, ó no quiso borrarlas de su mente, y por ello, junto con las verdades, que su propio ingenio, y el trato con los cristianos le habian inspirado, esparció á manos llenas las imaginarias especulaciones sobre las diferencias de la providencia y del hado, del dios por sí, y de la cosa divina, que no es dios, del alma separable del cuerpo, y de la inseparable, sobre las místicas y alegóricas invenciones, y sobre tantas cosas puramente espirituales é imaginarias, de que abundan sus obras, las quales nada pueden ilustrar la verdadera filosofía, y la sólida razon, y solo sirven para alterar la fantasía, y corromper el recto modo de pensar. Despues de Proclo siguieron aun otros muchos cultivando la misma filosofía fanática y entusiástica de la escuela alexandrina, y Marino, su discípulo, y escritor de su vida, publicó tambien qüestiones filosóficas, y otras obras por aquel estilo; é Isidoro gaceo, la célebre é infeliz Hipacia, Damascio, y varios otros abrazaron é ilustraron aquella mística y teológica filosofía, tan estimada de to-

Otros filósofos alexandrinos.

Digitized by Google

todos; pero aunque sea de creer que todos estos y otros filósofos, cuyas obras han parecido, proporcionaron algunas luces á aquellas doctrinas, nosotros, atendiendo á los testimonios de aprecio y consideracion, que de todos los filósofos de aquellos tiempos nos han dexado los escritores contemporáneos, y mucho mas, exâminando las obras que de ellos nos han quedado, y lo poco que se puede sacar de los títulos y de los fragmentos de aquellas que han perecido, podemos decir sin hesitacion, que en los poco antes citados Plotino, Porfirio, Jamblico y Proclo poseemos todo el fondo de aquella filosofía.

Mérito de la filosofía alexandrina.

¿Qué caso, pues, debemos hacer de los estudios filosóficos de todos aquellos siglos, de las meditaciones y fatigas de tantos y tan estimados filósofos, y de los exôrbitantes elogios, y de las lisonjeras demostraciones de estimacion y respeto, de que los colmaban los mayores hombres de su tiempo? ¿No están llenos, como hemos dicho, los libros de aquellos filósofos de sutilezas, de razones imaginarias, y meramente ideales, de teúrgicas teorías, de prácticas supersticiosas, de evocaciones, y de apariciones, de extasis, de adivinaciones, de cuentos de viejas, y de vanas creencias? ¿Y la ciega vene-

ra-

racion con que semejantes doctrinas eran oidas y abrazadas por los otros, no prueba bastante que aquella era la comun manera de pensar de aquella edad? Y los opúsculos de las *antipatías y simpatías* de Anatolio, y de Demócrito, filósofo de aquellos tiempos, el de las *selecciones* de Máximo, y otras semejantes reliquias de la filosofía de todos aquellos siglos, ¿qué otra cosa prueban sino la debilidad de las luces de aquellas escuelas? ¿Y no son tambien una manifiesta confirmacion de esto las fábulas pueriles, los hechos portentosos, las inverisimiles é insubsistentes relaciones, de que están llenas las vidas de aquellos filósofos, compuestas todas por escritores, que ellos mismos gozaban de mucha reputacion en la filosofía? En suma, todo nos hace ver quanto habian decaido los ingenios, todo nos prepara para la rusticidad y barbarie de la filosofía de los siglos siguientes, todo nos conduce á los caprichos y cavilaciones de los escolásticos. Aquellas qüestiones sobre la materia primera, si la materia sea la privacion, ó la privacion se predique de la materia, y otras semejantes (*a*), aquellas divisiones de ser en po-

(*a*) Enn. II, lib. IV.

potencia, de ser en acto, y de ser acto (*a*), aquellas investigaciones sobre la corporeidad, si sea un resultado de todas las partes y qualidades, ó bien una forma, que infundida en la materia haga el cuerpo (*b*), aquellas qüestiones de las razones unívocas y equívocas de los entes (*c*), y algunas otras que leemos en Plotino, ¿no son casi las mismas que despues hasta nuestros tiempos han causado tanto rumor en las escuelas? ¿Y qué otra cosa eran aquellas estrepitosas contiendas de los escolásticos sobre los universales sino los argumentos, y los tratados de Porfirio en su introduccion á los cinco predicables de Aristóteles? Así que no debe causar admiracion que de la escuela alexandrina, y de la secta ecléctica, tan encomiada de muchos, queramos tomar el principio de la escolástica, tan gravemente vituperada de todos. Mayormente quando en aquellos tiempos tenia Aristóteles ilustres partidarios, y sus obras ocupaban el estudio de muchos filósofos, que las querian comentar. Ya antes de Plotino, baxo el imperio de Antonino Caracalla, y de Septimo Severo, floreció Alexan-

Filósofos comentadores de Aristóteles.

(*a*) Enn. lib. V. (*b*) lb. lib. VII. (*c*) Enn. VI, lib. I.

xandro Afrodiseo, que fué el grande intérprete y expositor de los libros de Aristóteles, respetado y seguido, no solo de los griegos posteriores, sino tambien de los árabes, y de los eruditos peripatéticos hasta nuestros dias. Porfirio y Jamblico, como hemos dicho, Máximo bizantino, Siriano, Proclo, y casi todos los profesores mas célebres de la escuela alexandrina comentaron é ilustraron las obras de Aristóteles. Distinguido crédito se adquirió en el siglo quarto, no solo entre los filósofos, sino tambien entre los cristianos, el aristotélico Temistio, cuyas ilustraciones de las obras de Aristóteles sino han llegado hasta nuestra edad, sirvieron mucho á los antiguos para propagar la filosofía peripatética. Mayor crédito y autoridad que Temistio entre los griegos, tuvo entre los latinos Boecio, y aun añadiré, que sino tuvo mayor eloqüencia y erudicion, ciertamente manifestó mayor adhesion y sujecion á la doctrina aristotélica, la que quiso introducir en el occidente. La filosofía de Aristóteles no estaba aun recibida, ó por mejor decir ni conocida de los latinos, y despues del epicureo Lucrecio, el académico Ciceron, y el estoyco Séneca, apenas tenemos mas que á Apuleyo

Filosofía de los latinos. Boecio.

Digitized by Google

yò (*a*), y á Macrobio (*b*), que escribiesen de filosofía, y estos dos fueron declarados platónicos. Marciano Capela en su obra enciclopédica de las bodas de Mercurio y de la Filología abrazó todas las artes del trivio y del quadrivio, que despues tuvieron tanta fama, y por consiguiente tambien la dialéctica, como una de aquellas; pero no hizo mas que insinúar las primeras nociones, sin tener necesidad de entrar en algun sistema de Aristóteles ni de Platon (*c*). Boecio fué el primero que dió á conocer á Aristóteles á los latinos: traduxo algunas obras suyas, comentó y explicó algunas otras, é introduxo en el occidente su doctrina hasta entónces desconocida. Al mismo tiempo que Boecio escribia Casiodoro, á mas de las obras teológicas, la enciclopédica de las siete disciplinas, una de las quales, como antes diximos, era la dialéctica. Mayor extension de noticias abrazó San Isidoro de Sevilla en los veinte libros de las *etimologías*, donde no solo trató de las acostumbradas siete disciplinas, sino de la medicina, de las leyes, de la teología, de la geografía, de

San Isidoro.

(*a*) *De phil. de dogm.* Plat. (*b*) *In Somn. Scipionis.*
(*c*) *De nupt. Merc. et Philol.*

todas las artes, y de cada cosa, y de cada materia dió aquellas nociones, que entónces se tenian, y nos dexó una obra, que puede en gran parte llamarse filosófica, por los argumentos que toca, pero que contiene poquísima filosofía, y que antes bien nos hace ver quan reducidas fuesen las luces filosóficas de aquella edad. La obra de San Isidoro fué el libro clásico de los siglos subsiguientes entre los latinos, y puede servirnos de prueba del estado de la filosofía entre los mismos. Algo mejor estaba aun entónces entre los griegos. Juan, llamado hora el *Gramático*, tal vez por ser profesor de gramática, hora *Filopono*, por su amor al trabajo, ó por su estudiosidad, casi no dexó libro alguno de la filosofía de Aristóteles que no ilustrase con sus doctos comentos; y Simplicio con mas atenta diligencia, y con mayor profundidad y erudicion dió nuevas luces á la doctrina de aquel maestro. Y Simplicio y Filopono, juntamente con Alexandro afrodiseo, y Temistio han sido los intérpretes de Aristóteles, á quienes mas estrechamente han seguido los filósofos posteriores.

Otros griegos aristotélicos.

Filosofía de los árabes.

En este estado se encontraba la filosofía quando los árabes entraron en Alexandría,

dría, dispersaron aquellas escuelas, abrasaron las bibliotecas, y extinguieron la filosofía y la literatura de los griegos. Mas no tardaron mucho á arrepentirse de esta fanática barbarie, y procuraron recompensar los daños causados, amando, cultivando y protegiendo ardientemente los estudios, como lo hemos hecho ver en otra parte con bastante extension. Pero tratando ahora en particular de la filosofía, como es de nuestro propósito, veremos que esta, aunque al principio se introduxo entre los árabes con bastante felicidad, no hizo entre los mismos los correspondientes progresos. Platon y Aristóteles fueron desde luego los filósofos de los árabes; sus libros se traduxeron en arábigo, y su doctrina se oyó resonar en las escuelas de los sarracenos; pero despues quedó solo Aristóteles, y aun este únicamente en las partes menos útiles de la dialéctica y de la metafísica. A la frente del catálogo de los filósofos musulmanes vemos el ilustre y glorioso nombre de Alkindi, el fenix de su edad, y la raiz, ó el fundamento de las ciencias arábigas de su tiempo (*a*), ilustre en toda disciplina de los grie- Alkindi.

(*a*) *Mubamed Isacides apud Hotting. Biblioth. orient.*

griegos, persas é indios, en la filosofía igualmente que en la medicina, y en todas las partes de las matemáticas (*a*), el filósofo por antonomasia de los árabes (*b*), y uno de los doce mas grandes ingenios, que habian comparecido en el mundo antes de Cárdano (*c*); Alkindi, que floreció á principios del siglo nono, celebrado con todo género de elogios, no solo por los asiáticos de aquellos tiempos, sino tambien por los européos de los nuestros, de quien hemos hablado tantas otras veces; Alkindi, en fin, se puede reputar el primer filósofo de aquella nacion, el Talés, y el Pitágoras de los musulmanes. ¿Qué mejor xefe podrá desear la filosofía arábiga? Versado en las matemáticas y en la medicina pudo tratar la física con maestría, y toda la filosofía con solidez y profundidad. En efecto, llevado del amor á esta ciencia escribió un libro exhortando al estudio de la misma; pero publicó otro para persuadir que en vano se espera adquirir la filosofía sin el conocimiento

(*a*) *Arab. philos. Biblioth. ap. Casir. tom.* I. pag. 153. seq. (*b*) *Abulpharagius* Dinast. hist. ad ann. CCLXXIX. (*c*) *De subtil.* lib. XVI.

to de las matemáticas. Con las luces de estas entró en puntos idrostáticos, meteorológicos, y opticos, y en otros de verdadera física, á que no llegaban los filósofos griegos de aquella edad. Las pruebas de la exîstencia y de la unidad de Dios, y de la simplicidad é inmortalidad del alma, las virtudes, las pasiones, la república, el gobierno, y otros puntos sublimes é importantes formaban los argumentos de sus obras filosóficas, en las quales no era ciego sequaz de Aristóteles, sino que abrazaba á veces los sentimientos de Platon, y á veces tambien pensaba por sí, y se formaba una filosofía, que podia llamarse suya. ¡Qué desgracia para las letras arábigas, y para la filosofía européa que un filósofo como Alkindi se dexase llevar del gusto de su siglo, y se ocupase todo en predicamentos, y en universales, en observaciones sobre el arte sofistica, y sobre las dialécticas argumentaciones, en comentos é ilustraciones del órgano, de los analíticos, y de otros libros lógicos de Aristóteles, y que hiciese que sus nacionales conociesen y gustasen aquel filósofo en semejantes escritos poco importantes, antes que en la historia de los ani-

animales, en la ética (*a*), y en otras obras de mayor peso y utilidad! Si Alkindi, siendo como era de superior ingenio, hubiese despreciado el estudio de los enredos dialécticos, declamado contra el abuso de ellos en las ciençias, y recomendado solo la posesion de las matemáticas para la adquisicion de la filosofía; si, abandonadas las vanas sutilezas, y las inútiles qüestiones lógicas, hubiese siempre presentado á sus nacionales tratados físico-matemáticos, argumentos morales, y pocos discursos de sólida metafísica ó teología, llevados los árabes de la veneracion á este su maestro hubieran abrazado el mismo modo de filosofar, y tal vez hubiera variado de aspecto la filosofía. Pero Alkindi, en medio de los libros griegos llenos de metafísicas sutilezas, de qüestiones lógicas, de explicaciones, ilustraciones y comentos de las obras dialécticas de Aristóteles, dexó tambien correr su pluma en las materias, por decirlo así, de moda entre los filósofos, y manifestando hacer aprecio de tales burlas un hombre, que habia dado tantas bellas obras de buena física, de

(*a*) *Arab. phil. bibl.* etc. ibid.

de moral, de medicina, y de matemáticas, introduxo entre los musulmanes un gusto de filosofía, que despues fué siempre llevado mas adelante, y allanó mas y mas el camino al reyno de la escolástica. En efecto, poco despues, en el mismo siglo de Alkindi, Thabit, matemático no menos ilustre, escribió tambien de filosofía, é hizo comentos de las obras de Aristóteles; pero epítome de los analíticos priores, compendio de la dialéctica, tratado de las figuras de los silogismos, compendios de los libros de las categorías, de las interpretaciones, ó *perihermenias*, y de todos los analíticos de Aristóteles, fueron los escritos filosóficos que dió á los estudiosos musulmanes el filósofo Thabit en medio de sus gloriosas fatigas acerca de las obras de Apolonio, de Euclides, de Nicómaco, de Tolomeo y de Galeno, en medio de las sublimes especulaciones sobre las mas graves materias de geometría, y de astronomía, y de los tratados curiosos y útiles de varios puntos de medicina (*a*). Con el exemplo de dos tan ilustres filósofos ¿qué podian hacer sus sucesores? Escribió poco des-

Thabit.

(*a*) *Arab. phil. bibl.* ibid. p. 386, seq.

despues de filosofía, á principios del siglo
Alfarabi. décimo, Alfarabi, tenido entre los mahometanos por el príncipe de los filósofos; y siendo como era hombre erudito y enciclopédico compuso una enciclopedia, qual ningun doctor habia dado otra semejante; estudió á Platon, y escribió para ilustrar sus libros y su doctrina, exâminó la filosofía de Aristóteles, y compuso algunos libros para descubrir los verdaderos sentimientos de Platon y de Aristóteles, y para probar su concordia y conformidad buscó el orígen de la filosofía, exâminó la doctrina de los filósofos, trató de los estudios que deben preceder al de la filosofía, y escribió muchas obras, que sino podian formar un espíritu filosófico, podian á lo menos inspirar el gusto de una útil erudicion. Pero internandose mas en la filosofía se engolfó en comentos, no solo de Aristóteles, sino de sus comentadores Alexandro y Porfirio; se perdió en obras sobre los silogismos y sobre los sofismas, sobre el punto indivisible, sobre el entendimiento, sobre lo inteligible; y sobre otros argumentos semejantes; se ocupó sobrado en las sutilezas metafísicas, y en las dialécticas cavilaciones, y poco ó nada dexó escrito de

só-

sólida filosofía (*a*). Del mismo modo filosofaron el celebrado Esciari, Alhagebi, Alkuangi, y millares de filósofos sarracenos, que todos se ocuparon en explicar el sentido y el uso de las proposiciones complicadas, de los silogismos intrincados, de las palabras ambiguas; todos hicieron el mas serio estudio sobre los enredos lógicos, y todos corrieron tras las dialécticas y metafísicas sutilezas, sin entrar en las investigaciones, que pueden hacer útiles los estudios filosóficos. Es curioso á este propósito el caso de Avicena referido por Abulfaragio (*b*), y con alguna pequeña variacion en la biblioteca arábiga de los filósofos (*c*), esto es, que quando le ocurrian dificultades en alguna qüestion, ó no encontraba el medio término de un silogismo, corria al templo, donde hacia al Señor fervorosas oraciones, hasta que se le manifestaba lo que habia de abstruso y recóndito, pasando las noches enteras leyendo y escribiendo sobre aquellos puntos; y si alguna vez quedaba rendido del sueño, regularmente soñaba sobre las qüestiones agitadas, y muchas veces los sueños Avicena.

(*a*) *Arab. phil. bibl* ibid. pág. 386, seq. (*b*) Dynast. IX. (*c*) Casiri pág. 268.

Digitized by Google

le daban la solucion ; y no se dispensó jamas Avicena de tan ardiente aplicacion, hasta que obtuvo un pleno conocimiento de la dialéctica, y de la física, esto es, de la dialéctica y física aristotelica. ¿Qué no hubieramos podido esperar de los sutiles ingenios de los árabes, que tenian tanto empeño y ardor en adquirir las ciencias si se hubieran dedicado á cultivar una verdadera y útil filosofía? Pero los árabes emplearon sus estudios y la agudeza de su ingenio en sutilezas y cavilaciones, y por ello causaron mas daño que provecho á la filosofía.

Estudios de los árabes en la filosofía.

Lógicas, introducciones á la lógica, compendios de lógica, tratados de las categorías, de las proposiciones, de las difiniciones, de las ilaciones de los silogismos, comentos, escritos lógicos de todas clases eran los frutos de sus filosóficas meditaciones. El célebre Rasis, en medio de sus estimadas obras de medicina, escribia epítomes de los analíticos, epítomes de las categorías, é introducciones á la lógica. Avicena, no menos famoso que Rasis, despues de los solícitos estudios antes insinuados, se entretenia en poemas sobre las proposiciones, y en tratados de las relaciones predicamentales, y trascendentales, y de las ilaciones de los silogis-

gismos : Alcarafi se ocupaba en escribir libros para exponer el sentido y el uso de las proposiciones reduplicativas ; y así todos los filósofos musulmanes empleaban su ingenio, y sus fatigas en tratar qüestiones muy frívolas, y argumentos de poquísima utilidad. Pero los mas copiosos y freqüentes escritos filosóficos de los árabes eran los comentos sobre algun filósofo; y aun se veian freqüentemente comentos sobre los mismos comentadores. Alexandro afrodiseo hizo comentos sobre Aristóteles, y Alfarabio comentó los libros de Alexandro, y Abu-Beker los de Alfarabio. Comentarios diversos sobre la dialéctica y metafísica de Avicena, comentarios sobre la lógica de Alkuangi, comentarios sobre la metafísica de Alcuschagi, comentarios sobre la lógica de Negmedino, comentarios sobre el libro de los sofismas de Alfarabio, y comentarios sobre otros comentadores son los libros, que mas freqüentemente se encuentran entre los filósofos sarracenos. A lo menos hubiesen sido buenos comentadores, y nos hubieran aclarado el sentido de algun ilustre filósofo, y particularmente de Aristóteles, de cuyas obras habian hecho tanto estudio. Pero en verdad poco podemos alabarnos de los comentos arábigos de Aristóte-

Comentos.

Inutilidad de sus comentos.

Digitized by Google

teles, aunque trabajados con la mayor atencion, como hemos dicho en otra parte (*a*). Sirva de exemplo el citado entónces por nosotros, y vituperado con las palabra de Vives (*b*), el famoso Averroes, el mas estimado y celebrado de sus comentadores; y á quien por excelencia y distincion antonomástica se le apellida *el comentador*. Será dificil que en este siglo, acostumbrado á amenas y agradables lecturas, se encuentre un censor de tanta paciencia que quiera sujetarse á hacer de ellos un atento exámen; pero basta dar una ojeada á qualquier libro de sus comentos para reconocer desde luego su poca erudicion, exâctitud y habilidad. Alábase él en el principio de los libros de *phisica auscultatione* de haber sido el único que los haya ilustrado todos, no habiendo comentado mas que algunos pocos Alexandro afrodiseo; señal de que no tenia noticia de los completos y eruditos comentos, que sobre todos nos habia dexado Simplicio. Comete freqüentes yerros en las citas de los nombres de los antiguos filósofos, interpretando dogmas de los hercúleos, donde Aristóteles dice sentimientos de Heráclito, to-

Averroes.

man-

(*a*) Tom. I, c. VIII. (*b*) *De Corrupt. art.* etc. lib. V.

mando á Protágoras por Pitágoras, y así otros; omite á veces los sentimientos de Aristóteles, á veces les añade otros, que no son suyos, y con freqüencia los explica en un sentido diverso del que tiene el autor, y rara vez ó ninguna da alguna verdadera y apreciable ilustracion al texto que nos comenta! ¡Qué desgracia para los siglos posteriores el tener solo por intérpretes de la doctrina de Aristóteles, y por guias de los filosóficos estudios á Averroes, Avicena, Abu-Beker, ó Aben Pace, y á otros árabes! Pero sin embargo debemos profesar á estos un grato reconocimiento, porque solo de sus libros sacaron nuestros mayores alguna vislumbre de la doctrina de Aristóteles, y entraron en deseo de adquirir de ella mayores luces, y de internarse en la filosofía.

Filosofía de los griegos de los tiempos baxos.

Los griegos conservaron alguna memoria de los escritos de Aristóteles en la lengua original; Leon magentino, Eustacio, Niceforo Blemides, Miguel efecio, Miguel Pselo, y algunos otros hicieron explicaciones, comentos y epitomes de algunas obras de Aristóteles. Pero estos no eran mas originales que los árabes en sus exposiciones, contentandose con copiarlas de otros expositores; y ellos, lo mismo que los árabes, se apli-

aplicaron particularmente á ilustrar aquellas obras que menos ventajas producian á la verdadera filosofía. El Magentino recogió particularmente de Amonio, y despues tambien de Alexandro, y de algun otro su exposicion del libro de las interpretaciones, é igualmente compiló de otros griegos comentadores sus comentos sobre los analíticos priores (*a*); Eustacio comentó los libros dialécticos de Aristóteles, Blemides y Pachimeres hicieron epítomes y compendios de su lógica; y los analíticos, las categorías, y los libros dialécticos de Aristóteles formaban las delicias, y el estudio de los filósofos griegos, lo mismo que de los árabes. Tambien Miguel Pselo, el hombre mas grande que produxo en aquellos siglos la Grecia, el único tal vez entre los griegos que mereciese una decidida preferencia sobre los musulmanes, Pselo mismo se ocupaba en paráfrasis de los libros lógicos y físicos de Aristóteles, y no se desdeñaba de entrar en disputas dialécticas con el famoso Italo, y de responder á las intrincadas charlatanerías de aquel estimado sofista (*b*). El mismo Pselo, ó quien sea

(*a*) Fabr. *Bibl. graec.* tom. VI, lib. V, cap. V.
(*b*) *Annae. Comnenae Alexiad.* lib. V.

sea el autor del elogio de Simeon Metafrastes, referido por Fabricio baxo el nombre de Pselo (*a*), dice quales fuesen las ocupaciones de los filósofos de aquel tiempo, los quales ó consumian su vida en interrogaciones dialécticas, ó hacian investigaciones sobre las hipótesis físicas moviendo inutiles disputas y contradicciones. Este amor á las contiendas dialécticas, que reynaba al tiempo de Itálo y de Pselo, duró aun por algunos siglos; y vemos en un paso de Agatangelo, referido por Alacio, donde habla de Jorge Lapita (*b*), que en el siglo décimoquarto hasta los principes y los reyes se divertian en asistir á semejantes disputas, como hacia el rey de Chipre, que tenia en su compañía muchos filósofos, y gustaba de oirles disputar, y *batirse mutuamente con las flechas de los silogismos*. Poco provecho podia sacarse de semejantes estudios de los filósofos griegos; pero este, qualquiera que fuese, no se comunicaba á nuestras escuelas, en las quales no entraba el menor gusto de la literatura griega. Las escuelas del occidente aun no tenian la ambicion de distinguirse en los estu- Filosofía de los latinos.

(*a*) *Bibl. graec.* tom. VI, lib. V, cap. V.
(*b*) *De Georgiis.*

Digitized by Google

dios de la filosofia : el trivio y el quadrivio, ó los primeros elementos de las siete disciplinas, o siete artes liberales ocupaban bastante los ingenios de los estudiosos para no pensar en dedicarse á otras especulaciones. Marciano Capela, Casiodoro, San Isidoro, Alcuino, y otros escritores de la enciclopedia de aquella edad eran los libros clásicos de las escuelas : el que queria internarse mas en la filosofía hacia tambien estudio de Victorino, de la dialéctica que corria baxo el nombre de San Agustin, de los libros de Boecio para ilustracion de algunas obras de Aristóteles, y de pocos otros escritos semejantes. Seria de desear que se hubiesen contentado con esta superficial, y mas filológica, que filosófica doctrina, porque de este modo ¡quántos errores teológicos, y quántas vanidades filosóficas no se hubieran evitado! El espíritu erístico, y el amor á las dialécticas y metafísicas sutilezas, que despues ha reynado por tanto tiempo, no hubieran ocupado las escuelas, y estas hubieran sido mas dóciles para abrazar sin oposicion la buena filosofía, quando se les hubiese presentado. Pero la ambicion de distinguirse conduxo á los filósofos á mover sutiles qüestiones, y á buscar la fama en di-

fi-

ficiles agudezas, y en laboriosas é intrincadas inepcias. Como la filosofía de aquellas escuelas toda se reducia á la dialéctica, los que obtenian mayor reputacion de filósofos, eran aquellos que mas ruido movian con las sutilezas dialécticas. Y por esto decia Juan Sarisberiense (*a*), que muchos, no diez, no veinte años, sino toda su vida consumian en la lógica, y aun quando la vejez enervaba el cuerpo, entorpecia la mente y los sentidos, y mortificaba la vivacidad de los placeres, solo la lógica se llevaba en boca, y entre las manos, y quitaba el tiempo y la gana de todo otro estudio. Hemos referido en otra parte (*b*) algunos exemplos de este amor á las dialécticas cavilaciones, y hemos insinuado ciertas sofisterías, y ciertas sofísticas argumentaciones llamadas *gualídicas*, que usadas ya antiguamente por los estoycos, como vemos en Séneca (*c*), y puestas despues en olvido, fueron en aquellos tiempos introducidas en las escuelas por Gualon, de quien tomaron el nombre de *gualídicas*, y formaron las delicias de los literatos

Orígen de la escolástica.

(*a*) *Metalog.* lib. II, cap. VII. (*b*) Tomo I, cap. IX. (*c*) Ep. XLVIII.

Digitized by Google

tos (*a*). Pero dexando aparte estas sobrado baxas y vulgares sutilezas, otros filósofos mas famosos y mas agudos que Gualon instituyeron qüestiones sobre mas sutiles y sublimes argumentos, y para ostentar su ciencia enseñaban de tal modo á los escolares, que estos no podian entenderlos, y creian que cada silaba suya estaba llena de recónditos secretos de Minerva, como dice el arriba citado Juan Sarisberiense (*b*). La naturaleza de los universales era el grande objeto de sus qüestiones, y el famoso paladion, por el qual estaban en armas todos los filósofos. Hácia fines del siglo undécimo sustentó vaRoscelino. lerosamente Roscelino no ser los universales mas que puros nombres; pero esta opinion, aunque sostenida por Abailardo contra los ataques de Alberico, y de otros contrarios, pereció casi enteramente con su autor, dice el mismo Sarisberiense (*c*), bien que despues de algun tiempo fué renovada por Occam, famoso entre los escolásticos de los Guillermo Champellense. siglos posteriores. Guillermo Champellense, célebre dialéctico de París, promovia al contrario la realidad de los universales, quericn-

(*a*) V. *Epist. Wibaldi ad Manegoldum apud Martene Collec.* &c. tom. II. (*b*) Ibid. cáp. XVII. (*c*) Ibid.

riendo que la animalidad, la racionalidad, y la *hombreidad*, por decirlo así, ó humanidad, que se predica, por exemplo, de Pedro, ó se dice existir en un hombre, sea esencialmente la misma en todos los otros individuos, entre los quales no hay diversidad alguna en la esencia, sino solo la variedad de la multitud de los accidentes, que es el universal *à parte rei* tan vociferado en las escuelas. El célebre Abaylardo se opuso á la doctrina de Guillermo, y le obligó á corregirla, y aun á abandonarla, lo que causó á este no poco descrédito, y un abandono casi universal á su escuela, como que no tenia otro mérito de doctrina que la sentencia de los universales (*a*). Abaylardo, el grande dialéctico de aquellos siglos, el mas famoso maestro de toda la Francia, á cuya escuela acudian tambien de Inglaterra, y de otras naciones; Abaylardo, llamado por el Sarisberiense, su discípulo, *peripatético palatino, ilustre doctor, y en todo maravilloso* (*b*); Abaylardo, impugnador acerrimo de Guillermo y de los realistas, se adhirió mas á los nominales, pero no los siguió enteramente, y quiso los univer- Abaylardo.

(*a*) V. *Abael. Hist. calam. Suar.* (*b*) Metal. lib. II, cap. X, et XVII.

versales, quales despues dixeron los peripatéticos los universales *lógicos*, aptos y oportunos para predicarse de muchos, como parece poderse explicar aquel *sermones intuetur, et ad illos detorquet quidquid alicubi de universalibus meminit scriptum*, que de Abaylardo dice el Sarisberiense, despues de haber dicho de Roscelino, que *consistit in vocibus*, y diciendo de otros poco despues, que *versatur in intellectibus, et eos dumtaxat genera dicit esse, et species* (*a*). ¿Pero de qué sirve exâminar con diligencia quáles fuesen las opiniones de aquellos filósofos, ó por mejor decir de aquellos dialécticos acerca de tales qüestiones? Nosotros remitimos á los curiosos de semejantes erudiciones al mismo Sarisberiense (*b*), que largamente habla de ellas, y sin embargo dice omitir las opiniones, y los errores de otros muchos, y solo concluirémos con las palabras del mismo, que el estudio de todos los filósofos de aquellos siglos, todo versaba sobre los universales, y que la explicacion de estos era para ellos el mas grande negocio, y el objeto de sus mas sutiles y profundas investigacio-

(*a*) Metal. lib. II, cap. X, et XVII. (*b*) Ibid.

Digitized by Google

ciones, *altissimum negotium, et majoris inquisitionis* (*a*).

Estas y otras semejantes qüestiones dialécticas, que por todo el undécimo y duodécimo siglo ocuparon las escuelas filosóficas de Francia, de Inglaterra y de Alemania, se agitaban sin noticia alguna de las obras filosoficas de los árabes, y con poquísima de las de Aristóteles, quien aunque hubiese obtenido ya el antonomástico nombre de filósofo (*b*), no era conocido ni estimado mas que por su dialéctica, la qual solo por las traducciones de Boecio se habia introducido en aquellas escuelas. Pero entónces comparecieron en estas regiones las obras filosóficas de los musulmanes, y sus traducciones, paráfrasis, epitomes, ilustraciones, y comentos del universal maestro y filósofo Aristóteles. Ya desde el siglo décimo habia Gerberto corrido hasta España para adquirir luces de los árabes, que despues esparció por las escuelas européas, y en el undécimo Costantino Afro hizo conocer en algunas traducciones las doctrinas arábigas; pero en el siglo duodécimo Adelardo Goto, Gerardo cremo-

Introduccion de los libros arábigos y de los aristotélicos.

(*a*) Metal. lib. II, cap. X, et XVII. (*b*) Sarisb. ibi. et Policrat. lib. VII, cap. VI.

Digitized by Google

monés, Morley, Oton frisingense y otros muchos, y á principios del siguiente Miguel Escoto, y muchísimos eruditos excitados por el emperador Federico II llenaron la Europa de traducciones de libros arábigos, como tambien de los griegos; pero sacadas de las traducciones arábigas, y no del texto original de los mismos. Entónces fueron mas conocidas, y bien ó mal entendidas, se hicieron mas comunes las obras, y las opiniones de Aristóteles, y se aumentaron tambien las qüestiones escolásticas. Por desgracia de la filosofía aristotélica habia sido esta siempre mirada con abominacion y desprecio por los santos padres y doctores de la iglesia católica. San Justino, ó quien sea el que baxo su nombre escribió directamente contra la doctrina de Aristóteles (*a*), San Gregorio nacianceno (*b*), San Basilio (*c*), Lactancio (*d*), San Ambrosio, y otros muchos padres griegos y latinos levantaban con frecüencia el grito contra Aristóteles; y así como Eunomio, los arrianos, y otros hereges antiguos, y aun mas Berengario, Gilberto por-

(*a*) *Arist. quorumdam dogm. eversio.* (*b*) *De theologia* or. I. (*c*) Contra Eunomium. (*d*) *De falsa relig.* lib. I, cap. V, et al.

porretano, Almarico de Chartres y otros modernos fundaban sus errores sobre la doctrina de aquel filósofo, así los buenos y sincéros católicos detestaban aquella doctrina, de donde se derivaban tales errores; y un concilio de París, un legado del papa, y las autoridades mas respetables prohibieron la lectura de sus libros, y el papa mismo Gregorio IX mandó á los doctores de París, donde mas estrépito habian causado las heregías, por decirlo así, aristotélicas, abstenerse del uso de aquellos libros prohibidos, restringiendo sin embargo la prohibicion hasta que fuesen expurgados y corregidos, como mas largamente puede verse en Launojo (*a*), en Feyjoo (*b*), y en varios otros. Pero el hecho es, que el amor á las qüestiones dialécticas y metafísicas, y la adhesion y veneracion á las obras de Aristóteles, con el estrépito de las disputas, y con la copia de las traducciones arábigas, tomó mas y mas incremento; y tal vez por esto los papas mismos, y los religiosos y santos doctores en vez de fulminar nuevas condenaciones y

(*a*) De *var. fort. Aris.* &c. (*b*) *Teatro crit.* tom. IV. *Merito y fortuna de Aristóteles.*

prohibiciones tuvieron por mejor consejo el purgar y santificar las obras de Aristóteles, y hacerlas legibles para uso de la estudiosa y católica juventud. Con este objeto, hácia la mitad del siglo décimotercio, primero Alberto Magno, y despues su discípulo Santo Tomas de Aquino, hicieron exposiciones y comentos de aquellas obras, quitaron los errores de su autor, y de los comentadores gentiles y musulmanes, y las hicieron cristianas, aplicandolas para explicacion y apoyo de las verdades teológicas. Alberto, mas versado en la filosofía, y amante de la química, de la botánica, de la mineralogía, de la zoología, y de las ciencias naturales, estudió los libros de Aristóteles para adquirir mayores luces en aquellas ciencias, y los contempló con miras mas filosóficas que teológicas; y aunque su religiosidad le hacia corregir quanto encontraba contrario á los divinos oráculos, y á los sagrados dogmas de la católica religion, sin embargo no procuraba hacer mucho uso de ellos en las doctrinas teológicas. Pero Santo Tomas, que tenia puestas todas sus miras en las ventajas de la religion, se dedicó á exâminar diligentemente, y á explicar con su acostumbrada claridad todas aquellas obras de Aristóteles,

Alberto Magno.

Santo Tomas de Aquino.

que

que pudiesen formar un curso completo de filosofía, el qual sirviese de preliminar al estudio de la teología; y quitando de las manos á los hereges aquellas armas aristotélicas, con que se habian hecho fuertes para promover sus errores, convertirlas en apoyo y defensa de la católica verdad. Engolfado enteramente en las meditaciones teológicas, y guiado en las filosóficas solo por Aristóteles, y por sus comentadores, principalmente por los árabes, no podia producir grandes descubrimientos, ni hacer en la filosofía los progresos de un Cartesio, y de un Leybnitz; pero sin embargo ¿quántas justas y útiles reflexiones, quántas verdaderas y solidas razones, quántas claras y precisas explicaciones de pasos obscuros y difíciles de Aristóteles; y en suma quánta sincera y pura filosofía no se encuentra en sus escritos? Verdaderamente causa admiracion á quien lo lee con cuidado el ver aquel religioso escritor en un siglo tan vano y superficial, en medio de tantas qüestiones de nombres, y de tantas ridículas frioleras, portarse siempre con tanta solidez y sobriedad, evitar las vanas razones y las inútiles qüestiones, y mostrar en todo tan buen sentido, claro entendimiento, y sentado juicio. In-

justamente los posteriores han querido honrar con su nombre algunas opiniones sobre la distincion *virtual mínima*, ó *precision objetiva*, sobre la posibilidad de una especie con un solo individuo, sobre la diferencia de la esencia á la exîstencia, y sobre otras mil sutilezas semejantes, que ni aun sombra de ellas se vè en sus escritos: el santo y sabio doctor se ha contentado con explicar la doctrina de Aristóteles, poner en claro muchos pasages obscuros y dificiles, quitar otros erróneos, y darnos una filosofía la mas instructiva que entónces se podia dar, sin correr tras vanas é inútiles qüestiones. Sin embargo no negaré que haya causado algun perjuicio á las letras, y que el exemplo de aquel gran santo haya dado mayor estímulo á la escolástica. Tantas fatigas de un tan autorizado doctor para ilustrar las obras del estagirita, tanta adhesion á su doctrina, y á la de sus comentadores, aun musulmanes, tanto y tan continuo uso de la misma para la defensa de las verdades teológicas, canonizaban de algun modo las obras de Aristóteles, y hacian venerar como otros tantos oráculos quantas sílabas se leian en sus escritos, y daban algun motivo de excusa á las ardientes disputas, que se movian para en-

Digitized by Google

encontrar sus legítimos sentimientos. Y á mas de esto aquel lenguage, y aquel estilo puro y conciso, pero bárbaro y duro, y aquel método rigurosamente silogístico con las secas respuestas, y distinciones de palabras, aplicado por él constantemente por primera vez á la teología, hicieron abandonar aquel poco gusto que quedaba de eloqüencia y de erudicion, y que dominase enteramente el método y el estilo escolástico. En efecto, entónces Aristóteles, y todo su séquito de árabes comentadores fueron tenidos en mucha mas veneracion, entónces se aumentaron las dialécticas y metafísicas qüestiones, entónces se multiplicaron las precisiones, las distinciones, las formalidades, y todo el arreo del barbarismo escolástico, entónces, en suma, la despreciada escolástica fué establecida y fixada, y se puso en completo vigor. Vino entretanto el famoso Escoto, ó Juan Duns, llamado *Escoto*, y con su extrema sutileza, que le mereció el nombre de *Doctor sutil*, acumuló sin término las qüestiones; y las formalidades escóticas, las totalidades escóticas, y tantos otros objetos de qüestiones escolásticas, que han sido honrados con su nombre hasta nuestros dias, fueron los frutos de su sobra-

Escoto, y otros escolásticos.

brado sutil filosofía. Pedro Hispano, que despues fué papa, célebre por las súmulas lógicas, y por los estudios dialécticos, contribuyó tambien mucho al acrecentamiento y corroboracion de la escolástica. Guillermo Occam, discípulo de Escoto, se adquirió gran nombre en las escuelas; y renovando la sentencia de Roscelino, de que los universales solo fuesen nombres, logró entre los posteriores la fama de xefe de los nominales, á cuya secta dió aun mayor fuerza y vigor su discípulo Buridano. Gabriel Biel, Pedro Aureolo, Gregorio de Rimini, é infinitos otros, procuraron distinguirse inventando nuevas qüestiones, proponiendo nuevas soluciones y respuestas, formando nuevas distinciones y nuevas palabras, y llenando de nuevas sutilezas la filosofía escolástica. La mayor parte de estos filósofos trataron tambien la teología, y aun consideraban el estudio de la filosofía como preliminar de esta; y por ello su teología se resentia mucho de las vanas é inutiles, y aun á veces absurdas qüestiones, que se derivaban de su filosofía. Las sectas, que se formaron para promover las opiniones ya del uno, ya del otro de aquellos doctores, y el espíritu de partido, que, como es natural, dominaba en todas, confundia

Sectas escolásticas.

dia y obscurecia mas y mas las materias, de que debia tratarse. Las sectas mas conocidas, mas poderosas y duraderas, fueron las de los tomistas, y de los escotistas, que sostenidas principalmente por dos órdenes religiosas muy célebres, á saber, el tomistismo por los dominicos, y el escotismo por los franciscanos, aunque uno y otro tuviesen muchos sectarios fuera de aquellas órdenes religiosas, se han conservado con mucho séquito hasta el siglo presente. Mas viniendo en el siglo décimosexto los jesuitas, declarados sequaces de Santo Tomas, pero que no abrazaron todas las sentencias que los tomistas pretendian ser sincéras y legítimas de aquel santo doctor, sino que mas bien se acomodaron á las que con mucho ingenio y doctrina expuso el doctor *exîmio* Suarez, se formó una nueva secta llamada *de los suaristas*, que aunque tan reciente y moderna emuló en breve á las otras dos tanto mas antiguas, y pudo hacerse su ribal en el honor escolástico. No hizo Suarez, como Escoto y Santo Tomas, comentos y qüestiones sobre las obras de Aristóteles, y solo compuso una metafísica, donde se encuentran sólidas reflexîones, finas nociones, y justísimas miras; pero que extendida en dos tomos

Suarez, y otros peripatéticos.

mos en folio, da lugar á muchos inutiles raciocinios. Hubo en aquellos tiempos algunos jesuitas, que, aunque sequaces del peripato escolástico, filosofaron con algun juicio y sobriedad. Toledo nos dexó una lógica no menos juiciosa que sutil; Pererio escribió *de los principios* con una elegancia, claridad y erudicion, qual no se veia en los otros filósofos peripatéticos; los conimbricenses dieron los primeros comentos eruditos y filosóficos, que se vieron entre los escolásticos, aunque ni aun estos estaban exêntos de las sutilezas dialécticas; y algunos otros, que aunque eran escolásticos, no se abandonaron á las escolásticas fruslerias. Pero sin embargo poco reparo pudieron oponer al torrente de las cavilaciones é inepcias, que inundaban todas las escuelas, y que sumergieron las suarísticas, no menos que las tomísticas, y escotísticas. ¿Cómo podian oirse sin estremecimiento tantas qüestiones sobre la materia y la forma, si la materia exîste por la exîstencia de la forma, si apetece las formas corrompidas, y otras semejantes, sobre el posible é imposible, sobre las quimeras, sobre los entes de razon, ó de razon raciocinante, ó de razon raciocinada, sobre las causas, si pueden obrar antes de exîs-

existir, si puede haber en ellas mutua causalidad, y todas las otras, que formaban el curso de la filosofía, que todas eran por el mismo gusto, y que han ocupado hasta nuestros dias las escuelas, que han querido conservar el peripato? Lamentemonos del ingenio humano, que tan facilmente se dexa confundir quando es conducido por la costumbre, ó por otras imperiosas circunstancias; maravillemonos de tantos ingenios sublimes, que aunque capaces de abrirse por sí mismos caminos rectos para acercarse á la verdad, no han sabido entrar en ellos, aun despues de estar abiertos por otros, y han continuado dexandose llevar de las inepcias y fatuidades; y apartando la vista de un quadro tan triste, y tan poco honorifico para la filosofía, volvamosla hácia otro menos desagradable, y mas glorioso para el humano espíritu.

Otros filósofos de los tiempos de los escolásticos.

En medio de los estudios escolásticos, ahora descriptos, hubo siempre algunos filósofos, que miraron baxo mejor aspecto la filosofía. Vemos en el siglo duodécimo lamentarse amargamente, y repetidas veces Juan Sarisberiense, de la mezquindad y vanidad de los estudios filosóficos de

su tiempo (*a*). Alberto Magno, aunque aplicado, segun el uso de las escuelas, á los estudios lógicos, sin embargó siempre que tuvo proporcion abandonó las disputas de palabras para correr tras las investigaciones de la naturaleza (*b*). Nuestros filósofos se glorian de las luces de este siglo, que se atreve á emprender una tan inmensa obra, qual es la decantada enciclopedia. ¿Que diremos, pues, nosotros, no tanto de los tesoros de Alfonso X, y de Bruneto Latino, que tambien son pequeñas enciclopedias del siglo décimotercio, quanto de los gruesos volumenes de los quatro *espejos*, doctrinal, historial, natural y moral de Vicente Bellovacense; enciclopedia de un hombre solo del siglo décimotercio, comparable por muchos lados con la de los mas alabados filósofos del décimo octavo; superficial, y llena de errores, de filosofía poco profunda, y de erudicion mal segura, qual cabalmente lo es en muchos artículos la moderna enciclopedia; pero voluminosa, vasta y atrevida como la misma, que en gruesos tomos quiere abrazar todo el curso de los conocimien-

Vicente Bellovacense.

(*a*) Policrat. lib. VII, c. IX. (*b*) Lib. *De anim. de miner.*, al.

Digitized by Google

mientos humanos? ¿No es un portento para el siglo décimotercio un filósofo de las miras, de la sagacidad, y de las luces del célebre Rugero Bacon, de quien hemos hablado otras veces? En el siguiente, Raymundo Lulio, Arnaldo de Villanova, y algunos otros se atrevieron á dexar los caminos trillados por los escolásticos, y buscar por otros la verdad. Pero harto mas que todos estos apartó á los estudiosos de las escolásticas inepcias, y los dirigió á la sólida filosofía, el nunca bastante alabado Petrarca, el qual no solo declama con freqüencia contra los libros y escritos filosóficos, que se leian en las escuelas (*a*), sino que quando se pone á tratar algunas materias filosóficas (*b*) abandona los caprichos y gerigonzas escolásticas, y despliega una eloqüencia y erudicion, y una elegancia y solidez de razonar, que formaba el mas bello y útil contraste con el bárbaro estilo, y con las insubsistentes é ineptas sutilezas, que llenaban los libros de los escolásticos, y debia excitar vivamente los nobles espíritus á que huyesen de los áridos campos de las disputas dialéc-

Rugero Bacon.

Petrarca.

(*a*) *De sui ipsius, et mul. ignor. Senil*, l. XII, ep. II.
(*b*) *De remed. utriusque fortunæ, de vera sap.* &c.

ticas, y buscasen la amenidad de la erudita y juiciosa filosofía; y no temeré asegurar que el Petrarca, aunque no haya hecho profesion de filósofo, ha sido el primero que ha dado el movimiento para la buena cultura de la filosofía, y mas que ningun otro ha ayudado á su restablecimiento. En efecto, despues de él empezó á revivir el amor á los buenos autores, y el deseo de recurrir á las fuentes, y de estudiar la filosofía en los libros originales; y á principios del siglo subsiguiente Leonardo Aretino, Ermolao Bárbaro, y otros, aunque mas filologos que filósofos, y tambien Juan Argiropilo, Jorge de Trebisonda, Teodoro Gaza, y otros griegos moradores en Italia, é instruidos en la lengua latina, traduxeron del original griego, en una culta y legible latinidad, varios libros de Aristóteles, que antes no se tenian mas que en estilo bárbaro, y sacados de las traducciones arábigas; y Ambrosio camandulense traduxo las vidas de los filósofos de Laercio; y Francisco Filelfo (*a*), Nicolas Cusano (*b*), Lorenzo Valla (*c*), y otros eruditos escribieron obras filosóficas sin la ger-

ga

(*a*) *De mor., discipl., Convivior.* al. (*b*) *De docta ignor.* &c. *De sapientia, et* al. (*c*) *De dialectica.*, al.

ga escolástica, y de varios modos se empezó á introducir el buen gusto y la erudicion en la filosofía, y á perderse la servil sujecion al arábigo Aristóteles, y á las qüestiones, que se agitaban en las escuelas.

Disputas sobre el mérito de la filosofía platónica, y de la aristotélica.

A esto contribuyó mucho la ardiente disputa, que entónces se encendió entre los griegos, y que se comunicó tambien á los latinos, sobre el mérito de Aristóteles y de Platon. Quando reynaba Aristóteles en todas las escuelas latinas, y los mismos filólogos, y eruditos gramáticos latinos y griegos, contribuian á hacerle mas célebre, fué á Italia al concilio de Florencia Gemisto Pletón, hombre doctísimo, y zeloso predicador del mérito de Platon, inspiró al gran protector de las letras, Cosme de Medicis, y á los literatos de su corte, el amor y veneracion á la doctrina de su estimado filósofo, y esparció las semillas que tan prontos y preciosos frutos produxeron en la academia platónica, que se fundó en aquella ciudad. Y no contento con esto, reflexionando que el sumo aprecio en que estaba tenida la doctrina de Aristóteles podia perjudicar á la propagacion de la platónica, habiendose restituido á Grecia escribió una obra sobre la diferencia entre la filosofía platónica y la aris-

aristotélica (*a*), en la qual no solo da la preferencia, como es natural, á la platónica, sino que llena de burlas y de ultrages á la aristotélica. Esta obra de Gemisto, en vez de retraer á muchos de la filosofía aristotélica, y atraerlos á la platónica, exâsperó los ánimos de todos, y finalmente, su discípulo y declarado platónico Besarion, escribió un libro en defensa de Aristóteles, contra algunas acusaciones que le habia hecho Pleton (*b*). Tomó las armas á favor de Aristóteles particularmente Jorge Escolario, llamado tambien Genadio, y propuso fuertes objeciones á Pleton; pero este, lleno de ardimiento y furor, no tanto quiso hacer su defensa, quanto extender una amarga invectiva contra su impugnador (*c*). Entró en batalla contra el mismo Pleton Teodoro Gaza, el qual, aunque particularmente versado en los estudios gramaticales, estaba tambien muy instruido en la erudicion filosófica. Salió á la defensa de Pleton, contra las acusaciones de Gaza, Miguel Apostolio, y la

(*a*) *De platon. et aristo. philosophiae diferentia.* (*b*) *Ad dicta Pl. touis in Aristotelem de substantia.* (*c*) *Ad Scholarii pro Aristotele objectiones.* V. Allat. *De tribus Georgiis* apud Fabricium *Bibl. gr.* tom. X.

la qüestion fué entónces trasladada de Grecia á Italia, donde tanto Gaza como Apostolio moraban en aquellos tiempos, prófugos de su patria. La acerbidad de la respuesta de este era digna del estilo del héroe, que se proponia defender; y finalmente su protector y generoso albergador Besarion la desaprobó abiertamente en una carta dirigida al mismo. De muy diferente manera, y con mucha mayor moderacion respondió á Apostolio otro griego, igualmente morador en Italia, á saber Andrónico Calisto, el qual aunque dedicado á ensalzar á Aristóteles sobre Platon, mereció la aprobacion del mismo platonicísimo Besarion: pero el mas fuerte y furioso adversario de Gemisto Pleton fué Jorge de Trebisonda, el qual, no contento con defender á Aristóteles, y abatir á su impugnador, se volvió atrevidamente contra el mismo Platon, y le atacó en todas partes sin reserva, y con intolerable insolencia. El respetabilísimo Besarion no pudo llevar con paciencia tanta desvergüenza, y con todo el peso de su erudicion, y de su gravísima autoridad se lanzó contra Jorge Trapezuncio, y escribió contra él una docta obra sin nombrarlo *adversus calumniatorem Platonis*, en la qual no solo con muchísima eru-

erudicion y juiciosa sobriedad expuso la doctrina platónica, y aun procuró hacerla semejante á la cristiana, sino que tambien tomó la defensa de la vida y de las costumbres del ultrajado Platon. Con estas disputas entre los griegos eruditos, aunque á veces llevadas sobrado adelante, se acarreaba alguna ventaja á la filosofía; puesto que se hacia conocer mejor la doctrina de Aristóteles y de Platon, y debiendo reconocer algun error en el uno y en el otro se iba sacudiendo el yugo peripatético, y adquiriendose una poca libertad filosófica. A esto se añadió el entusiasmo platónico, que se habia encendido en aquellos tiempos aun entre los italianos, particularmente en la Toscana. El célebre Cosme de Medicis, llamado *Padre de la patria*, excitado por Gemisto Pleton, promovió entre muchos literatos, protegidos por él, el platonismo, y fundó en Florencia la academia platónica, que llevada por Lorenzo *el Magnifico* á mayor perfeccion difundió su celebridad hasta los posteriores. Marsiglio Ficino era el alma de aquella academia, á quien daba singular ornamento el tan famoso Juan Pico de la Mirandola. Christobal Landini, Juan Cabalcanti, Felipe Valori, Francisco Bandini;

Filósofos sequaces de Platon.

Leon

Leon Bautista Alberti, y otros nombres ilustres en la literatura, mencionados por Marsiglio Fecino en una carta (*a*), entraban en esta academia, y concurrian con noble emulacion á dar mayores luces á la filosofía de Platon, y me atreveré á asegurar que no hay ninguno ni latino, ni griego, á quien deba tanto la doctrina platónica, como á Marsiglio Fecino, quien no contento con la ilustracion de las obras del maestro Platon, traduxo tambien, y procuró aclarar la doctrina de Plotino y de los mas célebres platónicos. Estos estudios, aunque á veces versaban sobre güestiones de palabras, no terminaban como los escolásticos en caprichos, y en sutilezas insubsistentes, sino que se dirigian á adquirir la verdadera inteligencia de Platon, y de Aristóteles, los quales, aunque en la física estuviesen todavia muy distantes de la verdadera doctrina, tenian sin embargo en el resto de la filosofía nobles ideas, sublimes pensamientos, y mucha erudicion; así que, con aquellas disputas, y con aquellos escritos se elevaba la mente, se dilataban las ideas, y se deseaba saber mas que lo que se aprendia

(*a*) *Ep. ad Vranium* lib. XI. *Epistol.*

en las escuelas. Por esto empezaron algunos á pensar por sí mismos, otros se atrevieron á disminuir la autoridad del venerado oráculo de Aristóteles, y otros á cara descubierta se pusieron á declamar contra los estudios escolásticos. Raymundo Sabunde escribió á fines de aquel siglo una teología natural digna de las luces de este. Vives, á principios del siglo subsiguiente, declamó con mucha elegancia de estilo, fuerza de eloqüencia y copia de erudicion contra los vicios de los escolásticos, y de algun modo señaló con el dedo los mas rectos caminos para adquirir la verdadera filosofía (*a*). Bernardino Telesio inventó un sistema filosófico diferente del aristotélico, é hizo algunos sequaces (*b*). Mas se adquirio Teofrasto Paracelso con su doctrina química, cuyos principios ó elementos hacian irreconciliable guerra á los aristotélicos.

Pedro Ramo.

Pero ninguno se arrojó con tanto ímpetu y furor como Pedro Ramo contra Aristóteles, y contra toda su filosofía. ¡Qué admiracion no causó á todas las escuelas la temeridad del jóven Ramo, que atrevidamen-

(*a*) *De corrupt. discipl.* lib. III, et V. al. (*b*) *De natura rerum.*

mente sostuvo en conclusiones públicas, contra los argumentos de los mas graves profesores, ser falso todo quanto habia escrito Aristóteles! En la lógica de Aristóteles puso él particularmente la mira, y desmenuzandola cruelmente, la encontró toda llena de defectos, de errores, de inepcias y de absurdidades (*a*), y quiso substituirle una suya para sepultar en el desprecio y olvido la aristotélica (*b*). Grande estrépito causaron en toda la república filosófica la animosidad y los escritos de Ramo, y le ganaron no pocos sequaces; pero igualmente le ocasionaron persecuciones gravísimas, y, si hemos de decir la verdad, mayor daño le causaron á él que á la doctrina aristotélica que impugnaba, la qual, no obstante los ataques y los golpes de Ramo, se mantuvo firme, y siguió ocupando el trono filosófico en las escuelas. Con mas fundamento de doctrina y de erudicion se puso Patricio á combatir la filosofía de Aristóteles, y á proponer una suya propia, que en substancia era la platónica, adornada con muchos sentimientos suyos; bien que este mismo salió con mas felicidad en destruir que en edi-

Patricio.

(*a*) *Animadv. Aristotelicae.* (*b*) *Institut. dialecticae.*

Digitized by Google

edificar, en derribar la doctrina aristotélica que en establecer la suya (*a*). No tan erudito, pero mas original que Patricio se mostró

Telesio. Telesio en su filosofía (*b*), que mereció el atento exâmen y no pequeños elogios del gran Bacon (*c*); pero tambien tuvo harto mejor suerte en impugnar los dogmas aristotélicos que en defender los suyos propios, los quales quiso sacar á luz baxo la sombra de Parmenides. Justo Lipsio, mas amante de la moral que de la dialéctica, y de la física, se inclinó á los estoycos, y formó de su doctrina un cuerpo de filosofía, que fué despues abrazado por Sciopio, y por algunos otros. Mas originales, ó por mejor decir mas atrevidos y vivos, ó mas locos fueron otros dos italianos, Cardano, y Bruno. Este, perdido todo respeto á la honestidad y religion, abandonado á los sueños de su imaginacion, y envuelto en misteriosas y obscuras expresiones, es mas conocido por sus infortunios, y por su desgraciada y abominable muerte, que por su extravagante é ininteligible filosofía. No menos fantástico y ex-

Justo Lipsio.

Bruno.

(*a*) *Discussiones peripateticae. Nova de universis philosophia.* (*b*) *De rerum natura juxta propia prin.* &c.
(*c*) *De ptin. atque originibus* &c.

extraño Cardano, pero mas erudito y mas verdaderamente docto, como tambien mas religioso, versado profundamente en las matemáticas, é instruido en muchas ciencias, se hallaba mas que Bruno, y quizas aun mas que ningun otro, en estado de dar una buena filosofía, si hubiese sabido refrenar su vivacísima imaginacion, y consultar con mayor madurez á su razon á veces sólida. Nosotros remitimos á Brukero (*a*) al que deseare tener mas noticias de las vicisitudes, y de las opiniones de estos dos atrevidos filósofos, los quales tuvieron la gloria de sacudir todo yugo, no solo de Aristóteles, sino de qualquiera otro filósofo, y sin apoyarse, como Patricio á Platon, ni como Telesio á Parmenides, y sin buscar el auxîlio de otro alguno se atrevieron á caminar por sí mismos, y formar á su arbitrio una nueva filosofía. Así lo hizo poco despues Campanela, quien combatió tambien felizmente la filosofía aristotélica, propuso una suya, y mostró en la doctrina audacia é ingenio no inferiores á quanto se habia visto en otros, bien que cayendo igualmente en sueños y en absurdas imaginaciones. Fortuna Cardano.

fué

(*a*) Tom. IV. pars. altera lib. I, cap. II, et III.

fué del peripato que todos aquellos que lo combatian, y sobre sus ruinas querian levantar una nueva filosofía, cayesen en extravagancias y caprichos, y en opiniones mas vanas é insubsistentes que aquellas mismas que impugnában con tanto ardor; y dando con esto algun motivo para creer que era peligroso el apartarse de las doctrinas de Aristóteles, acrecentasen mas y mas entre los escolásticos la adhesion á su maestro. Véiase sin embargo grande inquietud, é insaciable curiosidad en los ingenios filosóficos, la qual no podia dexar de ser contraria al dominio escolástico de Aristóteles. El amor á la elegancia, y á la erudicion habia inspirado en los ánimos ardientes deseos de ver la verdad neta; y fastidiados de las bárbaras é insignificantes palabras, de las obscuras é insipidas qüestiones, y de la vana é inutil doctrina de los escolásticos corrian á la fuente misma de las obras de Aristóteles, que á la verdad encontraban muy diversas de la rústica idea que se habian podido formar en las escuelas, pero que sin embargo no bastaban para apagar su docta curiosidad. Por esto se dirigian á otros filósofos, y seguian hora á Platon, hora á Parmenides, hora á Demócrito, ho-

hora á otros, donde mas creian hallarse cercanos á la verdad. Pero burladas aun entónces sus esperanzas empezaron á abandonar la guia de los antiguos en las investigaciones filosóficas, y á seguir la propia razon, á pensar por sí mismos, fabricar sistemas originales, y hacerse de caudal propio una nueva filosofía. Grandiosa y loable era ciertamente la empresa, pero muy ardua y dificil, ó por mejor decir imposible, singularmente en aquellos tiempos, y mucho mas á aquellos ingenios. ¿Qué filosofía podia esperarse de hombres impacientes é inquietos, que sin detenerse á consultar la razon se dexaban llevar de los brillantes relumbrones de su fogosa imaginacion? Se debia primero observar mucho, meditar mucho, reflexîonar mucho, confrontar, exâminar, pensar, fixar los hechos, establecer algunas verdades, combinar las unas con las otras, y ver sus relaciones, extender las miras, y elevarse á otras mas universales, y no menos seguras, ligarlas entre sí, presentarlas en varios aspectos, mirarlas en todos con ojos críticos, pesarlas mas y mas veces con ilustrado y severo juicio, y encontrarlas bien coherentes y unidas en amigable sociedad, y despues formar de ellas un sistema, expo-

ponerlo con claridad y con método, establecerlo con fuerza y solidez de razones, prevenir y satisfacer las objeciones, y presentarlo para la instruccion universal claro y agradable, noble y rico, sólido y seguro. Era preciso para esto un vasto y agudo entendimiento, un espíritu penetrante y fino, una rápida y sólida imaginacion, un sutil, pero sólido, severo é inalterable juicio.

Si habia ingenio alguno en toda la Europa, que se pudiese creer capaz de entrar en tan alta empresa, ciertamente era un italiano; el gran Galileo era el único, que, provisto de los conocimientos necesarios matemáticos y filosóficos, de la oportuna erudicion de los antiguos sistemas, de pronto y sosegado ingenio, de viva y regulada fantasía, de ojos filosóficos, de espíritu observador, y de reflexîvo juicio, pudiese abrazar con su vista toda la naturaleza, y darnos una plena y cumplida filosofía; acostumbrado á observar con igual atencion las vibraciones de una lampara, que el movimiento de los cielos, á meditar profundamente sobre los grandes y pequeños objetos, y ver en todos igualmente las leyes de la naturaleza, á reflexîonar sobre sí mismo, y calcular las fuerzas del entendimiento humano.

Galileo.

mano, y la extension de sus conocimientos, se hallaba en estado mejor que ningun otro de formar planes, y dar leyes para el descubrimiento de la verdad, y de fixar principios, é idear sistemas para el establecimiento de una nueva y verdadera filosofía. Hemos dicho en otra parte (*a*) quanto hizo Galileo en beneficio de la verdadera física, que la elevó al grado de una *ciencia* realmente *nueva*; y este es el gran paso que dió para la reforma de la filosofía. Las ventajas de la filosofía moderna sobre la antigua consisten principalmente, y casi podria decirse únicamente, en el mejoramiento de la física; y los progresos que hemos visto haber procurado á la física Galileo, Bacon, y Cartesio son los adelantamientos hechos por obra de los mismos en la filosofía, que ahora deberemos de nuevo recorrer ligeramente para manifestar el curso que ha seguido la filosofía. Galileo, sabio y modesto, no quiso formar sistemas generales, y refrenando los vuelos de su imaginacion, apoyado solo á la geometría y á la observacion, se contentó con disipar algunos erro-

(*a*) Tom. VIII, lib. II, cap. I.

Digitized by Google

res, y descubrir algunas verdades, dexando para otros la gloria de reformar los estudios filosóficos, y de crear una nueva filosofía. Así que, Galileo fué tenido mas como físico-matemático, que como filósofo, y no hizo grande estrépito entre los filósofos: combatió á Aristóteles y á los escolásticos, donde le vino á la mano, sin cuidarse mucho de purgar las escuelas filosóficas de las inepcias dialécticas y metafísicas, de que estaban aun llenas, y dexandolas quietas en su peripato; pero sin embargo fué el primero que dió el justo exemplo de un recto modo de filosofar, y tuvo la complacencia de formar con esto, antes que con los preceptos, algunos verdaderos filósofos, y de hacer nacer la aurora de la buena filosofía. Por otro camino se dedicó al mismo tiempo
Bacon. Bacon de Verulamio al restablecimiento de la filosofía. Levantó el grito contra los defectos de la misma, qual se habia visto hasta entónces: la filosofía platónica le pareció sobrado teológica, la aristotélica sobrado dialéctica y metafísica, la telesiana una inutil renovacion de la de Parmenides, la doctrina de Ramo una quimera, la física de los químicos sobrado reducida; en suma, declaró toda la filosofía defectuosa y falta, de-
ci-

cidió abiertamente que aun no se habia encontrado la verdadera filosofía, y tocó la trompeta para llamar gente á la formacion de esta ciencia, empezando él mismo á abrir los solidos y seguros cimientos, sobre los quales se debia levantar aquella gran fábrica. Descubrió las fuentes de los errores y de las preocupaciones, dió reglas, insinuó observaciones, propuso experiencias, formó planes, abrió caminos, y comunicó luces para alcanzar la verdad: y si con prudente modestia no quiso componer un sistema, y dexar un cuerpo de filosofía, mostró el terreno donde se habia de trabajar, y enseñó el modo de cultivarlo para producir una filosofía fructuosa, y fecunda de útiles verdades. Genio sublime, mente vastísima, é ingenio combinador, meditaba profundamente, y penetraba hasta en lo mas íntimo de la naturaleza de las cosas, ampliaba las ideas, purificaba las ciencias, veia los principios, y designaba la inmensa obra no solo de un cuerpo de física, no de un curso completo de toda la filosofía, sino de *la grande restauracion* de las artes y de las ciencias, del mejoramiento de todas las producciones del espíritu humano, de la construccion y perfeccion de una universal enciclope-

dia (*a*). Las obras de Bacon quedaron muy léjos de obtener el efecto, que el autor habia deseado: su mérito no podia estimarse debidamente en aquel siglo, y solo en este, despues de haberse adelantado tanto en las ciencias, se ha conocido justamente su valor; la novedad de las ideas, la estrañeza de tantas palabras, y de tantas expresiones ó creadas por él de nuevo, ó alteradas y cambiadas de sentido, el desórden de las materias, y la dureza y obscuridad del estilo retraxeron á muchos de leer sus libros, y á muchos mas de entender, y de abrazar su doctrina. Los caminos mostrados por Bacon, y calculados antes por Galileo, conducian, sí, al descubrimiento de la verdad, que debe ser el término de toda filosofía; pero eran sobrado largos, y se necesitaban siglos enteros para que por tales medios pudiesen las impacientes escuelas tener un cuerpo completo de filosofía, qual se requeria para el curso de sus lecciones. Se deseaba un nuevo sistema filosófico para contraponer al aristotélico, se queria una nueva filosofía: pero ¿dónde se habia de encontrar un in-

(*a*) *De dignit. et augm. Scient. Novum organum Imp. philos.* al.

ingenio capaz de entrar en tan grande empresa? Dónde, quien la quisiese abrazar despues del infeliz éxito de los Cardanos y de los Brunos, y despues del loable exemplo de circunspeccion y modestia de los Bacones y de los Galileos? La Francia dió este valeroso filosofo, á quien no amedrentaron las mayores dificultades.

Estudios de la Francia hácia principios del siglo XVII.

Gran fermento habia quedado en Francia despues de los contrastes de Ramo para sacudir el yugo de Aristóteles, y establecer una buena filosofía; pero el estudio de las matemáticas, antes que los esfuerzos de Ramo, fué en mi concepto lo que contribuyó mas á este establecimiento. Los maravillosos progresos hechos por Vieta en dichos estudios encendieron en los nobles ingenios un vivo deseo de cultivarlos, y de correr animosos é impavidos á la consecucion de la verdad. El amor á la certidumbre y evidencia, que encontraban en las demostraciones geométricas, hacía que se disgustasen de las obscuras é incompletas ideas de las no entendidas aserciones, de la vana é inconcluyente doctrina. Y Peiresch, Merseno, Gasendo, Fermat, y algunos otros franceses filosofaban con un espíritu y gusto muy diverso del que habia ani-

ma-

Digitized by Google

mado á los filósofos precedentes. En me-
Cartesio. dio de estos salió Cartesio, que, provisto por la naturaleza de una fuerte imaginacion, de un espíritu brioso é intrépido para combatir las preocupaciones, de una mente metódica y consiguiente, y de un sutilísimo ingenio para buscar la verdad, parecia destinado por la misma para mudar la faz á la filosofía, y producir una notable revolucion en el espíritu humano. Para executarla mas completamente no se contentó con desarraigar del ánimo las preocupaciones, como predicaba Bacon, sino que quiso tambien borrar de él todos los conocimientos adquiridos, fuesen verdaderos ó falsos, se puso en un estado de indiferencia, y duda universal, suspendió el juicio sobre todas las cosas, y no quiso prestar ascenso mas que á las evidentes é indubitables verdades, ni abrazar idea alguna que no percibiese claramente y con precisa distincion. Las verdades matemáticas, la propia exîstencia, la exîstencia de Dios, su indefectible veracidad, la realidad de las cosas materiales, y la distincion de la mente al cuerpo, y así algunas otras verdades, que se le presentaron con irresistible evidencia, fueron los primeros escalones por donde se fué ele-

elevando á mas y mas conocimientos físicos, metafísicos, y morales y adquiriendo siempre mayor osadia llegó á formar las mas vastas y generales teorías del movimiento de los cuerpos, de la traza de los cielos, de la construccion y órden del universo, quiso penetrar en los mas secretos senos de la mente, y del corazon, y descubrir el orígen de las ideas, y las causas morales y físicas de los afectos y de las pasiones, y tuvo valor para fabricar de planta una plena y universal filosofía. Es verdad que los vórtices, la materia sutil, las ideas innatas, y otros principios de la filosofía cartesiana no son mas verdaderos que las formas substanciales, y otros semejantes de la aristotélica; pero aquellos tenian el mérito entónces muy estimado de la novedad y de la claridad, y de substituir una explicacion mecánica é inteligible á las qualidades ocultas, y á las obscuras palabras de los escolásticos. El gran mérito de Cartesio fué excitar el entorpecido genio, y animarlo á pensar por sí, fué desarraigar las quasi innatas preocupaciones, prevenirnos contra los errores, introducir una util desconfianza, sacudir el yugo de las opiniones, excluir toda idea obscura y confusa, no recibir mas que pala-

labras y expresiones claras é inteligibles, y darnos una filosofía mas física que dialéctica, y de cosas, no de palabras, una filosofía racional y considerada, y sino en todo convincente y verdadera, siempre bien deducida, y ligada en todas sus partes, siempre consiguiente y fundada, agraciada y gentil, de bella y amable apariencia, capaz de hacerse entender y gustar de todos. Solo el libro del *método*, dice justamente d'Alembert (*a*), hubiera bastado para hacerle inmortal; su *dioptrica* es la mas grande y mas bella aplicacion, que jamas se hubiese hecho de la geometría á la física; y en todos sus escritos aun en los menos leidos, y menos conocidos se ve sobresalir su genio inventor. Y si no siempre conduxo á sus sequaces á la verdad, si á veces no hizo mas que substituir errores á errores, esto no quitó las ventajas de su reforma, ni le privó del mérito de haber hecho mudar de aspecto á la filosofía. Entónces se empezó á quererlo exâminar todo, á buscar explicaciones mecánicas de todos los fenomenos físicos, á atenerse en todo á las ideas claras y distintas, y no dar asenso sino á lo que se presenta con manifiesta evi-

(*a*) *Disc. prél. á l' Enc.*

evidencia, á raciocinar y á pensar con filosófica severidad; y Cartesio con su atrevido modo de pensar, y con la audacia de no sujetarse á la autoridad de otro, y de abandonar las comunes opiniones, y los trillados y vulgares caminos de filosofar, dispuso los ánimos de los filósofos para hacer el debido caso de todos los sistemas, tanto del mismo Cartesio, como de los otros, y para abrazar el modesto y prudente método seguido por Galileo, predicado por Bacon, y descuidado por sus coetáneos, y aun por el mismo Cartesio, pero á quien sin embargo mas sequaces atraxo la doctrina de este, que el exemplo y los preceptos de los mismos Galileo, y Bacon; y de todos modos deberemos atribuir al filósofo frances el honor de haber dado principio á una nueva época en la filosofía. Para el establecimiento de esta no bastó Cartesio, y contribuyeron por vias diversas tanto sus contrarios, como los mismos partidarios, que de unos y de otros hubo muchos, é ilustres. Beaune, Schotten, Regis, Heydan, Picot, y escuelas enteras y universidades abrazando, exponiendo, ilustrando y defendiendo las doctrinas cartesianas, hicieron conocer mas y mas la debilidad y vani-

dad de la filosofía escolástica, y de todo el peripato, y propagaron y autorizaron mucho mas el nuevo modo de filosofar. No fueron menos ardientes los impugnadores que los partidarios de Cartesio, ni contribuyeron menos á su crédito. Todo el peripato escolástico se desató contra la audacia de la nueva filosofía; pero los escolásticos, acostumbrados á manejar la gerga de sus palabras, no á exâminar las ideas, ni á seguir la serie de los raciocinios, mal podian comprehender la fuerza, ni conocer lo débil de aquella doctrina; y por ello sus oposiciones á los ojos de los filósofos pensadores no hacian ver mas que lo frívolo de la filosofía que querian sostener, no de la que procuraban destruir. Aquel Voecio, y aquellos sus cooperadores, autores de infames libelos, en los quales mas eran las calumnias contra la persona, que las objeciones contra la doctrina, contribuian mal de su grado, al acrecentamiento del partido cartesiano, mostrando la debilidad, y la mala fe del suyo (*a*). No era de poco honor para Cartesio el merecerse un atento exâmen, y una severa censura del eruditísimo Huet: y si

(*a*) *Ep. Cartesii ad cel. vir. Gisbertum Voetium.*

si este en muchos puntos de la filosofía cartesiana cree no encontrarse otra cosa que renovados los dogmas de los antiguos griegos, esto podrá tal vez, si es verdadero, redundar en descredito del filósofo plagiario; pero servirá para dar mayor peso de autoridad á su doctrina (*a*). ¿No puede mirarse como fruto de la filosofía cartesiana el encontrar en las diversas objeciones de Hobes, de Arnaldo, de Bourdin, y de otros, que leemos en sus obras juntamente con sus respuestas, una sutileza, precision y claridad, á que no estaban acostumbrados los filósofos de aquellos tiempos (*b*)? No ha tenido Cartesio mas fuerte impugnador, ni mas digno rival en el merito filosófico que Gasendo. A la verdad, por mas decantado que sea el mérito de Cartesio, no sabré á qual de estos dos filósofos dar la preferencia. Ambos á dos de sutil ingenio, de severo juicio, de fina crítica, ambos á dos acostumbrados á la meditacion y al estudio, ambos á dos libres de preocupaciones, y amantes de la verdad, ambos á dos felices en hermanar las matemáticas con la filosofía, ambos á dos convienen en abandonar el peripato escolás- Gasendo.

(*a*) *Censura phil. cartes.* (*b*) *Object. doct. aliquot. vir.* &c.

tico; y aun Gasendo pasó harto mas adelante que Cartesio, combatiendolo abiertamente, y ha tenido la gloria de ser reputado hasta nuestros dias por el mas fuerte, el mas fundado, el mas erudito, docto y eloqüente de quantos han querido impugnar la filosofía aristotélica (*a*). Pero Cartesio tuvo la animosidad de formar por sí una nueva filosofía, mientras que Gasendo modestamente se contentó con restablecer corregida y aumentada de nuevas luces la epicurea. La filosofía de Epicuro, amante de la claridad y sencillez, libre de las dialécticas y metafísicas alteraciones, reducida en la física á principios, y explicaciones mecánicas y sensibles, sin formas y qualidades ocultas, y sin otros principios metafísicos, y meramente intelectuales, con razon podia parecer la mas oportuna para oponer á la obscura gerga de los escolásticos, á los misterios platónicos, á los principios parmenidescos, á las sutilezas estoyeas, y á quanto reynaba muchos siglos habia en las escuelas, y á quanto se queria promover en aquellos tiempos. Y si Epicuro erró en negar á Dios la

(*a*) *Exercitatio paradoxic. adv. Aristoteles libri septem* &c.

la providencia, y en casi toda la parte teológica de su fisiología, lo corrigió y emendó plenamente Gasendo, é hizo cristiana la filosofía epicurea, como Santo Tomas habia santificado la aristotélica. Y esta filosofía gasendiana podia justamente competir con la cartesiana. El mérito principal de esta fué, en mi concepto, introducir pureza y precision en las ideas, propiedad y claridad en las expresiones, y substituir explicaciones sensibles á las meramente ideales, y una filosofía corpuscular y mecánica á las otras metafísicas é intelectuales; y en este mérito ciertamente no le fué inferior la de Gasendo; antes bien Gasendo, abrazando el vacuo desterrado por Cartesio, no embrollandose en sus vortices, ni siguiendo la ideas innatas, ni otros dogmas tenidos por él en gran consideracion, pero despreciados por los filósofos posteriores, pudo formar una doctrina mas clara é inteligible, y menos sujeta á gravísimas oposiciones. Cartesio fué mas sublime en la geometría, mas original en el método de filosofar, mas atrevido en el pensar, mas vivaz y ameno en las imaginaciones, mas lisonjero por la extension de su plan, y mas agradable por la novedad: Gasendo mas erudito, y mas universalmente doc-

docto, mas versado en el conocimiento de los antiguos, y de todos sus sentimientos filosóficos, mas circunspecto y mas juicioso, mas sobrio y mas reservado en su modo de filosofar: ambos á dos consumados filósofos, ornamentos de su tiempo y de la Francia, xefes y maestros de la nueva filosofía. Pero sin embargo es preciso confesar que la filosofía mas debe á Cartesio que á Gasendo, y á todos los otros. Los filósofos, cansados ya de reproducir inutilmente las antiguas opiniones, antes querian abrazar una nueva filosofía que correr tras las antiguas: la novedad del método y del sistema, la facilidad de las explicaciones, y la claridad y popularidad de la doctrina excitaban mas la curiosidad, y satisfacian mejor los ánimos que los largos y eruditos tratados expuestos con ayre didascálico, y presentados á las estudiosas y reflexivas meditaciones; y los mismos errores atrevidos y especiosos encontraban mejor fortuna que las tímidas y circunspectas verdades. Cartesio en efecto ha obtenido mucho mas crédito que Gasendo, y que todos los otros, y ha quedado casi enteramente con toda la gloria de la reforma de la filosofía.

Sea lo que se fuese de este parangon, lo cier-

cierto es que despues de Cartesio y de Gasendo se vió una gran mutacion en toda la filosofía; y la filosofía, por decirlo así, corpuscular y mecánica empezó á reynar hasta en las escuelas. Regis, Maignan, Saguens, y varios otros, no solo hereges, sino católicos y religiosos, propagaron de varios modos, y defendieron de las oposiciones tanto filosóficas como teológicas la nueva filosofía. Pascal, Arnaldo, Nicole, y todos los retirados en Puerto Real abrazaron la misma, y á ellos, bien sea á Trigny, á Bon, á Nicole ó á Arnaldo, ó bien á muchos juntos, á ellos ciertamente se debe la famosa lógica con el título *de Arte de pensar*, que tanto estrépito ha causado en todas las escuelas. Pero el filósofo que mas honor dió á Cartesio, y de quien puede tomarse el principio de la perfeccion de la lógica y metafísica cartesiana, fué Malebranche. Las lógicas de los aristotélicos, de Ramo, y de los ramistas, y de todos los que la habian tratado con alguna extension, se habian ocupado mas en la colocacion y en la coordinacion de las palabras, ó de las ideas explicadas por ellas, en las proposiciones y en los silogismos, que en desentrañar y en dirigir las operaciones de la mente humana.

Filosofía cartesiana.

Malebranche.

Digitized by Google

na. Bacon, en su *Organo*, pasó mas adelante, procuró desterrar las preocupaciones, y dió algunos indicios para caminar en busca de la verdad: los autores del *Arte de pensar* se entretuvieron sobrado en las ideas innatas, en las proposiciones, y en los silogismos, sin internarse bastante en el curso, y en las operaciones de nuestro entendimiento. Solo Malebranche, adorador de Cartesio, nutrido en su filosofía, bien fundado en las matemáticas y en la física, dotado de agudo y reflexîvo ingenio, de claro entendimiento, y de fuerte imaginacion, supo descubrir las fuentes de los errores de nuestro entendimiento, y dirigirnos en la investigacion de la verdad. ¿Con quánta sutileza y sagacidad no descubre los deslumbramientos que nos causan los sentidos, los géneros diversos de las sensaciones, y los errores que las acompañan? ¿Con quánto dominio de la fisiología y de la metafísica no describe la imaginacion, la memoria y los hábitos? ¡Como entra agudamente en las diversas imaginaciones de las personas diferentes no solo de sexô ó de edad, sino tambien de ocupaciones y de estudios, y nos explica las propiedades y los defectos de las imaginaciones de los hombres y de las mugeres, de los viejos

jos y de los jóvenes, de los eruditos y de los comentadores, de los autores de sistemas, de los ingenios afeminados, de los ingenios superficiales, y de todos, y nos muestra la fuerza de la imaginacion, y los daños que de ella se derivan! Solo el tratado de esta, tan sutil é instructivo, basta para merecer á Malebranche la alabanza de profundísimo metafísico: ¿pero quán grande no se nos presenta tambien en el modo de escudriñar la naturaleza y las fuerzas de nuestro entendimiento, de discutir las pasiones y los afectos, de enseñarnos á hacer buen uso de los sentidos, de la imaginacion y de los afectos, de darnos el método para regular los estudios, y de prescribir las leyes para buscar útilmente la verdad? Dexemos para sus partidarios, si todavia los hay, sus opiniones de las causas ocasionales, de verlo todo en Dios, y de algunos otros puntos, y sigamos con gusto y con admiracion tantas originales observaciones suyas, tantas finas reflexiones, tantos conocimientos no comunes, tantos útiles documentos, y miremos en Malebranche el mas digno partidario de Cartesio, el padre de la verdadera lógica, y de la sólida y útil metafísica. Mientras Cartesio y Malebranche ilustraban de esta manera la

lógica metafísica, se cultivaba esta de otro modo en Inglaterra. Las obras de Bacon no habian tenido muchos sequaces, ni aun entre sus ingleses; pero sin embargo dexaron esparcidas las semillas de las útiles disquisiciones, y excitaron el amor á la verdadera
Hobes. filosofía. Hobes, de grande ingenio, de severo juicio, de mente libre, y de muchos conocimientos, hubiera llegado á ser excelente filósofo, si la ambicion de la originalidad, y por lo mismo el amor á las paradoxas y á las novedades, la sobrada confianza en sus principios, y la continua oposicion á las opiniones de otros no le hubiesen hecho caer en contradiciones, y en errores harto mas notables que las verdades, que pretendia haber descubierto para la instruccion de la humanidad, y que han sido la causa de que se olvidasen las útiles reflexiones, y las ingeniosas sentencias, que con freqüencia se encuentran en sus escritos. Algun sequaz se adquirió entre los ingleses la filosofía hobesiana; pero encontró muchos mas contrarios, y en el dia solo el nombre se conoce de aquel filósofo, y comunmente apenas se sabe de sus escritos otra cosa que dos ó tres errores, que hacen odiosa su memoria entre los sabios filósofos. Harto mejor

jor nombre dexó Cudworth, hombre de pro- Cudworth.
fundo ingenio, y de copiosa erudicion, que lleno de noticias de la antigua y de la moderna filosofía, y acostumbrado á las meditaciones metafísicas produxo la grande obra del *Sistema intelectual*, que, aunque refiera en gran parte la doctrina de los antiguos, tanto en la física como en la metafísica, y en la teología, sin embargo la ha modificado é ilustrado tan doctamente, y ademas la ha acompañado de tantos sentimientos originales, y de tan selecta y útil erudicion, que ha dado muchas luces á los posteriores filósofos, y á pesar de lo grande del volúmen, y la poca amenidad del estilo, se ha hecho leer de quantos han querido internarse en la filosofía racional.

Otros filósofos ingeniosos y sutiles tuvo entónces Inglaterra, y aquel fué verdaderamente para ella el tiempo de la filosofía: la física hacia muy rápidos progresos con los estudios de Bayle, y de los otros individuos de la real Sociedad de Lóndres; y con los preciosos frutos de las observaciones y de las geométricas demostraciones de Newton fixaba el método de su cultura para exemplo de los posteriores filósofos, como hemos probado en otra parte con bastante ex-

tension (*a*): y lo que Newton trabajaba por
Loke. la filosofía natural, lo hacia Loke por la racional, y de algun modo podia llamarse el Newton de la metafísica. No quiso Loke abrazar sistemas ni teorías ideales; sino que se propuso atender unicamente á aquello que la reflexîon sobre sí mismo, y sobre sus pensamientos, una sagaz y penetrante observacion sobre los discursos propios, y los de otros, y una continua y profunda meditacion sobre todo lo que pertenece á nuestro entendimiento le fuesen presentando sucesivamente. Se dió tambien á contemplar las diversas facultades de nuestra alma, á exâminar todas las formas diversas, por decirlo así, y los diferentes colores, y los varios grados que viste, pasó revista á todas las producciones de la misma, á las ideas, á los afectos, á los conocimientos diversos, y á todas las operaciones intelectuales, y formó la grande obra de su *Ensayo del entendimiento humano*. Busca Loke el orígen de las ideas; y no halla ideas innatas, quales querian los cartesianos que hubiese muchas, sino que todas las encuentra nacidas de la experiencia y de la observacion sobre los objetos externos

(*a*) Tom. VIII, lib. II, cap. I.

Digitized by Google

nos de los sentidos, y sobre las internas operaciones del entendimiento, esto es de las sensaciones y de la reflexîon, teniendo la osadía filosófica de combatir una opinion recibida entónces por casi todos los filósofos, y de preferir una verdad rancia y escolástica á una especiosa y aplaudida novedad. Pero ¿con qué sutileza metafísica no entra á desmenuzar todas nuestras ideas, y los verdaderos objetos que representan? Las ideas simples y las complexâs, las positivas y las negativas, las que provienen de las sensaciones, y las que nacen de la reflexîon, las ideas de los modos, de las substancias y de las relaciones, y todas las infinitas ideas que se reciben en nuestra mente, sin que apenas lo advirtamos, se ven todas desenvueltas y explicadas con suma agudeza y precision, y aun sobre las diferencias de las ideas claras y obscuras, distintas y confusas, reales y ficticias, adequadas é inadequadas, y de tantas otras, sobre las quales habian filosofado mucho otros lógicos anteriores á él, ha sabido encontrar nuevas é importantes observaciones. ¡Con quánta prudencia y sagacidad no analiza la formacion de nuestros conocimientos, pasando de la percepcion á la contemplacion y á la memoria! Los au-

auxîlios y los defectos de la memoria, el ingenio y el juicio, la abstracion, la composicion, la comparacion, nada se escapa á su mente aguda y perspicaz; y el uso de las palabras, con que se expresan nuestras ideas, el influxo de las mismas sobre nuestros conocimientos, y los errores, que provienen del abuso de ellas, le presentan un vasto campo para muchas sutiles reflexîones, y para muy útiles doctrinas. Y despues toda la naturaleza del humano conocimiento, su extension, sus límites, y los medios de acrecentarlos, nuestros progresos en los conocimientos, la probabilidad y la certidumbre, la verdad y el error, la razon y la fe, todo se ve exâminado, y expuesto por él en su verdadera luz, y todo pesado en la rigurosa y fina balanza de su profundo juicio. Y si á veces ha caido en alguna sospecha de error, si ha dexado algun paso obscuro, si alguna vez es duro y prolixo ¿qué es de maravillar que en una obra llena de nuevas y originales disquisiciones se encuentren algunas un poco atrevidas, y merecedoras de una severa censura, y que queden algunos pasages, que den lugar á los sabios posteriores para una justa correccion, y para algunos mejoramientos? El *Ensayo* de Loke ciertamente

es

es una de las mas doctas y profundas obras del siglo pasado, y una de las mas sólidas, y llenas de útiles doctrinas, que se hayan visto en materia de lógica y metafísica: el entendimiento humano no podia caer, por decirlo así, en mejores manos: esta sola facultad de nuestra alma, exâminada y tratada mas y mas veces por millares de filósofos escritores de la animástica, ha abierto á Loke un nuevo mundo, de donde ha sabido sacar ricos tesoros de nuevos y útiles conocimientos: despues de su Ensayo hemos empezado á ver mejor nuestro entendimiento, á seguirlo mas atentamente en sus operaciones, á valuar nuestros pensamientos, á conocernos en la parte mas noble de nosotros mismos; y debemos reconocer en Loke el padre de una metafísica, por decirlo así, experimental, y como hemos dicho antes, el Newton de la filosofía racional. La obra de Loke, como suele suceder á las obras originales, ha producido otras muchas de no poca utilidad. Clerc compuso la mayor parte de su filosofía por el *Ensayo* de Loke, de aquel libro que él miraba como el mejor que hubiese salido á luz; y despues tomó mucho Budeo de Clerc y de Loke. Winne hizo un compendio muy exâcto de aquella gran-

grande obra; y este no solo ha sido traducido en otras lenguas, sino que ha dado fundamento al docto traductor italiano Soave para muchas, muy doctas, y á veces tambien nuevas reflexîones. No faltaron á Loke muchos y graves opositores; y Stillingfleet, Poiret, y varios otros, y uno que vale por muchos, á saber el gran Leibnitz, encontraron mucho que impugnar en la tan aplaudida obra de Loke.

Leibnitz. Leibniz y Newton eran los dos mas grandes filósofos, que se conocian en aquel siglo, y que podian quando menos igualar, por no decir superar, á los de todos los otros. Pero Newton, todo engolfado en la filosofía natural, poco podia ilustrar la racional. Leibnitz, con lo vasto de su ingenio, abrazó igualmente la una que la otra; y antes bien llevado por su genio á las sutilezas, abstracciones, y nociones generales y transcendentales, cultivó mas la metafísica que la física, y la misma física la trató como sutilísimo metafísico. Es dificil encontrar en todos los fastos del entendimiento humano uno tan versatil para todas las profesiones, ni que haya unido tantas qualidades diversas, y las haya poseido todas con tanta eminencia. El ha recorrido la historia, y ha sabido

do combinar las pesadas fatigas de diligente compilador con las sublimes miras de filósofo histórico; al confrontar aquellos gruesos volúmenes de obscuros monumentos de los tiempos baxos, por él desenterrados, leidos, purgados, y dados á luz con las luminosas prefaciones que les preceden, llenas de elevados vuelos, de reflexîones generales, de finas relaciones, de vastas miras, y de utilísimas observaciones, ¿quién podrá persuadirse que sean de una misma mano, y que el que ha tenido paciencia para tomarse la enfadosa molestia de sacar de entre el polvo y los insectos los roidos pergaminos, de leerlos, de confrontarlos, de copiarlos, y de publicarlos, haya podido tener espíritu para escribir con tanta y tan sublime filosofía? El ha entrado en la jurisprudencia, y ha sabido poner órden y sistema en tantas materias inconexâs y confusas, ha encontrado un método de aprenderla, y de enseñarla con mayor provecho, ha dado un catálogo de las cosas que faltan en el modo de tratarla, y ha podido pasar por reformador de aquella ciencia. Ha querido internarse en la teología, y ha sabido unir tanta copia de erudicion eclesiástica con tanta agudeza y fuerza de ra-

ciocinio, que ha podido competir con el gran Bosuet. En las matemáticas se ha puesto al lado de Newton; y la filología, la gramática y todas las partes de la enciclopedia han recibido honor y provecho de sus estudios. Y por todas partes ha llevado, lo que rarísima vez se ve unido, una inmensa vastedad de noticias con una suma sagacidad de investigaciones, y con un fino espíritu de descubrimiento y de invencion. Era preciso que un filósofo tan universal, que en todo encontraba los principios mas elevados y mas generales, fuese un sublime metafísico. Instruido á fondo en las opiniones de los antiguos, que cuidadosamente habia estudiado, versado en los principios de las qüestiones de los escolásticos, y dueño de todas las innovaciones introducidas por los modernos en la filosofía, no estaba satisfecho de las fatigas de sus predecesores, y decia (*a*), que Platon en sus diálogos buscó con freqüencia acá y acullá la fuerza de las nociones; que lo mismo hizo Aristóteles en sus libros metafísicos; que los platónicos posteriores cayeron en misteriosas expresiones,

(*a*) *De primae philos. emendat. et de notione substantiae Leibnit. op.* t. II.

nes, y en prodigiosos discursos; que los aristotélicos, y principalmente los escolásticos, mas procuraron mover qüestiones que terminarlas; que algunos ilustres modernos se aplicaron á la primera filosofía; pero sin mucho provecho; que el mismo Cartesio, aunque verdaderamente propuso egregios sentimientos, como la abstraccion de la mente de los sentidos, y las dudas académicas, despues por una cierta inconstancia y libertad de decidir se apartó de su objeto, y sin distinguir lo cierto de lo incierto, estableció algunas aserciones, que carecian de sólido fundamento; y que en suma faltaba todavia una buena metafísica, y que esta debia ponerse entre las ciencias, que eran aun de desear. Por tanto proyectaba formar una enteramente nueva; y sino llegó jamas á la execucion, esparció acá y acullá en sus obras diversos pedazos, que daban muchas luces para el recto modo de filosofar. Insistió mucho sobre el principio de la razon suficiente, y quiso que la investigacion de las causas finales tuviese parte en la filosofía; estableció la ley de la continuidad, haciendo pasar por sus grados, y jamas saltando toda mutacion, por grande ó pequeña que fuese; predicó el optimismo considerando el

universo actual como el mejor, y el mas perfecto posible, correspondiente al poder, sabiduría y bondad infinita de su Criador; é inventó una nueva teoría, ó explicacion de la union del alma con el cuerpo por una *armonia preestablecida*, ó bien sea por una série de operaciones del alma correspondiente á la série de operaciones del cuerpo; meditó mucho sobre la nocion de la substancia, sobre el principio de la individuacion, sobre la libertad y la espontaneidad, sobre el espacio, sobre el tiempo, y sobre otros puntos metafísicos; y si bien en algunos de ellos sus aserciones y doctrinas son mas ingeniosas que sólidas, y tan poco seguras, y faltas de sólido fundamento, como algunas cartesianas y malebranchianas, sin embargo la sublimidad de sus pensamientos, y la sutileza y volubilidad de sus ideas, y la destreza en manejarlas, la fuerza del raciocinio, la universalidad de los principios, la finura de las deducciones, la analisis de las nociones, y todo lo que puede formar una sólida y útil metafísica, todo se encuentra en los escritos de Leibnitz; y los muchos rasgos de sutileza metafísica esparcidos en sus varios escritos pueden servir de guia y de auxîlio para conducir á aquel cálculo de metafísica, que de-

depende de la analisis de las ideas, que él decia ser mas importante que el de la aritmética y de la geometría, y á aquella característica universal, cuya formacion le parecia una de las empresas mas importantes que se pudiesen imaginar (*a*). Sus principios y raciocinios físicos, fundados, como hemos dicho en otra parte (*b*), sobre las monades, y sobre las fuerzas activas y representativas, sobre cosas ideales y abstractas, eran mas metafísicos que físicos, mas obra de la razon ó de la imaginacion que de la experiencia y observacion; y toda la filosofía leibnitziana podia decirse filosofía racional. Leibnitz, como Cartesio, siguió mas los impulsos del propio ingenio, que las luces de la observacion, y quiso mas esparcir acá y acullá sus pensamientos y sus principios que desenvolverlos, y exponerlos con la debida extension, y con metódica explicacion: y así como Cartesio tuvo en su sequaz Malebranche un apasionado partidario, un fuerte sostenedor de sus principios, y un noble ampliador é ilustrador de

(*a*) *Replique de M. Leibnitz aux reflex. de M. Bayle. Dict. cr. art. Rorarius. Leibn.* Op. tom. II, pag. 93.
(*b*) Tomo VIII, lib. II, cap. I.

Digitized by Google

de su doctrina; así Leibnitz, encontró en Wolfio un admirador y sequaz, que desenvolvió, amplió, y puso en órden sus filosóficos sentimientos. No tenia Wolfio la agudeza y precision, la claridad y amenidad de Malebranche; pero tenia mayor vastedad y copia de conocimientos, mayor profundidad en las matemáticas, mayor universalidad en todas las partes de la filosofía, y tambien en las otras ciencias: y sino expuso en una obra original los principios leibnitzianos, como lo hizo Malebranche con los cartesianos, sin embargo los trató en un cuerpo completo de filosofía, lo que no hizo este, los puso mas en uso, y facilitó mas su inteligencia á la estudiosa juventud, dandoles tambien mas universal crédito y celebridad. Pocos filósofos ha habido tan aplicados y laboriosos como Wolfio: no hay parte alguna de la filosofía que no la haya querido tratar completamente: la lógica fué muchas veces manejada por él, y primero la publicó en aleman con el título de *Pensamientos sobre la fuerza del entendimiento humano, y sobre su recto uso en la investigacion de la verdad*, y despues la dió mas extensa en latin en un grueso volumen, tratada, como todas las otras partes de

Wolfio.

su

su filosofía, con el método matemático; antología, cosmologia, psicologia, tanto racional como empírica, teologia natural, y toda la filosofía racional en su mayor extension fué ilustrada por él con nuevo método, con muchas luces suyas propias, y con filosófica erudicion; y Wolfio, sino siempre tiene la gloria de mostrarse original en sus obras, tiene á lo menos el mérito de haber sido el primero que extendió con acierto, puso en órden, y dió mayor publicidad, no solo á los sentimientos y principios leibnitzianos, sino á toda la filosofía racional. Despues de Wolfio ha tenido Leibnitz algunos sequaces, no solo en Alemania, donde hubo muchos, sino tambien en las otras partes de Europa: y la célebre marquesa de Chatelet quiso ilustrar la filosofía leibnitziana, (*a*); el profundo Boscovich tomó de los principios leibnitzianos la mayor parte de su teoría de la filosofía, é ilustró algunos con nuevas luces (*b*); y tal vez aun mas que Boscovich se ha conformado con la doctrina de Leibnitz el gran filósofo de nues-

(*a*) *Institutions de phis.* (*b*) *De lege continuitatis*; *Thor. phil.*

Digitized by Google

nuestros dias, el metafísico Bonet (*a*). Cartesio, Malebranche, Loke, y Leibnitz eran hombres muy grandes para que no llevasen tras sí á otros muchos al estudio de la filosofía, que les era tan caro. En efecto se vieron entónces muchos filósofos, que penetraron con maravillosa sutileza los mas secretos misterios de la filosofía, y otros tambien, que cayeron en errores por quererse internar sobrado en ellos. Tschirnaus (*b*), Crousaz (*c*), y otros muchos ayudaron con sus luces á dirigir mejor nuestros estudios, y nuestros conocimientos; y aquellos mismos, que ó con sobradas sutilezas, ó con extrañas opiniones conducian al scepticismo, contribuian tambien á reflexîonar mejor sobre la precision, y sobre la verdad de las ideas, sobre la fuerza y legitimidad de los raciocinios, sobre el uso y abuso de la razon, sobre los preceptos, y sobre el estado de la lógica.

Disputas metafísicas.

Las ardientes y doctas disputas, que se movieron en aquellos tiempos entre los mas famosos filósofos, aunque apenas llegaron á decidir punto alguno de los controverti-

(*a*) V. *Vue du Leibnitianisme, Lettre aux Journalistes.* (*b*) *Medic. mentis et corp.* (*c*) *Logique.*

tidos, sirvieron con todo para ilustrar algunas proposiciones, para fixar mejor algunas ideas, y para dar mayor axâctitud y delicadeza á la filosofía. Newton no ha escrito de metafísica como Cartesio y Leibnitz; pero algunos rasgos suyos en las *Qüestiones opticas*, y en alguna parte de sus *Principios* chocaron con el sentido filosófico de Leibnitz, y este hizo su censura, que habiendola remitido á la princesa de Gales, y esta á Clarke, para que diese respuesta, hizo nacer la famosa disputa entre estos dos filósofos, que de las expresiones de Newton, que llama al espacio el *sensorio* de Dios (*a*), y cree que el universo pueda de quando en quando tener necesidad de la emendadora mano del Criador (*b*), pasando á discutir la naturaleza del espacio y del tiempo, los milagros, la libertad y la espontaneidad, la atraccion y la fuerza de los cuerpos en movimiento, é internandose de una en otra qüestion abrazaba casi toda la metafísica. Era Clarke un sublime filósofo y estimado teólogo, que á la sagacidad de un agudo entendimiento juntaba una gran sabi- Clarke.

(*a*) *Newton Opt.* quaest. XX. (*b*) Ibid. quaest. ult.

duría; y no se le podia dar á Leibnitz un competidor mas digno, ni desear Newton un defensor mas poderoso; y si los puntos entónces controvertidos no recibieron de estas contiendas la deseada decision, si á veces vemos terminar largos discursos en qüestiones de palabras, sin embargo encontramos muchas luces para toda la metafísica, y podemos comprehender quan dificil sea en semejantes materias abstractas y sutiles llegar á descubrir decididamente la verdad, y al contrario quan fácil sea el caer en vanas é inutiles sutilezas. Al ver como pensaba Clarke *sobre la libertad del hombre*, se movió un docto jóven ingles, Bulkeley, á escribirle en contra algunas cartas, á las quales respondió él desde luego. Estas nobles disputas excitaron el sutil y penetrante ingenio del metafísico Collins á salir al campo, y dar al público sus *Investigaciones filosóficas sobre la libertad del hombre*, reducida falsamente por él á la única libertad de espontaneidad, y dió á sus pruebas tanta fuerza y claridad, que Clarke se creyó obligado á darles correspondiente respuesta; y la libertad del hombre en manos de tan sutiles filósofos hizo que se manifestasen muchas ideas luminosas, y muchos doctos é ins-

instructivos discursos (*a*). Otra disputa, y otro contrario no menos terrible que Clarke encontró Leibnitz en Bayle. Este frances protestante, mas famoso por sus dichos picantes contra la religion, que por la crítica, erudicion, y fuerza dialéctica de sus escritos, es uno de los mas agudos metafísicos, que se vieron en aquellos tiempos mismos, en que florecian los príncipes de la metafísica. Una viva penetracion, un espíritu fino, una brillante y fecunda imaginacion, una memoria portentosa para recoger los hechos con sus circunstancias, sin olvidarlas jamas, un arte singular de presentar las ideas en el aspecto mas conveniente á sus miras, una maravillosa destreza de discusion para volver y revolver, y mirar por muchos lados los objetos, y ponerlos á aquella luz que mas le agradase, podian hacer de Bayle un filósofo capaz de ilustrar al género humano, y digno de la veneracion de toda la culta posteridad. Pero la intemperancia de ideas, que lo lleva inconsideradamente en favor y en contra de cada objeto, el abuso continuo de raciocinio, Bayle.

(*a*) *Recueil de diverses pieces* &c. *par M. M. Leibnitz, Clarcke* &c.

el inquieto prúrito de disputar, que le hace fingirse enemigos que combatir, y formarse fantasmas que aterrar, el pueril y pedantesco deseo de mostrar erudicion en bagatelas, y en pequeñas investigaciones de ninguna importancia han hecho de sus obras un complexô de objeciones, de dudas, de contradicciones, de incertidumbres, de errores, y de frioleras. Su diccionario tan decantado, que pasa entre los pretendidos filósofos por un portento de filosofía y de erudicion, le parecia á él mismo lo que es en realidad, *un viage de caravana, en que se hacen veinte, ó treinta leguas sin encontrar un frutal, ó una fuente* (*a*), donde en efecto, qualquiera que se ponga á leer sin preocupacion, pasará diez ó doce artículos sin hallar uno que le interese, y recorrerá veinte ó treinta páginas sin encontrar una donde poderse detener. Pero sin embargo tanto en el diccionario como en las otras obras suyas, donde se pone á exâminar algun punto, presenta tal claridad de ideas, tal agudeza y fuerza de raciocinio, tal vivacidad y gracia de imágenes, tales prestigios de dialéctica, y de eloqüencia, que es preciso estar aler-

(*a*) Lett. 217.

alerta para no dexarse seducir de su filosofía, y para no abrazar los errores, que quiere hacer triunfar. Las diferencias entre Leibnitz y Bayle versaban sobre la armonía prestablecida, y sobre la union del cuerpo y del alma; pero Bayle deseaba particularmente agitar las qüestiones pertenecientes á la religion, y mover dudas y oposiciones contra las verdades mas constantes y mas sacrosantas, y adherirse al pirronismo y á la impiedad. Sobrado dominante se hallaba entónces esta pasion entre los filósofos, que siempre ha ido creciendo hasta nuestros dias. Jordan Bruno, y Vanini, filósofos fanáticos, de pocos conocimientos, y de ningun juicio, se distinguieron ya por la libertad de pensar, y procuraron adquirirse por la irreligion aquel nombre, que no podian esperar conseguir por la mediocridad de su saber. Hobes, de mérito superior, juntó á un cuerpo de doctrina harto regular, y bien deducido, algunas atrevidas proposiciones, que justamente podian ofender la sabiduría y la piedad de los lectores (*a*); y como suele suceder á los ingenios libres y presuntuosos, qual era el de Hobes, para sostener er-

Filósofos irreligiosos.

(*a*) *De cive. De homine.*

errores tal vez capaces de alguna no del todo irracional explicacion, vertió otros menos tolerables, y mas distantes de toda apariencia de verdad (*a*). El hebreo Espinosa, apóstata de los hebreos, que vivió entre los cristianos, sin haber llegado á serlo, ni tampoco haber abrazado otra alguna religion, se declaró harto descaradamente maestro de la impiedad en su famoso *Tratado teológico-político*, donde poniendose á mostrar que se puede, y se debe conceder la libertad de filosofar, y que no puede negarse dicha libertad sin perjudicar á la paz pública, y á la misma piedad, niega toda autoridad superior á las profecías y á los milagros, y quiere reducir la verdadera religion á la natural. No obstante en este libro habló aun de vida celestial, y de tranquilidad despues de la muerte (*b*); dice que nuestro sumo bien depende del conocimiento de Dios, y consiste en él enteramente (*c*); y conservó algunos sentimientos y expresiones de religion. Pero en sus *Obras póstumas*, particularmente en la *Etica demostrada con el método geométrico*, desplegó manifiestamente su

(*a*) *Leviathan.* (*b*) Cap. V. (*c*) Cap. IV.

su opinion, é intentó demostrar geométricamente su panteistico, ó bien sea ateistico sistema. No se contentó Collins con envilecer y deprimir la libertad humana, y contrastar la inmortalidad de nuestra alma; la tomó tambien *contra los fundamentos, y contra las razones de la religion cristiana*, formó *un sistema del sentido literal de los oráculos*, é intentó de varios modos destruir las verdades cristianas. Con todo Collins, á lo menos en las *Investigaciones filosóficas sobre la libertad del hombre*, presentó algunas ideas, que podian dar luces á la metafísica; pero Tolland, y algunos otros, que quisieron filosofar sobre la religion, no hicieron mas que abusar de su ingenio con gravísimo daño de la sociedad, sin producir la menor ventaja á las teorías filosóficas. Pero ninguno tal vez mas que Bayle se sirvió de la fuerza dialéctica, y de la vivacidad del ingenio para combatir de varios modos la religion. No ha escrito, como los otros que acabamos de nombrar, obras dirigidas solo contra la religion, sino que se ha contentado con tirar contra ella algunos tajos esparcidos acá y acullá, que ciertamente la han ofendido harto mas que gruesos volúmenes. El pirronismo universal, que él ha querido pro-

promover en todo, ha hecho mas daño á la teología natural, y á la verdadera filosofía, que los sistemas de Hobes, de Espinosa, y de otros, que se han puesto de propósito á defender los errores, que destruyen la religion. Tras el exemplo de Bayle ha crecido mas el furor de aquellos irreligiosos filósofos, y ha salido una numerosa multitud de falsos filósofos, que no tenian otro derecho á los honores de la filosofía que el atrevimiento de combatir como vanas preocupaciones las verdades mas sacrosantas y religiosas. Woolston, Boulanger, Tindal, la Mettrie, Helvecio, y una chusma de libres é inconsiderados escritores, y sobre todos, en estos últimos tiempos, los oráculos de los espíritus corrompidos, Diderot, Rouseau y Voltaire, se han quitado enteramente la mascarilla, y se han desenfrenado contra todo principio de religion. La razon misma y la experiencia han hecho confesar al corifeo de estos filósofos, el protofilósofo Bayle, que „ la filosofía se puede „ comparar á los polvos tan corrosivos, que „ despues de haber consumido las carnes „ infectas de una llaga roerian tambien la „ carne viva, corromperian los huesos, y penetrarian hasta las médulas; puesto que „ la

„ la filosofía combate al principio los errores; „ pero sino se fixa en esto, pasa á atacar las „ verdades; y si se dexa obrar á su fantasía, „ va entónces tan léjos, que no sabe ya don„ de se está, ni encuentra donde fixarse (*a*)." Por fortuna de la filosofía ninguno de sus xefes y maestros, ninguno de aquellos filósofos, con que ella se honra, ha caido en tales impiedades, ni ha intentado distinguirse por los irreligiosos desvarios. Pitágoras, Sócrates, Platon, y los mas estimados filósofos de la antigüedad predicaban la veneracion y el culto de Dios, mientras que únicamente se contaban por ateistas Diágoras, Teodoro y algun otro filósofo poco distinguido: y no Galileo, Cartesio, ni Gasendo, no Bayle, ni Newton, no Leibnitz, ni alguno de aquellos grandes hombres, que han hecho adelantar gloriosamente la filosofía; sino un Jordan Bruno, y un Vanini son los adalídes de aquellos irreligiosos escritores, que vanamente se arrogan el nombre de filósofos. Qué diferencia en el saber filosófico de Pascal, de Abadie y de Clarke, á Tindal y á Tolland? y aquellos emplearon las luces de la filosofía en defender la reli-

(*a*) *Dict. crit. V. Acosta* Not. G.

gion, mientras que estos no sabian mas que atacarla. ¿Qué otro mérito no tienen en la filosofía, y en todas las ciencias Haller, Euler y Bonet, los quales se han honrado con la defensa de la religion, que toda la turba de Mettrie, Helvecio, Diderot, Voltaire y Rousseau, que solo procuraban alterar con sus discursos las mas respetables verdades? El mismo d' Alembert, que en las cartas y en algun opusculillo mostró sobrado un espíritu libre, al tratar seriamente las materias filosóficas, y al razonar de la filosofía, no por enagenamientos del corazon, sino segun los principios y las deducciones de la tranquila razon, no pudo dexar de reconocer por verdaderos y convincentes los motivos de credibilidad, y las pruebas del cristianismo (*a*). No los espíritus ligeros é inquietos, que se contentan con mover dudas y proponer objeciones; sino los espíritus sólidos y verdaderamente fuertes, que no se dexan vencer de falsas apariencias, y buscan sinceramente la verdad, son los que merecen los honores y el nombre de filósofos: la razon y la filosofía será una

(*a*) *Elem. de phil.* §. III. *Eclairciss. sur diff. endroits des elem. de phil.* §. VI.

una guia bastante segura para los hombres sobrios é ilustrados, que saben conocer hasta donde llegan sus límites; pero para los espíritus independientes y altivos es un hechicero deslumbrador, y un peligroso prestigiador que quiere exâgerar sus derechos con el fin de abusar de ellos. „ Espíritus temerarios, exclama Bonet, os confunde la vista de un gusanillo, y quereis penetrar en „ la naturaleza de Dios (*a*)!"

Pero dexando aparte estos pretendidos filósofos, y volviendo á tomar el curso de la filosofía, que hemos interrumpido, vemos que en tiempo de Malebranche, de Loke, de Clarke, de Bayle, de Leibnitz, de Wolfio, y de los filósofos antes alabados florecian tambien otros muchos, y que Tschirnaus, Crousaz, Rudigero, Budeo, s' Gravesande, Muschembroek, y algunos otros auxîliaban con varias obras la mente en la investigacion de la verdad, é ilustraban mas y mas la filosofía con sus doctas fatigas. A Leibnitz es á quien particularmente debe confesarse deudora esta ciencia no solo por las muchas obras que compuso, y por aquellas á que estimuló, tanto á sus discípulos, co-

Otros filósofos.

(*a*) *Essai de psychologie* cap. LV.

como á sus contrarios, sino tambien por el glorioso cuidado de hacer erigir, y de establecer baxo las leyes ó estatutos dictados por el mismo, la academia de Berlin, la qual, mas que todas las otras academias, cultiva con ardor y con fruto la filosofía racional no menos que todas las partes de la natural. Allí Sulcer hizo la analisis del ingenio, y la analisis de la razon, buscó los principios del gusto, y llevó la metafísica á las artes y á las ciencias. Allí Merian, Beguelin, Premontval, Koestner, y no pocos otros trataron los principios de la metafísica, y los mas sublimes puntos de la antología y de la filosofía racional. El presidente mismo, el célebre Maupertuis, aunque ocupado en disquisiciones matemáticas, descendió con freqüencia á cartas, á pensamientos y discursos filosóficos; y el orígen de las lenguas, la exîstencia de Dios, la religion, y la felicidad que esta produce, y otros puntos de sublime filosofía fueron los objetos de varios de sus escritos. El, á imitacion de los Cartesios, de los Newtones, y de los Leibnitz, quiso tambien establecer un principio general, y propuso el de la *minima accion*, que ha sido argumento de varias discusiones, y que dió campo, no solo á Eulero, y

á

á otros doctos escritores, dentro y fuera de Berlin, para entrar en nuevas y útiles disquisiciones, sino á Koenig y á Voltaire para acusaciones serias, y para sátiras burlescas (*a*). Así tambien el secretario Formei, no solo ha escrito una historia de la filosofía; sino que en sus disertaciones académicas casi no sabe tratar mas que materias filosóficas: y puede decirse con verdad que la academia de Berlin, la qual debe su orígen á Leibnitz, ha cultivado, y cultiva al presente con mucho honor todas las partes de la filosofía especulativa. Mientras en Francia, en Inglaterra, en Alemania, y en Holanda resonaban las qüestiones de sólida filosofía, la Italia conservaba todavia las disputas escolásticas, y las arideces peripatéticas. A principios de este siglo empezó Vico, en Nápoles, á sacudir algun tanto el yugo, y á pensar por sí mismo, y propuso algunos nuevos y originales pensamientos suyos, que Clerk decia (*b*) ser principios de cosas grandes. Despues Corsini, Fortunato de Brescia, y algunos otros escribieron cursos de filosofía, que se apartaban algun tanto

Académicos de Berlin.

Filósofos italianos.

(*a*) *Diatribe du Docteur Akakia* &c. (*b*) *Biblioth.* tom. XIII.

Digitized by Google

to del gusto escolástico. Fremond, y Stellini mostraron en sus escritos filosóficos mayor originalidad. Y Boscovich inventó un sistema filosófico (*a*), que ha tenido en Italia, y mas aun en Alemania, muchos sequaces, y que ha sido defendido é ilustrado en estos dias por un docto español, Gil (*b*). Pero quien verdaderamente puede llamarse el reformador de la filosofía italiana, quien desde luego la hizo conocer y respetar de los mas doctos filósofos de las otras naciones, quien supo enriquecer con nuevas prendas la lógica, la metafísica y la moral, fué el célebre Genovesi. Aunque habian sido muchos los filósofos, que procuraron con sutiles reflexîones, y justos preceptos ayudar al entendimiento á pensar y raciocinar con exâctitud y verdad, y Bacon, Malebranche, Loke, Wolfio, y otros muchos, parecia que hubiesen agotado quanto habia que escribir sobre este arte, supó sin embargo Genovesi encontrar nuevas observaciones y nuevas advertencias que proponer, y dar una lógica mas llena, y completa, y mas útil, no solo para el estudio de la filosofía, y ge-

Genovesi.

(*a*) *Theor. phil.* &c. (*b*) *Theoria Boscbov. vindicata et defensa* &c.

generalmente para todo estudio científico, sino tambien para la conducta moral y para lo sociedad civil. En las causas de los errores, en el uso de los sentidos y de las autoridades humana y divina, y en toda la arte crítica, en el desenvolver los objetos particulares de cada ciencia, los defectos que se deben evitar en el estudio de cada una, y el mérito ó demérito de los principales autores que la han tratado; y en varias otras partes de su arte lógico-crítica desciende á exemplos, á observaciones, á advertencias, y á particularidades de utilidad práctica, que no se encuentran en los escritos lógicos de los otros filósofos, y dan á su obra particular recomendacion, quando no se quiera decir tambien con Fabroni, que nada falta en ella de quanto puede pertenecer á moderar la recta razon, no solo en nuestros juicios, sino en el gobierno de la vida (*a*). Esta utilidad fué la que él buscó como verdadero filósofo en todos sus estudios, y no confusas sutilezas, no aereas qüestiones, no esteriles disputas, sino claras nociones, y teoremas seguras en las materias mas abstrusas y dificiles de antología y psi-

co-

(*a*) *Vit. Ital.* &c. tom. XV. *Anton. Genuensis.*

cología; pruebas de la religion natural, y de la necesidad de la revelada; explicaciones de la naturaleza, de la libertad, y de otras propiedades de nuestra alma, descubrimiento de las humanas inclinaciones, de los hábitos, y de los afectos, principios de la ley natural, y de las obligaciones de los hombres; legislacion, y costumbres, y todo lo que conduce á la humana felicidad, todo lo tomó por objeto de sus filosóficas especulaciones. La claridad y pureza de sus ideas, la energía, fuerza, y por lo comun solidez y verdad de las razones, la profundidad de la doctrina, y la vastedad de la erudicion forman de Genovesi uno de los mas estimables é instructivos filósofos, y hacen que los eruditos profesores busquen su lógica, su metafísica, y tambien las otras obras suyas, aunque no reducidas á la perfeccion que él deseaba, como libros clásicos y magistrales de sólida y práctica utilidad.

Al mismo tiempo, con gusto diferente, pero con mayor crédito, y no con menor
Condillac. mérito, florecia el filósofo Condillac, é ilustraba toda la doctrina de los conocimientos humanos, de las sensaciones y de todas las operaciones de nuestra alma. Genovesi, tal vez mas agudo y penetrante, y ciertamen-

mente mas erudito y mas vasto en las teorías filosóficas y teológicas, conservaba aun algo de los embarazos, y de la aspereza y rusticidad de las escuelas; Condillac, perspicaz y sutil, concentrado solo en las especulaciones metafísicas, corre mas limpio y terso en sus ideas, y mas claro y ameno en la exposicion de las mismas. Quiere hacer conocer la conducta y economía de nuestra alma en el orígen de los conocimientos; pero no se embaraza en la investigacion de su naturaleza, de su union con el cuerpo, y de su recíproca influencia; y dexando juiciosamente aparte tantas qüestiones incomprehensibles para nosotros, y sobre las quales jamas podremos concluir cosa alguna, y suponiendo aquellas verdades, que todos evidentemente percibimos, aunque no podamos explicarlas, sigue solo lo que es capaz de nuestras disquisiciones, exâmina las operaciones del alma, que una atenta reflexîon nos da á conocer, y busca, por decirlo así, el orígen lógico, y no el físico de nuestros conocimientos. Como todas las ideas, y todos los conocimientos vienen, segun él, de las sensaciones, se pone á demostrar esta derivacion, y confutando á Loke, que reconoce por orígen de nuestras ideas, ademas de los sen-

tidos la reflexion, prueba extensamente, que el juicio, la reflexion, las pasiones, y en suma todas las operaciones del alma no son mas que la sensacion misma diversamente transformada, y pone á la vista que clase de ideas provenga de cada sentido (*a*). Prueba el enlace que las ideas, y todas las operaciones del entendimiento tienen con las señales externas; explica la formacion de las diversas especies de estas señales, de las acciones, de las palabras y otras; la relacion de las mismas con los sentimientos internos de nuestra alma, y su influxo en todas las producciones de nuestro espíritu; descubre en el uso de las palabras el orígen de nuestros errores, y prescribe el método de precaverse de ellos (*b*): y como los sistemas son los mayores esfuerzos de las operaciones de nuestra mente, exâmina las causas de su inutilidad, ó mas bien de los peligros, y de los daños que de ellos se derivan, y manifiesta qual sea la pequeña utilidad, que se pueda sacar de los mismos (*c*); y fundado en todos estos exâmenes, y en estos conocimientos pasa á dar un arte de raciocinar

(*a*) *Traité des sensations.* (*b*) *Essai sur l'orig. des connoiss. humaines.* (*c*) *Traité des systemes.*

nar y de pensar, un arte de exâminar las diversas facultades del entendimiento, una sólida metafísica, y una util lógica (*a*). La mas fina anatomía del espíritu humano, y de sus facultades y operaciones se nos presenta en las obras de aquel gran filósofo para agradable é instructiva contemplacion, las ideas mas abstractas, los mas sutiles principios, las percepciones mas delicadas se ponen allí con la mayor claridad á la inteligencia de todos; y tenemos el gusto y complacencia de seguir facilmente al autor en sus sencillos y justos raciocinios, de ver en ellos desenvueltos con mucha limpieza y facilidad los arcanos y los misterios de nuestra alma, y de conseguir aquella especie de reminiscencia de aquello mismo que sin echarlo de ver sabiamos ya, que es todo lo que nos pueden enseñar los mejores libros de metafísica, y reconocemos en Condillac el primer filósofo en quien se encuentran unidas las raras prendas de perspicuo, limado y elegante escritor, y de profundo y sutil metafísico. Digno hermano suyo, aun en el espíritu filosófico, era Mably;

(*a*) *Cours des Etudes* tom. I, III, IV.

pero empleado siempre en la filosofía política, y en la moral, parece que haya querido ceder á su hermano Condillac todo el campo de la racional. Al mismo tiempo
Hume. escribia de una y de otra Hume, y trataba del comercio, de los principios de la moral, del teismo, y del politeismo, de los principios de los gobiernos, del orígen y de la asociación de las ideas, de la libertad, de los milagros, de los argumentos de casi toda la filosofía con finura de ingenio, y con gracias de espíritu; pero ninguno cumplida y plenamente, sino solo en pasages sueltos, y en pequeños ensayos. ¡ Qué sublimes vuelos no levantaba en tiempo de
Alembert. estos filósofos el matemático d' Alembert! El cálculo infinitesimal, y todos los puntos de las matemáticas, cuyos principios nos quiere manifestar, son en sus manos objetos de la mas fina y sutil metafísica (*a*). El famoso dicurso preliminar á la Enciclopedia presenta el mas hermoso quadro, que el pincel de la filosofía haya sabido colorir jamas, del orígen de todas las ciencias, de las ramificaciones de cada una de ellas, y de to-

(*a*) *Diction. Enc.* V. *Calcul. al. Elem. de Phil.* XIV, XV, &c.

todas las producciones del espíritu humano. ¡Qué extension y profundidad de miras! ¡Qué inteligencia y dominio en las materias, y en sus recíprocas relaciones! ¡Qué órden y regularidad en la distribucion! ¡Qué conocimiento de las facultades de nuestra alma; y de todos los caminos, que ha sabido recorrer su sutilísima actividad! Los *Elementos de filosofía* con las adjuntas *ilustraciones* son una iluminada y segura guia, que conduciendo al filósofo á los inmensos campos de la naturaleza le muestra los terrenos fértiles, que puede cultivar con seguridad de coger nuevos y útiles frutos, y los lugares estériles y áridos, donde despues de muchas expensas y fatigas no puede esperar mas que espinas, ó frutos asperos é insipidos, y á las veces tambien nocivos. Pero al presentarnos en estos campos vastísimos, al indicarnos los particulares objetos de cada parte de la filosofía, que es decir de todas las ciencias, ¡quántas claras luces no esparce sobre cada uno de ellos! ¡Quántas materias no pone de un solo golpe en el verdadero punto de vista, en que los filósofos precedentes no las habian sabido encontrar! ¡Quántas nuevas y útiles miras en las relaciones que solo insinúa, en las dudas que mueve,

y

y en las conjeturas que propone! ¡Ox lá hubiese executado la grande obra, de la qual estos elementos, como dice él mismo, no son mas que el bosquexo, y tendriamos una completa filosofía tomada en toda su extension, dispuesta en un sabio y muy justo plan, y expuesta con agudeza y sagacidad de razones, con nobleza y claridad de estilo! ¡Quán diverso de d' Alembert comparece en sus obras filosóficas su compañero
Diderot. Diderot! Y ¿porqué una confusion de ideas indigestas y extravagantes, de pensamientos giganteos, de algunos rasgos, que, aunque llenos de fuego y vivacidad, se hallan sofocados entre otros muchos obscuros y tenebrosos, y acompañados de amplias é indecentes declamaciones, lo han de reputar muchos en Diderot por una sublime filosofía? No es esta una prueba de la corrupcion, y de las falsas ideas de la filosofía, que se ven reynar sobrado en los pretendidos filósofos de su tiempo, y que han conducido al último precipicio á los del nuestro? Mas digno de estar al lado del filósofo d'
Eulero. Alembert fué el grande Eulero, el qual no ha dexado mas que cartas á una princesa, y un breve tratado en defensa de la religion; obritas, en las quales ciertamente no debia in-

internarse mucho en los profundos senos de la metafísica; pero sin embargo ha sabido esparcir en ellas importantes reflexîones, y útiles luces en varios puntos de recóndita filosofía.

Pero Eulero y d' Alembert, aunque grandes filósofos, no han hecho mas que dexarse ver en la clase filosófica, y contentos con ocupar las primeras sillas en las matemáticas han dexado para otros la primacía en la filosofía. El príncipe de los filósofos, el respetable maestro de los agudos y profundos pensadores de nuestros dias, no es otro que el muy celebrado naturalista, el sutil y docto metafísico Bonet. Acostumbrado á observar, contemplar y exâminar menudamente los cuerpos diversos de los animales, quiso hacer tambien lo mismo con nuestra alma, y escribió el *Ensayo analítico del alma*, donde suponiendo, que esta nada puede obrar sino por medio de los órganos de las sensaciones, exâmina individualmente como se forman los movimientos de dichos órganos para excitar en el alma las sensaciones y las ideas, como para renovarlas, como para alterarlas, y como para ayudar al espíritu en todas sus varias operaciones; y con la imaginacion de una estatua, ideada tam- Bonet.

tambien al mismo tiempo por Condillac, á la qual va aplicando uno por uno nuestros sentidos y contempla su resultado, sigue distintamente la formacion, por decirlo así, mecánica de las percepciones, de los deseos, y de todos los actos de nuestra alma. Esta obra podrá parecer, no menos un ensayo analítico del celebro, ó de la nobilísima parte de él, donde el alma siente y obra, que del alma misma, y puede pertenecer á la fisiología igualmente, y tal vez mas que á la psicología, y á la metafísica. Pero en ella misma hay un gran fondo de verdadera metafísica y de psicológica filosofía, y se manifiestan con bastante claridad, no solo los instrumentos, de que se sirve el alma, sino los esfuerzos y los actos mismos, que por ella se hacen para la reminiscencia, para la atencion, y para todas sus operaciones; y despues en el *Ensayo de psicología*, en los *Principios filosóficos*, en el *Filaletes*, en las *Investigaciones sobre la verdad del cristianismo*, y en sus demas obras filosóficas ¡qué vastedad y sutileza de nociones metafísicas! ¡qué solidez y profundidad de filosofía! Todo se ve allí discutido: ideas, reflexîones, memoria, voluntad, pasiones, genio, talento, complexîon, educacion, razon, revelacion,

cion, evidencia, certidumbre, probabilidad, y todas las cosas que pueden pertenecer al alma y al espíritu, todo está expuesto por él en un aspecto muchas veces nuevo, y siempre instructivo, todo con precision y claridad, con ayre amable de candor y sinceridad, en suma, con el verdadero espíritu de la filosofía. Y si á veces algun punto de su doctrina nos parece sobrado atrevido, y digno de refutarse, ó á lo menos de no aceptarse sino con muchas precauciones, si se nos muestra á las veces sobrado propenso á referir todas las cosas á sus sistemas, sin embargo aun entónces tendremos que alabar en el metafísico Bonet, y encontrarémos en él un filósofo penetrante y sagaz en contemplar los objetos en sus aspectos abstrusos y obscuros, é ingenioso y agudo en quererles dar alguna luz y claridad. A las especulaciones teóricas junta tambien las prácticas; y despues de haber contemplado el curso de las sensaciones, la formacion de las ideas, la extension del alma, la fuerza de los temperamentos, y todo lo que unos ojos metafísicos pueden descubrir en las operaciones de nuestro espíritu, procura sacar provecho de ello, busca el método de dar á cada uno la mas útil educacion, presenta un

arte de estudiar, prescribe el órden de los estudios de la filosofía racional, y con reflexîones y con advertencias trabaja para mejorar la moral, para dirigir el entendimiento y la voluntad, y para dar al espíritu humano la mayor perfeccion. Con razon, pues, podremos presentar á Bonet como el gran pensador, y el sumo filósofo de nuestros dias, y como el único sugeto digno de ponerse en compañía de Loke y de Condillac á formar un curso de práctica y útil metafísica, y á dar sinceros y auténticos documentos para la verdadera historia del espíritu humano. Cartesio y Malebranche han juntado sobradas imaginaciones fantásticas á algunas útiles verdades; Leibnitz, Clarke, Collins, y otros semejantes se han entretenido en demasiado sutiles especulaciones, en las quales dificilmente se podrá llegar jamas á una evidente certidumbre; Wolfio, y Genovesi han conservado aun algo del ayre escolástico, y se han ocupado tambien en qüestiones indisolubles, que habian sido tan caras á sus predecesores. Solo Loke, dexando á un lado algunas qüestiones, á las quales no podia lisonjearse de encontrar solucion, se ciñó á observarse á sí mismo y á sus pensamientos, y á describirnos lo que le presentaban

se-

semejantes observaciones, y empezó así á hacernos conocer verdaderamente las operaciones de nuestra alma. Condillac, sequaz de Loke, penetró mas íntimamente en el orígen de los conocimientos humanos; exâminó mejor las sensaciones de donde se derivan, puso mas en claro la influencia de las palabras y de las señales sobre nuestras ideas, y el enlace de estas con las palabras, y por su medio de una idea con las otras. Bonet, mas extenso en su filosofía, no encuentra límites á las meditaciones metafísicas; y á los cuerpos y á los espíritus, á Dios y al universo, á la filosofía y á la religion, á esta vida y á la otra, á todo ha dirigido sus pensamientos filosóficos; pero aplicado con particularidad á la psicología, amante, como era, de las disquisiciones analíticas, hizo una menuda analísis de todas las operaciones del alma, en la qual tal vez seria de desear que se hubiese ocupado mas en la lógica formacion de las mismas, donde hubiera podido mostrar nuevas verdades no bastante aclaradas por Condillac, ni por Loke, y menos en la mecánica, donde no podia producir mas que ingeniosas, sí, pero no muy útiles conjeturas. En este estado de la filosofía, despues de tantas fatigas de los an- Conclusion.

tiguos y de los modernos, es poco lo que se ha hecho, y queda aun mucho que hacer. ¡Quántos siglos no han transcurrido de especulaciones filosóficas sin adquisicion alguna de nuevos conocimientos! ¡Quántas qüestiones infinitas veces agitadas, y jamas rèsueltas! Así en la metafísica, como en la física, y en toda la filosofía racional, no tenemos otros descubrimientos, ni otros seguros conocimientos que los que los hechos mismos nos han presentado; y donde no tienen lugar las experiencias y observaciones, sino solo los ingeniosos raciocinios y las adivinaciones, en vano se espera encontrar la verdad. Tantas disputas sobre qüestiones insolubles, con perjuicio de aquellas investigaciones, en las quales una atenta observacion nos puede descubrir alguna verdad, han detenido por muchos siglos el curso del espíritu humano, y mas se ha adelantado, apenas se ha introducido el gusto de las observaciones, en la física despues de Galileo, y en la metafísica despues de Loke, que en tantos siglos de sistemas y de sutiles raciocinios. Solo los *Elementos de filosofía* de d' Alembert nos manifiestan bastante quanto nos queda aun que estudiar en la filosofía racional; y á mas de los in-

si-

sinuados por d' Alembert podriamos proponer otros muchos útiles argumentos al estudio de los filósofos; pero la excesiva extension de este capítulo no nos permite dilatarnos mas, y remitiendo, á quien quiera hacer nuevos adelantamientos en la filosofía racional, á las propias reflexîones, que facilmente le ofrecerán harto mas de lo que nosotros podremos decir, pasamos á recorrer rápidamente el orígen y los progresos de la moral.

CAPITULO II.

De la filosofía moral.

Orígen de la filosofía moral.

La filosofía moral es la ciencia de todos los hombres; y en todos los tiempos los padres de familias, las cabezas de los pueblos, y todos los maestros y directores de los hombres han dado á sus inferiores algunas lecciones de moral. Pero los primeros documentos auténticos, y los primeros libros, que tenemos de doctrina moral, nos vienen del oriente; no conociendo otros escritos éticos mas antiguos que los libros doctrinales de la Sagrada Escritura, los quales en gran parte reconocen por autor á Salomon; ni

ni presentandosenos despues de estos otros anteriores á los chinescos del célebre filósofo Confucio, conservados hasta nuestros dias; y teniendo antiquísima memoria por Megastenes, segun Estrabon (*a*), de la ética de los indios, de la qual los eruditos modernos van ahora desenterrando algunos antiquísimos escritos; por fin orientales son las mas antiguas memorias que podemos encontrar de filosofía moral. Sin embargo no tardó esta mucho á introducirse entre los griegos, y los famosos legisladores, de los quales hablaremos en el capítulo siguiente, y los célebres siete sabios, que florecieron al mismo tiempo que el chino Confucio, pueden ya de algun modo contarse en la clase de los filósofos morales. Pero la doctrina de todos estos no era mas que un texido de máximas y de preceptos, sin aquellas investigaciones y disquisiciones, sin aquel enlace de sentimientos, y sin aquellos planes y sistemas de doctrina, que forman la filosofía; y el primero, segun Aristóteles (*b*), que haya hablado filosóficamente de la virtud, y que por ello se pueda llamar justamente fi-

(*a*) Lib. XV. (*b*) Magn. mor. lib. I, cap. I.

filósofo moral, no ha sido otro que Pitágoras; bien que aun este, queriendo referir á sus números las virtudes, se apartó no solo de la verdad, sino de la recta manera de tratar tales materias. El verdadero orígen, pues, de la filosofía moral se debe tomar de Sócrates, y de sus discípulos, como lo tomaban realmente casi todos los antiguos griegos y romanos. Los otros filósofos, Talés, Anaxîmandro, Pitágoras, y todas las escuelas jónicas é itálicas se ocupaban en las qüestiones físicas, en las investigaciones de cosas ocultas, y que la naturaleza misma tenia escondidas; y si á las veces Pitágoras y sus sequaces trataban de las virtudes, se perdian tras nociones abstractas y vanas especulaciones. Sócrates separó de semejantes disquisiciones la filosofía, y la aplicó al uso de la vida comun, para emplearla en útiles qüestiones sobre las virtudes, y sobre los vicios, y generalmente sobre la conducta de la vida buena ó mala; y de filosofía física y teórica, qual habia sido hasta entónces, la hizo moral y práctica. Sócrates no tenia academia, ni licéo, ni sitio particular destinado para su escuela, y enseñaba en las tiendas, en las calles y en las plazas, y en qualquier parte donde se en- Sócrates.

encontraba estaba pronto á prestar sus instrucciones, y no en ayre didascálico y magistral, ó en lecciones escolásticas, sino en tono familiar, y en discursos caseros agitaba las sublimes qüestiones de las virtudes y de los vicios, de la veneracion de los dioses, del gobierno de las ciudades, del mando de los exércitos, de la educacion de los príncipes, y de otros puntos semejantes, y trataba las materias mas graves de política y de moral. Pero aunque se prestase á todos, y gustase de enseñar á los artesanos, á los plebeyos, y á qualquiera que se le presentase, tenia sin embargo sus mas fieles y adictos sequaces, que siempre estaban pendientes de sus labios, que no sabian apartarse de su instructiva compañía, y que formaban, por decirlo así, la escuela socrática; contando entre estos á los mas famosos filósofos de la Grecia, y á los xefes y maestros de las escuelas filosóficas, que despues adquirieron tanto crédito en Atenas. Xenofonte, y Eschines son los filosofos socráticos, que mejor que todos han hecho conocer su verdadera doctrina. Xenofonte nos da el hermoso quadro de la vida filosófica de Sócrates, de sus dichos y hechos, que presenta una viva idea del mérito de aquel hombre

Filósofos socráticos.

bre singularísimo (*a*), y aun en el *económico*, no nos da mas que la doctrina de Sócrates; y Eschines en sus *Diálogos* expresa con tanta verdad el carácter y la manera de enseñar del mismo Sócrates, que dichos diálogos los tuvieron muchos por obra del maestro antes que del discípulo (*b*): y tanto Xenofonte como Eschines han obtenido de la posteridad la gloriosa alabanza de ser los verdaderos socráticos, y son estimados de todos como dignos discípulos de aquella escuela, y como elegantes escritores, y profundos filósofos. Cebes es otro discípulo de Sócrates, conocido por nosotros por su famosa *Tabla*, el único de los tres diálogos escritos por él, que se ha conservado hasta nuestros dias. Fedon, Simon y algunos otros, se distinguieron entre muchos discípulos de Sócrates por los diversos diálogos, que escribieron, segun el gusto socrático, sobre varios puntos morales, alabados por los antiguos, pero perdidos mucho tiempo ha para nosotros. Fedon formó tambien una secta particular, que tuvo por sucesores á Plistano de Elea, á Asclepiades fliasio, y

(*a*) *De factis et dictis Socratis* lib. IV.
(*b*) *Laërt. in Aeschine.*

sobre todos particularmente á Menedemo de Eretria, por lo que la secta se llamó primero *eleática*, despues *eretriaca*, y fué conocida por los antiguos con uno y con otro nombre. Mas famosa se hizo la escuela de Aristipo, otro discípulo de Sócrates. Aristipo tenia un espíritu vivaz y pronto, un genio flexîble, é igualmente fácil en acomodarse á las aflicciones que á los placeres, y profesaba una moral indulgente y agradable; así que no debe causar admiracion que concurriesen muchos á su escuela, y estuviese rodeado de grán multitud de discípulos. Areta su hija, Antipater y otros sostuvieron la secta cirenaica. Areta tuvo por discípulo á su hijo, nombrado tambien Aristipo, y este á Teodoro, llamado *el ateo*. Antipater enseñó la filosofía de Aristipo á Epitímedes, y este á Parabates, quien la transmitió á Hegecias, y á Aniceres. Por esto la secta, que al principio se llamó *cirenaica* por ser cirenaicos Aristipo, Antipater, y los primeros maestros: fué despues dividida en varias sectas, conocidas con los nombres de teodorea, de hegesiaca, y de aniceria. El amor á los placeres, y el mucho caso que Aristipo y sus sequaces hacian del deleite, era la doctrina característica de la escuela de Aristipo: pero no-

nosotros no descenderemos á exâminar las pequeñas diferencias, que distinguian los cirenaicos de los hegesiacos, y estos de los anicerios y de los teodoreos, y á quien desee verlas distintamente lo remitiremos á la historia de Brukero, donde encontrará quanto baste para contentar su erudita curiosidad (*a*). Como de la escuela de Sócrates salieron los xefes de la eleática, y de la cirenaica, así tambien es reconocido Sócrates por maestro de Euclides, fundador de la megárica, la qual, habiendo sido mas dialéctica que moral, la hemos presentado ya en el capítulo antecedente; y de la misma escuela de Sócrates salió igualmente Antistenes, cabeza y maestro de la secta cínica, de la qual se derivó despues la estoyca.

Pero el esplendor de la escuela socrática, y el ornamento de la filosofía no fué otro que el nunca bastante celebrado Platón. Platon.
Aunque su vasto entendimiento abrazase todas las partes de la filosofía teorética, y comprehendiese en sus escritos la lógica, la física, la teología, la psicología, y toda la filosofía teórica, sin embargo la práctica en

(*a*) Tom. I, part. II, lib. II, cap. III.

la moral y en la política formaba particularmente el mas caro objeto de sus profundos estudios; y refrenar las pasiones, extirpar los vicios, reformar las costumbres, inspirar la virtud, prescribir leyes, establecer usos, gobernar los pueblos y hacer prósperas y felices las repúblicas eran las sublimes miras de sus meditaciones. De aquí nacieron las largas investigaciones sobre el sumo bien (*a*), las qüestiones sobre la virtud (*b*), y sobre la santidad (*c*), las investigaciones sobre la templanza (*d*), y sobre la fortaleza (*e*), y tantas exhortaciones para tener una vida bien morigerada y útil á la república, y tantos estímulos para el exercicio de la virtud. Pero donde prodiga Platon los tesoros de la filosofía ética es en los diálogos de la república y de las leyes. La justicia y la injusticia, las diversas especies de males, la utilidad de las justas leyes, la precision de hacerlas executar, la necesidad de las buenas costumbres, la influencia de los oportunos establecimientos, la filosofía, y los verdaderos y falsos filósofos, las artes diversas, y los diferentes empleos de los hombres,

y

(*a*) *In Philebo.* (*b*) *In Menone.* (*c*) *In Eutyphrone.*
(*d*) *In Charmide.* (*e*) *In Lachete.*

y las mutuas necesidades, y mutuas obligaciones, con que estamos unidos, y varias otras materias gravísimas, dignas de las especulaciones de los filósofos, se ven tratadas por Platon con mucho ingenio, con profunda doctrina, copiosa elegancia, y magistral autoridad. En los otros diálogos peca algo en sobradas cavilaciones, y en alguna vaciedad, reduciendose con freqüencia á buscar únicamente la definicion de la cosa que se desea, y se espera ver por él profundamente exâminada, y por lo comun mostrando mas en las materias lo que se debe confutar, que lo que se puede abrazar; por esto el curioso filósofo queda mal satisfecho de aquellos diálogos, que con títulos los mas especiosos, poco ó nada le enseñan de sólido y útil, respecto á aquellos argumentos, que tan justamente excitan la filosófica curiosidad. Pero en los diálogos de la república y de las leyes parece que trate mas seriamente, y si bien aun en ellos quiere á veces zumbar y enredar con las artificiosas preguntas á alguno de los interlocutores, sin embargo despliega mas abiertamente su ánimo, y nos da ideas mas precisas y seguras, forma un cuerpo de doctrina mas regular, y nos presenta una filosofía mas instruc-

Digitized by Google

tructiva y de mayor utilidad. Justo y sabio, religioso y honesto, siempre se le ve de parte de la honestidad, sin dexarse llevar, como tantos de nuestros filósofos, del prurito de mostrar espíritu, poniendo en ridículo las cosas religiosas y divinas, ni promoviendo máximas licenciosas con perjuicio de la verdad. Y si á veces propone alguna opinion suya paradoxica y extraña, que él juzga muy conveniente, pero que puede parecer desdiga de las buenas costumbres, lo hace con las mas modestas y sabias prevenciones, con las mas decentes expresiones, y con estilo bien diferente del usado por los licenciosos filósofos de nuestros dias. Platon en suma es un verdadero filósofo, el primero que ha dexado un cuerpo de morales y políticas doctrinas, en quien se ven los frutos de un regulado estudio de la ética, y el primero, á quien debemos recurrir para aprender aquella filosofía. Pero por mas que Platon haya adelantado en la ética, y haya sobrepujado á todos los filósofos socráticos y pitagóricos sus coetáneos y predecesores, es sin embargo superado por Aristóteles, su discípulo. Platon, como escritor eloqüente, y filósofo de viva imaginativa, trató libremente las materias, pasando de

Aristóteles.

una

una á otra, segun lo traia el discurso, sin sujetarse exâctamente al mas conveniente método, y las ilustró con razones á veces sólidas, y á veces especiosas, con bellas imágenes, con copia de palabras, y con fuerza de eloqüencia. Aristóteles fué mas filósofo; y no en discursos sueltos, sino en tratados seguidos y metódicos, tomando todas las cosas desde sus principios, y mirando en cada una todas sus relaciones, trató mas filosóficamente, por decirlo así, la filosofía moral. No sé si Sócrates verdaderamente estimó, como dice Aristóteles (*a*), por último fin del hombre el conocimiento de la virtud: pero Platon en sus diálogos, ciertamente parece no tener puesta la mira en otra cosa que en un conocimiento semejante, y todos los diálogos emplea en buscar sus definiciones. ¡Que diferencia de las largas y á veces sofisticas disputas de Platon, á los sólidos y llenos tratados, y á las profundas y filosóficas discusiones de Aristóteles! Este exâmina la esencia y la generacion de las virtudes, la diferencia de los actos y de los hábitos, de las virtudes morales y de las in-

te-

(*a*) *Magn. moral.* lib. I, c. III.

telectuales, desciende particularmente á cada virtud, y distinguiendo cada una de ellas con la mas sutil finura de los viciosos extremos, que la rodean, da de todas harto mas claras y justas definiciones; y viniendo despues á los actos particulares, tanto de los vicios como de las virtudes, nos da explicaciones verdaderamente útiles é instructivas. Con la misma profundidad de ingenio, y plenitud de doctrina explica la verdadera felicidad, y todo lo que puede decirse de bueno ó de malo, y hasta que grado se debe reputar por uno ó por otro; explica las acciones de los hombres, y sus principios, la amistad y sus obligaciones, y todo lo que pertenece á la filosofía moral. Pasando de los hombres particulares á las ciudades y repúblicas, hace ver mas y mas la vastedad de su entendimiento, y la solidez de su juicio. La inmensa erudicion, que una continua lectura le habia proporcionado, le ponia á la vista las diversas repúblicas, y los diferentes gobiernos, que entónces tenian algun nombre, sus leyes, sus defectos, y las diversas vicisitudes prósperas ó adversas, á que habian estado sujetos, y como verdadero filósofo, lo observaba todo con atencion; y fundado únicamente sobre las observaciones y

so-

sobre los hechos, sacaba las justas consequëncias para establecer una perfecta república. La exâctitud y madurez de su juicio le hace mantener siempre en sus opiniones en un prudente medio, que es en el que comunmente se encuentra la verdad; é igualmente distante de las extravagantes opiniones de tantos modernos, que quieren al hombre solitario y salvage, como si fuera este su natural estado, que de la fanática filantropía de los antiguos Sócrates y Platon, que descarian en la república una entera comunion de dineros, de alhajas, de bienes, y hasta de mugeres, y de todas las cosas, sostiene con fuerza, y con variedad de razones ser el hombre por naturaleza civil y sociable, y deber ser tan perjudicial á la república y á los particulares la pretendida comunion, como que es necesaria la propiedad. Descendiendo despues de las cosas públicas á las domésticas y familiares, prescribe leyes á los maridos y á las mugeres, á los amos y á los criados, enseña la administracion de los bienes, y las justas maneras de adquirirlos y aumentarlos, y en todo habla con mucha sabiduría y prudencia, con juicio y erudicion, en todo se manifiesta verdadero maestro de ética, de política, y de

economia. La vastedad de la doctrina, y la universalidad de los conocimientos no suelen ir acompañadas de mucha profundidad; pero en Aristóteles se juntan maravillosamente estas dos cosas; y las infinitas materias que trata se advierten todas en su verdadero punto de vista, se hallan ilustradas con copiosa erudicion de poetas, de historiadores y de filósofos, y se pueden decir agotadas con magistral plenitud. Bitaube (*a*) ha manifestado con la debida modestia algunos defectos de la política de Aristóteles, que sin embargo serian capaces de alguna razonable excusa. Pero sin entrar en individuales exâmenes de cada proposicion particular, ¿qué son aquellas pequeñas manchas en un luminar de tanto esplendor? En vano se ensoberbecen los filósofos modernos de las mayores luces de nuestros siglos, tanto en lo físico como en lo moral, y se complacen de su superioridad sobre los antiguos. En toda la filosofía moderna no tenemos una obra tan vasta y profunda, con tan bellas vistas, y delineadas tan finamente, con tantas verdades, y tan pocos defectos, como la de

(*a*) *Acad. de Berlin.* tom. XLIII.

de que pueden gloriarse los antiguos, á saber, la grande obra de la ética, política y económica de Aristóteles. Exâminada la ética de este filósofo, decae algun tanto de precio la obra de Teofrasto su discípulo. Teofrasto. Teofrasto es con razon llamado por Casaubon el primer inventor de la filosofía característica (*a*); pero si se reflexîona bien sobre algunos capítulos de la ética de Aristóteles, se encuentran ya bosquexados muchos caractéres, y tirados los rasgos principales con singular maestría. Teofrasto se extendió con mas individualidad, y reduxo poeticamente á hechos particulares, como convenia á la descripcion de los caractéres, aquello que Aristóteles no podia expresar mas que con rasgos generales. Pero dexando á Teofrasto la gloria de haber sido inventor y padre de la característica, podremos de algun modo mirarle, aun en esta parte, como discípulo de Aristóteles. Esto se entiende por aquello poco que tenemos de Teofrasto: pero Ciceron nos manifiesta que escribió ademas tan doctamente del gobierno de las repúblicas, que casi le da en esta parte la preferencia sobre Aristóteles; puesto que si Aris-

(*a*) *Ep. dedic. Nic. Brulardo.*

tóteles describio las costumbres, los estatutos, y la disciplina de casi todas las ciudades, no solo de la Grecia, sino de los bárbaros, Teofrasto nos dió tambien las leyes; y si ambos á dos enseñáron qual debe ser el príncipe en una república, y qual es el mejor estado de esta, Teofrasto mostró ademas quales sean en una república las revoluciones de las cosas, quales los momentos en que se debe establecer algun órden; y en suma le parece al juicioso Ciceron que la política es mas deudora á Teofrasto que al mismo gran maestro Aristóteles (*a*). Pero, por nuestra desgracia, de las muchas y estimadas obras de Teofrasto de ética y de política, de que nos da noticia Laercio (*b*), no queda otra cosa que los fragmentos de sus caractéres, de que hemos hablado. Y por consiguiente Platon y Aristóteles son los únicos filósofos morales de la antigüedad, que nos pueden hacer formar idea de la antigua filosofía, y los dos escritores, de quienes realmente pueden los modernos sacar verdadero provecho. Platon, escritor mas eloqüente, toca mas el corazon, y deleita mas

(*a*) *De fin.* V, n. IV. (*b*) *In Theophr.*

mas la imaginacion ; Aristóteles, mas filosófico, instruye mejor al entendimiento, y satisface mas de lleno á la razon, y ambos á dos merecen justamente el estudio de los filósofos ; pero particularmente Aristóteles será siempre el objeto de la atenta meditacion de quien quiera internarse en todas las partes de la moral.

Despues de Platon, Aristóteles y Teofrasto, despues de los primeros académicos y peripatéticos decayó notablemente la filosofía ética, y en vez de sublimes y sólidas doctrinas para la conducta de la vida privada, para el gobierno de la república, para el bien de la humanidad, se introduxeron qüestiones vanas, innovaciones de palabras, é inutiles disputas. Entónces salieron dos sectas famosas por razones opuestas ; la estoyca, y la epicurea. La estoyca ha ostentado una gravedad y severidad de máxîmas y de preceptos, que se ha hecho venerar de las personas mas respetables. La epicurea al contrio, se ha atraido las acusaciones de la mayor parte de las personas sabias, por la sobrada indulgencia, por la aparente molicie, y por la libertad de sus opiniones. Pero para reconocer el mérito de un cuerpo de filosofía no basta considerar el rigor, ó la

Secta estoyca.

su-

Digitized by Google

sublimidad de las máximas, es preciso exâminar la exâctitud, la verdad, el método, la conveniencia y utilidad de todo el cuerpo de la doctrina: y despues de un diligente exâmen, tal vez la epicurea no quedará inferior á la estoyca tan decantada. Séneca, queriendo alabar sobre todas las otras la filosofía estoyca, en esta misma alabanza nos da motivo para no tenerla en tanto aprecio (*a*). ¿Por ventura no será mas filosófico, como lo executan los otros filósofos, el tratar á los hombres con los respetos correspondientes á su débil naturaleza, y procurar, como los médicos á los enfermos, aplicar aquellos remedios, que sus fuerzas pueden sufrir, y no los mas eficaces, que el correr directamente, como los estoycos, á lo mas sublime y perfecto, y sin contar con la debilidad de nuestras fuerzas, querer con preceptos conducirnos á la perfeccion, que jamas podremos obtener? ¿Y no es mas sólido y verdadero consejo decir con Epicuro, que debe el filósofo tolerar las injurias, que pretender con los estoycos que para el filósofo no haya injuria alguna (*b*)? Los estoycos gustaban de estas sutilezas de palabras.

No

(*a*) *De sap. constantia* c. I. (*b*) Ibid. cap. XV.

Digitized by Google

No querian, como los demas hombres, contar por bienes el honor, las riquezas, la salud, y otras dotes semejantes del cuerpo y del ánimo, ni por males los defectos contrarios; sino que pretendian deberse nombrar aquellos *promovidos*, y estos *removidos* (*a*). Se ocupaban mucho en formar paradoxas, que al fin no eran otra cosa que juegos de palabras; y pretendian que solo el sabio fuese bello, libre, rico, rey, y todas las cosas, hasta Dios (*b*); y se fingian con sus sutilezas una sabiduría, que jamas podrán conseguir los mortales (*c*). Amantes de la dialéctica, eran muy apasionados á las disputas; y en efecto las habia grandes sobre el número de las virtudes (*d*); otras no menores para decidir si la virtud, una vez adquirida, se puede perder con la embriaguez, y con la melancolía, ó si es absolutamente imperdible; si están de tal modo conexas las virtudes, que quien tiene una las tiene todas; si son todas iguales, y no pueden ser la una mayor que la otra, como tambien al contrario los vicios y los pecados,

(*a*) Cic. *De fin.* III, n. XV, seq. Laert. in *Zenone* n. LXI. (*b*) Cic. *Parad.* Laert. loc. cit. n. LXIV.
(*c*) *De amic.* n. V. (*d*) Laert. in *Zenone* n. LIV.

Digitized by Google

dos; y aun, excitados del deseo de disputar, disputaban seriamente si los bienes son cuerpos, y las virtudes animales (*a*), y consumian en otras muchas vanas qüestiones el tiempo que hubieran podido emplear mucho mejor en instruir á los hombres, y en dirigirlos á la consecucion de las virtudes. Con tantas disputas y tantas cavilaciones dexaban de exâminar como debian algunos puntos harto mas importantes; y con toda la severidad de su moral decidian con poca cordura, que las mugeres de los filósofos, ó de los sabios, debian ser comunes á todos ellos, y que pueden aquellos ser amantes, ó, por decirlo mas claramente, sodomitas (*b*). Baste esto para hacer ver que el genio dialéctico, y el amor á las sutilezas, causaba á la filosofía estoyca el perjuicio de ocuparse sobrado en frívolas qüestiones, de descuidarse de las serias é importantes, y de perderse tras vanas innovaciones de palabras, y tras sofisterías, paradoxas y cavilaciones. De aquí es, como reflexiona Ciceron (*c*), que los discursos de los estoycos no inflaman los

(*a*) V. Senec. ep. CVI, CXIII, al. (*b*) Laert. ibid. n. XLVI. (*c*) *De fin.* IV., n. III.

los ánimos de los oyentes; y aquellos mismos que los oyen, y los creen, no sienten conmocion y mutacion en el ánimo, y despues de haber oido tan grandiosas doctrinas salen de sus escuelas quales habian entrado. El mismo Séneca se lamenta repetidas veces de las pequeñas y frívolas qüestiones de sus estoycos, y de sus sutilezas, que tal vez pueden hacer doctos á los hombres, pero no buenos, y desea que traten siempre cosas útiles y provechosas (*a*). Sin embargo es preciso confesar que generalmente la filosofía estoyca contenia grandes y sublimes doctrinas, que predicaba vigorosamente la virtud y la honestidad, y que queria elevar al hombre á toda su dignidad. La mayor parte de la doctrina de los *oficios*, ó de las obligaciones de los hombres, se debe á los estoycos, que le dieron tambien el nombre; y Ciceron y los antiguos tenian al estoyco Panecio por el mas magistral y clásico escritor de esta importante parte de la filosofía ética. Y nosotros en las obras de los estoycos Séneca, Epitecto y Antonino, que son las únicas que se han conservado hasta nuestros dias, vemos una sólida y sincera

(*a*) Ep. CVI, CXIII.

doctrina de la mas pura moral. Así que podemos decir que la filosofía estoyca por la verdad y elevacion de las máximas, ha podido merecerse los elogios, con que muchos la han honrado; pero que las sutilezas y las espinas de las nuevas palabras, y de las menudas qüestiones, que las cavilaciones y las puas de las preguntas sofisticas, y en suma los defectos de la exposicion han minorado mucho el mérito de la doctrina. Al contrario la doctrina epicurea, repitiendo con freqüencia el nombre de deleite, y queriendolo tener como el último fin de nuestras acciones, atraia contra sí los improperios de las personas sabias, que no merecia su moral. Los graves filósofos, llenos de ideas de virtud y de honestidad, que entónces resonaban por todas partes en las escuelas, no podian sufrir, como dice Ciceron (*a*), que se introduxese el deleite en el concilio de las virtudes, como una meretriz en la clase de las matronas. El nombre solo de deleite estaba expuesto á mala interpretacion, y sujeto á deshonor é infamia. Pero en realidad el deleite de Epicuro estaba muy léjos de tener aquellas torpezas y deformidades, que es-

Secta epicurea.

(*a*) *De fin.* II, n. II.

este nombre suele anunciar. No el deleite de los luxuriosos, decia Epicuro, no los convites y divertimientos, no los placeres sensuales forman el deleite, que llamamos el fin de nuestras acciones, como algunos ignorantes nos han querido atribuir; sino aquel que nace de la sanidad y sosiego del cuerpo, de la tranquilidad del ánimo, y de la falta de todo dolor de cuerpo y de ánimo, el que no puede separarse de la virtud (*a*). Y esta es una de las razones de diferencia de la doctrina de Epicuro á la de Aristipo. Aristipo amaba el deleite, que produce conmocion y estímulo en los sentidos, y no atendia á otros placeres y dolores que los del cuerpo; Epicuro buscaba un deleite consistente y tranquilo, libre de toda perturbacion de cuerpo y de ánimo, y mas pensaba en los placeres, y en los dolores del ánimo, que en los del cuerpo, bien que no olvidaba ni aun estos, y ponia la felicidad en la alegria y en el placer, y en la privacion de todo dolor del uno y del otro. Y como este sosiego y tranquilidad no puede estar con los vicios, ni adquirirse sin las

(*a*) *Epist. ad Menoecum apud Laert. in Epicuro.*

virtudes, así exhorta vivamente Epicuro al exercicio de estas, y trata con exâctitud y verdad de la templanza, de la prudencia, y de otras virtudes. Donde se puede observar que tanto Epicuro como Zenon enseñaban la virtud; pero con la diferencia de que Zenon recomendaba la práctica solo por su honestidad, mientras que Epicuro atraia al exercicio de la misma con el aliciente del placer y del deleite, á que conduce; en lo que los estoycos, como dice Torquato en Ciceron (*a*), buscaban el bien en no sé que sombra, que llamaban *honesto*, con nombre mas esplendido que sólido, al paso que los epicureos se acomodaban mas al humano modo de pensar, y tenian por mira en la misma práctica de las virtudes el deleite y el placer, que realmente es para los hombres de mayor incentivo que la simple honestidad. Esta grande qüestion del último fin de las acciones del hombre tiene mucho, como se ve, de qüestion de voz; por lo demas en la moral no es menos sabia y honesta la doctrina epicurea que la estoyca, y tiene la ventaja de tratar las materias sin palabras nuevas é inusitadas, sin qüestiones vanas

(*a*) *De fin.* I, num. XVIII.

nas y cavilaciones, con palabras comunes é inteligibles, con claridad y sencillez. Para mayor facilidad de la doctrina formó Epicuro algunas sentencias principales, que de algun modo contenian la suma de su moral, y mas facilmente se aprendian y se retenian en la memoria que los largos tratados de otros filósofos. Y generalmente podremos decir, que la filosofía de Epicuro, aunque desacreditada entre muchos por lo odioso del nombre de deleite, contenia sana y loable doctrina, y tenia la ventaja de hacerse fácil á la inteligencia de todos, y por lo mismo de ser de utilidad mas universal. Ni de Zenon, ni de los estoycos sus sucesores nos han quedado escritos filosóficos; y de toda la escuela epicurea apenas tenemos una carta á Meneceo, y las *ratas sentencias* de Epicuro, únicas reliquias de sus obras, que nos ha conservado Laercio. Xenofonte, Platon y Aristóteles, son los únicos filósofos, que han transmitido á nuestra curiosidad monumentos auténticos de la ética de los antiguos: y la vemos en Xenofonte aun principiante sacada de la fuente misma de Sócrates, su primer maestro; la reconocemos mas formada en Platon, que engrandeció las lecciones de Sócrates con sus originales y su-

sublimes pensamientos; y la admiramos toda de un golpe en Aristóteles conducida á un estado de filosófica perfeccion, mas allá de la qual ninguno de los filósofos posteriores la ha sabido elevar.

Despues del largo intervalo de varios siglos salieron entre los griegos y entre los latinos algunos doctos escritores de filosofía moral, de quienes aprendemos la doctrina de los otros mas antiguos, que no podemos exâminar en las obras originales, y que ellos mismos la han aumentado en sus escritos, manifestando en todo una noble originali-
Ciceron. dad. Ciceron y Séneca, entre los romanos, y Plutarco, Epitecto y M. Antonino, entre los griegos, son los que forman esta nueva época, no poco gloriosa á la ética de la antiguedad. ¡Qué ingenio tan vasto y sublime no era el de Ciceron, quien siendo ya el príncipe de la eloqüencia oratoria, de la didascálica, y de la epistolar, podia tambien de algun modo aspirar al primado en la filosofía! Lo versatil de su ingenio le ponia en disposicion de hacer las partes hora de los académicos, hora de los peripatéticos, hora de los estoycos, y defenderlas todas con una fuerza y dignidad, de que no eran capaces aquellos mismos, que estaban adictos

tos á alguna de dichas sectas, y que siempre habian estudiado y profesado aquella doctrina. ¿Qué académico podia defender mejor su causa de lo que lo hizo Ciceron tanto en los académicos como en otras obras, en que quiso ponerse de su parte? ¿Y no tenian motivo para ensoberbecerse los estoycos al ver ilustradas sus paradoxas con tal copia y gravedad de razones, y con tanta amenidad, nobleza y fuerza de eloqüencia, como se veian en los escritos de Ciceron? Ni Staseas napolitano, ni Antioco, ni otro alguno de los peripatéticos podia tratar la qüestion de los *fines*, ó del sumo bien con tanta variedad de erudicion, y con tanto peso de razones, como lo hizo Ciceron en sus cinco libros sobre esta materia. ¡Que hombre tan superior no era aquel, que en pocos dias de vacaciones en las playas de Pozzuolo escribia los libros de los académicos, en otros pocos en la granja de Tusculo daba los de las *tusculanas*, en el retiro de Arpino los de las leyes, y así en los cortos feriados, en los dias de descanso, en el desahogo del campo, en las horas substraidas, ó, como se suele decir, en el tiempo hurtado á otros negocios componia obras, que son la admiracion de los siglos, y que evitaban á los romanos la pe-

pena de buscar la filosofía en las de los griegos! Teología, política, economía y ética, todo estaba igualmente abierto á su penetracion, y todo lo trató con maravillosa profundidad. Ningun lugar de la filosofía queria que fuese privativo de los griegos, sin que se hiciese comun á los romanos ilustrado por su latina eloqüencia (*a*). ¿Qué término hubieran tenido sus escritos filosóficos, si la bárbara prepotencia de M. Antonio no le hubiese quitado inhumanamente la vida, cabalmente quando empezaba á dedicarla á la ilustracion de la filosofía? Es cierto que en todos sus escritos ha seguido comunmente los sentimientos de los griegos sobre las materias que trata; pero los ha expuesto siempre con tal maestría, y con tanta abundancia de eloqüencia y de erudicion, que los ha hecho comparecer nuevos, y harto mas nobles y ricos, que lo eran en las manos mismas de los griegos, de quienes los habia recogido. Platon era singularmente la guia que se habia propuesto seguir; y sus mas sublimes miras se dirigian á imitar á aquel oráculo de la filosofía griega (*b*). No

(*a*) *De Divin.* lib. II, num. II. (*b*) *De Legib.* lib. I, num. V; lib. II, num. VII.

Digitized by Google

No sé que juicio formarán los filósofos del éxîto de estas ambiciosas miras de Ciceron: nosotros, sin pretender erigirnos jueces de ingenios tan superiores, nos atreveremos á decir, que, segun nuestro modo de pensar, ha igualado en muchas partes á su exemplar, y aun tal vez le ha superado. La variedad y la extension de las materias ha sido grande en uno y en otro; pero estas en Ciceron son mas importantes y mas útiles, y se ven tratadas con mayor plenitud, y con mas sólida instruccion. ¿Quánto mas instructivos no son los libros de los *fines* de Ciceron, llenos de exâctos discursos, de copiosa doctrina, y de profunda erudicion que el largo diálogo de Platon intitulado *el Filebo, ó del sumo bien*, que viene á tratar el mismo argumento; pero que distraido en vanas digresiones, poco ó nada nos enseña sobre la materia? *Las tusculanas*, los libros de los *oficios*, los de la *amistad*, y de la *senectud*, y tantos otros, ó que todavia exîsten, ó que se han perdido, valen harto mas que el *Lysis*, el *Laches*, el *Charmedes*, y otros diálogos de Platon, que versan sobre objetos análogos. Ciceron, á exemplo de Platon, ha escrito de la república y de las leyes; y aunque se han perdido los libros de

Parangon de Ciceron con Platon.

la república, que parecian mas copiosos, y de las leyes no tenemos mas que tres, quando Platon las habia tratado en doce, sin embargo, se puede sobre estos, como sobre un ensayo, formar algun cotejo, que en mi concepto no será perjudicial á Ciceron. La afluencia y facundia de la oracion es comun á entrambos; pero Platon á veces la quiebra y desmenuza con las sobrado freqüentes, y tal vez aun importunas demandas, y la enfria con las continuas inducciones tomadas de objetos baxos, y extendidas excesivamente, y con la ironia socrática usada por él, que no se aviene muy bien con los grandiosos rasgos de sublime eloqüencia, de que usa freqüentemente. Ciceron, siempre noble, y grandioso aun en las graciosas chanzas de sus diálogos, sin perderse en digresiones, ni entretenerse en imágenes baxas y vulgares, adelantando siempre en el asunto que se ha propuesto, dexa correr mas libremente su copiosa facundia, la hace sentir con mas igual magestad, y apoyado á solidas razones, á ideas grandes, á nobles exemplos de ilustres héroes, griegos y romanos, y á amenos pasages de filosófica y poética erudicion, satisface mas constantemente el entendimiento y el corazon del lector, lo deleita y recrea con mas

igual

igual dulzura, y con mayor fuerza de persuasion. Pero, dexando á un lado estos cotejos, Ciceron es ciertamente un filósofo, de quien pueden noblemente gloriarse los romanos, y ponerlo al lado de los griegos mas famosos, en quien encontramos ahora un rico tesoro de filosófica erudicion, donde mejor que en ningun otro se ven expuestas las opiniones, y las razones de los antiguos filósofos; y que si no tiene el mérito tan decantado de la originalidad, tiene el mas sólido y mas estimable de hacerse leer con insaciable gusto, y con verdadero provecho.

Si Ciceron igualó al filósofo Platon, que se habia propuesto imitar, Séneca fué el esplendor de la secta estoyca, de la qual se profesaba sequaz. ¡Qué nobles sentimientos! qué santas máximas! qué pura moral! qué vivas y enérgicas expresiones! ¡Con quánto impetu y fuego no declama Séneca contra los vicios que quisiera extirpar del género humano! Con quánto zelo y ardor no recomienda las virtudes, y procura imprimirlas en los corazones de los hombres! Razones sutiles y fuertes, hechos históricos, dichos de filósofos, imágenes vivas y parlantes, expresiones penetrantes y fuertes, todo lo em- Séneca.

plea para corregir los vicios, para recomendar las virtudes, para mejorar y reformar el género humano; y el ingenio, la eloqüencia, y la erudicion concurren á la ilustracion de su filosofía. Oxalá hubiese sabido conservar libres de defectos sus escritos, como pudo enriquecerlos con tantas bellas prendas. Pero la doctrina estoyca, en que se habia criado, el gusto de la eloqüencia, que habia aprendido, y tambien la sobrada sutileza de su espíritu, y la excesiva vivacidad de su imaginacion han acarreado algun daño á su filosofía. Embebido en las altivas máxîmas, de que el filósofo es el único libre, rico, bello, y todo quanto pueda decirse, superior aun á los reyes, y no inferior á los mismos dioses, se remonta muchas veces sobrado en los pensamientos, y en las expresiones, pasando mas allá de la verdad; y la excesiva grandeza junta con las hiperbólicas exâgeraciones llega á hacerse pequeña y pueril. Acostumbrado á las disputas dialécticas, y á las sofisterías crisipas cae con freqüencia en sutilezas, y á veces tambien en juegos de palabras; y adopta de quando en quando razones mas especiosas que verdaderas, deprime con la estudiada investigacion de las expresiones, y con la novedad afec-

afectada de las sentencias la gravedad de las materias; y en vez de la virilidad, que quiere ensalzar del estoycismo, cae en vanas puerilidades. Alguna indulgencia sobre estos vicios contraidos por el estoycismo puede merecerle la prudencia de haber evitado otros, y el zelo, con que muchas veces se indigna contra sus mismos estoycos por las vanas qüestiones, é inutiles sutilezas en que perdian el tiempo. Se propone las qüestiones de los estoycos, si los bienes son cuerpos, si las virtudes animales; é indignado de estas, futilidades „ jugamos al axedrez, exclama, „ y la sutileza de nuestros ingenios se consu- „ me en superfluidades (*a*): ¡O inepcias mi- „ serables y ridículas! ¡Por qué, no tratamos „ antes alguna cosa util y saludable, y busca- „ mos de que modo podemos llegar á las ver- „ dades, y quales son los caminos que nos „ conducen á ellas (*b*)!" Luego injustamente quieren algunos escritores culpar á Séneca de haber tocado semejantes qüestiones, que él solo insinúa para vituperarlas. Pero no por esto podremos exîmir de todo crimen á nuestro filósofo, y confesaremos libremente, que á ve-

(*a*) Epist. CVI. (*b*) Epist. CXIII.

veces ha abusado de su ingenio sin dar oidos al severo juicio, y se ha dexado llevar de sofisticas menudencias, de hinchadas sentencias, y de inutiles é importunas digresiones, sin tratar las propuestas materias con la correspondiente profundidad. Richard, reciente traductor de Plutarco, no cree ser comparables los escritos de Séneca con los de su autor (*a*): pero yo no dudo asegurar que quien, sin preocupacion de parcialidad, se ponga á confrontar los tratados de la ira, de la tranquilidad del ánimo, y otros que son comunes á ambos á dos escritores, se encontrará bastante indeciso en órden á quien deba darse la preferencia. Plutarco es ciertamente un filósofo estimable, y sabio moralista: no entra jamas en profundas investigaciones, ni se envuelve en obscuras disquisiciones: su doctrina es fácil y clara, justa, y segura: las oportunas anecdotas históricas, y los adaptados pasages de los filósofos y de los poetas, de que estan llenos sus tratados, si á veces distraen al lector de la discusion de las materias, proporcionan siempre al ánimo una sosegada y agradable instruccion: sus máxîmas y sus consejos contienen una moderada y prácti-

Plutarco.

(*a*) *Oeuvres de Plutarque* &c. tom. VI.

tica moral; y un prudente lector en todo tiempo sacará de sus obras sólido deleite, y verdadero provecho. Pero siempre es cierto que Séneca desenvuelve mas los argumentos, y los pone á una luz mas filosófica, se interna mas, y tóca mas vivamente el fondo de las materias; y en medio de los enagenamientos de su imaginacion, y de las sutilezas de su ingenio manifiesta una mente mas vasta, y un espíritu mas penetrante y profundo, y, como hemos dicho arriba, parangonandolos mas extensamente, Plutarco en sus obras filosóficas comparecerá mas erudito filologo, pero Séneca deberá ser tenido por mas profundo filósofo. De otro gusto son los dos estoycos Epitecto y Antonino, los quales sin haber entrado á exâminar puntos filosóficos, sin haber discutido qüestiones, sin haber extendido tratados, justamente han obtenido gloriosa reputacion de filósofos. Epitecto, pobre esclavo, pero estimado filosofo, por el decreto de Domiciano contra los filósofos hubo de salir de Roma, y retirarse á Nicópolis, donde tuvo escuela de filosofía estoyca, y concurrieron á ella por discípulos muchos, que fueron el ornamento de la filosofía de aquellos tiempos. Pero él, lo mismo que Sócrates, se contentó con Epitecto.

Digitized by Google

con enseñar con el exemplo y con las palabras la verdadera moral, y no se cuidó de ilustrarla con los escritos. Arriano, su discípulo, y nuevo Xenofonte de este Sócrates, recogió de las lecciones y de los discursos del maestro un cuerpo de buenas sentencias, y de útiles máximas, que podian considerarse como aforismos de la filosofía estoyca, á quien dió el título de enquiridion, ó manual; de la misma fuente bebió la doctrina de algunas disertaciones, que publicó baxo el nombre del mismo Epitecto; y tanto el enquiridion como las disertaciones, extendido uno y otro por Arriano, forman la filosofía del estoyco Epitecto. M. Antonino Vero, llamado el *filósofo*, dedicado desde los primeros años á varios estudios, y particularmente al de la filosofía estoyca, en la edad mas avanzada, en el tiempo de su imperio, entre las icomodidades de las guerras, en medio de los cuidados del gobierno, dentro de su casa, en los viages, en las expediciones militares, y donde tenia proporcion iba apuntando sus pensamientos, y escribia aquellos libros que contienen sus pensamientos morales, y que son intitulados *De sus cosas*, no sé con quanta razon. Confieso que no pueden leerse sin complacencia

M. Antonino Vero.

Digitized by Google

cia y provechosa edificacion las sabias máximas, las útiles observaciones, las saludables advertencias, y la moral purísima de aquellos dos filósofos; pero no por esto querré con Gatakero (*a*), y con la mayor parte de los modernos, darles una decidida superioridad sobre el filósofo Séneca. Este no solo en los tratados, sino en casi todas sus epístolas presenta algun punto de moral, y, digase lo que se quiera de su estilo, lo desenvuelve filosóficamente, y lo expone con la correspondiente extension; mientras que las obras de Epitecto y de Antonino no permiten mas que pensamientos sueltos, y reflexiones separadas, sin exigir una instructiva explicacion: la variedad de los objetos, la inconexion de las ideas, la brevedad, la negligencia, y el desórden de los tratados, no dexan al lector seguir el hilo del discurso, ni recibir aquella instruccion, que justamente se espera de una obra filosófica. Epitecto y Antonino no han pretendido hacer obras, que pudiesen merecer la lectura y el estudio de los filósofos: y ¿cómo podremos creer tales algunos discursos de Epitecto hechos al ayre, y extendidos á su arbitrio por Arriano, y

(*a*) *Praeloquim ad M. Anton. de rebus suis.*

los comentarios *De sus cosas* de Antonino, ó los pensamientos diversos, que le ocurrian á la imaginacion en las varias circunstancias de su vida, y que libremente dexaba correr sobre el papel, sin cuidarse de ponerlos en órden, de exponerlos con fuerza, de evitar repeticiones, y otras negligencias, ni de formar una obra filosófica de algun mérito! Estas son obras mas ascéticas, que didascálicas, y mas para servir de argumento de meditaciones morales que de instrucciones filosóficas; pero ciertamente contienen muchas útiles verdades y sana doctrina; y estas juntamente con las obras de Séneca componen la biblioteca de los filósofos estoycos, y se puede decir que son los últimos frutos de la filosofía moral de los antiguos.

Moral cristiana. Porque en efecto ¿qué son los escritos de Máximo tirio, de Plotino, y de los otros filósofos de aquellos siglos, sino una pura metafísica, y teología natural? La moral cristiana forma otra época en esta clase de filosofía. Esta moral, enseñada por Jesu-Cristo á los Apóstoles, y predicada por estos á todos los hombres, es una filosofía superior, que mirando al hombre no abandonado á sus fuerzas, sino asistido de la divina gracia, lo

Digitized by Google

lo eleva sobre sí mismo, y lo conduce á una virtud sobrenatural. No un mero placer, no un estéril nombre de honestidad, no una simple conveniencia ó conformidad con la naturaleza, no la ciencia, no el conocimiento de la virtud, ni alguno de los objetos imaginados por los filósofos; sino Dios mismo, su servicio y su gloria es lo que se propone por fin de las acciones humanas, y conforme á lo elevado de este fin es la sublime perfeccion de la virtud que prescribe. Esta moral, expuesta sencillamente por los Apóstoles y por los primeros Doctores de la Iglesia, fué despues mas extensamente ilustrada por los Santos Padres posteriores, y adornada con mayor aparato de doctrina y de erudicion. En vano Barbeirac (*a*), Brukero (*b*), y otros heterodoxôs han pretendido mostrar absurda y erronéa la moral de los Santos Padres; puesto que basta abrir sus libros, leer sus tratados, las homilías, los sermones, ó qualquier escrito suyo para desmentir las atrevidas calumnias de quien ha querido poner mancha en su doctrina. Y si alguno á veces, llevado de un zelo

(*a*) *De la morale des Peres.* (*b*) *Hist. crit. phil.* per. II, par. II, lib. I, cap. II.

eloqüente, ha esforzado sobrado alguna máxima de perfeccion cristiana, y ha traspasado los límites de la exâctitud filosófica, y de la verdad, esta inocente falta no debe perjudicar al mérito y á la pureza de la moral, no solo de los Santos Padres en general, sino que ni aun de aquel mismo en particular, que alguna vez se ha dexado llevar con exceso de su zelo. Pero la moral cristiana es de una dignidad muy superior para que pueda juntarse con la filosófica, y por lo mismo no debemos nosotros detenernos á exâminarla quando seguimos el curso de la filosofía ética. Esta fenèció con las obras arriba nombradas de Séneca, de Plutarco, de Epitecto y de Antonino, y despues no se ven mas que interpretaciones, comentos é ilustraciones de la ética de Aristóteles, como son los de Alexandro afrodiseo, y los mas extensos y completos de Simplicio.

Arabes. Los árabes trataron la moral, no solo con comentos de la ética de Aristoteles, sino tambien con obras mas originales; y aunque generalmente eran mas inclinados á los libros dialécticos y metafísicos de Aristóteles, no por esto abandonaron enteramènte su ética; y en efecto tenemos los comentos de Averróes, y de otros filósofos sarracenos.

Pe-

Pero á mas de estos escritos dieron los árabes otros morales de diferentes especies. Muchísimos son los libros místicos y ascéticos sobre las virtudes, y sobre los vicios, sobre el retiro del mundo, sobre la union con Dios, y sobre argumentos pertenecientes mas á la teología ascética y mística, que á la filosofía ética. Otros juntan la moral filosófica á la teológica; y, como la obra de Algacelo intitulada *Ciencias pertenecientes á la religion*, obra que ha tenido muchos expositores, muchos compendiadores, y muchos que la han ilustrado con particular diligencia, tratan copiosamente de los artículos de la fe mahometana que deben creerse, y de los preceptos que deben observarse, del gobierno político, de las acciones humanas, de la paciencia, de las virtudes y de los vicios, y de todo lo que pertenece á la vida espiritual y á la civil. El español Abilnur, el egipciaco Thalhat y otros abrazan solo la política: pero el método mas comun entre los árabes de tratar la moral es unir proverbios, sentencias y apotegmas. De aquí provienen tantos libros intitulados *Proverbios de la sabiduría*, *preceptos de la sabiduría*, *mil apotegmas*, y otros semejantes, donde se encuentran recogidas sentencias de filósofos, de poe-

tas,

tas, y de los hombres doctos, y distribuidas en los propios capítulos. Erpenio (*a*), Casiri, (*b*), Galland y otros modernos han referido muchos proverbios de los árabes, sacados de semejantes libros; y quien quiera poner alguna atencion en varios de ellos, ciertamente los encontrará tan justos, verdaderos y profundos, tan llenos de buen sentido y de sana razon, que se verá precisado á reconocerlos por frutos de un sólido ingenio, y de una larga y atenta observacion sobre los hombres, y á celebrar los autores como profundos filosofos. Los escolásticos, sequaces de los árabes en la dialéctica y metafísica, no han abrazado sus estudios de la moral, la qual entre los escolásticos estaba reservada para los teólogos, quienes apoyando su doctrina no tanto sobre la razon natural, y sobre los argumentos filosóficos, quanto sobre motivos superiores, y sobre preceptos divinos y eclesiásticos, formaban una moral que no puede tener lugar en la filosofía. Sin embargo hubo algunos filósofos, que no contentos con las qüestiones dialécticas y metafísicas quisieron ocuparse mas util-

Escolásticos.

(*a*) *Grammat. arabica.* (*b*) *Bibl. arab-hispana* tom. I, pág. 216.

Digitized by Google

utilmente en el estudio de la moral. Pero estos no hicieron mas que leer y comentar la ética de Aristóteles, y sujetarse fielmente á su doctrina. ¿Quántas alabanzas, pues, no merece el Petrarca, que en medio de la escolástica esterilidad supo producir frutos de sana moral, y tuvo valor para pensar por sí mismo, y darnos obras éticas de alguna originalidad, que sirvieron de estímulo á los posteriores filósofos para tratar argumentos morales sin las espinas escolásticas con eloqüencia y con erudicion? Así Leonardo Aretino hizo gustar á los eruditos los morales de Aristóteles en su genuino sentido, y en su pureza; así Filelfo escribió doctamente de la disciplina moral, de un modo capaz de enamorar á los lectores por su belleza y utilidad, y de excitarlos á su cultura; así Angelo Policiano puso en latin el *Enquiridion* de Epitecto, é hizo conocer los misterios entónces casi enteramente desconocidos de la ética de los estoycos; y Marcilio Ficino, y los platónicos introduxeron con el entusiasmo de su maestro ideas de moral poco familiares á los escolásticos peripatéticos; y así despues los eruditos del siglo décimosexto, amantes de la elegancia latina, seguian por lo comun el exemplo de Ciceron, Petrarca.

y

y empleaban su ingenio, su eloqüencia, y su erudicion en argumentos de filosofía ética; y generalmente despues del Petrarca, la moral y todos los buenos estudios empezaron á tomar un mas alegre, y mas lisonjero semblante.

Sin embargo todos estos eran seqüaces ó imitadores de Tulio, y de Platon, y puede decirse que se ocupaban en tales estudios mas por exercitar la eloqüencia, que por buscar la ética verdad. El célebre Montagne se mostró mas original en su filosofía; y no se sujetó á Platon, ni á Aristóteles, ni á los estoycos, ni á los epicureos, sino que dexó correr libremente su penetrante y atrevido espíritu, y expuso á los lectores lo que su imaginacion le presentaba, no lo que habian dicho los antiguos. Sin embargo, de esta libertad original de Montagne no resultaron grandes ventajas á la moral. El es un atento y sutil observador de los hombres, un pensador erudito; y ciertamente se hubiera podido esperar mucho de su sagaz ingenio, de su erudicion, de su vivaz y fecunda imaginacion, si hubiese hecho buen uso de los medios de que la naturaleza, y el estudio le habian provisto. Pero sus ensayos no son mas que pensamientos sueltos, reflexiones es-

Montagne.

esparcidas acá y acullá, juegos de ingenio y de fantasía, amontonamientos de erudicion, y nunca completos tratados, y obras regulares. La audacia de su espíritu le arrastra á digresiones, desvios y contradicciones, y alguna vez tambien á desvergüenzas é impiedades; y si á las veces presenta pasages ingeniosos, agradables anecdotas, reflexîones profundas, y útiles observaciones, sin embargo no llega jamas á ilustrar debidamente una materia, ni á enseñar utilmente una verdad; y la sceptica incertidumbre de sus aserciones, la cínica desvergüenza de muchas expresiones, y la irreligiosa libertad de algunos sentimientos, léjos de dar al lector la conveniente instruccion, le causan mas daño, que placer y provecho. Obras mas metódicas y regulares dió Charron; y si su libro teológico *De las tres verdades* lo hizo estimar de los teólogos, la obra moral *De la sabiduría* lo elevó á un crédito universal. Y se lo hubiera merecido justamente por el profundo conocimiento del espíritu humano, por las justas observaciones sobre las pasiones, y sobre las virtudes, por las sutiles reflexîones sobre los deseos, sobre la prosperidad, y sobre la adversidad, por las sabias advertencias sobre nuestra conducta con nosotros Charron.

mismos, y con los otros, y por otras muchas laudables prendas, sino se hubiese dexado seducir de los falsos atractivos de la filosofía y de la eloqüencia de Montagne, si con el sobrado uso de las sentencias de este no hubiese dado fundamento para llamarlo su secretario, y si hubiese hablado con mayor respeto de la religion. Antes habia tenido ya la Italia en otro género un mas profundo filósofo, y maestro de los políticos, pero político y filósofo extremadamente peligroso; este es el famosísimo Macchiavelo, el qual tuvo pocos que le igualasen en el conocimiento de los hombres y de los negocios públicos, y de los artificios y manejos del gobierno (*a*). Las circunstancias del tiempo, en que con asechanzas, traiciones y asesinatos se mantenian comunmente en su trono los pequeños príncipes, mientras los buenos é inocentes caian víctimas del dolo y malignidad de los otros, podrán tal vez servir entre algunos de excusa á la iniquidad de las máxîmas enseñadas por Macchiavelo, que entre los sabios lectores obscurecen torpemente su doctrina. ¿Pero qué bella escuela

Macchiavelo.

(*a*) Il *Principe. Discorsi su la prima Dec. di T. Livio.*

la de política y filosofía no tendriamos en sus libros, si nos hubiese descripto el príncipe, no qual creia que exîgiese el propio interes y la propia ambicion, sino qual él con sus luces filosóficas veia deber ser para constituir el bien de los propios estados; si hubiese formado un príncipe padre del pueblo, no un astuto tirano; y si hubiese suprimido algunos pasages no necesarios para su argumento, y perjudiciales al lector, de libertad de religion? Bodin, no tan profundo, pero mas vasto en los conocimientos, escribió sus *Seis libros de la república*, que por la selecta erudicion, por las curiosas investigaciones, y por la sabia y sólida doctrina han sido libros clásicos para los posteriores escritores de tales materias. Por otro camino, sin aspirar á la gloria de filósofo original, introduxo el célebre Justo Lipsio una notable novedad en la moral. Los otros escritores morales, como hemos dicho arriba, eran todos seqüaces de Aristóteles, de Platon y de Ciceron; Lipsio se abrió otra senda, y entró en los campos desiertos mucho tiempo habia de los estoycos. Desde sus primeros estudios de humanidades habia gustado del estilo conciso y vibrado de Séneca y de Tácito, mas que del fluido y copioso

Bodin.

Justo Lipsio.

de Tulio y de Platon; y en efecto sus obras estan escritas con aquellos breves incisos, con aquellas cláusulas cortadas, con aquellas espinosas sentencias, y con aquella concisa eloqüencia, que, como la de Séneca, tuvo en su tiempo muchos admiradores y sequaces, pero que no ha sido ni será jamas estimada de las personas de gusto. Este amor á la eloqüencia de Séneca lo conduxo tambien á admirar y abrazar su filosofía, y en vez de Platon y de Ciceron empezó á predicar á Séneca y á Epitecto, y á la filosofía peripatética, que reynaba entónces, quiso substituir la estoyca. ¡Qué enagenamientos de entusiasmo y de admiracion por su Séneca (*a*)! ¡Qué alabanzas á Epitecto (*b*)! ¡Quántos estudios para hacer inteligible á todos la filosofía estoyca! Pero por gran promovedor que fuese Lipsio de esta, no la siguió rigurosamente quando se puso á escribir de moral. Así que en la obra *De la constancia* se mostró, sí, educado en la escuela de Séneca, pero no dexó de valerse de las doctrinas de los otros filósofos; y en los libros *De la política*, donde apenas tuvo es-

(*a*) *Praerf. in Seneca Manud. ad Stoic. phil.* lib. I, diss. XVIII. (*b*) Ibid. diss. XIX.

estoyco alguno á quien seguir, se atuvo mucho á Aristóteles y á otros, y presentó en no pocas partes pensamientos originales. Y Lipsio, tanto por haber resucitado la filosofía estoyca, y haber contribuido mucho á la ilustracion de Séneca, quanto por sus propias obras morales y políticas, debe ser reputado por uno de los principales restauradores de la filosofía ética. Así como Lipsio puso á mas clara luz la doctrina estoyca de las obras de Séneca, así Gatakero hizo conocer mejor la de las obras de Antonino el filósofo. Ya Casaubon habia hecho doctas anotaciones sobre los escritos de aquel monarca filósofo, que sirvieron mucho para su ilustracion; pero Gatakero emprendió el asunto con mayor empeño, y primero trató largamente la historia de aquella filosofía, y la colmó de elogios á veces aun excesivos, descendió despues en particular á las noticias de Antonino, y de sus obras, refirió las anotaciones mismas de Casaubon, dió las suyas propias muy copiosas y eruditas, y buscó todos los medios de dar el mayor lustre á las obras de Antonino, y á la ética de los estoycos. Con las fatigas de Lipsio y de Gatakero fué mejor conocida, y algo mas estimada la moral de los estoycos; pero no llegó á ha- Gatakero.

hacer muchos prosélitos, y pronto quedó olvidada de nuevo. No obtuvo mejor fortuna la epicurea, por mas que le cupiese la suerte de contar por apologista é ilustrador al docto Gasendo. Se queria una nueva moral, no una copia de la antigua, y las doctrinas antiguas de los peripatéticos, de los estoycos, y de los epicureos no podian apagar ya la moderna estudiosidad. Las recientes doctrinas de Montagne y de Macchiavelo eran mas dañosas que instructivas; casi todos los otros modernos no se habian atrevido á separarse de los antiguos, y la moral necesitaba todavia de un nuevo instituidor.

Bacon de Verulamio.

Bien lo conoció el profundísimo contemplador de las ciencias y del espíritu humano Bacon de Verulamio, y se lamenta amargamente de los escritores de la filosofía ética, que no habian sabido tratarla de un modo oportuno para sacar la correspondiente utilidad: él mismo con su natural entusiasmo, y con la acostumbrada novedad y extrañeza de las expresiones prescribe el plan para tratar completa y útilmente la moral, da las reglas, y propone pequeños ensayos, para excitar el estudio de los filósofos, y para elevar esta ciencia á toda su dignidad

dad (*a*). Pero le sucedió á este, como á otros muchos planes de Bacon, que no encontró filósofo alguno que lo pusiese en práctica; y la moral siguió tratandose al gusto de los antiguos, sin salir ninguno, que se dedicase á ponerla en todo su esplendor. Tal vez lo hubiera executado Cartesio, quien estimulado por las qüestiones de dos grandes princesas, Isabel, hija del elector Palatino Federico V, y la celebradísima reyna de Suecia Cristina, empezó á dirigir á la ética sus filosóficas meditaciones, que antes solo habia empleado en la física y metafísica. Pero mientras iba madurando sus ideas sobre estas materias, y hacia esperar que en la ética se viese aquella novedad y exâctitud filosófica que habia dado á las otras ciencias, la muerte prematura truncó sus pensamientos, y privó á los filósofos de aquellas luces, que justamente podian esperarse de un hombre tan grande. Algunas ideas suyas, esparcidas en la disertacion sobre el amor y el odio, enviada á instancias de la reyna Cristina á Canuto su embaxador, en la disertacion del método, en el tra- Cartesio.

(*a*) *De dignit. et augm. scientiarum* lib. VII, et VIII. *Sermones fideles* &c.

tratado de las pasiones, y en alguna carta, nos hacen mas sensible que Cartesio no haya podido presentarlas todas expuestas en
Hobes. un curso de filosofía moral. Hobes nos hubiera podido dar el exemplo de una verdadera ético-política filosofía, sino hubiese corrompido las nuevas y útiles verdades, que su agudo ingenio le hacia descubrir, con los errores en que las sumergió (*a*). Ciertamente nos presenta muchas exquisitas é importantes doctrinas; y aun algunas de las mismas falsedades, que enseña, abrieron á otros la puerta para buscar la verdad, y para elevar la ciencia moral y civil á mas alto grado de perfeccion: y algunas cosas, que contribuyen á la perfeccion de esta ciencia, dice Pufendorf (*b*), á ninguno le hubiera ocurrido pensarlas, si antes no las hubiese insinuado Hobes. Ancho y fertil campo, aun no desmontado por otros, ofreció á la
Grocio. filosofía del célebre Ugo Grocio el gran promovedor de todas las ciencias, y fautor de los literatos, el frances Peiresc. Veia este quantos frutos podia producir el estudio del derecho natural y de gentes, si se tratase con filosófica sagacidad, y estimuló el in-

(*a*) *De cive.* (*b*) *Eris Sundica.*

ingenio del filósofo Ugo Grocio á emprender la ilustracion de tan importante argumento (*a*). No fueron infructuosas las instancias de Peiresc : abrazó Ugo Grocio tan sabio sugerimiento, y se dedicó con toda la fuerza de su ingenio, y con el inmenso tesoro de su erudicion sagrada y profana á esta gloriosa y útil empresa, y por fruto de sus meditaciones y fatigas dió á la república literaria la grande obra del derecho de la guerra y de la paz; regla sacrosanta de la justicia y equidad en los mas importantes negocios de esta vida, código venerable de las naciones civilizadas de toda la Europa (*b*). ¿Quántas nuevas nociones no se encuentran en aquella grande obra sobre las varias clases de derechos y de obligaciones, que la naturaleza nos impone, y sobre otros puntos semejantes? La filosofía moral se complace de verse enriquecida con un nuevo objeto que debia ser el mas sólido fundamento de sus investigaciones; y la obra de Ugo Grocio hizo ver la ética baxo un nuevo aspecto, diverso de aquel en que la habian presentado los otros filósofos. A

(*a*) Gassend. in *Vita Peirescii* lib. IV. (*b*) *De jure belli et pacis.*

exemplo de aquel grande hombre se dedicaron despues Seldeno, Pufendorf, Barbeirac, Burlamacchi, Watel, Wolfio, y otros muchos á ilustrar esta noble y fundamental parte de la ética, y á mostrarnos el provecho que para la conducta de la vida debemos sacar del conocimiento de las obligaciones, á que estamos sujetos por tales derechos: y este campo abierto por Ugo Grocio ha sido fecundo de copiosos y útiles frutos para la jurisprudencia, y para la moral. Entre tanto que estos severos filósofos trataban la moral con profundas investigaciones y con copiosa erudicion, otros mas ligeros y amenos la presentaban á las personas de mundo en mas alegre y amable aspecto. Así lo hizo Gracian, que no solo colmó de filosofía moral su celebradísimo *Criticon*; sino que en el *Discreto*, en el *Héroe*, y en otros tratados morales se manifestó sutil observador, conocedor profundo del hombre, agudo pensador, y sabio filósofo; y como tal es en efecto alabado de muchos, y tal querriamos aun nosotros recomendarlo á los estudiosos, si la afectacion de expresar siempre de un modo nuevo, y por consiguiente estudiado y obscuro, sus sentencias, aunque por otro lado solidas y justas, no

Gracian.

qui-

quitase la mayor parte del mérito á su filosofía. El gusto del siglo, que habia dictado á Gracian aquel estilo, hizo recibir con aplauso en toda la Europa sus obras, las quales fueron desde luego traducidas en varias lenguas; y principalmente en Francia, con la version de Amelot de la Houssaya, fueron acogidas con aceptacion universal. Montagne, Charron y Gracian excitaron el ingenio de muchos franceses á tratar de moralidad; y el gusto de lenguage y de estilo, y tambien de una mas severa filosofía, que entonces se introduxo en Francia, les hizo pensar y escribir mas justamente. ¡Qué estrépito no causaron las *Máximas morales* del Duque de Rochefoucauld, las quales no son mas que una coleccion de pensamientos de un profundo filósofo, que medita atentamente sobre las acciones de los hombres, y presenta sus reflexîones con sobrada acrimonia y severidad! Pero el autor supo penetrar en el fondo del espíritu humano tan sutilmente, y consiguió expresar sus pensamientos con tanta elegancia y claridad, con tanta precision y energía, que el libro de las *Máximas morales* fué recibido con transportamientos de aplauso en el siglo pasado, y puede muy bien estudiarse aun

Rochefoucauld.

aun en el nuestro con provecho y utilidad. El rumor, que Rochefoucauld causó en la moral *gnomica*, por decirlo así, se minoró algun tanto al comparecer la *característica* del famoso la Bruyere. Este, enamorado de la simplicidad y naturaleza del pequeño libro de los *Caractéres* de Teofrasto, quiso hacer participante á su nacion de esta griega galantería, traduciendola en Frances. Pero haciendo conocer á los modernos franceses los caractéres de los griegos antiguos pensó tambien en mostrar los de sus coetáneos; y á los caractéres de Teofrasto juntó los caractéres de su siglo, expresados por él con un método diferente del usado por el griego filósofo. La sagacidad de penetrar en los mas profundos senos del corazon, y de arrebatarle las señales caracteríscas de las pasiones, y de las costumbres, y la fidelidad en pintarlas, sin alterarlas un ápice con colores demasiado vivos, ni con fria languidez, la fuerza y la exâctitud de las expresiones, y la facilidad de expresar con sola una palabra lo que otros con muchas apenas podrian conseguir, como observa Menagio (*a*); en suma el arte de ver las cosas,

La Bruyere.

y

(*a*) *Menagiana* tom. II.

y de hacerlas ver á los otros en su verdadero ser y aspecto, hicieron á la Bruyere un digno imitador de Teofrasto, y formaron de su obra una bellísima copia, capaz de igualar, ó aun tal vez superar á su original. Muchos franceses se dedicaron á delinear caractéres, mas á exemplo de la Bruyere que de Teofrasto; pero pocos tuvieron motivo para quedar contentos de su trabajo, y no sirvieron para otra cosa sus caractéres, que para aumentar el aprecio de los de la Bruyere. La moral ocupó entónces á la mayor parte de los escritores franceses; y l' Abadie presentó el *Arte de conocerse á sí mismo*, que ha servido de estímulo para otras muchas obras posteriores; Bellegarde escribió sobre la urbanidad de las costumbres con útiles máximas para la sociedad civil, y todos tenian el prurito de dar al publico *pensamientos*, *reflexiones*, *máximas*, y tratados de varias maneras de argumentos de la moral. Al mismo tiempo los ingleses abrazaban con igual empeño semejantes estudios, y producian obras morales, que formaban la lectura de sus nacionales, como la de los franceses las antes nombradas. Wollaston, queriendo poner la religion natural en su esplendor, exâmina con atencion la esencia del

Ingleses.

del bien y del mal; Shafterbury en los soliloquios, en las cartas, y en casi todos los tratados de sus *caracteristicos* trata del mérito y de la virtud; Bolingbroke investiga con profundidad los *principios innatos de la moral*; despues de Shafterbury, y Bolingbroke exâmina finalmente Hume los principios de la moral, los principios de los gobiernos, y diversas otras materias semejantes; y así otros muchos han tomado argumentos morales por objeto de sus ilustraciones.

Alemanes. Mientras los franceses y los ingleses daban al público tratados morales, los alemanes formaban cursos en sus escuelas. Tomasio, caprichoso en los títulos de sus obras, dió para *introduccion á la filosofía moral* una, como él quiere llamarla, *Arte de amar segun la razon, y la virtud*; único medio para una vida tranquila y feliz; y despues igualmente una *Medecina contra el amor irracional, y doctrina del conocimiento de sí mismo;* y una *Jurisprudencia divina*, donde trató del derecho natural y de gentes, como habian hecho otros filósofos; y compuso tambien varios otros escritos éticos con otros títulos, que podian formar una completa moral. Pero Tomasio hizo tantas mutaciones en su doctrina que puede inducir

cir á un peligroso scepticismo antes que causar, verdadera ilustracion. Mas filósofo Wolfio, despues de haber tratado difusamente de la basa fundamental de la moral en su grande obra en nueve volúmenes sobre el derecho natural y de gentes, al formar el gran sistema de toda la filosofía, tanto teórica como práctica, quiso abrazar plenamente todas las partes de esta, y tratar á su modo no solo lo que distintamente conviene á la ética, sino tambien quanto pertenece á la económica y á la política. La muerte le impidió dar cumplimiento á esta grande obra, y solo nos ha dexado la primera parte, que abraza la teórica, en la qual la diferencia de las acciones humanas, y los principios de todo derecho y de todas las obligaciones se ven demostrados geométricamente. El método geométrico en materias no geométricas lejos de dar claridad, precision y fuerza, como algunos pretenden, produce, en mi concepto, confusion, prolixidad y disipacion; mientras que expuesta y probada por sí cada proposicion, se pierde el hilo del discurso, y no se puede comprehender con claridad y energía todo el objeto de la disquisicion. Este método, y una excesiva individualidad en superfluas é inutiles proposiciones, Wolfio.

Digitized by Google

nes, y en pruebas de aserciones por sí mismas bastante claras no dexan gozar, como conviene, de la doctrina, que comunmente es útil y sólida, y hacen menos importante de lo que podria ser á las ciencias y á la sociedad la moral wolfiana. Sin tantos volú-
Heineccio. menes y sin tanta extension ha dado Heinecio elementos de moral, pequeños, sí, pero xugosos, de los quales tal vez mas que de las obras largas se puede sacar verdadera instruccion (*a*); y ademas de estos elementos compuso un pequeño libro sobre la obligacion del hombre y del ciudadano, en el qual, aunque quiere hacer de comentador de Puffendorf, dexa ver con freqüencia su originalidad (*b*). Así otros muchos alemanes en sus cursos, ó de filosofía, ó de jurisprudencia, han dirigido su estudio á las materias morales. Y es de observar que casi todos aquellos moralistas eran profesores, y la moral era para ellos mas objeto de estudio que de entretenimiento literario, y tal vez por la mayor profundidad de su estudio se manifiestan harto mas religiosos que otros de otras naciones, singularmente los

(*a*) *Elem. phil. moralis.* (*b*) *Praelect. acad. in Sam. Puffendorfii, De oficio hominis et civis libri duos.*

los arriba citados ingleses. No veia Muratori en la lengua italiana, ni aun en las otras, un curso completo de filosofía moral; y poseido, como estaba, del zelo de promover entre sus nacionales toda clase de estudios, dió un libro de filosofía moral, que no se avergonzaba de comparecer cristiana, y con el mismo espíritu escribió de la pública felicidad; y en la obra sobre el gobierno en tiempo de peste, y en otras muchas promovió varias ideas morales, políticas y económicas, que daban no poco honor á la buena filosofía. Mas compendioso y adicto á la doctrina de Aristóteles escribió Zanotti una filosofía moral, donde la elegancia y la amenidad de los sentimientos y de las expresiones hacen mas amable y agradable la verdad de su doctrina. Superior, me atrevere á decir, en la sutileza de ingenio, y en la erudicion en esta parte Genovesi, trató la moral con mayor originalidad. ¿Con quánta fuerza de ingenio no busca la humana felicidad? ¿Con quánta profundidad no discute las opiniones y los sistemas de los mas famosos modernos, y explica los principios de la ley natural? Exâmina los oficios y las obligaciones de los hombres, tanto privados, como públicos, y trata de las familias, de las

Muratori.

Zanotti.

Genovesi.

ciudades y repúblicas (*a*), expone sus *meditaciones sobre la religion, y sobre la moral*, y bosqueja los principios de la verdadera perfeccion de la legislacion y de la moral (*b*). Entónces Stellini, y otros italianos con sus doctos escritos contribuian mas y mas al adelantamiento de la moral. Al mismo tiempo los españoles, dexando las espinas escolásticas, adornaban la moral con las mas bellas flores de filosofía y de erudicion. Antes de la mitad de este siglo escribió Codorniu una filosofía moral, á la qual el crítico Feijoo, á mas de otros muchos magníficos elogios, le da el de ser perfectamente original en una materia tratada por millares de escritores (*c*). Tambien el célebre médico Piquer fué en gran parte original en su libro de la *Filosofía moral para la juventud española*, donde ingeniosamente aplicó los conocimientos anatómicos y fisiológicos á la verdadera y práctica explicacion de las pasiones del ánimo, de sus caractéres, de sus fómites, y de sus efectos. Con mayor aparato de varia y copiosa erudicion escribió su ética Mayans; y algunos otros españo-

Españoles.

(*a*) *Disciplin. met. elem.* tom. IV. *De jure et offic.*
(*b*) *Diceosina.* (*c*) *Cartas* &c. tom. III, carta XXIX.

Digitized by Google

ñoles, ó en cuerpos enteros ó en tratados particulares comunicaron nuevas luces á la filosofía moral.

De otro gusto, de otra originalidad, de mas sublime y noble filosofía fué la grande obra, que hácia aquellos tiempos publicó en Francia el celebradísimo Montesquieu sobre el *Espíritu de las leyes. Las consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos*, aunque solo presentan una série de hechos históricos, son una obra filosófica, que hace ver qual sea el fruto que la filosofía puede sacar de la historia, y justamente pueden ser reputadas dichas consideraciones como una política experimental. Pero estas no eran mas que un pequeño ensayo de Montesquieu, para prepararse al gran trabajo del *Espíritu de las leyes*, en el qual, como dice él mismo (*a*), empleó veinte años de estudio, de viages, y de meditaciones, y donde desplegó todas las fuerzas de su ingenio, y de su saber. Y á la verdad, ¿quién puede negar que allí se encuentran principios luminosos, finas observaciones, reflexiones profundas, y selecta erudicion? Se ve un grande ingenio, que leyendo Montesquieu.

(*a*) *Pref.*

do la historia de todos los siglos, viajando por estados diversos, y volviendo la vista sobre todos los gobiernos, calcula sus perjuicios y sus ventajas, saca las convenientes conseqüencias, se eleva á principios generales, y prescribe las leyes del gobierno feliz del genero humano. Pero por otra parte ¿quántos defectos no se encuentran, que obscurecen las prendas de aquella grande obra, y hacen que se le dispute el puesto entre los libros estimables de la moderna filosofía? Aquella su decantada *virtud* de la república, y aquel su *honor* de la monarquía, sobre quienes se funda todo el sistema de la obra, y que son poco mas que vanos nombres, y aun estos no bien aplicados, aquella sobrado eficaz influencia del clima, que le sirve de fecundo principio de tantas cosas, que le ocupa tantas páginas, y le hace descender hasta muy pequeños por menores anatómicos, que poco ó nada sirven para este objeto, aquellos sentimientos particulares erigidos en principios generales sobre el apoyo de algun hecho, quando qualquier lector erudito encuentra otros muchos hechos, que igualmente podran probar todo lo contrario, aquel desembarazarse en capítulos de cinco ó seis líneas de materias,

que

Digitized by Google

que exigirian largas discusiones, aquel desórden en pasar de uno á otro argumento, y en tratar muchos de ellos, donde menos podia esperarse, aquella inconexîon de un capítulo con el otro, aquellas ideas vagas y confusas, y tantos otros defectos, que en aquella obra se encuentran, disminuyen mucho el alto mérito, que justamente le dan las prendas arriba insinuadas, y tienen inciertos á los lectores sobre si deben seguir encomiando aquel decantado libro del *Espíritu de las leyes*, que antes era recibido con transportamientos de aplausos y de admiracion, ó si es mas conveniente oponerse á los prodigados elogios y presentarlo como un libro de lectura mas perjudicial que útil. Ciertamente la veneracion, por decirlo así, hacia aquella obra, de algun tiempo á esta parte se ha minorado notablemente, y parece que haya motivo para recelar que se caiga en el extremo contrario. El *Espíritu de las leyes* no es, en mi concepto, como en el de sus admiradores, una *de las mas bellas obras que hayan salido de las manos de los hombres; no es para las naciones extrangeras un motivo de zelos contra la Francia*; no es en suma aquel portento que muchos franceses y extrangeros quieren que sea; pero

ro es una obra, en la que los defectos, que no son pocos, están verdaderamente recompensados con muchas y brillantes prendas; una obra en la qual un juicioso lector, aun en los mismos errores, encontrará no poco que aprender; una obra, que si tal vez ha contribuido á los progresos de la vana filosofía, y del gusto corrompido, ella sin embargo no es de su clase; una obra en fin que es digna de leerse y meditarse por los profundos filósofos, y que da honor á la filosofía de este siglo. No ha tenido posteMably. riormente Mably un plan tan vasto, ni un objeto tan extenso como Montesquieu; pero tampoco ha caido en sus defectos. La correccion de los vicios, la reforma de las costumbres, el establecimiento de un gobierno feliz, y de una sana política son principalmente el objeto de las obras filosóficas de Mably, particularmente de los *Entretenimientos de Focion, y del gobierno de las costumbres*; y en todas esparce ideas brillantes de la virtud, y de las obligaciones que nos ligan al estado: en todas trata profundamente las materias sin aridez y sin difusion, presenta muchas útiles verdades sabiamente digeridas, y extendidas elegantemente, y se manifiesta un espíritu penetrante,

te, un genio observador, y un sabio y profundo pensador. ¡Qué diferencia del *Focion* de Mably al *Belisario* de Marmontel, defectuosa y deforme copia de aquel bellísimo original! ¿Cómo se puede comparar la superficialidad é insipidez de Marmontel con el juicio, con la sabiduría y con la profundidad de Mably? Sin embargo este en su última obra de las *Observaciones sobre el nuevo código de leyes de los Estados Unidos de América* no ha sabido conservar la fuerza de pensar, y la exâctitud de juzgar, que habia manifestado en las precedentes. Acaso la infeccion de la moderna filosofía habrá tenido tanto influxo sobre su decrépita y ya cansada cabeza, que le haya hecho mudar de manera de observar, de reflexîonar, y de pensar! Ciertamente la filosofía de estos dias no puede dexar de corromper la mente y el corazon de quien le quiera dar oidos.

Déxo la inmensa multitud de escritores de todas clases, que han tenido el prúrito de filosofar, y con atreverse á repetir francamente algunas máxîmas libres é irreligiosas, dichas, y repetidas muchas veces por sus corifeos, se tienen por filósofos originales, y únicamente citaré dos los mas ilustres, que han llenado la Europa de su nombre,

bre, y de sus errores, á saber, los dos tan
Rousseau. famosos, Rousseau y Voltaire. Hemos hablado en otra parte con las bien merecidas alabanzas, y con las debidas restricciones de la eloqüencia del filósofo ginebrino (*a*); pero ahora considerando solo su moral tanto en el *Emilio*, y en la nueva *Heloisa*, como en las otras obras suyas ¡qué mezcla no encontramos en ellas de ideas singulares, de paradoxas, de errores, de sentimientos exâgerados, de virtudes frenéticas, de rasgos sublimes, de sutiles raciocinios y de superiores gracias! Merece lugar en los fastos literarios de nuestro siglo, y tal vez en la historia de nuestras costumbres, su famoso discurso inconsideradamente premiado por la academia de Dixon, en el qual quiere probar que la cultura de las ciencias sea perjudicial á la pureza de las costumbres, y que haya contribuido siempre á su corrupcion. El afortunado suceso de este su primer arrojo sirvió tal vez mas que todo para animarle á la produccion de las otras fatigas literarias, las quales ciertamente han causado gran daño á las costumbres, á la religion, y á la humanidad. ¡Quién ha movido

(*a*) Tom. V, lib. II, cap. III.

do á los pueblos á las anárquicas revoluciones, que ponen en combustion á toda Europa, más que el *Discurso sobre la desigualdad entre los hombres*, y el *Contrato social* de Rousseau! Con bien diferente solidez y verdad ha confutado el italiano y doctísimo filósofo Carli, en sus escritos sobre el *hombre libre*, y sobre la *igualdad*, las malvadas y perjudiciales máximas del ginebrino. Lo que hizo Rousseau con la fuerza y vehemencia, con el fuego y con el ímpetu de su eloqüencia, lo obtuvo Voltaire con la elegante y clara diccion, con lo versatil y fácil del estilo, y con la suavidad y amenidad de la eloqüencia. Por dos caminos enteramente diversos han introducido uno y otro la seduccion, y han arrastrado á los lectotes tras quanto les han querido persuadir. La independencia, la irreligion, y el libertinage son los frutos de los escritos filosóficos de estos maestros de nuestro siglo ilustrado. La superioridad de sus talentos, y el universal aplauso que obtuvieron sus obras deslumbraron á muchos escritores, y les excitaron á adquirir semejantes aplausos con sus producciones filosóficas. En infinitas obrillas de nuestros dias, que se arrogan el título de filosóficas, hemos visto con do-

Voltaire.

lor suelto el freno á todas las pasiones, hollado el respeto á toda ley divina y humana, y llevados en triunfo el libertinage y la impiedad.

Pero dexando aparte estos libertinos pretendidos filósofos, y volviendo á los políticos, concluiremos con dos ilustres italianos, que con sus escritos se han adquirido distinguido crédito en toda la Europa. ¿Quién no conoce al célebre marques de Beccaria? Y á quién no ha llegado el rumor de los aplausos, con que en todas las naciones ha sido recibido su pequeño libro *De los delitos y las penas*? Ciertamente merece no pocos elogios por algunas verdaderas y útiles ideas dignas de la aprobacion de los buenos filósofos; pero es de observar que lo que le ha dado una fama universal, y le ha adquirido la veneracion de los modernos filósofos superficiales, no ha sido alguna de sus justas y útiles doctrinas, sino una paradoxa conforme al espíritu de la falsa humanidad de este siglo, aunque de poca ó ninguna verdad, y que abrazada incautamente por algunos gobiernos, tal vez ha causado mas daño que provecho á la sociedad. Mayor extension de ideas, mayor vastedad de erudicion, y solidez de doctrina ha mostrado Filangieri en la grande obra

Beccaria.

Filangieri.

de

de la ciencia de la legislacion. Su vasto entendimiento volviendo los ojos filosóficos sobre toda la extension de nuestro globo, y contemplando en cada nacion, y en cada pueblo la índole, el genio, la religion, las costumbres, el clima, la situacion y todas las circunstancias, exâminando los diferentes gobiernos, y las diversas constituciones, y los efectos ó favorables ó perjudiciales que de ellas se derivan, explorando las pasiones, y su curso, y las direcciones de que son capaces, buscando á todos la felicidad, y exâminando en cada pueblo los impedimentos que la puedan estorbar, y los medios que deben proporcionarla, teniendo á la vista la historia de los pueblos antiguos y modernos, y penetrando en las íntimas causas de los diferentes estados de cada uno, de prosperidad, de miseria, de engrandecimiento, y de decadencia, deduce sabiamente los principios con que deben conducirse los legisladores, da reglas para lo que debe hacerse en los paises diversos, junta los medios á las reglas, y la teórica á la práctica, da un razonado sistema de legislacion, y forma una ciencia ordenada y segura. Yo no abrazaré todas sus opiniones, y antes bien desaprobaré algunas, y no

temeré contar á Filangieri, aunque mas moderado y prudente, entre aquellos escritores, que profesando circunspeccion filosófica se dexan á veces llevar del entusiasmo poético, y creen ver con enérgica evidencia lo que apenas se divisa entre débiles reflexos, que libremente deciden sin detencion sobre materias abstrusas, que han ocupado las meditaciones y las disputas de muchos y grandes hombres, y que por quererse manifestar superiores á las preocupaciones del vulgo se dexan arrastrar de las de los pretendidos filósofos; pero sin embargo diré, que su obra está llena de nuevas y útiles ideas, de observaciones muy justas, de profundas reflexîones y de oportuna erudicion, que por todas partes respira amor del bien público, que suministra muchas claras luces para el reglamento y para el buen gobierno de los pueblos, que muestra los principios mas convenientes para establecer buenas leyes, y en suma que nos presenta las reglas de una nueva é importantísima ciencia, qual es *la ciencia de la legislacion*. Así que la filosofía política ha tenido en estos dias insignes ilustradores, no inferiores á los mas celebrados de los pasados siglos. No han faltado tampoco á la ética sabios y doctos fi-

filósofos, que han enseñado una sana moral, y han combatido las perversas máxîmas de la depravada de los filósofos licenciosos, que tanto abundan en nuestros dias; pero es preciso confesar, que no podemos contar en la ética como en la política, muchos Montesquieus y Filangieris, muchos escritores clásicos, que hayan tratado esta parte de la filosofía con la conveniente extension y profundidad. Oxalá que entre tanta multitud de moralistas salga un verdadero genio, que eleve la filosofía moral á aquel alto grado de utilidad, que debemos esperar de la guia y maestra de la vida humana; que nos fixe las verdaderas y precisas ideas de la virtud, y no nos dexe errantes é inciertos, hora conducirla con unos á una salvage rusticidad é inhumana insensibilidad, hora ponerla con otros en una afeminada dulzura y política urbanidad; que no contento con las contemplaciones teóricas nos conduzca, como quiere Verulamio (*a*), á la verdadera práctica, y no solo nos enseñe que sea la virtud, sino que nos prescriba como deba adquirirse, y dulcemente nos esfuerce á procurar su adquisicion; que nos exponga el verdadero con- Conclusion.

(*a*) De dign. &c. lib. VII.

concepto que debemos formar de la felicidad, tanto de los particulares como de los estados, sin haberla de buscar jamas en una insociable independencia, y en una verdadera apatía, ó en los fumosos honores, y en las ruidosas victorias y vastas conquistas; y que en suma nos ilustre y nos dirija en nuestras acciones, y en la carrera de nuestra vida, nos muestre y allane el camino para obtener la verdadera felicidad, y que sabiamente una la moral filosófica con la evangélica, la mundana con la cristiana. Lo deseamos para bien de esta parte de la filosofía, en que todos se creen capaces de escribir, y que ninguno hasta ahora ha tratado perfectamente, y pasamos á exâminar el curso de la jurisprudencia, la qual puede considerarse como la ética de las naciones.

CAPITULO III.

De la jurisprudencia.

Orígen de la legislacion.

Si la ética es la guia y directora de las costumbres de los particulares, la jurisprudencia gobierna y regula las naciones. Luego que se formaron las sociedades, debieron ser por algun tiempo las únicas reglas de su

su conducta aquellas leyes que la misma naturaleza ha impreso en nuestros corazones, y que una luz interior nos hace conocer sin necesidad de maestros; pero bien presto la diversidad de los intereses, la vehemencia de las pasiones, y la arbitrariedad de las interpretaciones, y de las aplicaciones de aquellas leyes naturales manifestarian la necesidad de algunas convenciones particulares, ó de algunas leyes positivas expresadas con mayor precision y claridad, y anunciadas con mas ó menos solemnidad. Si en la primera dispersion de los hombres, despues del diluvio, Nembrot formó el imperio de Babilonia, Asur de la Asiria, Fohi de la China, Menes, Mezraim, ú Osiris del Egipto, y así otros de otras naciones, como dicen algunos historiadores, es preciso que se hubiesen concertado entre aquellos hombres algunas leyes, no solo para el establecimiento, sino mucho mas para la subsistencia de tales imperios; y en efecto, de no pocas leyes de aquellas gentes vemos los vestigios en la Sagrada Escritura, y en las memorias de los antiguos escritores (*a*). Pero el primer cuerpo de leyes, que se ha conserva-

(*a*) V. Gouguet. *Orig. des loix.* &c. tom. I.

vado hasta nuestros dias, y la primera constitucion, que sepamos haber sido expuesta por escrito, es el sagrado código de las leyes intimado al pueblo hebreo por el legislador Moysés. Moysés, y á él inspirado por boca del mismo Dios; código, á cuya ilustracion ha dedicado Espencer (*a*) dos tomos en folio; é infinitos escritores antiguos y modernos, cristianos y hebreos, teólogos y legistas, y eruditos de todas clases han empleado los mas atentos estudios; código, que por varios jurisconsultos ha sido cotejado con el de las leyes romanas (*b*), y que Henrique Estéfano pone como la primera fuente de las leyes de todas las naciones cultas (*c*); código en que Seldeno (*d*), y otros modernos han encontrado los principios del derecho natural y de gentes; y código, de quien podemos decir, con prerogativa á ningun otro comun, que en gran parte permanece en vigor hasta nuestros dias. Pero si antes de Moysés no conocemos ningun otro legislador, pocos se conocen aun posteriormente, sino despues de haber transcurrido muchos años,

(*a*) *De leg hebr.* (*b*) *Collat. legum Mosayc. et Rom.* (*c*) *Jur. civil. fontes et rivi.* (*d*) *Jus. nat. et gent. secund. disciplin. hebraeor.*

años, á no ser que quieran referirse á aquellos tiempos los legisladores de Creta Radamanto y Minos, de cuya edad no podemos tener segura noticia. Ciertamente son antiquísimos, y entre los antiguos pasaban por los primeros legisladores de los griegos; y singularmente de Minos tenemos muchas memorias desde los primeros poetas. Homero y Esiodo hablan de él, y lo hacen discípulo del mismo Júpiter en la grande arte de establecr las leyes, y gobernar á los hombres. Platon da toda la gloria á Minos de haber sido el rey y el legislador de Creta; y quiere que Radamento, su hermano, y hombre muy justo, instruido por él en el modo de juzgar, fuese el custodio de sus leyes en la ciudad, como Talo en el resto de la isla (*a*). Despues de Minos no tenemos por mucho tiempo ningun famoso legislador. Zaleuco dió leyes á los locrenses de Italia, á los turios, y á otros; las dió Caronda á los de Catania y de Calcidia en Italia y en Sicilia; Zamolxîs las dió á los tracios, Faleas á los cartagineses, Filolao á los tébanos, Pitaco á los mitilenenses, Dracon á los atenienses, y varios otros

Minos y Radamanto.

(*a*) Minos. *De leg.* I.

á otras ciudades y repúblicas, como se ven citados por Aristóteles (*a*), y por otros antiguos. Pero dos particularmente han merecido sobre todos los otros la veneracion de la antigüedad, y la memoria de los posteriores, á saber Licurgo y Solon. Nosotros no
Licurgo. sabemos de que edad sea Licurgo, que muchos quieren fuese compañero de Ifito, instituidor de las olimpiadas, otros anterior de muchos años, otros del tiempo de Homero, y otros contemporáneo de los heraclidas (*b*); pero sabemos que es muy antiguo, y que estableció sus leyes muchos años antes de Solon. Habiendo nacido de la sangre real de Esparta, y sido regente del reyno por mucho tiempo, despues de haber exâminado con filosófica atencion el gobierno, las leyes, y las costumbres de Creta, y pasado al Asia y á Egipto para parangonar sus diferencias, formó para los espartános, que no tenian mas que instituciones arbitrarias, una completa constitucion, y un entero cuerpo de leyes, que sirvió por algunos siglos para el gobierno glorioso y feliz de aquella república. No le sucedió así á Atenas. Gobernada primero por un rey, despues

(*a*) Polit. II, cap. V, VI, al. (*b*) Plut. *in Licurgo* init.

pues por arcontes perpetuos, y posteriormente por arcontes solo decenales, y siempre inquieta y turbulenta, siempre descontenta del yugo y de la dependencia, sin haber pensado jamas en establecer leyes uniformes y constantes, y no conociendo otras reglas que usos pasageros y providencias arbitrarias, recurrió finalmente á Dracon, que entónces era arconte, para tener por él un sistema de leyes, que refrenase los delitos con penas fixas y ciertas, y arreglase el gobierno en forma estable y segura. Pero Draçon, sobrado severo, dió leyes poco convenientes á los atenienses, en las quales, segun dice Aristóteles (*a*), nada habia de considerable sino su excesiva crueldad. Por ello no fueron observadas dichas leyes por mucho tiempo, ni sirvieron para impedir los delitos, ni ocasionaron ventaja alguna á la república. Fué preciso, pues, pensar en otras mas útiles; y los ciudadanos excitaron vivamente á Solon para que las dictase. Empezó él entonces aboliendo todas las leyes de Dracon excepto las que tocan á los homicidios, y estableció despues las suyas mas suaves, que favo-

Dracon.

Solon.

(*a*) Pol. II, cap. X.

recian al pueblo, fomentaban las artes y la industria, y tenian muchas buenas prendas, pero daban lugar á inquietudes y turbulencias, y en efecto no tuvieron larga duracion.

Parangon de las leyes de Minos, de Licurgo, y de Solon.

Minos, Licurgo y Solon fueron los mas estimados legisladores de los griegos, y en quienes podemos contemplar la griega legislacion. Donde es de observar que esta se aprovechó poco del exemplo y de la experiencia, y no adquirió con las luces del tiempo alguna mayor perfeccion. Minos, que floreció en un siglo rústico y obscuro, formó leyes, que han pasado muchos siglos por las mejores, y que merecieron, con preferencia á todas las otras, ser estudiadas, y en gran parte adoptadas por Licurgo, como fueron despues por Solon, que vivió en tiempos mas cultos é ilustrados, consultadas é imitadas las de Licurgo y de Minos. Pero las constituciones de gobierno establecidas por Minos y por Licurgo se conservaron en vigor por muchos siglos, é hicieron á Creta y á Esparta gloriosas y felices; mientras la de Solon no supo precaver las turbulencias y sediciones de la república, y por lo mismo tuvo muy poca duracion. Tal vez lo que contribuye á una útil legislacion no es mas que una mente recta y sosegada, y

y un golpe de vista justo y seguro, mientras las especulaciones de la filosofía, y las teorías de las ciencias pueden presentar planes y sistemas teóricos mas que prácticos, y producir ventajas y bienes imaginarios mas que reales. Tal vez la rusticidad misma de los tiempos antiguos, y la sencillez de aquellos pueblos habrá facilitado la mayor perfeccion de su legislacion; siendo mas fácil reducir á perfecta cultura un campo que carece enteramente de ella, que otro mal cultivado, y dar buenas leyes á un pueblo que no las conoce, que á otro mas grosero, y envejecido en sus costumbres; y por esto, como decian los antiguos, Licurgo pudo dar á los espartános costumbres conformes á sus leyes, al paso que Solon debió proponer á los atenienses leyes conformes á sus costumbres, y no absolutamente las mejores leyes, sino las mejores, como él mismo decia, de que ellos fuesen capaces. Tal vez el sobrado democratismo de Atenas habrá perjudicado á la consistencia ó estabilidad de la constitucion de Solon. La temeridad y licencia de las asambleas populares, dice Ciceron (*a*), han arruinado las repúblicas griegas. ¿Y dónde ha-

(*a*) *Pro Flacco.* n. VII.

habia tanta turbulencia y temeridad como en las convocaciones del pueblo ateniense? Así que no puede ser alabado de mucha prudencia Solon en conceder al pueblo una autoridad, de la qual debia prever que abusaria. Pero sin embargo diré que si las leyes de Minos y de Licurgo surtieron mejor efecto, segun la opinion de los antiguos, y se consideraron mas propias para producir entre aquellos pueblos un feliz gobierno, no por esto deberán ser reputadas por mas perfectas. Y antes bien queriendolas aplicar á nuestras costumbres, encontrarémos mas convenientes y mas laudables las leyes de Solon que las de sus predecesores. ¿Cómo es posible poner en práctica aquellos convites generales establecidos en Creta y en Esparta? ¿Qué ventajas pueden esperarse de aquella vida siempre ó guerrera ú ociosa? Seria de desear el poder arrancar del corazon del hombre la sed del oro; ¿pero bastaria para esto el tener solo moneda de hierro? Ahora se estima y se alaba lo que promueve y ayuda al comercio, á la agricultura, á las artes, á las ciencias y á la industria, y á esto ciertamente contribuyen mas las leyes de Solon que las de Licurgo y de Minos. Muchas leyes de Atenas son reprehensibles, y Solon mis-

mismo lo conocia : ¿ pero quántas y quántas leyes no habia dictado Licurgo , que estan sujetas á mas graves acusaciones? Muchas reprueba Aristóteles (*a*) , muchas Teodoreto (*b*) , y otros antiguos cristianos, muchas tambien los modernos (*c*); y tal vez cotejando las que nos quedan de Licurgo y de Solon , no encontrarémos menos que reprehender en el espartáno que en el ateniense, como parece que eran tambien reprehensibles las de las otras naciones. Las leyes de los griegos, desde la mas remota antigüedad, se guardaban grabadas en tablas de bronce, de piedra ó de otra cosa. Platon dice que estaban esculpidas en tablas de bronce las de Minos , y que Talo , tres veces al año, las llevaba por toda la isla de Creta (*d*). En una pilastra de piedra estaba grabada una ley de Teseo, y dicha pilastra se conservaba aun en tiempo de Demóstenes en un templo de Baco (*e*). Julio Polux distingue varias clases de semejantes tablas de bronce, donde antiguamente se leian las leyes de las cosas sagradas y de las patrias : las tablas trian-

Cuidado de los griegos para la conservacion de las leyes.

(*a*) Pol. II , cap. VII , al. (*b*) *De curat. graec. affect.* lib. IX. et X. (*c*) V. Bail. in *Dict. hist. crit.* (*d*) Minos. (*e*) Dem. *Orat. in Neaer.*

triangulares, y acuminadas llamadas *Cirbes*, y otras quadradas de bronce, que se llamaban *Axonas*; y que fuesen muchas las *Axonas*, que contenian las leyes de Solon, se puede deducir de lo que dice Plutarco, el qual cita la decimatercia (*a*). El mismo Polux sigue diciendo que en Atenas, tanto las *Cirbes*, como las *Axonas*, primero se custodiaban en el Acropolis, y despues para que llegasen mas facilmente á noticia de todos se colocaron en el Pritáneo (*b*). Del dicho de Isócrates (*c*) de que no el llenar los pórticos de leyes escritas, sino el imprimir en los ánimos el amor á lo justo es lo que corresponde á los buenos magistrados, se puede inferir que en los pórticos estaban expuestas las tablas de las leyes. Pero poco serviria el formar las leyes y tenerlas escritas en permanentes tablas, sino se executasen, ó fuesen menospreciadas por los jueces, que debian observarlas en sus sentencias. Lamentabase Ciceron de los romanos, que no tenian custodia alguna de las leyes, y que por ello muchas, aunque fuesen necesarias á la república, habian quedado sin uso,

(*a*) *In Solone.* (*b*) *Onom.* lib. VIII, cap. IX.
(*c*) *In Areopag.*

uso, y no habia en vigor mas que las que querian los aparitores, y que las leyes debian buscarse en las casas de los libreros, no teniendo establecimiento alguno consignado para las públicas letras (*a*). Pero los griegos eran en esta parte mas cuidadosos; y desde los primeros tiempos crearon algunos conservadores particulares de las leyes, y despues tuvieron magistrados destinados á la custodia de las mismas. Leemos en Platon, que Radamanto, hermano del legislador de Creta, Minos, era el conservador de las leyes en la capital, y Talo en las otras ciudades, y en las aldeas (*b*). Célebres son en la antigüedad los magistrados de los griegos, que tenian el empleo de conservadores de las leyes, llamados por ello νομοφύλακες. Estos, segun dice Ciceron (*c*), no solo tenian el cuidado de custodiar las letras de las leyes, sino que observaban los hechos de los hombres, y los convertian á las leyes. Julio Polux da á estos conservadores el cuidado de prohibir el decretar con sufragios, si se trataba de cosa no conveniente al bien público (*d*). Guillermo Postel cuenta los no-

Nomofilacios.

(*a*) *De leg.* III, num. XX. (*b*) Minos. (*c*) Ibid.
(*d*) *Onom.* lib. VIII, cap. VIII.

mofilacios entre los magistrados de los atenienses; pero poco nos dice de su incumbencia (*a*). Suidas, bastante anterior á Postel, hace á dichos conservadores magistrados atenienses diferentes de los tesmotetas, y les da la incumbencia de obligar á los otros magistrados á sujetarse á las leyes. Tambien los tesmotetas, magistrados distintos de los conservadores, entre las otras incumbencias de su empleo tenian la de zelar la observancia de las leyes, y de proponer cada año lo que hubiese que enmendar en ellas (*b*). Estos debian ser personas de alguna distincion, y contar á lo menos tres generaciones de padres atenienses, y entraban siempre en el areopago, aunque alguna vez podian ser excluidos, como observa Meursio (*c*). No bastaba á la vigilancia de los griegos el tener magistrados conservadores, y á veces tambien emendadores de las leyes, sino que querian tenerlos para abolir las inútiles, y á este fin creaban los nomotetas. Mil, segun dice Polux (*d*), eran los nomotetas, los quales tenian autoridad para abolir una ley

(*a*) *De rep. Athen.* cap. VI. (*b*) Jull. Poll. *Onom.* lib. VIII, cap. VIII. (*c*) *Themis Attic.* lib. II, cap. V. *Areopag.* cap. V. (*d*) L. c. cap. IX.

Digitized by Google

ley vieja é inútil, pero no podian introducir otra nueva. Sin embargo ellos, quando el senado ó algun magistrado queria hacer alguna ley nueva, debian primero exâminarla, despues presentarla al senado, al pueblo y á los jueces, y finalmente esperar la aprobacion de todos estos. Guillermo Postel (*a*) dice, que baxo el nombre de nomotetas entendian los griegos varios géneros de magistrados; pero aunque este nombre convenga á quantos puedan imponer leyes, sin embargo no sé que se diese por antonomasia á otros magistrados mas que á los mencionados ahora por Polux. Tantos sugetos empleados en atender á las leyes, tantos nomofilàcios, nomotetas, y tesmotetas, algun estudio debian hacer sobre las leyes; y hombres de agudo y penetrante ingenio, quales eran los griegos, no dexarian de hacer sobre ellas sutiles é importantes observaciones. Pero nosotros no tenemos monumento alguno de su estudio y de su ciencia en esta materia; y en tanta copia de libros griegos, en tantas memorias de las producciones literarias de aquella docta nacion, no sabemos que algun griego antiguo haya

(*a*) *De rep. Aten.* cap. V.

escrito de jurisprudencia. Encontramos, sí, en los oradores, particularmente en Demóstenes, gran posesion de las leyes, y varios principios de teorías sobre la ciencia legal; pero para uso de la oratoria, no de la jurisprudencia: para auxîlio de los oradores habia igualmente algunos procuradores, los quales se llamaban *pragmáticos*, que Ciceron contrapone á los jurisconsultos romanos; pero estos no eran mas que personas baxas, que llevados de un corto interés hacian de ministros de los oradores en los juicios (*a*): literatos dedicados á este estudio, y ocupados en interpretar é ilustrar las leyes, no se conocen entre los griegos; y un Papirio, un Násica, un Sulpicio, un verdadero jurisperito, no se halla en la literatura griega. Este honor quedó para los romanos; siendo tal vez la única gloria literaria que no les haya venido de los griegos.

Legislacion romana.

Las leyes romanas tuvieron principio casi desde la fundacion misma de la ciudad. Romulo, con los edictos públicos daba otras tantas leyes á aquel nuevo pueblo; y apenas fué establecida por él la forma del gobierno, fi-

(*a*) Cic. *De Orat.* lib. I, num. XLV, LIX.

fixado el senado, dividido el pueblo en tres tribus, y cada tribu en treinta curias, proponia á las curias las leyes que creia convenientes, y las que obtenian la mayor parte de los votos, y tenian así la sancion del pueblo, eran las leyes romanas, que por ello se llamaron *Curiatas*; y de estas tenemos varias desde el tiempo de Romulo, recogidas por el célebre Don Antonio Agustin, por Justo Lipsio, por Fulvio Orsino, y por algunos otros. Despues de él Numa Pompilio estableció nuevas leyes, particularmente para las cosas sagradas y de religion; y por ello es tenido aun en el dia por legislador de los romanos, de quien se alaba la sagacidad de saber reducir á preceptos religiosos muchos enseñamientos, que debian ser útiles á la agricultura y á la sociedad. Continuaron igualmente los otros reyes en publicar sus leyes; pero habiendo Tullo Hostilio variado la forma y constitucion de la ciudad, y dividido el pueblo en clases, y las clases en centurias, las leyes sancionadas por estas centurias fueron llamadas no ya *Curiatas* sino *Centuriatas*. Pero poco despues abolido por el pueblo el gobierno regio baxo el tirano Tarquino, y substituido el consular, fueron suprimidas las leyes regias con

con decreto tribunicio, y volvió á gobernarse aquel estado mas por costumbres, y por derecho incierto, que por leyes ciertas y estables (*a*). No por esto quedaron desechadas y sin uso las leyes publicadas por los reyes, y antes bien eran casi todas guardadas, ó como costumbres romanas, ó como confirmadas ó renovadas por los consules. Esto induxo al Pontífice Papirio á recoger y poner en algun órden las dispersas leyes de los reyes; y distribuyendolas en varios libros formó el código, que es celebrado con el título de *Derecho papiriano* (*b*), del qual aun en tiempo de Cesar hizo comentos é ilustraciones Granio Flaco, y del que nos han conservado algunos fragmentos Macrobio (*c*), Festo (*d*), y otros. Pero aquellas costumbres ó leyes no podian bastar para el buen gobierno de la república, y la administracion de justicia; quedaba muy arbitrario é incierto el derecho romano, y era por ello preciso que los consules publicasen nuevas leyes, segun las ocurrencias. Las inquietudes de la plebe, y la famosa sedicion, en

(*a*) Pompon. lib. 3, §. 3, D. *De orig. jur.* (*b*) Id. L. *Necessarium*, §. *Postea* 2. *De orig. jur.* (*c*) Sat. III, cap. XI. (*d*) V. Pellices.

Digitized by Google

en que los plebeyos se retiraron al monte sacro, obligaron á los padres y senadores á recibir ciertas leyes, que se llamaron *sagradas*, porque el que se opusiese á ellas debia consagrarse con su familia y bienes á alguna divinidad, como se llamaron tambien sagradas las otras leyes aun posteriores, que obligaban á una pena semejante. Mucha diminucion sufrió por aquellas leyes plebeyas la potestad consular y la senatoria, y al contrario se aumentó mucho la plebeya. De aquí provino que apenas se publicasen ya leyes intimadas por los consules, y aprobadas con los sufragios de las centurias, y al contrario salian cada año algunas propuestas por los tribunos al pueblo no ya por curias, ni por centurias, sino solo por tribus, y por estas aprobadas, y aceptadas, y puestas despues en vigor. Quales fuesen las diferencias de las asambleas populares por curias, por centurias, y por tribus lo explica con bastante extension Bonamy (*a*): y nosotros solo diremos que las leyes entónces así publicadas por la plebe no se dirigian mas que á disminuir la autoridad aris-

(*a*) *Acad. des. Inscr.* tom. XVIII med. in. 8.°

aristocrática. Este implacable contraste entre los padres y la plebe, esta contienda de la autoridad tribunicia con la consular causaba grande confusion y desórden, y conducia á una perniciosa anarquía, no queriendo la plebe manifestarse sujeta á los senados consultos, ni el senado á los plebiscitos. Por fortuna, en medio de estos desórdenes, por consejo y persuasiones de T. Romilio, se convinieron el senado y el pueblo á enviar á la Grecia tres legados, Sp. Postumio Albo, A. Manlio, y Ser. Sulpicio Camerino, los quales recogiesen las leyes de Solon, y de otros legisladores, y se informasen de los institutos, costumbres y derechos de las ciudades griegas (*a*), para que despues, con la eleccion de los materiales recogidos, se formase un cuerpo de leyes conveniente al mejor gobierno de la república. Así se hizo en efecto; y á la vuelta de esta legacia se creó un magistrado de diez, que se aplicase á la formacion del deseado cuerpo de leyes. Estos, escogiendo tanto de los griegos como de los mismos romanos las que mas convenian á su república, reduxeron á diez tablas todas las leyes, y á estas despues en el año si-

Leyes de las doce tablas.

(*a*) Liv. lib. III.

siguiente se añadieron otras dos para comprehender en ellas varias leyes, que vieron que faltaban aun para el complemento de la legislacion romana; y de este modo se compuso aquella obra de las doce tablas, que Ciceron llama la obra mas excelente que hubiese entónces para la antiquaria, para la jurisprudencia, y para la filosofía, y que ella sola era para él mas apreciable que todas las bibliotecas de los filósofos (*a*). Esta embaxada de un nuevo género, la única, que yo sepa encontrarse en todos los anales de la legislacion, y en toda la historia, y la grande obra de las doce tablas, tan celebrada por los antiguos, y por los modernos, una de las épocas mas importantes en los fastos de la jurisprudencia, nos obligaria á una larga discusion de varios puntos de la misma, si el verla doctamente tratada por tantos otros no nos dispensase de entrar en una disquisicion, que lo reducido del volúmen, y lo vasto de las materias no nos permite tratar plenamente. ¿Cómo podré resolverme á responder á las dudas de Vico (*b*), ingeniosas, sí, pero faltas de fundamento, y

(*a*) *De orat.* lib. I, c. XLIV. (*b*) *Principj d' una escienza nuova.* &c.

contrarias á la mas segura autoridad de la historia, sobre la exîstencia de aquella embaxada largamente referida por Livio (*a*), por Dionisio de Alicarnaso (*b*), por Diodoro de Sicilia (*c*), y por otros, y brevemente insinuada por Plinio (*d*), por Tácito (*e*), y por infinitos otros? ¿Para qué buscar respuesta á los argumentos de Bonamy (*f*), que en tres largas y eruditas disertaciones habla de estas doce tablas, y concede, sí, la realidad de la legacía, aunque á veces parece dudar de ella, pero quiere que no fuese mas que una estratagema del senado para librarse de lás inquietas demandas del pueblo, y para engañar á la plebe con el aparato de tan solemne embaxada, y baxo la apariencia de nuevas y extrangeras leyes restablecer y poner en vigor las romanas, que estaban sin uso por las prepotencias tribunicias? Quando, á mas de que Terrasson le respondió ya muy á la larga (*g*), basta en mi concepto reflexîonar que los mismos antiguos, que ha-

(*a*) Lib. III. (*b*) *Rom. antiqui.* lib. X. (*c*) Lib. XII. (*d*) Lib. XXIV, cap. V. (*e*) *Ann.* lib. III. (*f*) *Acad. des Inscr.* tom. XVIII. (*g*) *Hist. de la jurispr. rom.* part. II, §. I.

Digitized by Google

hablan de la legacía, y tambien algunos, que no hablan de ella, como Ciceron segun Dion Casio (*a*), y varios otros, todos igualmente suponen que los decemviros se aprovecharon del conocimiento de las leyes griegas para la formacion de las romanas; y que si no puede negarse la fe á tantos graves escritores en la relacion de la embaxada, no se debe poner duda sobre su asercion de la derivacion griega de algunas leyes romanas asegurada por los mismos: basta ver que en el cotejo que hace Antonio Tisio solo de las leyes áticas, no de todas las griegas, con las romanas, en las pocas que nos han quedado de las doce tablas se encuentran algunas enteramente semejantes á las atenienses (*b*); basta observar que las doce tablas, segun lo que ahora sabemos, no contenian leyes muy favorables á la autoridad de los patricios; basta considerar la inverisimilitud de hacer una tan larga y solemne expedicion por tantas ciudades, traer tantas memorias, y despues no cuidarse de los monumentos recogidos en el acto de executar aquello para que los habian recogido. Ciertamente no parece que se pueda dudar que los decemviros, teniendo

(*a*) Lib. XLIV. (*b*) *Thes. ant. graec.* tom. V.

á la vista las leyes y las memorias traidas de Atenas y de las otras ciudades griegas, y siendo por otra parte muy prácticos en las leyes y en las cosas romanas, procurarian aprovecharse de las unas y de las otras, y tomar de todas lo que mas podia servir á su propósito. Y no por esto deberá decirse, que los decemviros fuesen meros traductores y copiantes: escogian lo que mas les gustaba, y de aquello mismo tomaban solo el espíritu, y ya añadiendo, ya quitando lo rehacian á su modo, y aun inventaban mucho por sí mismos, y verdaderamente merecian el nombre de legisladores. Sus leyes estuvieron por mucho tiempo expuestas á la vista de todos en tablas de bronce: los antiguos L. Acilio, ó como dicen otros, Atilio, S. Elio Cato, Cayo, y varios otros, y los modernos Don Antonio Agustin, Fulvio Orsino, Gotofredo, Gravina, Tarrasson, y otros muchos han empleado sus fatigas en la ilustracion de aquellas leyes, y todos colman de elogios su sabiduría, prudencia, equidad y justicia.

Legisladores diversos entre los romanos.

Estas leyes solas formaban realmente un entero cuerpo de legislacion, que podia bastar para el gobierno de la república en las cosas sagradas, y en las civiles, y los dos ór-

órdenes patricio y plebeyo podian complacerse de haber contribuido con sus contiendas á tener un buen código legal, de que hasta entónces habian carecido. Pero los vicios, los desórdenes, y las tiránicas prepotencias de los decemviros cansaron bien presto á los patricios y á los plebeyos, y la república volvió al gobierno de los consules, y de los otros magistrados, y á las acostumbradas contiendas de nobles y de plebeyos. Se veian salir nuevos plebiscitos para aumentar la autoridad de la plebe y de sus tribunos, y disminuir la del senado y de los consules. Los patricios al contrario, encontraban nulidades y excepciones en los plebiscitos, y hora para la interpretacion, hora para la aplicacion de las leyes decemvirales publicaban senadosconsultos, y procuraban manifestar su superioridad. Ademas de los senadosconsultos, y de los plebiscitos habia edictos de los pretores, de los ediles, y de todos los otros magistrados: y los habia fuera de la ciudad en las provincias de los proconsules, y de los propretores. Nosotros no podemos seguir todas estas diversas leyes, y ni aun insinuar los nombres de las leyes *Valeria*, *Duillia*, *Trebonia*, y de tantas otras, que son así llamadas por el nombre de quien las propu-

so,

so, y que han sido mencionadas é ilustradas por los posteriores jurisconsultos, á quienes, y particularmente á Heineccio (*a*), remitimos á los lectores, que deseen tener algun conocimiento de esta materia, como tambien á los que quieran instruirse en los modos diversos de juzgar, en los diferentes edictos de los pretores *nuevos y translaticios*, *temporales y perpetuos*, y generalmente en el derecho que llamaban *honorario*, y pasamos en particular á lo que mas de cerca pertenece á nuestro propósito, que es el estudio de la jurisprudencia. Esta ciencia habia sido siempre peculiar de los patricios, y hemos visto desde los primeros años del gobierno republicano recoger el pontífice Papirio las leyes romanas, y formar el código conocido con el nombre de *papiriano*. Tal vez no es mas famoso Apio Claudio por su libidinosa maldad, que por la pericia legal, la qual hizo que le respetasen los mismos decemviros, sus colegas, como su guia y cabeza, y que fuese tenido por los posteriores como el principal autor de la grande obra de las doce tablas: patricios eran tambien Sp. Postumio Albo, y los otros á quienes se envió á recoger los mo-

Primeros jurisperitos de Roma.

nu-

(*a*) *Hist. jur. rom.* lib. I, cap. III; et *Praef.*

numentos legales de la Grecia; y generalmente todo el estudio de las leyes estaba en manos de los patricios. A mas de esto, como las doce tablas no explicaban los ritos, las formalidades, las expresiones, y todas las prácticas, con que se debia obrar para proceder legalmente, y estas solo las sabian los patricios, á quienes únicamente era permitido defender las causas, y tratar las cosas legales; por consiguiente estos solos retuvieron la posesion de las acciones de la ley, y de los actos legales, y quedó á los mismos como por herencia toda la jurisprudencia práctica. Pero aun esta les fué de algun modo arrebatada por un cierto Flavio escribiente de Apio Claudio, ciego, el qual habiendo podido recoger aquellas fórmulas las dió al público en el año de Roma 449, ó antes de la era cristiana 305, y se hizo de uso comun lo que habia sido privativo de los nobles. El código de aquellas fórmulas se llamó *Derecho flaviano*; pero los padres, no pudiendo sufrir el quedar privados de esta singular prerogativa, inventaron otras fórmulas, que no se contenian en el derecho flaviano; y para tenerlas mas ocultas no las notaban con letras, sino con ciertas señales conocidas solo por ellos. No bastó este artificio para con-

Derecho flaviano.

ser-

servar el monopolio forense, y en el año de Roma 552 reveló tambien este secreto el jurisconsulto Elio Cato, tan alabado por Ennio, y lo publicó en un libro, que por el nombre del autor fué llamado *Derecho eliano*. Tal vez parecerá á alguno poco glorioso este principio del estudio legal ocupado en ritos, palabras y fórmulas, y se querra tomar por triste agüero de la moderna jurisprudencia, sobrado amante á las veces de sofisterías, cavilaciones y sofismas; y en efecto Ciceron graciosamente se burla de aquellas ceremonias, y de aquellos formularios, en que seriamente se ocupaban los mas graves jurisconsultos (*a*). Pero á mas de que aquellas mismas solemnidades de las acciones de la ley tenian alguna utilidad por el mayor miramiento á que obligaban en los contratos, por la mas positiva claridad y permanencia en los actos, por evitar muchos pleytos, y por varias otras razones, y la jurisprudencia formularia de los antiguos romanos acarreaba no pocas ventajas al buen gobierno de la república, como extensamente lo prueba Heineccio en su exercitacion sobre di-

Derecho eliano.

(*a*) *Pro Murena* num. XI, seq.

dicha jurisprudencia (*a*), no era esta sola la ciencia legal de los antiguos romanos. La principal y mas noble ocupacion de los jurisconsultos romanos era la interpretacion y la aplicacion de las leyes á los casos particulares. Como las leyes estaban escritas con brevedad y concision se requeria un completo conocimiento de las circunstancias de los hechos, y una íntima penetracion del espíritu de la ley para tener la justa inteligencia de ellas, y hacer la debida aplicacion. Y en efecto muchas veces nacian entre los mismos juristas explicaciones contrarias; y entónces ó en el foro mismo, ó junto al templo de Apolo, se encendian ardientes disputas entre los discordes jurisconsultos, y lo que se concluia con dichas controversias, obtenia fuerza de ley. Y estas decisiones, estas interpretaciones, estas razones introducidas en el uso del foro, estas consultas, y estos pareceres de los jurisperitos era lo que se llamaba derecho civil, derecho comenticio, derecho recibido por el comun consentimiento; y los jurisconsultos romanos se hacian de este modo no solo intérpretes, comentadores y expositores de las leyes, sino tambien legis-

Interpretacion de las leyes de los jurisconsultos.

(*a*) Exercit. X. *De jurispr. vet. rom. formularia.*

gisladores: lo que de algun modo vemos suceder aun á los modernos, no solo para las lecciones de las escuelas, sino para el uso del foro.

Los patricios primeros jurisconsultos.

Al principio solo los patricios estaban iniciados en los misterios jurídicos, y gozaban solos de la ciencia legal. Era un noble decoro de aquellos jurisconsultos verse buscados en su casa, y rodeados en el foro de personas de todas clases, que iban á consultarlos como sagrados oráculos, y estaban pendientes respetuosa y modestamente de su voz, y poderse considerar como árbitros de la mayor parte de los negocios privados y públicos de la ciudad (*a*). Pero esta prerogativa fué de algun modo quitada á la nobleza por Tiberio Coruncanio, el qual hácia el año de Roma 500 se puso á enseñar públicamente la jurisprudencia, y hacer comun á todos aquella ciencia, que hasta entónces habia sido privativa de los patricios. Los primeros jurisperitos Papirio, Apio Claudio, Sempronio, llamado el *sabio*, Nasica, y otros de aquellos tiempos tenian oculta su ciencia, y solo la comunicaban privadamente á sus hijos ó parientes, y á otros iguales suyos: pero

(*a*) Tull. *De orat.* III, num. XXXIII.

ro despues de Tiberio Coruncanio ninguno hizo ya mas misterio de ella, y algunos prestandose generalmente á la instruccion de quantos querian aprenderla, y otros exponiendola en públicos escritos se adquirieron particular crédito. L. Cincio Alimento escribió del oficio del jurisconsulto, de los comicios, y de otros puntos, que pueden pertenecer á la jurisprudencia. L. Acilio, ó bien sea P. Atilio escribió sobre las leyes de las doce tablas. Sexto Elio Cato escribió una obra con el título de *Tripartita*, y así algunos otros ilustraron las leyes con sus escritos. La obra ahora nombrada de Sexto Elio fué la que mas sirvió para el adelantamiento de la jurisprudencia; porque, propuesta una ley de las doce tablas, le añadia la interpretacion, y despues tambien la accion legal, ó la práctica de aquella ley; y por esto aquella obra se llamaba *Tripartita*. Pomponio, por quien tenemos esta noticia (*a*), llama esta obra de Sexto Elio la cuna del derecho: en efecto tal podia justamente llamarse una obra, que á la inteligencia y teórica de cada ley juntaba la práctica. Que esta obra fuese la que despues

Sexto Elio Cato.

(*a*) L. *Necessarium* 2, §. *Post hos*, 38. *De orig. jur.*

Digitized by Google

se llamaba *Derecho eliano*, se disputa entre los eruditos jurisperitos; pero parece harto verisimil, conteniendo las acciones de la ley, y quanto basta para obtener un nombre semejante, y no conociendose de él otra obra, á quien mejor pueda convenir el título de *Derecho eliano*. En aquella cuna del derecho, ó en los tripartitos de Sexto Elio adquirió en poco tiempo la jurisprudencia vigor y robustez. Doctos jurisperitos fueron los dos Catones, el Censor, y su hijo, y ambos á dos escribieron sobre el derecho, aunque mas el hijo que el padre; y Mayans, erudito y crítico escritor de sus vidas, cree que al hijo antes que al padre se deba referir la *regla catoniana*, y que deba entenderse el hijo siempre que en el derecho se ve citado simplemente Caton (*a*). Pero los triumvirps de la jurisprudencia, y, como los llama Pomponio (*b*), los fundadores del derecho civil vinieron despues de los Catones, y fueron P. Mucio, Bruto, y Manilio. Diez libros escribió Publio Mucio del derecho civil, siete Manilio, y tres Bruto, y todos estos tres escritores se ven muy alabados por Ciceron, y por

Dos Catones.

P. Mucio, Bruto, y Manilio.

(*a*) *Ad triginta jurisc. omn. fragmenta* &c. M. Cato CCLI. (*b*) Ubi supra.

por otros (*a*). Estimado fué Q. Mucio Scevola, llamado *Agorero*, por su singular prudencia en responder á las consultas (*b*); y lo fueron igualmente otros Mucios Scevolas, de quienes distintamente, con su acostumbrada diligencia y erudicion, habla Mayans (*c*). Pero sobre todos se adquirió particular nombre otro Quinto Mucio Scevola, pontífice, hijo del arriba citado pontífice P. Mucio, y autor tambien como su padre de libros legales, pero en mayor número y mas estimados. Puesto que donde Pomponio atribuye á P. Mucio diez libros, cita diez y ocho libros de Quinto, en los quales se contenia todo el derecho civil, y si dice de Publio Mucio, de Bruto, y de Manilio, que fundaron este derecho, á solo Quinto da la gloria de haberlo ordenado y establecido: aquellos dieron los primeros rudimentos, este los puso en órden; aquellos propusieron algunos casos, y sus respuestas, este tomó en general los argumentos, y los ilustró con adaptadas difiniciones, y con doc-

Quinto Mucio Scevola.

tri-

(*a*) *In Bruto. De orat. in Epist. ad fram.* alibi passim. A. Gelius lib. XVII. cap. VII. (*b*) Tull. *in Bruto* XXXIX. *De orat.* I, XLV. (*c*) L. c. in Q. *Mucio* §. II, III. y sig.

trinas y reglas generales; aquellos en suma abrieron los cimientos, y Quinto levantó el edificio. Solo este mérito de Quinto Mucio bastaba para hacer inmortal su nombre en los fastos de la jurisprudencia; pero tenia otros muchos; y su obra intitulada con palabra griega ὁρῶν, ó sea *De las difiniciones ó reglas*, como quiera llamarse, y la *Caucion muciana*, y todo lo que con el nombre de *derecho muciano* ilustró Balduino, y tal vez mas que todo el número de nobles jurisperitos que formó con sus instrucciones, le hacen sumamente benemérito, padre y autor del derecho civil. Pasaremos en silencio á C. Aquilio Galo, escritor de muchos libros legales, á L. Lucilio Balbo, á Sexto Papirio, á C. Juvencio, y á otros discípulos de Q. Mucio, y vendremos á Servio Sulpicio, tal vez el único que decorosamente puede nombrarse despues del ordenador del derecho civil, despues de Q. Mucio Scevola.

Dexemos á los doctos españoles Antonio Agustin (*a*) y Mayans (*b*) el cuidado de aclarar si es cierto lo que refiere Pomponio de haberse excitado Servio Sulpicio á estudiar la

Servio Sulpicio.

(*a*) In not. ad libr. *De nominibus pandectarum.*
(*b*) L. c. *in Q. Mucio*, §. XXXIII.

la jurisprudencia por una reprehension de Q. Mucio, y miremos únicamente en él las ventajas, que con sus estudios proporcionó á aquella ciencia. Si todos los jurisconsultos de tres ó mas siglos desde Papirio hasta Servio Sulpicio, si los Catones, los Scevolas, Bruto, Manilio, Aquilio, y todos los jurisperitos, que tuvieron conocimiento del derecho, si se juntasen todos, no podrian compararse, dice Ciceron (*a*), con solo Servio Sulpicio. Los primeros jurisconsultos, los Papirios, los Catones, y los Elios Catos, tal vez no hicieron otro estudio que el de recoger, y tener prontas en la memoria muchas leyes, y muchas ceremonias, y fórmulas de los contratos y de los juicios, de las *acciones de la ley*, y de los *actos legítimos*, y el de poder segun ellas resolver algunos casos, y responder á las consultas; y en efecto no contenian otra cosa las obras suyas, que ahora conocemos con los títulos de *Derecho papiriano*, *de Regla catoniana*, *de Derecho flaviano*, *y Derecho eliano*: P. Mucio, Bruto, y Manilio quizá empezaron á interpretar, y aplicar á casos particulares las leyes, y así abrieron, segun la expresion de Pompo-

(*a*) *Philipp.* IX, num. V.

ponio, los cimientos del derecho civil, sobre los quales levantó despues su fábrica Q. Mucio, distribuyendo por materias en varias clases las leyes con oportuna doctrina para pasar á su aplicacion; y dando sobre varios puntos definiciones y reglas generales, que comunicaban mucha mas luz, y despejaban mas la mente para el verdadero conocimiento del derecho que las decisiones particulares, y la aplicacion á determinados casos de alguna ley. Pero ni aun con estas fatigas de Q. Mucio se hallaba reducida á arte la jurisprudencia, y estaba reservada esta gloria para Servio Sulpicio. Scevola y los otros mas famosos jurisperitos, dice Ciceron (*a*), hacian mucho uso del derecho civil; pero solo Servio Sulpicio llegó á poseer su arte, y á investirse de su espíritu; y abrazando por mayor toda la materia del derecho, la dividia en sus partes, y con las definiciones explicaba lo que tenia de oculto, ilustraba con las interpretaciones las cosas obscuras, veia lo que era ambiguo, y lo distinguia, y tenia sus reglas para juzgar lo verdadero y lo falso, y para ver las consequencias de cada proposicion; era en suma un

(*a*) *In Bruto.* cap. XLI.

un jurisconsulto dialéctico y erudito, que sabia adornar con la eloqüencia las materias que se ponia á discutir, y habia llegado á reducir á arte, y á tratar científicamente el derecho civil. Despues de un elogio tal de Servio Sulpicio, ¿qué deberemos pensar del libro del mismo Ciceron citado por A. Gelio (*a*), con el título *De jure civili in artem redigendo*, y que parece no haber tenido otro objeto que el de hacer lo que él dice haber hecho Servio? Tal vez aquel libro lo escribiria Ciceron en su juvenil edad, quando estudiando el derecho civil baxo la enseñanza de Q. Scevola (*b*), con su penetrante ingenio veria la necesidad que habia de ello; y entónces Servio Sulpicio, casi su coetáneo, aun no habia podido hacer este beneficio al derecho civil. Tal vez ni aun este trabajo de Servio, aunque tan alabado por él, satisfaceria enteramente sus filosóficos deseos, y en aquel libro habrá querido expresar las sublimes ideas que tenia sobre esta materia: ¿no se lamenta él del estudio de sus jurisperitos, que profesando grandes cosas se detenian en las pequeñas, y empleaban sus escritos en

(*a*) Lib. I, cap. XXII. (*b*) *De leg.* lib. I, num. IV

tratar del derecho de los estilicidios, y de las paredes, y en componer fórmulas de estipulaciones, y de juicios (*a*)? ¿Quántas veces no nos manifiesta el poco aprecio que hace de los ritos y de las ceremonias legales, y de toda la jurisprudencia formularia (*b*)? Parece que Ciceron, llena su mente de filosofía, habiendo escrito de la república, y tratado por mayor los negocios del género humano, se desdeñase de descender á las pequeñeces del derecho civil, qual entónces se trataba, y quisiese elevarse á materias mas grandes y sublimes, esto es, al derecho universal, al derecho de la naturaleza y de la sociedad. Quizá Servio Sulpicio reduxo á arte el derecho que entónces se conocia por civil, ó el derecho forense, o expuso metódicamente la doctrina de interpretar las leyes, de decidir las causas, y de responder á las consultas; y Ciceron quiso reducir á arte un derecho civil mas sublime y mas universal. ¿Qué cosa mas noble y grande que el derecho de las ciudades? dice el mismo Ciceron; y qual mas despreciable y pequeña que el estudio de los jurisconsultos?

(*a*) *De leg.* lib. I, num. IV. (*b*) *Pro Murena*, al.

Digitized by Google

tos? Explicar la naturaleza del derecho tomandola de la naturaleza del hombre, considerar las leyes, con que deben gobernarse las ciudades y las repúblicas, y exâminar las que se han escrito para diversos pueblos, y en particular para el romano, en suma, tratar toda la materia de las leyes, y de todo el derecho, donde el de los romanos ocupaba solo un reducido lugar, este era el estudio del derecho, á que dirigia las miras Ciceron (*a*), y sobre el qual versaria tal vez el libro que cita A. Gelio.

Mudanza de la legislacion romana.

Entre tanto que Servio y Ciceron trabajaban para el mejoramiento del estudio de las leyes, otros meditaban la reforma de las mismas leyes; y primero el gran Pompeyo, si en esta parte debemos estar al dicho de San Isidoro de Sevilla (*b*), y despues mas ciertamente su rival Cesar, viendo la multiplicidad, la incertidumbre y la alterabilidad de las leyes romanas, quisieron dar al derecho civil una mejor forma, y un método estable y cierto, y escoger del inmenso fárrago de leyes las mejores y mas necesarias, y reducirlas todas á pocos volúme-

(*a*) *De leg.* lib. I, num. IV, V, al. (*b*) Orig. lib. V, cap. I.

Digitized by Google

Augusto. nes (*a*). No parece que siguió Augusto el bello intento de Cesar; pero sin embargo baxo su imperio, con la mutacion de gobierno, hubo tambien una grande mudanza en la manera de la legislacion. Sin pretender con Terrasson que desde el principio del imperio de Augusto fuese ya decretada la famosa ley *regia* (*b*), podemos decir sin perplexidad que los emperadores eran los árbitros de las leyes, y que todos, qual mas, qual menos, ya valiendose del órgano del senado, ya dictandolas por sí mismos, publicaban varias leyes y constituciones, y abolian ó hacian que otras quedasen sin uso, expedian diversos edictos y rescriptos, y disponian á su placer de la legislacion. Y por lo que mira á la jurisprudencia, recibió tambien de algun modo nueva forma de los emperadores. No quiso Augusto que qualquiera tuviese libertad de interpretar las leyes, y responder á las consultas legales, como se habia usado hasta entónces, sino que la concedió solo á personas aprobadas, y la concedió como una gracia merecida con la probidad, y con la ciencia legal, y ordenó á los

(*a*) Sveton. *in Caes.* cap. XLIV. (*b*) *Hist. de la jurispr. rom.* part. III, §. I.

los jueces que no se apartasen de las opiniones de los jurisconsultos. En su tiempo eran muchos los juristas, que se distinguian por su saber, y que supieron transmitir gloriosamente su nombre á la erudita posteridad. Trebacio, íntimo amigo de Ciceron, de Julio Cesar, y de Augusto, Alfeno Varo, Aulo Ofilio, Cascelio, Elio Tuberon, Aufidio Namusa, y algunos otros, muchos de los quales habian salido de la escuela de Servio Sulpicio, daban honor á la jurisprudencia; pero dos particularmente se merecieron distinguida memoria, Antistio Labeon, y Ateo Capiton. Estos dos célebres jurisconsultos eran enteramente diversos, tanto en la conducta de la vida, como en la exposicion de la doctrina. Labeon, hombre integerrimo y de incorrupta libertad, no sabia doblarse á la voluntad de Augusto, ni de otro alguno, ni queria pasar por legítimo y bueno sino lo que leia en las antigüedades romanas haber sido recibido por justo y santo. Pero Capiton, mas fácil é indulgente, se dexaba llevar de la voluntad del príncipe, y sabia encontrar el modo de convertir en su obsequio las leyes. Ambos á dos escribieron muchos libros legales, y sobre materias diversas, y en ellos siguieron empero diferente sistema, es-

Labeon y Capiton.

Digitized by Google

estando el uno constantemente adicto á las doctrinas antiguas, mientras el otro seguia ansiosamente la novedad. Pero es cosa muy curiosa, que Labeon, hombre, por decirlo así, á la antigua, fuese en las opiniones amante de nuevas teorías; y Capiton al contrario, venerador de tantas novedades introducidas por el príncipe, no supiese en la doctrina apartarse de la antigüedad. Tan cierto es que en los filósofos no se debe inferir por las máximas de los escritos la conducta de su vida. La diversidad de las opiniones de estos dos jurisconsultos, sostenida por la autoridad de su nombre, formó dos sectas legales, que tuvieron muchos y célebres seqüaces. El docto Masurio Sabino fué de la secta de Capiton, y le acrecentó mucho la gloria con el peso de sus respetados escritos; mientras los dos Cocceyos Nerva, padre é hijo, aquel íntimo confidente de Tiberio, y este tenido en particular estimacion y respeto por Neron, y ambos á dos alabados jurisperitos, fueron alumnos de la escuela de Labeon. Del primero de estos dos fué discípulo Sempronio Próculo, jurisperito de tanta autoridad, que se halla reputado por cabeza y príncipe de aquella escuela, y de su nombre tomaron el de *proculianos* los seqüa-

Sectas de jurisperitos.

qüaces de Labeon. Como Próculo fué discípulo de Cocceyo Nerva, así de Masurio Sabino lo fué Casio Longino, sujeto á muchas vicisitudes, baxo los imperios de Caligula, Claudio, y Neron, y hasta el de Vespasiano, y tambien tan respetado de los seqüaces de Capiton, que en obsequio suyo tomaron el nombre de *casianos*. En tiempo de Casio, aunque mucho mas jóven, floreció particularmente en el imperio de Vespasiano Celio Sabino, y por él, ó por el arriba citado Masurio, ambos á dos célebres jurisconsultos, fueron los sectarios de Capiton llamados *sabinianos* igualmente que *casianos*; como por Pegaso, otro famoso jurisconsulto del tiempo de Vespasiano, tomaron los seqüaces de Labeon el nombre de *pegasianos*, igualmente que el de *proculianos*. Varios otros jurisperitos florecieron en aquellos tiempos, y Urseyo Feroz, Juvencio Celso, Plaucio, Octaveno, Javoleno Prisco, y algunos otros fueron célebres en la jurisprudencia, de los quales, quien á una secta, quien á otra dieron nuevo esplehdor. Despues en los gloriosos imperios de Trajano y de Adriano se dexó ver uno de los mas doctos jurisconsultos de toda la antigüedad, á saber Salvio Juliano, el qual aunque discí- Salvio Juliano.

cípulo de Javoleno, y por consiguiente de la secta de los sabinianos, no por esto dexó de seguir la doctrina de los proculianos, en lo que le parecia mas justa; y sin sujetarse á las opiniones de un solo partido, abrazaba del uno y del otro aquello que juzgaba mas oportuno, y con esta su eclectica indiferencia hizo disminuir mucho el espíritu de los partidos, y en parte hizo callar la contrariedad de las sectas. Entre las muchas y muy estimadas obras de Salvio Juliano la principal, y la que ha hecho inmortal su nombre, ha sido el Edicto perpetuo.

Edicto perpetuo.

Los edictos de los pretores han estado sujetos á grandes variaciones. Desde el año 388 de la fundacion de Roma fué instituido en aquella ciudad un pretor para juzgar las causas, á quien despues se le añadió otro en el año de 597, y luego otros muchos hasta el número de doce, y aun hasta el de diez y seis. Ahora pues, como hemos dicho antes, el pretor, lo mismo que todos los otros magistrados, tenia derecho para hacer sus edictos, y los hacia en efecto ó tomando los ya publicados por algun otro, y entónces se llamaban *translaticios*, ó dictandolos por sí, y se llamaban *nuevos*; de to-

Digitized by Google

todos modos solian los pretores al entrar en su empleo publicar de que edicto, ó translaticio, ó nuevo, usarian en el tiempo de su magistratura. Pero á veces aun despues de publicado dicho edicto al principio del año, lo mudaban á su antojo en favor ó en odio de alguno, como sabemos por Dion Casio (*a*): así que en el año 585 fué preciso un senadoconsulto, que ordenase á los pretores no hacer semejantes variaciones, sino que se atuviesen inalterable y perpetuamente en todo el tiempo de su magistratura á aquel edicto, que desde el principio hubiesen publicado. Parece que este senadoconsulto no bastó para refrenar la libertad de los pretores; y en el año 686 el tribuno de la plebe C. Cornelio intimó una ley á los pretores de juzgar irremisiblemente segun el edicto que desde el principio hubiesen elegido (*b*). Entónces el derecho pretorio se hizo mas estable y cierto, menos arbitraria y mas regular la judicatura; y los pretores procuraban entre los edictos translaticios abrazar los mas estimados, y casi todos convenian en elegir los mismos, contentandose solo con hacerles á las veces

(*a*) Lib. XXXVI. (*b*) Ibid. loc. cit.

alguna adicion dictada por ellos. Establecido de este modo el edicto de los pretores, empezaron los jurisperitos á ilustrarlo con sus comentos; y el célebre Servio Sulpicio, y despues A. Ofilio y otros, escribieron sobre él doctos tratados; y los jóvenes estudiantes, que antes empezaban el curso de su estudio legal por las doce tablas (*a*), despues en tiempo de Servio Sulpicio dexaban aquellas tablas, y empezaban por el edicto del pretor, como expresamente lo dice Ciceron (*b*). Sin embargo no estaba aun bastante establecido y seguro el edicto, pudiendo cada pretor variar, y añadir por sí qualquiera particularidad, y no habia un edicto, que realmente abrazase todo quanto podia servir de justo derecho á los juicios del pretor. Así que pensó el emperador Adriano en hacer exâminar atentamente los edictos publicados hasta entónces por los pretores, y desechando quanto hubiese en ellos de mal ordenado, y de superfluo, unir en un cuerpo todo lo útil y justo, y formar un solo edicto, que debiese servir invariablemente para todos los pretores, por cu-

(*a*) Tull. *De leg.* lib. II, num. XXIII. (*b*) *De leg.* lib. I, num. V.

cuya razon se le dió el título de *Edicto perpetuo*. Para la formacion de esta utilísima obra escogió al célebre jurisconsulto Salvio Juliano, de cuya doctrina, equidad y prudencia tenia muchas é incontrastables pruebas, y tuvo la complacencia de ver aprobada su eleccion con los universales aplausos con que fué recibido de todos el edicto perpetuo. A mas de este edicto se cita uno con el título de *Edicto provincial*, que Spanemio (*a*) quiere haber salido en tiempo del emperador Marco, y que Dobwello sostiene haberse publicado baxo el mismo Adriano (*b*), pero que Heineccio cree no ser otra cosa que el mismo edicto urbano reducido á uso de las provincias, dexando todo lo que era peculiar de la ciudad (*c*). Nueva época formó en el estudio de la jurisprudencia el edicto perpetuo de Salvio Juliano, ó de Adriano, como quiera decirse: la mayor parte de juristas, dexando á un lado las leyes antiguas y las obras de los antiguos jurisprudentes, dirigian sus meditaciones á la ilustracion del edicto perpetuo, y sobre este versaban sus comentarios, y gran parte de

(*a*) *Orbis rom.* (*b*) *In notis ad Spartiani Hadrianum.*
(*c*) *Hist. jur. rom.* lib. I, c. IV.

sus escritos. El exemplo de Salvio Juliano, quien, aunque de la escuela sabiniana, no rehusó abrazar las opiniones de los proculianos, y mas que todo la necesidad de atenerse al nuevo edicto, y á los nuevos rescriptos, y decretos de los emperadores, los quales no estaban ilustrados por las obras ni de Capiton, ni de Labeon, ni de los proculianos, ni de los casianos, hicieron extinguir las sectas de los jurisconsultos: y no veo porque Mascovio (*a*), Heineccio (*b*) y otros se quieren tomar el trabajo de averiguar la secta á que pertenecen Volusio Meciano, Aburno Valente, Africano, Pomponio, y los posteriores jurisconsultos, que cuidandose poco de las sectas particulares escogian de todos los autores lo que les parecia mas justo y equitativo, y podian llamarse mas eclécticos, que sectarios. El imperio de Adriano, y de los Antoninos sus sucesores, fué muy favorable á los jurisconsultos; y Antonino el *filósofo* no se aplicó menos á la jurisprudencia que á la filosofía, y, como refiere Julio Capitolino, la estudió baxo la enseñanza de L. Volusio Meciano con tanto

Jurisconsultos de aquel siglo.

(*a*) *De sect. Sabin. et Procul.* (*b*) *Hist.* etc. cap. IV.

to ardor y empeño que le causó perjuicio á su salud (*a*); y vemos florecer en aquel siglo muchos ilustres jurisconsultos. Volusio, maestro de Antonino el *filósofo*, de quien tenemos en la coleccion de Grevio un librito sobre el *as* (*b*), y de quien son alabadas por los jurisconsultos otras muchas obras, Papirio exâcto recopilador de veinte libros de constituciones, Cayo, escritor infatigable de muchos libros, todos estimados, y algunos de ellos de materias originales no tratadas por otros, Cervidio Scevola, consejero de Antonino, y maestro del emperador Septimo Severo, y del célebre jurisconsulto Papiniano, Ulpio Marcelo, no menos respetado por la integridad y justicia en los grandes empleos que ocupó, que por la sabiduría y doctrina en los muchos libros que escribió, y otros muchos jurisconsultos de aquel tiempo han transmitido justamente su nombre á la erudíta posteridad. Nosotros no podemos hacer particular mencion de todos; pero sin embargo es preciso recordar con distinguido reconocimiento la memoria de Sexto Pomponio, tantas veces ci-

(*a*) *In Marco* cap. III. (*b*) *Thes. ant. rom.* tom. XI.

citado por nosotros, no tanto como escritor fecundo de muchos libros de cartas, y de infinitas otras obras, que ilustraban casi todas las partes del derecho civil, quanto como el primer historiografo de la jurisprudencia, que en su enquiridion sobre el orígen del derecho, y en otras obras nos ha dado la primer historia del derecho romano, de cuya fuente han bebido mas ó menos todos los escritores posteriores. ¿Cómo podemos pasar en silencio á Papiniano, llamado por Esparciano *asilo del derecho, y tesoro de la ciencia legal* (*a*), honrado por todos los antiguos con otros gloriosos títulos, jamas citado por alguno sin algun nombre honroso, y tan respetado en la jurisprudencia, que sus opiniones eran abrazadas con singular respeto, y casi tenian fuerza de leyes? ¿Cómo podemos separar de Papiniano al doctísimo Ulpiano, autor de infinitas obras en materias diversas de jurisprudencia, y el antiguo escritor, de quien han quedado mas fragmentos en las pandectas? ¿Y no debe ser distinguido de la multitud de los jurisconsultos Julio Paulo, considerado por los mismos profesores como *el co-*

(*a*) *In Severo* cap. XXI.

corifeo de los jurisperitos (*a*), y de quien se contaban mas de noventa libros legales? Y Tertuliano, Callistrato, Marciano, Saturnino, Modestino, y otros muchos, que elevaron á grande esplendor la jurisprudencia, florecieron en aquellos tiempos, y todos hicieron que el segundo siglo de nuestra era, quando los otros estudios estaban ya en gran decadencia, se tuviese por el siglo de oro de la ciencia legal.

Decadencia de la jurisprudencia.

Pero la jurisprudencia despues de aquel siglo, como todas las otras ciencias despues del tiempo de su honor, empezó á sufrir notable detrimento, y no vemos del siglo subsiguiente escrito alguno, que haya sido muy estimado, ni conocemos ningun jurisperito de particular crédito. Antes bien reflexîonando sobre los fragmentos de los escritores legales del segundo siglo, y sobre las noticias de los mismos, que nos han dexado los antiguos, se pueden ya de algun modo divisar en los jurisconsultos del glorioso tiempo de la jurisprudencia las primeras semillas del corrompimiento de la misma. ¿Y no pueden llamarse tales las sutilezas de Africano, que hacian que los an-

(*a*) Modestin. lib. XIII, §. II.

antiguos mirasen sus escritos como llenos de dificultad, y que tantas fatigas y sudores han costado á Cujacio, que se empeñó en ilustrar sus fragmentos? Cujacio (*a*), y Gotofredo (*b*), dos jueces mayores de toda excepcion, han acusado al celebradísimo Ulpiano como innovador de palabras, aunque otros atribuyen este defecto á otro Ulpiano sofista, y Everardo Oton (*c*) cree encontrar en Ulpiano sofisterías muy frias. Julio Paulo, el corifeo, como hemos dicho, de los jurisperitos, por el sobrado amor á las sutilezas se hizo á veces obscuro y dificil. Y harto hemos visto en todas las ciencias, que los defectos aun pequeños de los hombres grandes en los siglos de su mayor esplendor, han producido otros mayores en los subsiguientes, que han conducido las ciencias á su decadencia. En el segundo siglo, en el fervor del estudio legal, promovido con tanto empeño por Adriano, y por los Antoninos, se estableceria en Berito en la Fenicia la escuela de jurisprudencia, que despues se hizo muy célebre. Digo en el segundo siglo, porque observo que Afia-

Escuela de Berito.

(*a*) *Observ.* lib. XXIV, et XXXIX. (*b*) *Animadv.* cap. VIII. (*c*) *In Papiniano* cap. XIII, §. VII.

Digitized by Google

Afiano, glorioso martir en la persecucion de Maximino, que es decir harto antes de la mitad del tercer siglo, para instruirse en todo género de artes liberales estudió mucho tiempo en Berito en su juvenil edad, como leemos en Eusebio (*a*), y que San Gregorio neocesariense, el qual entró á gobernar el obispado de Neocesarea hácia la mitad del tercer siglo, pasó tambien en su juventud de Atenas á Berito para aprender las leyes, como refiere Sócrates (*b*); y el mismo en una oracion suya alaba á Berito como ciudad enteramente romana, y adornada con una escuela de las leyes romanas (*c*); prueba de que ya á principios del siglo tercero ó á fines del segundo era célebre la escuela de Berito, y tenia particular crédito por la jurisprudencia. Esta fama se aumentó aun mas en los siglos subsiguientes, de manera que Berito es llamada *madre de las leyes*, *nutriz de las leyes*, *ciudad veneranda*, *y espléndida metropoli de las leyes*, y por la escuela de las leyes romanas es por lo que obtuvo su mayor crédito. Berito y Roma eran las únicas ciudades que tenian escuelas abier-

(*a*) *Hist. eccl.* lib. VIII, cap. XIV. (*b*) *Hist. eccl.* lib. IV, cap. XXII. (*c*) *In orat. paneg.*

tas de las leyes romanas, hasta que á principios del siglo quarto entró tambien Constantinopla á la parte de este honor, quando el gran Constantino, abandonando á Roma y la supersticion gentílica, transfirió su corte á Bisancio, y fixó el imperio romano en aquella ciudad, á quien tambien dió su nombre. Pero poco sirvieron estas escuelas para formar grandes jurisconsultos; y con todas estas famosas escuelas no se vieron ya Papinianos, Paulos, y Ulpianos, ni aquellos famosos doctores, que florecieron antes de ellas.

Códigos gregoriano, y hermogeniano.

Sin embargo dos jurisperitos de principios, como es de creer, del siglo quarto se merecieron con sus fatigas el estudio y el reconocimiento de la erudita posteridad; y los códigos gregoriano y hermogeniano, producciones de estos dos jurisconsultos de principios del siglo quarto, se ven celebrados aun en nuestros dias. El recoger leyes, y compilar códigos habia sido el estudio predilecto en los principios de la jurisprudencia, y lo fué tambien en los tiempos de su decadencia. Gregorio ó Gregoriano, temiendo tal vez que la introduccion del cristianismo en el imperio romano con el establecimiento de nuevas leyes, y con la de-

Digitized by Google

derogacion de las antiguas hiciera caer en abandono y olvido las leyes romanas, quiso recoger las constituciones de los emperadores desde Adriano hasta su tiempo, y las supo distribuir en un código harto completo en sus correspondientes materias. Vino al mismo tiempo, ó poco despues, un Hermógenes, ó Hermogeniano, que quiso dar complemento á la obra gregoriana: y como Gregorio habia publicado las constituciones de los emperadores hasta Diocleciano y Maximiano; así Hermógenes recogió con particular diligencia las de estos emperadores, que no habian sido publicadas por Gregorio, y dió tambien á luz algunas ya publicadas por este, pero que él lo hizo con mayor fidelidad, sacadas de mas sincéros y auténticos exemplares; y algunos, estando á la autoridad de Sedulio (*a*), quieren que Hermógenes haya hecho tres ediciones diversas de su código, y en cada una de ellas habrá tal vez añadido nuevas leyes halladas posteriormente. No tenemos noticia alguna de estos dos legistas, ó compiladores de las leyes; y esta su obscuridad nos puede servir de prueba de la cortedad de su saber en un tiempo,

(*a*) *Praef. op. Paschalis.*

en que la escasez de hombres grandes daba lugar para distinguirse aun los mediocres. Porque de otro modo ¿cómo hubieran podido adquirirse algun crédito Aurelio Arcadio Carisio, Inocencio, Julio Aquila, y algun otro jurisconsulto de aquellos tiempos, poco capaces de merecerselo con sus obras? Mientras callaban los jurisperitos se hacian oir los emperadores, y publicaban nuevas leyes, que hacian mudar de aspecto la antigua jurisprudencia. La profesion del cristianismo necesitaba leyes muy diversas de las que hasta entónces conocia Roma; y al contrario no podia sufrir muchas de las recibidas, dictadas por la idolatría gentílica. Así que, superada de algun modo la supersticiosa reverencia de la antigüedad, se abolieron varias leyes, aun de aquellas, que no perjudicaban á la religion cristiana, sino que solo contenian fórmulas vanas, y ociosas prácticas, y por ello servian de embarazo al derecho civil. Y así, no solo Constantino, y sus hijos, sino Valentiniano, Graciano, Teodosio el *Grande*, y sus hijos, publicaron mas y mas leyes, que en gran parte purgaron el derecho de muchos ambages, y promovieron mejor la equidad y la justicia. Pero este gran número de leyes nue-

Nueva legislacion de los emperadores cristianos.

nuevas y antiguas, á mas de la inmensa multitud de los escritos de los juristas, que siempre crecia, hacia largo y obscuro el estudio de la jurisprudencia, y retraia á muchos de abrazarlo; y por mas premios que ofreciesen los emperadores, no se encontraban nobles ingenios, que quisiesen aplicarse á la cultura de aquella ciencia, la qual quedaba por ello desolada é innoble en manos, sino de los esclavos, á lo menos de los libertos (*a*). Así lo conoció el mismo emperador Teodosio, y por ello se movió á formar tambien un código, que proporcionase á los estudiosos de la jurisprudencia alguna mayor facilidad (*b*). Con este fin en el año 438 convocó ocho jurisconsultos, que serian los mas célebres de aquel tiempo; pero que por otra parte poco ó nada se han dado á conocer; y estos son Antioco, Maximino, Martirio, Esperancio, Apolodoro, Teodoro, Epigenio, y Procopio, nombres todos enteramente desconocidos, fuera de la novela de Teodosio que los nombra: y estos recogieron las constituciones, los edictos, los rescriptos, las cartas, y todas

Código Teodosiano.

(*a*) Mamertinus Panegyr. XI, c. XX. (*b*) *Novell. Theodos.* lib. I, tit. I. *De Theod. cod. auctor.*

das las órdenes de los emperadores desde Constantino hasta el mismo Teodosio; las pusieron en determinados capítulos, y las reduxeron á cierto método, formando de este modo el código teodosiano. El código gregoriano contenia las leyes de los emperadores desde Adriano hasta el principio del imperio de Diocleciano, y Maximiano; el código hermogeniano abrazaba las de estos últimos, no publicadas en el gregoriano; el código teodosiano comprehendia todas las posteriores desde Constantino hasta el mismo Teodosio, á las quales se añadieron despues las nuevas leyes publicadas posteriormente por él mismo; y estos tres códigos, y particularmente el teodosiano, formaban el código de las leyes, con que por algunos años se gobernó el imperio romano, tanto en el oriente como en el occidente. Y en el occidente aun baxo el dominio de los godos se conservó en vigor el código teodosiano, bien que algo abreviado, y Teodorico lo siguió en su edicto promulgado en Italia para los romanos y para los godos; y en algunos rescriptos referidos en las obras de Casiodoro (*a*); y Ania-

(*a*) *Variarum* lib. III, ep. XVII, XLIII, al.

Aniano, jurisconsulto de Alarico II, rey de los visogodos, dió de él un breviario ó compendio, que fué confirmado y publicado en forma de ley por el mismo rey (*a*); y Papiano en el libro *De las respuestas*, compuesto por órden de Gundebaldo, rey de los borgoñones, se atuvo mucho á aquel código. El qual sin embargo no pudo bastar para resolver todos los casos; y el mismo Teodosio, y todos los emperadores despues de él dieron nuevas leyes, y no pasó mucho tiempo sin que fuese preciso pensar en un nuevo código, ó antes bien en una reforma de todos los códigos, y de todo el cuerpo de la legislacion.

El emperador Justiniano se dedicó á esta grande y difícil empresa, y del inmenso farrago de leyes de todas clases, de edictos, y de rescriptos de los emperadores, de decisiones, respuestas, y libros de los jurisconsultos quiso sacar lo mas conveniente, y formar de todo ello un completo cuerpo de legislacion romana. Pero ¿qué se habia de hacer en esta interminable y espesa selva de leyes, de códigos, y de libros legales? ¿Cómo era posible atreverse á poner Justiniano.

(*a*) *Breviar. legum rom.*

ner algun órden en una multitud tan vasta, y confusa? No se acobardó Justiniano, ni se dexó vencer de las dificultades; y se puso valerosamente á reducir á mejor órden, y á algun método aquel gran caos del
Su código. derecho romano. Con este fin llamó á diez jurisconsultos, los mas acreditados de su imperio, unos profesores de derecho en Berito, otros en Constantinopla, otros abogados, y prácticos en el foro, otros empleados en los mas distinguidos puestos, y por director y xefe de todos al célebre Triboniano, los mantuvo espléndidamente en su propio palacio, y les dió la incumbencia de exâminar los sobre dichos códigos, recoger las leyes y los rescriptos de los emperadores posteriores á Teodosio, escoger lo que creyesen mas útil y oportuno, reducirlo todo á ciertas materias, ponerlo todo en buen órden, y hacer un verdadero cuerpo de leyes romanas. En efecto, así lo executaron con la mayor diligencia aquellos grandes jurisconsultos; y de las mejores leyes publicadas en los códigos precedentes, y de las otras posteriores, comprehendidas tambien las del mismo Justiniano, formaron un código, que tuvo el nombre de *justinianeo*. Mas vasta fué la empresa de las pan-

pandectas, ó de el digesto, donde no solo debian contenerse aquellos códigos, y aquellas leyes, sino otras leyes, y otras constituciones mas antiguas, las decisiones de los tribunales, las respuestas de los antiguos jurisconsultos, y las doctrinas de sus infinitos volúmenes, meditar y digerir todo este amontonamiento de cosas legales, elegir lo mas conveniente, y formar una obra, que mejor que ninguna otra pudiese tener el título de digesto, ó de pandectas. No diez, sino diez y siete fueron los jurisperitos empleados en esta grande obra, muchos de los quales eran de los precedentes decemviros, y siempre xefe de todos Triboniano. Al mismo tiempo quiso Justiniano, para mayor comodidad y facilidad de los estudiosos, que se formasen breves y claras instituciones del derecho civil; y á este fin tres de aquellos compiladores, Triboniano, Teófilo, y Doroteo, compusieron quatro libros de instituciones legales, que ahora comunmente se llaman la *Instituta*, y pudieron publicarse en Noviembre de 533, poco antes que las *pandectas*, las quales salieron á luz en Diciembre siguiente. De este modo en poco mas de quatro años produxeron aquellos doctos jurisperitos, con el auxîlio de Jus-

Pandectas.

Instituta.

tiniano, las tres grandes obras del código justinianeo, de las instituciones, y de las pandectas. Pero como Justiniano observase haber disensiones entre los jurisconsultos, nacidas de los diferentes principios de las sectas diversas, quiso decidir los puntos controvertidos, y quitar toda disension con cincuenta decisiones suyas; las quales se insertaron despues en el código justinianeo al tiempo de reverse este, y hacerse en él algunas adiciones, y otras reformas, por cuya revision se llamó *Repetitae praelectionis.* A mas de todo esto publicó tambien Justiniano nuevas leyes, que despues igualmente recogidas y unidas formaron un código
Novelas. llamado *De las Novelas.* Y estas *Novelas*, estas *Instituciones*, este *Código*, este *Digesto*, ó estas *Pandectas* son el gran cuerpo de la legislacion romana, que nos ha dexado Justiniano, y el derecho romano, que ha servido, y sirve todavia de regla para el gobierno de gran parte del mundo; todo lo qual forma un monumento glorioso del zelo que tuvo Justiniano de la jurisprudencia, de la administracion de la justicia, y
Mérito de las pandectas. del bien de la humanidad. Pero ¿con tanto empeño, con tantos gastos, con el estudio, y con las fatigas de tantos profesores, de tan-

tantos magistrados, de los primeros jurisconsultos de todos los estados del imperio romano, del Asia, del Africa, y de la Europa, ha obtenido el deseado suceso? Todos los dias oimos á muchos críticos levantar el grito contra Justiniano, ó por mejor decir contra Triboniano, y los otros jurisconsultos, como si con sus fatigas no hubiesen producido otra cosa que un amontonamiento de contradicciones, de repeticiones, de inepcias, y de superfluidades: en lo que los modernos censores no son mas que el eco de otros mas antiguos, de Otomano (*a*), Balduino (*b*), y otros ciertamente de mayor doctrina, y de mayor autoridad que los declamadores de nuestros dias; pero á quienes han respondido repetidas veces con gran fuerza de razones y erudicion otros jurisconsultos de no menor autoridad. Nosotros, extrangeros en esta ciencia, no nos atrevemos á decidir en la qüestion. Pero sin embargo al ver que un Cujacio, nombre mas respetable que los Otomanos, los Balduinos, los Autunes y todos los censores de Justiniano, y de Triboniano, da los mayores

(*a*) *In Antitriboniano.* (*b*) *In Justiniano.*

elogios á las constituciones de Justiniano, como hechas por un consumado jurisconsulto, qual dice que era Triboniano, llamado por él un segundo Papiniano (*a*); que un Agustin, un Mornac, un Uber, dos Cocceyos, y otros muchos de los primeros luminares de la jurisprudencia, excusan como pequeños los defectos de las obras de Justiniano, y dan grandes elogios á su mérito y utilidad; al observar que el docto y juicioso Heineccio hace una larga y fuerte apología (*b*), y confiesa abiertamente, que en su juventud siguió tambien este partido de los antijustinianeos, ó como él dice, *esta heregía*, pero que quanto mas iba aprovechando en el estudio de las leyes, tanto mas se apartaba de aquel error y juvenil modo de pensar (*c*); me atreveré yo mismo, apoyado al eruditísimo Gravina, escritor delicado en el gusto de la verdadera jurisprudencia (*d*), me atreveré á acusar la inclemencia, y tal vez mas la vanidad de estos poco sufridos censores, y no temeré asegu-

(*a*) Ad tit. *Communia de legat.* 43 cod. lib. 6.
(*b*) *Oper.* tom. III, opusc. X, Def. compil. juris rom.
(*c*) *Hist. jur. rom.* lib. I, cap. VI. (*d*) *De ortu et progr. jur. civilis.* num. 137.

gurar que si todos estos severos críticos juntos hubiesen habido de formar una obra semejante, léjos de evitar los defectos que reprehenden en Triboniano, hubieran caido en otros mayores; y alabaré á aquellos atentos y prudentes jurisconsultos, que en medio de tantos embarazos de leyes y de libros legales, supieron salir con una felicidad superior á quanto podia esperarse del tiempo y de las circunstancias de aquella empresa; siendo de observar, para honor del estudio legal, que en vano se querrá buscar una obra de aquellos tiempos de qualquier facultad que sea, que pueda entrar en cotejo con esta de jurisprudencia. ¿Quál era en el sexto siglo el estado de la oratoria, de la poesía, de la medicina, y de la filosofía? Una obra escrita con aquella sabiduría, con aquella magestad, con aquel órden y método, sea el que se fuese, y con tanta regularidad, no podia en aquel siglo esperarse de ninguna otra ciencia. Solo la jurisprudencia habia sabido oponer alguna resistencia al corrompimiento del tiempo, y conservar en el siglo sexto algun vestigio del romano esplendor. Esto será aun mas glorioso para la jurisprudencia si reflexionamos que ella ha sido la primera que cultivaron los romanos, y que en

Duracion del buen gusto de la jurisprudencia.

en todos tiempos ha obtenido la preferencia sobre todas las otras. ¿Qué orador tuvieron los romanos antes de Caton, ó sino antes de Apio ciego, mas antiguo, pero que no floreció hasta cerca de trescientos años antes de la era vulgar? ¿Qué poeta antes de Livio, muerto 240 años antes de la misma época (*a*)? ¿Pero quántos años, ó aun diré siglos, antes no se contaban ya los Papirios, los Apios Claudios, los Sempronios, y otros jurisconsultos? En los felices tiempos de la eloqüencia y de la poesía romana se gloriaba la jurisprudencia de los Mucios Scevolas, de los Servios Sulpicios, y de otros príncipes en aquella ciencia. Y quando habia mucho tiempo que callaba la oratoria, quando eran ya muertos no solo los Virgilios, los Horacios, y los Titos Livios, sino tambien los Plinios, los Tácitos, los Juvenales, los Silvios Itálicos, los Quintilianos, y todos los escritores de algun nombre en verso y en prosa, florecian aun los Papinianos, los Cayos, los Ulpianos, y otras lumbreras de la jurisprudencia; y finalmente, aun en el siglo sexto podia esta gloriarse de un Triboniano, y de los

(*a*) Tull. *De clar. orat.* num. XIV, XVI, XVIII.

los otros compiladores de la legislacion de Justiniano.

Vicisitudes del derecho justinianeo en el occidente.

Esta era aun toda romana: el código, las instituciones, y las pandectas fueron escritas en latin, que entónces podia decirse la lengua de la corte: solo las novelas fueron formadas por el mismo emperador en idioma griego; y aun de estas las primeras las hizo escribir en latin, y las otras bien pronto se traduxeron en la misma lengua latina por Juliano, profesor de jurisprudencia en la escuela de Constantinopla. Pero no obstante esto el derecho justinianeo tuvo mejor suerte entre los griegos que entre los latinos. El imperio de occidente estaba ocupado por los bárbaros, que poco caso harian de las leyes del emperador del oriente, venidas de Constantinopla, y aunque aquellos mismos bárbaros, ó por consideracion á los subditos criados baxo el gobierno de las leyes romanas, ó por un resto de reverencia hácia aquellos emperadores, que reconocian por primeros soberanos de los pueblos sojuzgados por ellos, aceptasen en sus estados el derecho romano, no era mas que segun el código teodosiano, publicado ya antes de su venida á Italia, y reducido á compendio para uso de sus estados, sin cuidarse de las le-

leyes posteriores, que venian del oriente. Pero despues, quando la Italia, en la muerte de Teias, último rey de los godos, fué recobrada por Justiniano, promulgó este un edicto en 554, en el qual, entre otras cosas, mandaba que en lo sucesivo tuviesen sus leyes fuerza y vigor en toda Italia (*a*). Podemos creer que realmente lo tuvieron; pero seria por poco tiempo, puesto que despues de pocos años, en 568, cayendo de nuevo la Italia en manos de los bárbaros, fué ocupada en gran parte por los longobardos, y gobernada con otras leyes, como veremos mas adelante. Mas favorable suerte encontraron en el oriente las leyes de Justiniano. Desde luego sus instituciones fueron traducidas en griego, ó por mejor decir expuestas con libre parafrasi para inteligencia de los griegos por un Teófilo, que ahora ya no puede dudarse que fuese aquel Teófilo profesor de leyes en Constantinopla, uno de los cooperadores de Triboniano en la compilacion del código, de las pandectas, y de las mismas instituciones. Y Taleleo, Anastasio, y Anatolio, traduxeron, interpretaron, comentaron, y procuraron ilustrar de varios modos

En el oriente.

(*a*) In cod. *Sanct. pragm.* cap. XI.

dos el código y las pandectas (*a*); y nosotros, gracias al zelo por la jurisprudencia de Runkenio, y de Meerman, tenemos aun algunos fragmentos de Taleleo, Teodoro, y Estéfano, cooperadores de Triboniano, y de otros algo posteriores (*b*). Este derecho justinianeo se conservó en vigor por algun siglo, este era el que se enseñaba en las escuelas, y el que se seguia en los tribunales de las provincias del oriente, y de aquellas pocas del occidente que habian quedado sujetas al emperador; hasta que en el siglo nono, el emperador Basilio macedon, exâltado al imperio de oriente, hizo un compendio del derecho justinianeo, y lo publicó en 876 con el título de *Prontuario*, ó *Manual de las leyes*, reducido á quarenta libros. La obra empezada por Basilio fué despues concluida por su hijo Leon, llamado el *filósofo*, aumentada hasta sesenta libros, y publicada con el título de *Ordenaciones basílicas*. Despues de Leon, subiendo al trono su hijo Constantino, llamado *Porfirogeneto*, quiso rehacer, y mejorar la obra de su padre, y hácia principios del siglo décimo for-

(*a*) *Basilic.* lib. I, II, IV, al. (*a*) Meerman *Thes.* &c. tom. III.

mó un cuerpo de derecho, compilado de las obras de Justiniano, segun la version griega, de las leyes del mismo Justiniano, y de otros posteriores, de los libros de los jurisconsultos griegos, y aun de los teólogos y de los concilios, y conocido por la posteridad con el título de *Basilicon*. De las obras de Basilio y de Leon tenemos largos fragmentos en Leunclavio (*a*), y una ecloga ó seleccion se conserva en la biblioteca imperial de Viena (*b*). Mas completo tenemos el *Basilicon* de Constantino; pero ni aun este se halla del todo perfecto. Primero en 1557 dió Hervet al público algunos libros de él que le habia comunicado Antonio Agustin, despues Cujacio publicó un otro en 1596, y queria dar á la prensa algunos otros, dos de los quales se sacaron de sus manuscritos, y se presentaron al público por Labbe en 1609, y finalmente Fabrot dió en 1647 la mas completa edicion, la qual sin embargo carece aun de varios libros, que no se han podido encontrar, y que Fabrot ha procurado suplir de algun modo con el auxîlio de otros escritores griegos sobre aquellas leyes. Este de-

Basilicon.

(*a*) *Jur. græco-rom.* tom. I, et II. (*b*) Nessel. *Catal. bibl. Caes Vindob. p.* 396.

derecho contenido en el *Basilicon* de Constantino ha sido en los siglos posteriores el derecho de los griegos seguido en las escuelas, y en los tribunales: de este se hacian extractos, se hacian resúmenes ó selecciones, se hacian prontuarios y manuales, y se procuraba de varios modos facilitar su estudio, y darle ilustracion. Suarez nos da noticia de muchos griegos, que han empleado sus fatigas en este cuerpo de la legislacion griega (*a*); pero nosotros no podemos referir los nombres de todos, y, remitiendonos al mismo Suarez por lo que mira á los otros, nombrarémos solo á Fobenio, citado por Cujacio (*b*), y por Alacio (*c*), y á Demetrio Cartofilaceo, de quien el mismo Cujacio trae algunos pasages (*d*). Aun despues de la obra de Constantino se publicaron otras leyes de los emperadores subsiguientes: y no faltaron tampoco jurisconsultos que escribiesen de varios modos sobre estas materias. Tenemos en Meerman (*e*) una sinopsis de las leyes, escrita en versos políticos por el célebre

(*a*) *Notitia Basilicorum apud Fabr. Bibl. gr.* tom. XII.
(*b*) *Observ.* lib. V, cap. IV. (*c*) *De Gregorit.*
(*d*) Ibid. (*e*) *Thesaur. jur.* tom. I.

filósofo Miguel Pselo. Una obra del *Derecho*, ó bien sea *Pragmática*, escrita en el siglo duodécimo por Miguel Attaliota, ha sido traducida en latin por Leunclavio, y publicada en su *Derecho greco-romano* (*a*). Teodoro Balsamon, Constantino Ermonopulo, y algun otro, han sido jurisconsultos griegos de los tiempos baxos, que han merecido el estudio de nuestros modernos de los buenos tiempos.

Suerte diversa del derecho en occidente.

Mientras el derecho griego-romano seguia este curso en el imperio de oriente, el gobierno del occidente estaba sujeto á varias vicisitudes. Aquella vasta extension de paises diversos de las Españas, de las Galias, de la Inglaterra, de la Alemania, de la Italia, y de otras provincias, que antes no reconocian mas que un solo soberano en el emperador, y un solo derecho en el derecho romano, fué ocupada y dividida por muchos dueños, y muy diferentes entre sí, y gobernada por leyes muy diversas. Los ostrogodos, y los visogodos guardaron en gran parte el derecho romano; y aunque permitiesen á cada uno vivir segun sus propias leyes, con las romanas los romanos, y los bár-

ba-

(*a*) *Thesaur. jur.* tom. II.

baros con las bárbaras, sin embargo, en sus edictos se acomodaban principalmente á la jurisprudencia romana. Esta se estableció despues mas fuertemente en Italia, quando reconquistada por Justiniano se gobernaba enteramente por el derecho romano; pero esto duró poco tiempo, á lo menos en muchas provincias, habiendo venido pocos años despues los longobardos, y formado sus leyes, como lo vemos en Muratori (*a*), en Canciani (*b*), y en otros escritores, bien que aun estas se conformaban en varios puntos con las romanas. Echados despues del dominio de la Italia los longobardos por Carlo Magno, lo ocupó el mismo emperador; y entónces entraron en la Italia diversas naciones, que todas se gobernaban con sus propias leyes, y unos vivian segun la ley sálica, otros segun la longobárdica, otros segun la ripuária, y así otros, mientras que muchos se sujetaban aun á las leyes romanas. Muratori en la prefacion á dichas leyes longobárdicas, y en las *Antigüedades italianas* describe con bastante extension qual fuese la legislacion y el gobier-

En Italia.

no

(*a*) *Aer. italic.* tom. I, part. II. (*b*) *Barbaric. legum.* tom. I.

no de Italia en los tiempos baxos, para que nos podamos dispensar de hablar de ello. No fueron menores las vicisitudes á que estuvo sujeto el gobierno español. Habiendo entrado los godos en el dominio de España dexaron en vigor las leyes romanas, mayormente no teniendo otras que substituir, puesto que no conocian aun leyes escritas, y se gobernaban solo por exemplares y costumbres, hasta que en 468 dió algunas Eurico su septimo rey, como dice San Isidoro (*a*). Alarico, sucesor de Eurico, quiso formar un cuerpo de leyes; pero se atuvo principalmente á las romanas; y escogiendo no solo del código teodosiano sino del hermogeniano y gregoriano, y de las doctrinas de Paulo, y de otros antiguos jurisconsultos lo que le pareció mas conveniente para el gobierno de sus estados, compuso de todo un cuerpo de leyes, que es conocido con el título de *Breviario de Aniano*, ó porque el godo Aniano haya sido realmente el compilador, ó solo por verse firmado por él como Canciller de Alarico. Pero afianzandose mas y mas el reyno gótico, tuvo por conveniente Leovigildo en

En España.

568

(*a*) *Chron. goth.*

568 establecer las leyes goticas; y repitiendo las publicadas por Eurico, las emendó, corrigió, y aumentó, y las puso en observancia y vigor, y despues aun añadieron nuevas leyes Recaredo, Gundemaro, Chindasvindo, y otros; y el cuerpo de estas leyes, conocido con el nombre de *leyes de los visogodos*, y llamado por los españoles *Fuero juzgo*, publicado por Lindembrogio, y por algunos otros, era el que regia toda la España. Con la invasion de los sarracenos se extinguió el dominio de los godos, y los árabes dominantes dieron algunas leyes á los vencidos cristianos, ó á los mozárabes, que Burriel vió traducidas en castellano antiguo, y sacó copia (*a*). Entre tanto algunos pocos hispano-godos, que se habian retirado á las montañas, despues de haber arrojado de algunas provincias á los árabes, y establecido en ellas sus reynos, empezaron á fixar constitucione, y á formar códigos de leyes, quales fueron los famosos códigos de Leon, de Burgos, de Castilla, de Sobrarve, de Jaca, y otros fueros celebrados en la historia de España. Nosotros remitimos á los lectores curiosos de ulterio-

res

(*a*) *Carta al P. Rábago &c.*

res noticias de la legislacion española á Frankenau, en la *Themidis hispana*, ó por mejor decir á Don Lucas Cortés, que es el verdadero autor de aquella obra, á Don Tomas Fernandez de Mesa en su *Arte histórica y legal*, y al P. Burriel, que mas reducidamente, pero con mucho mayor crítica y erudicion, ha hablado de ella en su larga y doctísima carta á Don Juan de Amaya, y en parte de la otra escrita posteriormente al P. Rábago (*a*); y solo diremos en honor de la legislacion española, que ésta hácia la mitad del siglo décimotercio pudo gloriarse, no solo de uno, sino de dos Justinianos. El rey de Aragon Jayme I, en unas Cortes celebradas en Huesca en 1247, valiendose como de un nuevo Triboniano del obispo de aquella ciudad Vidal de Canellas, de los diferentes fueros suyos y de los reyes sus precedentes, compiló un código, que en ocho libros contuviese una completa legislacion. Hácia el mismo tiempo, Alonso, rey de Castilla, poco posterior en la edad, pero muy superior en la fama, emprendió una obra mas vasta, y ob-

(*a*) *Semanario erudito* tom. II, y XVI.

tuvo mas universal y mas duradero nombre. Exâminó las palabras y las opiniones de los filósofos, y de los sabios, pesó las leyes de sus antecesores, tanto romanos como godos y españoles, y las opiniones y doctrinas de los jurisconsultos; meditó las sentencias de la Escritura y de los Santos Padres, los decretos de los concilios, los usos y las costumbres de la nacion, estudió los derechos natural y de gentes, consultó á los doctos y prudentes, y se valió de quanto pudiese contribuir al establecimiento de útiles leyes (*a*), y dió á luz las famosas *Siete partidas*; código el mas completo, el mas sabio y mas justo, que en aquellos tiempos podia publicar nacion alguna, y que debe reconocer pocos superiores, aun en los nuestros. Con razon Nicolas Antonio (*b*), y otros muchos pudieron aplicar á las *Siete partidas* del rey D. Alonso la alabanza que Ciceron da á las doce tablas de los romanos, de que vale mas este libro solo que bibliotecas enteras de todos los filósofos. No pondria fin á este capítu-

En las otras naciones.

lo

(*a*) *Prólogo* Part. prim. tit. I, §. II, §. VI, XVII, al.
(*b*) *Bibl. hisp. vet.* tom. II, lib. VIII, cap. V.

Digitized by Google

lo si quisiese seguir las vicisitudes de la legislacion en Francia, y en Inglaterra, en Alemania y en todos los reynos de Europa, que sujetos antes á las leyes romanas, pasaron despues en diversos tiempos de una en otra constitucion, y sufrieron en su gobierno notables variaciones. Dexamos, pues, para los amantes de las cosas pátrias el ilustrar copiosamente la historia del derecho de cada nacion, y nosotros atendiendo particularmente á lo que mas de cerca pertenece á nuestro instituto, miraremos solo la parte científica, y veremos brevemente el estudio que en aquellos tiempos se hacia de la jurisprudencia.

Estudio de la jurisprudencia en los tiempos baxos.

En efecto, que hasta los bárbaros se aplicasen al estudio de las leyes, lo vemos en el godo Aniano, cuyo breviario del código teodosiano, y de las doctrinas de Cayo, de Ulpiano, y de otros jurisconsultos, es uno de los mas preciosos monumentos de la antigua jurisprudencia; lo vemos en Papiano, autor del libro *De las respuestas*, que es igualmente, como el de Aniano, un breviario del derecho romano para uso de los borgoñones; lo vemos en el patricio Celso, y en Andarchio, alabados por San Gregorio turonense, como eruditos en el derecho ro-

romano (*a*), en Bonito, obispo de Aubernia, docto en los decretos de Teodosio, como se dice en su vida (*b*), en los ilustres hombres Claudio, Chado, Indomago, y Aguilulfo, consultores y ayudantes de estudio de Dagoberto en la compilacion del código de las leyes de los francos (*c*); lo vemos en Siagrio, llamado por Sidonio Apolinar nuevo Solon de los borgoñones (*d*); lo vemos en las freqüentes alusiones, que hace el mismo Sidonio al estudio de los franceses del derecho romano (*e*); y lo vemos en algunos otros monumentos de aquella edad. A la cultura de este estudio contribuian las escuelas públicas, donde se daban lecciones de derecho civil; y nos quedan algunas memorias de tres escuelas, que parece tuvieron en esta parte la privativa, de Berito, de Constantinopla, y de Roma. La escuela de Berito, de la qual hemos hablado antes, tal vez la mas famosa por dicho estudio, estuvo sujeta á funestas vicisitudes. Hácia la mitad del siglo quarto, quando estaba mas floreciente, un fiero terremoto des-

Escuelas de jurisprudencia.

(*a*) *Hist. Franc.* IV, c. XXIV, et XLVII.
(*b*) V. *Gotofred. in Prol. cod. Theod.* c. VII.
(*c*) Lindebr. *Praef leg. Bajuvar.* (*d*) Lib. V, ep. V.
(*e*) Lib. II, ep. I, lib. IV, ep. I, al.

Digitized by Google

truyó la mayor parte de la ciudad, é hizo suspender los exercicios de aquella escuela (*a*); pero pronto se reparó este daño, y Berito siguió mereciendo los elogios de todos por el empeño con que se dedicaba á los estudios legales, quando hácia mitad del siglo sexto fué nuevamente arruinada por otro terremoto, y mientras los ciudadanos, que habian quedado, la restablecian, y los profesores habian transferido interinamente sus escuelas á Sidon, como nos refiere largamente Agatias (*b*), un incendio redujo á cenizas toda la ciudad, y acabó enteramente con la escuela beritense. No tan pronto enmudecieron las otras dos escuelas. El cuidado de los emperadores de oriente de los siglos baxos de formar nuevos códigos de leyes, y la facilidad de encontrar doctos cooperadores, como tambien la copia de griegos escritores legales, que se encuentran de todos tiempos, hacen creer que en Constantinopla durase aun muchos siglos la escuela de leyes. Roma, que, por decirlo así, fué la cuna de la jurisprudencia, ha conservado su escuela hasta los tiempos baxos. Sidonio Apo-

De Constantinopla.

De Roma.

(*a*) Cedren. *Hist. comp.* pag. 236. (*b*) *Hist. Justin. imp.* lib. II, pag. 36.

Apolinar, llama á Roma *el domicilio de las leyes*, en un tiempo en que no habiendo ya legisladores, solo por sus escuelas podia competerle título tan glorioso (*a*). En el siglo décimo, en un tratado entre el antipapa Leon VIII, y el emperador Oton I, se ven citados por testigos *doctores de la ley*, los quales doctores, ó maestros prueban la conservacion de las escuelas, en las quales habian de exercer su magisterio (*b*). Por este tiempo parece, que decayó en Roma la escuela legal, y se transfirió á Ravena el honor de aquel estudio, como refiere Odofredo, jurisconsulto del siglo décimotercio (*c*). En efecto, hácia la mitad del siglo undécimo llegó á tal fama la ciencia legal de los raveneses, que habiendose excitado una grande duda en Florencia sobre los grados de parentesco, enviaron los florentines algunos mensageros para consultar á los sabios de Ravena, como leemos en san Pedro Damiano, el qual escribió el libro *De los grados de parentesco* para combatir la decision de los raveneses, á quienes llama jurisperitos, que escudriñan los derechos, y que peroran las

De Ravena.

(*a*) Ep. VI, lib. I. (*b*) Goldast. *Constit. imp.* t. I.
(*c*) Ad digest. tit. *De just. et jure*, cap. *Jus civile.*

las causas (*a*). El mismo San Pedro se manifiesta instruido en la jurisprudencia, y cita muchas veces á Justiniano, como lo habian tambien citado los doctores raveneses. *Doctores de la ley, y peritos en la ley* son llamados por San Pedro Damiano, en el siglo undécimo, Aton (*b*), Buenhombre (*c*), Morico (*d*), y otros. En el mismo siglo, Lanfranco, obispo de Cantorberi, pasó por hombre docto en el derecho civil, puesto que desde sus mas tiernos años fué instruido en las escuelas de las artes liberales, y de las leyes seculares, como dice Milon Crispin, escritor de su vida, el qual añadiendo que esto lo hizo *segun el uso de su patria* (*e*), nos da motivo para creer que fuese costumbre entre los cultos italianos el instruirse desde sus primeros años en las artes liberales, y en el derecho civil. Esto lo confirma Tiraboschi (*f*) con los versos de Wippon publicados por Canisio (*g*), donde exhortando al emperador Henrique II, á principios del

(*a*) *Praef.* (*b*) Lib. VIII, ep. VII. (*c*) Ep. VIII. (*d*) Ep. IX. (*e*) *Vit. Lanfr. Act. SS. Ordinis S. Benedicti. vol.* IX, Acta S. S. Boll. t. VI. Maii. (*f*) *Stor. della Lett. Ital.* tom. III, lib. IV. cap. VI. (*g*) *Ant. Lect. vol.* IV.

del siglo undécimo, á introducir entre los alemanes el estudio de las letras, y de las leyes, le cita el exemplo de los italianos *Hoc servant itali post prima crepundia cuncti.* De Ravena pasó despues el estudio á Bolonia, como dice el arriba citado Odofredo (*a*), é hizo en poco tiempo muchos progresos, y se adquirió un crédito universal; puesto que á principios del siglo duodécimo el escritor anónimo del opúsculo en verso sobre la guerra, y sobre la destruccion de la ciudad de Como, referido por Muratori (*b*), distingue particularmente á Bolonia por el estudio de las leyes, haciendola comparecer por dos veces en el campo con sus leyes. Otros muchos documentos podria traer del estudio que en aquellos tiempos se hacia de las leyes; pero lo dicho hasta aqui bastará para manifestar la insubsistencia de la opinion de los que pretenden que solo hácia la mitad del siglo duodécimo, despues del descubrimiento del famoso códice de las pandectas florentinas, se empezó á estudiar el derecho civil.

Escuela de Bolonia.

Han hablado tantos de la adquisicion de las pandectas hecha por los pisanos en el sa-

Pandectas florentinas.

(*a*) *Ant. Lect. vol.* IV. (*b*) *Rer. Ital.* tom. V.

saqueo de Amalfi en 1135, y del edicto de Lotario para obligar á los tribunales y á las escuelas á seguir el derecho romano, y por consiguiente del restablecimiento de la jurisprudencia en Europa, que seria cosa inutil en lo reducido de este capítulo repetir las cosas referidas por tantos autores; y así solo diremos que á principios de nuestro siglo ya se empezaba á poner en duda la presa de las pandectas en Amalfi, como lo insinúa Brencmano (*a*), luego despues Donato Antonio Asti la combatió con mucho vigor, y posteriormente Grandi, y otros muchos la han impugnado con tan fuertes razones, que á pesar de las respuestas de Tanucci, y de otros defensores, ha quedado este hecho harto dudoso é incierto, por no decir otra cosa; añadiremos tambien que el edicto de Lotario es ahora tan generalmente refutado de todos los críticos, que no puede merecer ninguna consideracion; y concluiremos absolutamente, sobre lo que mas directamente pertenece á nuestro propósito, que el pretendido descubrimiento del códice de las pandectas pisanas poco ó nada contribuyó al adelantamiento de la jurisprudencia

(*a*) *Hist. Pandect.* lib. I, c. VIII.

dencia. En efecto no tenemos memoria alguna de aquellos tiempos, que manifieste haberse hecho algun uso de dicho códice, y ni aun del códice mismo se halla mencion alguna. ¿Donde se cita una copia, donde un cotejo, donde una visita, dónde una señal de aprecio de aquel códice antes de ya adelantado el siglo décimoquarto, quando por una palabra lo hizo consultar el célebre Bartulo (*a*)? Y es tambien de observar que quando antes y despues del tiempo del pretendido descubrimiento se hacia bastante estudio de la jurisprudencia en varias ciudades de Italia, habia en ellas escuelas de leyes civiles, y se celebraban muchos doctores ó profesores del derecho civil y peritos en las leyes, en Pisa no se ve escuela alguna, ni se advierte alabado ningun célebre profesor, antes al contrario, quando el derecho romano era ya recibido casi de todos, en Pisa se seguian las costumbres antiguas, y segun las mismas se formaban los estatutos en 1161, que se mantuvieron en vigor aun por todo el siglo subsiguiente, como puede verse en Brencmano (*b*). El uso de estudiar las leyes desde la

(*a*) Ad. L. *Si creditor*, §. final, ff. *De distrac. pignor*, al. (*b*) Ibid. cap. IX.

juventud era ya antes de aquel tiempo harto comun á los italianos; y Bolonia antes de la toma de Amalfi por los pisanos tenia ya la fama de madre de las leyes, y de escuela de la jurisprudencia; y Pisa, que puede justamente gloriarse de tantos otros méritos en el restablecimiento de las artes y de las ciencias, no querrá arrogarse la alabanza de haber sido tambien restauradora de esta. Las pandectas florentinas han servido harto mas para la ilustracion de la jurisprudencia en estos últimos siglos, que para su restablecimiento en los tiempos de su pretendido hallazgo, sea verdadero ó falso. El mérito de dicho restablecimiento es todo entero de Bolonia, y particularmente del primer ilustre profesor de aquella universidad, el célebre Irnerio. ¡Qué diferencia de las obscuras é inciertas escuelas de Ravena, á las públicas y famosísimas de Bolonia! ¡De aquellos Buenhombre, Aton, Morico, y otros alabados como doctores, que privadamente daban alguna leccion y explicacion de las leyes, de aquellos jurisconsultos de Ravena consultados hasta de Florencia, que por un esfuerzo de su erudicion citaban las instituciones de Justiniano, á los celeberrimos Irnerio, Bulgaro, y otros profesores de Bo-

lo-

lonia, estimados maestros, y escritores é ilustradores de todas las partes del derecho civil! De Bolonia pues tomarémos el principio del restablecimiento del derecho civil; y si aquella noble ciudad es llamada maestra de las ciencias, con mas razon deberá tener el título de madre de la jurisprudencia.

Profesores del derecho civil.

El primer maestro público de dicha facultad fué despues del siglo undécimo un tal Pepon, de quien no sabemos otra cosa, sino que empezó á dar lecciones de leyes, pero que no se adquirió crédito alguno, como dice Odofredo (*a*). Irnerio puede verdaderamente decirse que fué el primero, que se adquirió crédito, que atraxo á sí muchos discípulos, y que dió realmente fama á las escuelas de Bolonia, y el primero que con razon se puede llamar profesor de la verdadera jurisprudencia. Los otros doctores de Roma, de Ravena, y otras ciudades, que contaban algunos, se contentaban con leer, y con explicar algunos puntos de las instituciones de Justiniano, del breviario de Aniano, ó de algun otro compendio del derecho romano; Irnerio hizo mucho mas, y no solo de

Irnerio.

(*a*) Ad. L. *Si creditor*, §. final, ff. *De distrac. pignor.*, al.

palabra en las escuelas, sino con sus escritos llevó el nombre de la jurisprudencia por toda la Europa. Estaba imperfecto y falto el código de Justiniano, y él procuró reponerlo en su integridad; y para darle mayor complemento y perfeccion le insertó en los lugares oportunos los artículos mas importantes de las novelas, que despues se llamaron *auténticas*. Las circunstancias de los tiempos, y de los usos diversos, hacian obscuras, y de dificil inteligencia algunas expresiones de las leyes, y él las aclaró con breves y precisas glosas, ilustrando de este modo no solo el código, y las instituciones, sino tambien las pandectas (*a*). Irnerio en suma fué el primer escritor moderno de las leyes antiguas, y el primer verdadero maestro, restaurador y padre de la jurisprudencia. Para mayor ilustracion de esta no se contentó con emplear su voz y sus escritos, sino que quiso tambien procurar nuevos ilustradores formando doctos discípulos, de los quales quatro particularmente son celebrados como ornamentos de aquella naciente ciencia, que son el famoso Bulgaro, Martin Gosia, Ugolino á Porta Ravennate, y

(*a*) V. Sarti *De cl. Prof. Bonon.* t. I, pág. 13, seq.

y Jacobo, tenido por su sucesor en la escuela. Estos, siguiendo el exemplo de su maestro, escribieron sobre las leyes, dexaron escuelas de jurisprudencia, y tuvieron tambien la suerte de formar de sus discípulos algunos célebres profesores. Tal fué Rugiero, discípulo de Bulgaro, escritor de varias obritas legales, y el primero que formó un compendio del código. Tal Alberico á Porta Ravennate, que tenia la complacencia de verse en sus lecciones rodeado de extraordinario concurso de estudiosos de todas naciones. Tal Henrique de la Bayla, y algunos otros. En aquellos tiempos Vacario, llamado por el arzobispo de Cantorberi, introduxo en Inglaterra el estudio de la jurisprudencia; y el Placentino la hizo igualmente conocer con honor á los franceses; y así en poco tiempo se fué esparciendo por todas partes el conocimiento del derecho civil. Poco despues, á fines del siglo duodécimo, y á principios del decimotercio floreció Azo, príncipe de los jurisconsultos de su edad, autor de una suma del derecho, que obscureció las sumas, ó los compendios de los otros escritores de semejantes obras. Superior no solo á los otros jurisperitos, sino al mismo Azo, salió su discípulo el grande Azo.

Acursio. de Acursio, el mas célebre escritor de aquellos primeros siglos de la jurisprudencia, y el compilador, y en gran parte autor de las glosas, que se han conservado en el cuerpo de las leyes, preferido por Cujacio á todos los jurisprudentes (*a*), seguido por él en muchas opiniones, y alabado por Gravina (*b*) como hombre de una tal agudeza, claridad, sobriedad, y felicidad, que nada hubiera dexado que hacer á los modernos, si la barbarie de aquellos siglos no le hubiese quitado la luz de la antigüedad, y la elegancia de la lengua. Al mismo tiempo que

Odofredo. Acursio floreció tambien Odofredo, muy estimado en aquellos tiempos por la claridad, y facilidad en conciliar las leyes en apariencia contrarias, y en los nuestros por las noticias literarias que nos ha dexado de los jurisconsultos de aquellos primeros siglos. Nosotros solo nombramos algunos de los mas famosos legistas de aquella edad, que mas han contribuido al restablecimiento y á la propagacion de la jurisprudencia: pero, para ver el ardor con que entónces se cultivaba este estudio, remitimos los curiosos lec-

(*a*) *Observ.* lib. XII, cap. XVI. (*b*) *De ort. etc. jur.* §. CLV.

Digitized by Google

lectores á la erudita obra del P. Sarti sobre los profesores de Bolonia, donde casi todos tienen lugar (*a*). Bolonia era ciertamente la fuente de la jurisprudencia, donde acudian todos á beberla, y de donde despues se esparcian sus saludables aguas por las naciones de toda la culta Europa. Así que vemos concurrir á aquella universidad no solo los boloñeses, y los circunvecinos italianos, sino alemanes, franceses, españoles, ingleses y de todas las naciones; y tambien se encuentran allí muchos extrangeros no solo asistentes á las escuelas como discípulos, sino sentados en las cátedras como maestros, esparciendo las riquezas de su saber en aquel emporio de la jurisprudencia. Sarti trae el catálogo de los escolares, donde se ven muchos de España, y de otras naciones (*b*), y habla distintamente entre los profesores de un Miguel, de algunos Pedros, Bernardos y otros españoles, de un Estéfano de Tournai, de un Guillermo normando, de un Elias inglés, y de varios otros extrangeros profesores del derecho civil ó del eclesiástico (*c*).

Las obras de aquellos jurisperitos se re- Mérito de los primeros profesores.
du-

(*a*) *De cl. Prof. Bonon.* (*b*) *Append.* (*c*) *De cl. Prof. Bonon.* pag. 162, et al.

ducian comunmente á glosas y á sumarios. Irnerio, Búlgaro, Martin Gosia, Rugiero, Azo, y casi todos los escritores legales de
Glosas. aquellos tiempos hicieron glosas poco mas ó menos difusas y estimadas, hasta que hácia la mitad del siglo décimotercio, el célebre Acursio, tomando de las glosas de todos las que le parecieron mas oportunas, é insertando las suyas mas llenas, mas completas, mas preciosas, y mas exâctas, formó aquellas glosas, que despues se han conservado en el código, en las instituciones, y en las pandectas, y que son conocidas antonomásticamente con el nombre general de *glosas*. Rugiero no contento con haber escrito, como los otros, sus glosas, quiso tam-
Sumas. bien formar una suma del código: y Placentino se dedicó á componer otra suma del mismo código, que superase la de Rugiero, bien que no llegó á completarla enteramente; y despues hizo tambien otra de las instituciones. Y como Placentino dexó incompleta la suma de los tres últimos libros del código, Pileo le dió la última perfeccion. Vino despues Azo, y escribió tambien una suma que superó á todas las que hasta entónces habian salido á luz, y mereció no solo la veneracion de los jurisperitos

de

Digitized by Google

de aquellos tiempos, sino los elogios de Gravina y de otros profesores de los nuestros. De modo que comunmente las glosas y las sumas eran las obras de los jurisperitos de los siglos duodécimo y décimotercio. Burgundio se dedicó á otro trabajo, que podia considerarse como glosas de nueva especie, aplicando á los textos y á las palabras griegas que se encuentran en el digesto, la version latina, la qual por otro lado no es siempre muy feliz. Como estas glosas se unian al texto, crecian los volúmenes de las pandectas; y estas, que, segun la antigua division, se comprehendian en dos volúmenes intitulados *Digesto viejo y nuevo*, con la añadidura de las glosas se hubieron de dividir en tres, *Digesto viejo*, *reforzado*, *y nuevo*, cuya division la atribuyen algunos á Bulgaro; y ciertamente nació en aquellos tiempos de Bulgaro, de Azo, ó de Acursio. No fueron menos notables las variaciones de las novelas. Irnerio, como hemos dicho antes, añadió á los artículos del código las novelas, que de algun modo los derogaban, y estas novelas tomaron el nombre de *auténticas*, como tambien las que otros despues de él refirieron en semejantes aplicaciones. Otro risconsulto quiso reducir á cierta division

Division del digesto.

Auténticas.

todas las novelas, y formó de ellas nuevas colaciones, en las quales fueron comprehendidas todas: y aunque la eleccion y colocacion de las novelas para cada colacion no haya sido alabada por los eruditos, sin embargo este órden han seguido todos los posteriores, como lo vemos aun al presente. Pero como las leyes de Justiniano no trataban de los feudos, no conocidos aun en aquellos tiempos, y sobre ellos se movian freqüentes qüestiones en el foro, Gerardo Negri, Oberto del Orto, y otros juristas recogieron las costumbres longobardas en esta parte; y despues Ugolino, juntando á estas costumbres las constituciones de los emperadores, formó de todas un cuerpo de l.. es feudales, que añadidas á las novelas hacian la décima colacion. Estos eran los estudios de los jurisperitos de los siglos duodécimo y décimotercio, que pueden propiamente llamarse la escuela irneriana, quando no se quiera formar de ellos dos escuelas, una de Irnerio, y otra de Acursio. Empezaron despues los escritores legales á difundirse en largos comentarios, en tratados particularmente de feudos, en decisiones y consejos; y de feudos escribieron Rolando Piazzola, Jacobo de Belviso, Andrés Rampo-

poni, y otros; y las consultas de Oldrado, los consejos de Ramponi y de Siñorolo, y los gruesos volúmenes de comentos de Cino de Pistoya, y otras obras semejantes son los escritos de los jurisperitos del siglo décimoquarto. Pero príncipes de todos estos, y xefes de una nueva escuela legal se elevan sobre todos los otros los tan famosos Bartulo, y Baldo, que dieron nuevo aspecto á la jurisprudencia. Vinieron despues los Tartanis, los Salicetos, los Fulgosios, los Bologninis, y aquella obscura é innumerable multitud de escritores legales, que pueden llamarse los juristas escolásticos. En vez de breves glosas, y de reducidas sumas se presentan largos comentarios, y se introducen en ellos qüestiones y tratados llenos de sofisticas sutilezas, de citas ya falsas, ya inoportunas y mal aplicadas, de discusiones gramáticales y dialécticas, de palabras bárbaras, de desórden y confusion. Sin embargo, entre el cieno de estos escritos, dice Leibnitz (*a*), se esconde mucho oro que un ingenio sagaz podrá extraer. Nosotros dexamos este empeño para los sagaces ingenios versados en tales ma-

Escuela de Bartulo, y Baldo.

Mérito de esta escuela.

(*a*) *Meth. nov. jurispr.* part. II, §. 62.

terias, y remitiendo á Pancirolo (*a*) á los curiosos lectores, que deseen noticias de los mas célebres entre estos jurisconsultos, pasamos á mirar la jurisprudencia baxo un aspecto mas bello en el siglo décimosexto.

Progresos de la jurisprudencia en el siglo décimosexto.

La cultura de las lenguas griega y latina, de la antigüedad, de la historia y de toda amena literatura conduxo al estudio de la sana jurisprudencia; y así vemos que los primeros escritores estimables de esta ciencia estaban igualmente versados en las buenas letras, y dividian sus fatigas entre la jurisprudencia, y la antiquaria y filológica erudicion. En efecto, nosotros tomarémos por primer introductor de la verdadera jurisprudencia á uno, que no está reputado en el número de los jurisperitos, sino en el de los filólogos. Este es el cultísimo y eruditísimo Angelo Policiano, quien á las muchas y gloriosas fatigas que emprendió en los otros ramos de literatura, añadió la ilustracion de la jurisprudencia. El confrontó las pandectas, y las corrigió en infinitos lugares; y es mas fácil, como dice el grande Antonio Agustin, contar los pasages que no emendó Policiano, que los que se ven cor-

Angelo Policiano.

(*a*) *De cl. leg. interpr.*

corregidos por su diligencia y aplicacion (*a*). El, como sigue diciendo el mismo Agustin, excitó los ánimos de todos al restablecimiento del derecho civil, siendo el primero en predicar las instituciones de Teófilo; y quantas correcciones tenemos de Bolognini, de Alciato, y de Haloandro, todas estan sacadas de los libros de Policiano (*b*). A estas alabanzas dadas á la jurisprudencia de Policiano por un juez tan autorizado, qual lo era Agustin, podemos añadir que preparaba una traduccion latina de las palabras griegas de las pandectas (*c*), y comentarios sobre todo el derecho (*d*). No menos que Policiano debe reputarse entre los filólogos Budeo, el primero que ha tratado la jurisprudencia con elegancia y erudicion; y este del mismo modo que escribió las anotaciones á las pandectas, la primera obra de buen gusto de la moderna jurisprudencia, dió á luz el tratado antiquario *De Asse*, y la grande obra gramatical de los comentarios sobre la lengua griega. Superior de mucho á Budeo en el mérito legal, y poco inferior en la edad salió Alciato

Budeo.

Alciato.

á

(*a*) Lib. IV. *Emend.* 14. (*b*) Ibid. (*c*) Politian. lib. V, ep. ult. (*d*) Lib. X, ep. IV.

á ilustrar la jurisprudencia con sus lecciones en Francia y en Italia, y con muchos y doctos escritos suyos; el qual escribió tambien otras muchas obras sobre los pesos, y sobre las medidas de los antiguos, sobre la lengua y sobre otras materias antiquarias, gramaticales y filológicas. Mureto reconoce por sus guias las obras de Budeo y de Alciato, cuya lectura le hizo aborrecer los escritos legales, y buscar con ansia las antiguas fuentes, y los comentadores eruditos (*a*). Pero Alciato, mas que Budeo, por las muchas partes de la jurisprudencia que se dedicó á ilustrar, y por el gran número de jurisperitos, que formó en sus escuelas, puede particularmente llamarse el verdadero restaurador y padre de esta ciencia. Ademas de Budeo y de Alciato habia á principios del siglo décimosexto muchos jurisperitos de buen gusto, que trataban su ciencia con elegancia y erudicion. En los primeros años de aquel siglo, antes que se hubiese dado á conocer Alciato, era estimado y celebrado en toda Italia, particularmente en la jurisperita Bolonia, el docto Fortunio García de Ercilla, cuyas obras de los comen-

García de Ercilla.

(*a*) Orat. XV. *De toto stud. suor. cursu* &c.

mentarios á un título del digesto, y á una ley romana, y del elegante tratado del fin de los dos derechos, impresas en Roma en 1514, son tal vez las primeras obras legales, que han ilustrado las materias con variedad de oportuna y selecta erudicion (*a*). Al mismo tiempo Ulrico Zasio, profesor de Friburgo, escribia obras legales muy estimadas, que se distinguian entre tantas otras obras de los jurisconsultos de aquella edad; y por otro lado Haloandro, con mucha diligencia, y con advertida crítica, dió una docta y correcta edicion, tanto de las pandectas como del código y de las novelas. Sichardo hizo al público literario el regalo del breviario de Aniano, de las instituciones de Cayo, de los fragmentos de Ulpiano, y de las sentencias de Paulo y dexó un docto comentario sobre el código de Justiniano. Vigilio de Zuichem ha sido el primero, que nos ha indicado algunos libros de los basilicos, y á él debemos la primera edicion de las instituciones de Teófilo, despues de la qual se han hecho tantas otras edi-

Zasio.

(*a*) *Commentarium. de pactis.* Ad tit. *Digest. De pactis* &c. Ad legem *Gallus de liberis et posthumis. De ult. fine utriusque juris.*

ediciones de dichas instituciones hasta la muy reciente de Gandini de 1779. Y así algunos otros empleaban su ingenio, y su crítica y erudicion en dar á luz para uso de los estudiosos los monumentos de los antiguos legisladores y jurisperitos, las genuinas fuentes de la verdadera jurisprudencia. Por otras vias se aplicaban igualmente otros en beneficio de esta ciencia. Entónces florecia el célebre portugués Antonio de Govea, tal vez el mas sutil y mas ameno ingenio, que cultivaba la jurisprudencia, á quien Fabro no temia dar la preferencia sobre Cujacio por la fuerza del ingenio (*a*), y á quien el mismo Cujacio concedia la palma sobre quantos nobles intérpretes del derecho justinianeo habia habido hasta su tiempo (*b*); y acostumbraba decir, que si Govea hubiese tenido tanta aplicacion y actividad para ilustrar el derecho civil, como tenia ingenio y saber, no se hubiera atrevido á entrar despues de él en este estudio (*c*). En efecto escribió Govea sobre el título *De jurisdictione omnium judicum*, y su comentario es

Antonio de Govea.

(*a*) *Conject.* lib. VIII, *Praef.* (*b*) *Not. ad fragm. Ulpiani* tit. VI. *Nec interest.* (*c*) Papix Masso *in Vita Cujacii.*

es la obra mas erudita, mas culta y florida, que habia leido el eruditísimo escritor Quintanadueñas (*a*), sin cuyo comentario, como dicen algunos, hubieramos quedado á obscuras en muchísimos puntos pertenecientes á la jurisprudencia romana (*b*). Así que sus varias lecciones del derecho, y todas las otras obras legales han merecido los elogios de los mas estimados jurisperitos. Nombre ilustre se adquirió en la jurisprudencia el célebre Covarrubias, llamado por algunos *El sumo ápice del derecho*, y por otros *Doctor eruditísimo*, y de singular juicio, perito en la lengua griega y en la latina, en el conocimiento de la antigüedad y del derecho canónico igualmente que del civil, y alabado por otros, como que casi nada hay en el derecho ó civil, ó pontificio, ó regio digno de saberse, ó notable por la erudicion, ó recomendable por la utilidad, que él no haya tratado, nada tan dificil, arduo y profundo que con la sublimidad de su ingenio no haya ilustrado y explanado; y así generalmente lo llenan todos de los mas lisonje- Covarrubias.

(*a*) *De jurisdict. Praef.* (*b*) V. Nic. Anton. *Bibl. hisp. nova*: *Antonius Goveanus.*

ros elogios (*a*). Y es de observar que así Govea como Covarrubias, tan estimados en la ciencia legal, fueron igualmente apreciables por su mérito en la amena literatura. Covarrubias no salió de España, donde adquirió, y esparció los tesoros de su saber; pero Govea se hizo célebre en Francia, que entónces se podia llamar el teatro de la jurisprudencia.

Como en los siglos precedentes todos acudian á Italia, y particularmente á Bolonia, para aprender y para enseñar las leyes, así en el décimosexto vemos la mayor copia, tanto de estudiantes, como de maestros, dirigirse á Francia, y particularmente á Bourges, que podia llamarse en esta parte la Bolonia de la Francia. Rossi, Ferreti, y varios otros extrangeros, y sobre todos Alciato, y Govea, dieron gran crédito á las escuelas de Francia; y los franceses mismos con sus obras y con sus lecciones atraian á sí la atencion de todos los estudiosos de la jurisprudencia. A mas de Budeo, el primero ó ciertamente de los primeros restauradores del derecho, se cuenta tambien entre estos á Eginardo Baron, profesor estima-

Escuela de Bourges.

Baron.

(*a*) Nic. Ant. *Bibl. hisp. Didacus Covarrubias.*

mado, y no menos ilustre por sus discípulos, que por sus obras. De mayor mérito fué Duareno discípulo de Budeo, y de Alciato, sucesor de este en la cátedra de Bourges, y autor de obras, que no solo explicaban las leyes, sino que tambien enseñaban el verdadero método de estudiarlas (*a*). Balduino, profesor de la misma universidad, ilustró mucho el derecho romano, haciendonos conocer la *jurisprudencia muciana*, ó bien sea del célebre Q. Mucio Scevola, explicando la ley falcidia, y dandonos varios otros escritos eruditos. Las disputas de le Conte con Duareno, y con otros muy célebres profesores, no menos que sus obras aumentaron á la universidad de Bourges la fama justamente adquirida. Connano, Tiraquello, Molineo, y varios otros escritores de gusto semejante hacian mas y mas considerable el número de los ilustres jurisperitos franceses. Pero entre quantos franceses y de otras naciones contribuyeron al restablecimiento del derecho civil, ninguno se distinguió con tanto honor, como el español Antonio Agustin, y el francés Cujacio.

Duareno.

Balduino y otros profesores.

(*a*) *De rat. disc. docendique juris. De plagiar.* &c.

cio. A ninguno de los jurisconsultos de todos los siglos modernos debe tanto la antigua jurisprudencia, como al eruditísimo Antonio Agustin. El profundo conocimiento que tenia de los autores antiguos, de los usos antiguos, de las antiguas familias, y de toda la antigüedad, le hacia de tal modo dueño de las leyes romanas, y de toda la jurisprudencia romana, que, como dice su compañero y panegirista Andrés Escoto (*a*), parecia verse resucitado en él un Paulo, un Ulpiano, un Papiniano. Mas ventajas acarreó él al derecho civil con quatro libros de *emendaciones y de opiniones* (*b*), obra de su edad juvenil, y de pequeño volúmen, que quantos graves y maduros jurisconsultos quisieron con gruesos tomos, y con varias clases de escritos volver al gusto romano la sólida jurisprudencia. Escribió *de las leyes, y de los senadosconsultos*, y con magistral dominio nos puso á la vista el orígen y la especie de todas las leyes, que se hallan comprehendidas en las pandectas, como si él mismo las hubiese extendido; y con igual posesion manejó tambien las leyes que nos han que-

Antonio Agustin.

(*a*) *Orat. Jun. in Ant. Aug.* (*b*) *Emendat. et opinion. Juris civilis* libri IV.

quedado de las doce tablas. La cronología de las leyes, y la noticia de sus autores, y de los otros escritores de las mismas era muy importante, y casi necesaria para conciliar las leyes, y para dar razon de las diferencias, y á veces tambien de las aparentes antilogías, que entre ellas se encuentran, y escribió aquella obra eruditísima de los *nombres propios de las pandectas*, que ha sido la luminosa antorcha, que ha dirigido á los jurisperitos en el estudio de las pandectas, y de toda la antigua jurisprudencia (*a*). Son todavia clásicas y magistrales sus pequeñas obras de las excusaciones (*b*), y de las milicias (*c*). Las constituciones de Justiniano, el épitome de las novelas del profesor Juliano, y hasta las leyes navales de los rodios, y casi todas las partes de la antigua jurisprudencia deben al ingenio y á la erudicion de Agustin sus mas bellas y seguras luces. Con razon, pues, podremos llamarle por boca de todos los eruditos de aquel tiempo hombre consumado en toda clase de erudicion, y el mas grande de su siglo, arca, y depósito de toda la antigüedad, verda-

de-

(*a*) *De propr. nom. pandec.* (*b*) *Ad Modestinum, sive de excusationibus.* (*c*) *De militiis ex casu.*

dero restaurador del derecho civil y del canónico, príncipe supremo de los jurisconsultos, y flor exquisita de aquella edad. No obstante esto, sin entrar en parangon sobre la universalidad del mérito literario, en la qual ciertamente daré sin mucha exitacion la superioridad á Agustin, y mirando solo á las ventajas proporcionadas á la jurisprudencia civil, es preciso ceder respetuosamente la palma al gran Cujacio. Agustin abrió las fuentes, y purificó las aguas, para fecundar los fértiles campos de la erudita jurisprudencia: Cujacio los cultivó todos, y de todos cogió los mas sabrosos y saludables frutos. ¿Qué parte del derecho no encuentra en sus escritos la correspondiente ilustracion? ¿Quánto no le quedaria que desear á un erudito jurisconsulto en la ilustracion de las leyes romanas, si le faltasen las luces esparcidas por Cujacio? Y despues de las fatigas de aquel grande hombre ¿qué queda en ellas que no esté reducido á la necesaria claridad? La instituta, el código, las pandectas, y las novelas, los títulos, y las paratitlas, y todo el cuerpo del derecho justinianeo, lo trata con la mayor pulidez y dignidad. Para mas clara inteligencia del antiguo derecho, es preciso conocer la doctrina de los antiguos ju-

ris-

risperitos: y Cujacio con ingeniosa é infatigable diligencia ha recogido las obras y los fragmentos de todos, y les ha dado la correspondiente exposicion; y Ulpiano, Paulo, Africano, Neracio Prisco, Ulpio Marcelo, Cervidio Scevola, Herenio, Modestino, Salvio Juliano, y sobre todos el célebre Papiniano, nos han abierto, por boca de Cujacio, su mente, nos han dado parte de sus sentimientos, y se nos han hecho familiares y domésticos. A la ilustracion del derecho antiguo, verdadera fuente de la jurisprudencia, ha querido él añadir la declaracion de aquellas partes del moderno, que no derivan sus luces del antiguo, y con su acostumbrado magisterio ha disipado la obscuridad de la doctrina de los feudos, y ha dado una docta explicacion de la bula de oro de Cárlos IV. Pudo con razon decir el verdadero conocedor de la jurisprudencia, Gravina (*a*), que „ni se puede aprender cosa alguna sin Cujacio, ni es lícito ignorar „alguna despues de él" como ya antes de Gravina habia escrito Piteo (*b*), que quanto la jurisprudencia ha recibido de pura y genuina luz, todo lo debemos, y lo debe-

rán

(*a*) *De or. et progr. jur. civ.* (*b*) *Intr. ep.*

rán tambien los venideros á aquel grande hombre. ¿Qué diremos pues del juicio de sus compatriotas, al ver pospuesto el gran Cujacio á un Forcadel, en la cátedra de Tolosa? Mas digno rival encontró Cujacio en Bourges, en la persona de Robert, que tantas y tan doctas, pero amargas obras escribió contra él; en Donelo, autor de muchos volúmenes legales bastante estimados, y de otras obras eruditas; en Duareno, de quien hemos hablado antes, y particularmente en Otomano, escritor de maravillosa erudicion.

Siglo de oro de la jurisprudencia.

La jurisprudencia, como todas las otras ciencias, tuvo su siglo de oro en el siglo décimosexto, en el qual un Alciato, un Agustin, un Cujacio, no llegaron á obscurecer el nombre de tantos otros sus coetáneos nombrados hasta aquí. Pero á mas de aquellos ¿quién no conoce á Leunclavio, autor de la grande obra del derecho greco-romano respetada constantemente por la docta posteridad? Y no son conocidos de todos los jurisperitos Toreli, fiel editor de las pandectas florentinas; Pancirolo, famoso escritor de las vidas de los célebres jurisconsultos; Brisson, á cuya vasta erudicion se debe el conocimiento que tenemos del foro romano, de sus misteriosas fórmulas, y de

de varias otras partes de antiquaria legal, poco conocidas antes de él; Padilla, autor clásico sobre las transacciones, y sobre los fideicomisos, y clarísimo comentador de algunos rescriptos de los emperadores, y de algunas respuestas de los jurisconsultos; Manuel de Costa, de quien sus coetáneos no saben que alabar mas, si el ingenio ó el juicio, la erudicion ó la diligencia; Antonio Quintanadueñas, cuya obra del imperio y de la jurisdiccion, superior, en concepto de Meerman (*a*), á quanto Alciato, Baron, Govea, Duareno, y Cujacio han escrito sobre dicha materia, es un verdadero tesoro de erudicion antigua y moderna, legal é histórica, griega, romana y española; y varios otros jurisperitos de aquella edad, escritores de obras, que aun en la nuestra son clásicas y magistrales? ¿Y no son de aquel tiempo los mas celebrados escritores, no solo de las teorías del derecho antiguo, sino tambien de la práctica del moderno? Las obras de Gomez, y de Garcia sobre la nobleza española, y sobre sus diversos privilegios y derechos, y

(*a*) *Consp. nov. thes. juris civ. et can. pag.* 43.

las obras de Simancas, y de Molina sobre las primogenituras de los españoles, han servido tambien de regla para la nobleza, y para las primogenituras de las otras naciones. Las obras de Menochio, y de Mantica, singularmente algunos tratados particulares del uno y del otro, son tenidos, aun hoy en dia, como oráculos en todos los mas respetables tribunales. Así que apenas hay materia alguna juridica, que no reconozca algun escritor de aquel siglo como clásico y magistral. Luis Gomez, y tras él Farinacio, y despues otros, han dado la gran coleccion de las decisiones de la sagrada Rota; Pedro Ruiz de Moros, ó, como es mas conocido, Ruicio Maureo, llamado para enseñar las leyes en Polonia, publicó una docta obra de decisiones lituánicas; Antonio de Gama dió las del supremo consejo de Portugal, y así varios otros recogieron las decisiones de diferentes tribunales, é hicieron conocer la doctrina, y la manera de pensar de diversas naciones, y las opiniones de los sugetos mas respetables de las mismas, proponiendo mas y mas exemplares, para regularse los legistas en sus decisiones. El descubrimiento de un Nuevo-Mundo produxo tambien un nuevo derecho, y muchos

chos jurisperitos, que en aquel siglo lo ilustrasen, hasta que sobre todos, Solorzano, á principios del subsiguiente, lo trató con mayor diligencia y plenitud en varias obras, tanto latinas, como españolas. Así que podemos verdaderamente decir que el siglo décimosexto ha sido fecundo en todos los ramos de la jurisprudencia, tanto teórica como práctica, y que igualmente que para las otras ciencias puede reputarse por el siglo de oro para la jurisprudencia. Pero tanto la jurisprudencia moderna, como la antigua, ha sido mas firme y constante que las otras ciencias en conservar el buen gusto, y ha sabido mantenerse en su esplendor, aun en el siglo subsiguiente, quando se hallaba en estado de decadencia el resto de la literatura. En efecto, ¿quántos grandes hombres no siguió produciendo por mucho tiempo la jurisprudencia? Cerraron el siglo XVI, y abrieron el XVII algunos jurisconsultos de mucho mérito, como los dos Piteos, Pedro y Francisco, que fueron de los mas ilustrados y zelosos restauradores del derecho antiguo; Mornac, práctico erudito, y docto en las buenas letras, y en las leyes romanas, y en las francesas; Antonio Fabro, digno rival de Cujacio, llamado por Fer-

Jurisconsultos de principios del siglo décimoseptimo.

Piteo.

Mornac.

Fabro.

riere (*a*) el jurisconsulto moderno, que ha llevado mas adelante sus ideas sobre el derecho; Ritensusio, no menos conocido por las obras de jurisprudencia, que por las de literatura; y dexando aparte algunos otros hombres ilustres, nombraremos á Dionisio Gotofredo, á quien debe mucho la jurisprudencia por las eruditas y útiles obras que produxo, y mucho mas por haberle proporcionado una de las mas resplandecientes antorchas en su hijo Jacobo.

Dionisio Gotofredo.

Jacobo Gotofredo.

Si hay jurisperito alguno, que pueda ponerse al lado del gran Cujacio, este es sin contradiccion el célebre Jacobo Gotofredo. ¿Qué tesoro de juiciosa doctrina, y de selecta erudicion no nos presenta su grande obra del código teodosiano con comentarios? ¿Qué investigaciones eruditas, y que crítica sagacidad no se ven en su edicion de los fragmentos de las doce tablas? ¿Qué claras luces no esparce sobre varios puntos de la jurisprudencia, y sobre el estudio de esta ciencia en sus animadversiones del derecho civil, en el comentario sobre el título de las pandectas de las reglas del derecho antiguo, y en todas sus obras? Un sólido jui-

(*a*) *Hist. du droit. rom.* cap. XXX.

juicio, una fina crítica, una vastísima erudicion, y una aplicacion infatigable hacian á Gotofredo el príncipe de los jurisperitos de su edad, digno de ocupar el trono de la jurisprudencia en compañía de Cujacio, y autor glorioso de las obras, que debian ser la guia de los mas eruditos jurisconsultos, y que nos daban en el siglo décimoseptimo un jurisconsulto, que pudiese entrar á formar el triumvirato legal en compañía de los dos héroes del precedente, Agustin, y Cujacio. En aquel siglo florecia tambien Antonio Mattei, el primero, y el único hasta nuestros dias, dice Renazzi, juez sin excepcion en esta materia (*a*), el primero y el único que ha tocado con manos puras, y tratado distintamente y con dignidad la parte criminal de la jurisprudencia romana, ilustrada superficialmente por los mas doctos intérpretes, y torpemente corrompida por el vulgo de los criminalistas (*b*). Florecia el célebre Arnoldo Vinio, cuyo seguro juicio, sólida doctrina, selecta erudicion, elegancia y claridad han hecho sus obras clásicas en muchas escuelas,

Antonio Mattei.

Vinio.

(*a*) *El. jur. crim. Praef.* (*b*) *Ant. Matthei De criminibus.*

Digitized by Google

las, y su nombre respetable á los maduros jurisconsultos. Las anotaciones á las instituciones de Teófilo, y la edicion de los basílicos hacian que la jurisprudencia griega debiese mucho á Fabrot, como tambien la romana por sus obras originales, y por la edicion de las de Cujacio. Nombre ilustre se adquiria Broeo con su eruditísimo comentario de las instituciones de Justiniano, y con los elegantes y curiosos opúsculos, que dió á la jurisprudencia, con alguno de los quales ha querido Meerman enriquecer su tesoro (*a*). No se distinguia menos Merille con las observaciones, con las variantes de Cujacio, y con las otras obras legales; y Merille y Broeo son los últimos, que yo sepa, de los profesores de Bourges, que tuvieron decorosamente el honor de suceder al gran Cujacio, y á tantos otros ilustres escritores, que ocuparon aquellas escuelas.

Broeo.

Merille.

Escuela de Salamanca.

La gloria de la primacía en la jurisprudencia, que de Bolonia habia pasado á Bourges, parece que abandonase aquella universidad para transferirse á Salamanca; y la ciencia legal, que nació en Italia, y tuvo su

(*a*) Tom. IV.

su medio dia en Francia, se fixó por algun tiempo en España, no para encaminarse á su ocaso, sino para transferirse al septentrion, como veremos despues. Padilla, Covarrubias, Antonio Gomez, Pinel, y otros célebres profesores, conservaron en mucho lustre por todo el siglo décimosexto las escuelas de Salamanca. La fama de Pichardo, sucesor de aquellos grandes hombres, llamaba á las mismas, aun á principios del siguiente, á los mejores ingenios de España, como tambien á otros de otras naciones, y sus obras enriquecian con nuevas luces la jurisprudencia teórica y la práctica. Educado en aquellas escuelas fué Eduardo Caldera, quien ilustró con sus quatro libros de *Varias lecciones*, el derecho grecoromano; y en los otros quatro *De los errores de los pragmáticos* esparció utilísimas luces para el estudio, y para la práctica de esta ciencia, como lo conocieron muy bien Everardo Otto, que los buscó ansiosamente para insertarlos en su *Tesoro del derecho*, y Meerman, que se llamaba feliz por haber podido enriquecer el suyo con una obra tan preciosa. Pero hácia la mitad del siglo XVII, quando en Bourges, en Bolonia, y en las otras universidades de Italia y Francia iba de-

Pichardo.

Caldera.

Digitized by Google

decayendo el estudio legal, florecia en Salamanca en las escuelas de muy doctos profesores. Melchor de Valencia, llamado por Suarez, luz y columna de la jurisprudencia, la que ilustró con sus tratados y con sus cartas; Nicolas Fernandez de Castro, escritor erudíto sobre la ley de los gladiatores, sobre los religiosos militares, y sobre otros puntos legales, es con freqüencia alabado por el referido Suarez, por Retes, por Antonio, y por los otros jurisperitos; y varios otros eruditos ilustradores de todas las partes del derecho ocupaban en aquel tiempo las escuelas de Salamanca. Pero descollaba gloriosamente sobre los otros el nunca bastante alabado Ramos del Manzano, á quien Meerman no teme dar el título de príncipe de los jurisconsultos de su nacion, de aquella nacion, que ha producido los Agustines, los Covarrubias, y tantos otros consumados juristas (*a*). Los títulos de portento del grande emporio de las letras, Salamanca, del mas erudíto de los jurisconsultos, del nuevo Papiniano, y otros semejantes nombres honrosos, se ven dados con prodigalidad á Ramos por los escritores legales, no menos italianos,

Melchor de Valencia.

Fernandez de Castro.

Ramos.

(*a*) Tom. IV. *Thes. ec. Praef.*

Digitized by Google

nos, y españoles, que de las otras naciones. Inmensa copia de erudicion antigua y moderna, sagrada y profana, se ve esparcida á manos llenas en las obras de aquel doctísimo profesor. ¿Quién hubiera esperado jamas un tan rico tesoro de toda clase de doctrina legal, política, teológica, histórica y filológica, teórica y práctica, qual se ve en un comentario de Ramos á las leyes *Julia y Papia*? La misma riqueza y preciosidad se admira en todas sus obras, que todas agotan las materias que tratan, todas están sacadas, no de riachuelos, sino de las fuentes mismas del derecho y de la razon, de la justicia y de la equidad, y facilmente hacen ver que son producciones de un sacerdote de la justicia, como dice Gonzalez Tellez. Meerman forma un largo catálogo de los muchos elogiadores de Ramos; pero su mayor alabanza, á mas de las doctas obras reimpresas por Meerman, es verdaderamente su muy floreciente y concurrida escuela. De todas las provincias, no solo de España, sino de las otras naciones, concurrian los estudiosos á su escuela, y en ella se han formado Nicolas Antonio, Fernandez de Castro, Altamirano, el cardenal de Aguirre, el célebre Lucas Cortés, é infinitos otros,

de algunos de los quales forma un largo catálogo Mayans en la vida de aquel (*a*): hasta de la América corrió á la escuela de Ramos el docto Suarez de Mendoza, que fué tambien profesor de Salamanca, y escritor de una obra sobre la ley *Aquilia*, con la qual, en sentir de Mayans (*b*), se ha merecido la palma, entre quantos han escrito sobre dicha materia, tanto por la diligencia, como por el juicio, y por la perspicuidad, superando mucho, en concepto de Meerman (*c*), no solo á Balduino, sino tambien al celebradísimo Gerardo Noodt, que escribió sobre la misma ley cincuenta años despues. Nicolas Antonio no se ha adquirido menor nombre entre los juristas por la bella obra *sobre el destierro*, que entre los bibliografos por la *Biblioteca española*. Pero el mas grande jurisconsulto, que ha salido de la escuela de Ramos, ha sido Josef Fernandez de Retes, digno discípulo de tal maestro. Retes ha escrito sobre tantos puntos importantes, y ha ilustrado tantas leyes, que puede decirse, que él con su maestro Ramos ha abrazado toda la jurispru-

Suarez de Mendoza.

Nicolas Antonio.

Retes.

(*a*) Apud *Meerman. Thes. jur.* &c. tom. V. (*b*) *Epist.* lib. V, ep. V. (*c*) *Thes. jur.* &c. tom. II.

Digitized by Google

prudencia. Mayans, mirando solo los tratados sobre el *destierro* de Antonio y de Retes, hace un pequeño cotejo, y nos manifiesta mas rico de externa erudicion á Antonio, y de legal á Retes; la doctrina de Antonio mas amena y mas exquisita, la de Retes menos varia, y mas fácil de adquirirse; el estilo de aquel un poco duro y obscuro, el de este mas suave y mas claro; aquel escritor para los eruditos, este para todos, y ambos á dos de suma diligencia y juicio (*a*). Pero por mas docto jurisconsulto que fuese Antonio, no puede entrar en cotejo con Retes por la vastedad y profundidad en la doctrina legal; ni otro jurisconsulto alguno de aquel tiempo puede estar al lado de Retes, mas que su maestro Ramos, siendo Ramos y Retes los dos mas doctos profesores, que ha tenido la universidad de Salamanca, y los dos mas sólidos y sincéros jurisperitos, de que hácia mitad del siglo XVII puede gloriarse la Europa.

Mientras de este modo se ilustraba en tantas partes, y de tantos modos el derecho romano, se abria un nuevo y luminoso campo á la jurisprudencia. Hasta entónces todos

(*a*) *In vita Jos. Fern. de Retes.*

Derecho universal. los jurisconsultos se habian ocupado en el derecho civil, algunos en el peculiar de algunas ciudades y provincias, y la mayor parte en el romano; pero aquel derecho, que obliga á todos los pueblos, ó formado por la misma naturaleza, ó introducido por las costumbres, y por los tácitos pactos, á saber, el derecho natural y de gentes, apenas habia sido tocado en ninguna parte por sugeto alguno, y nadie lo habia tratado con buen método, y con la necesaria universalidad. Esto se propuso executar el célebre Grocio, en la grande obra, de que hemos hablado en otra parte, del derecho de la guerra y de la paz. Estaba Grocio muy versado en la jurisprudencia, y habia compuesto varias obras doctas é importantes, que le habian merecido los aplausos, y el estudio de los jurisconsultos; y las flores esparcidas sobre el derecho justinianeo, los tratados sobre el mar libre, sobre el imperio de las supremas potestades acerca de las cosas sagradas, y otros puntos semejantes, le habian levantado al grado de los primeros juristas de su edad; quando elevandose sobre sí mismo, y sobre todos los otros, dirigió sus meditaciones, no ya á qüestiones forenses, al derecho justinianeo, al derecho de algunas ciudades parti-

ticulares, y á la voluntad de algunos legisladores, sino al derecho universal del género humano, á las soberanas leyes de Dios y de la naturaleza, á aquel derecho, que debe regir las repúblicas, y las naciones. Una empresa semejante podemos creer que tuviese en la mente Ciceron quando quiso tratar de las leyes (*a*); y lo que no pudo executar aquel gran filósofo, fue despues cumplido por Grocio. El estudió los filósofos antiguos, los jurisconsultos antiguos y modernos, los moralistas y los teólogos, y se valió de todo lo que en ellos encontró que pudiese venir á su propósito; con su erudicion, y con su ingenio suplió quanto en ellos faltaba; lo dispuso todo en el órden conveniente, lo adornó todo con copiosa erudicion, y dió una obra, qual no la tenia aun la jurisprudencia, donde el orígen del derecho, la justa guerra, el legítimo imperio, las mutuas obligaciones entre particulares y particulares, entre súbditos y príncipes, entre naciones y naciones, los derechos naturales de la guerra, y los usurpados y ficticios, las convenciones, los pactos, las alianzas, y el de-

(*a*) *De leg.* lib. I, n. IV, V.

derecho universal de la sociedad sin restricciones de particulares leyes civiles, todo se halla eruditamente discutido y tratado con superior maestría. No abrazaré todas las opiniones de Grocio, ni alabaré todo el uso que ha hecho de la Escritura Sagrada, de las interpretaciones de los rabinos, de las qüestiones de los teólogos, y de su varia erudicion, ni le concederé todas las prendas del estilo, del método, y del modo de tratar las materias; pero sí recomendaré con sincéro aplauso á aquel grande hombre, que presentó un nuevo campo á la jurisprudencia, elevó la ciencia del derecho sobre el conocimiento del derecho romano y civil, y abrió una nueva y copiosa fuente á los estudiosos jurisconsultos para beber las aguas saludables de la justicia y equidad. Pero Grocio, aunque haya tocado los principios del derecho natural y de gentes, se ha ocupado principalmente en el de la guerra, como requeria su argumento; y faltaba aun un escritor, que mas completamente ilustrase todo lo que pertenece al derecho natural y de gentes. Algunos puntos tocó Hobes (*a*), pero pocos, y parcamente tratados, y estan-

(*a*) *De Cive.*

tando fundados sobre falsos principios fueron para la jurisprudencia, y para la política de mas daño que provecho. Tambien Seldeno trató del derecho natural y de gentes; pero queriendolo referir á la disciplina de los hebreos, y principalmente á los siete preceptos noachidos, no lo fundó en la razon, y en una sólida filosofía, ni hizo mas que apoyarlo á tradiciones rabínicas; y en lugar de exponerlo y aclararlo, lo llenó de un inmenso farrágo de erudicion oriental. Cumberland abrazó la misma materia; pero en máximas generales, mas como filósofo que como jurisconsulto; y quedó para Pufendorf la gloria de ser el primero, que formase un verdadero cuerpo del derecho natural y de gentes, y diese complemento y perfeccion á la empresa, que Grocio, con tanto honor suyo, habia principiado. Escribió primero una obra de elementos de la jurisprudencia universal, que le mereció los aplausos de los literatos, y del elector Palatino una cátedra en la universidad de Heidelberg, la primera cátedra donde se ha enseñado dicha doctrina; pero meditando mas y mas sobre esta materia, abrazó el derecho en toda su universalidad, y lo contempló en sus varios respectos á todo el género humano. La natu- Pufendorf.

Digitized by Google

turaleza y los principios de las moralidades, el estado natural del hombre, la ley natural, el derecho de la conservacion propia y de los otros, las promesas, los pactos, las obligaciones de los contratos, los dominios de las cosas y de las personas, los soberanos imperios, la constitucion y el gobierno de las ciudades y repúblicas, el derecho y los pactos de la guerra y de la paz, las alianzas y los tratados de los príncipes, y todo lo que mira á la sociedad humana está abrazado en aquella obra de Pufendorf. Yo no alabaré enteramente la execucion de esta empresa; sobradas qüestiones, y sobrado escolástica metafísica sobre los entes morales, sobre el entendimiento y la voluntad, y sobre otros principios muy distantes, y poco necesarios á su argumento, que cansan al lector antes de entrar en la materia que busca; una ciega aversion á todo lo que puede tener algun respecto á la religion católica romana, un amontonamiento de citas comunmente inútiles, y á veces importunas, y de doctrinas superfluas, una cierta prolixidad, que en medio de importantes argumentos, y de eruditas qüestiones, causa no se qué repugnancia á seguir la lectura, minoran mucho el mérito de la obra de Pufen-

fendorf. Pero sin embargo, la variedad y la importancia, y muchas veces tambien la originalidad de las materias, la sutileza de ingenio y la solidez de juicio, con que algunas son tratadas, la copia de erudicion, la profundidad de la doctrina, el método, y la claridad superior á lo que se usaba en aquellos tiempos en semejantes escritos, y otras no pocas prendas, y mas que todas la novedad, hacen que los ocho libros de Pufendorf sobre el derecho natural y de gentes sean una obra clásica, y capaz de formar época en la historia de la jurisprudencia universal. En efecto entónces Barbeirac se dedicó á traducir, comentar, ilustrar, y aumentar las obras de Grocio, y de Pufendorf, y de traductor y comentador, pasó á ser autor original en aquella materia. Los dos Cocceios, padre é hijo, en los cinco tomos de introduccion, y de comentos á la doctrina de Grocio, dieron á este derecho harto mejores luces que el mismo Grocio. Tomasio escribió sobre los fundamentos del derecho natural y de gentes deducidos del sentido comun segun la hipótesis de Pufendorf. El docto y laborioso Heineccio hizo muy preciosas prefaciones á Grocio, en las que reduxo á breves tesis, y expuso con

Barbeirac.

Cocceios.

Heineccio.

la mayor claridad toda la doctrina de aquel, y dió despues todos los elementos del derecho natural y de gentes, donde pone en buen órden, y en elegante claridad, con mucho juicio y erudicion, los mas justos y seguros sentimientos, y los puntos mas importantes de la doctrina de Grocio, de Hobes, de Pufendorf, y de los escritores precedentes. Despues de él publicó el célebre Wolfio la grande obra, que sobre el mismo argumento compuso en nueve tomos en quarto, donde tuvo el mérito de exponer con claridad, y ordenar en sistema el derecho de gentes, no bien distinguido antes de él del derecho natural. Y descendiendo
Watel. mas, el suizo Watel dió una obra del derecho de gentes, ó de los principios de la ley natural, aplicados á la conducta y á los negocios de las naciones y de los soberanos. Burlamachi publicó sus principios del derecho natural, y principios del derecho político. El P. Schwarz en las instituciones del derecho natural y de gentes, Finetti en los doce libros de principios del mismo derecho, Lampredi, y otros infinitos, tanto filósofos y teólogos, como legistas, han tratado de varios modos de este derecho. El español Marin, en estos últimos años ha publi-

blicado mas bien un ensayo de historia que una historia del derecho natural y de gentes: nosotros remitimos á este autor á los que quieran tener mas noticia de los escritores de dicho derecho, y añadiendo á los autores nombrados por él al celebradísimo Filangieri, de quien hemos hablado en otra parte, nos contentamos con haber, de algun modo, indicado el curso que ha seguido este nuevo género de jurisprudencia nacido en el siglo décimoseptimo.

Otros escritores del derecho civil.

Para mayor gloria de los estudios legales de aquel tiempo conviene observar, que no por cultivar esta jurisprudencia natural se abandonó la civil, puesto que á mas de los muchos ilustres jurisconsultos del siglo pasado, que hemos nombrado antes, florecian otros muchos hácia fines del mismo, y á principios del presente. Domat, mostrando el sistema y la mutua conexîon de las leyes en su obra *De las leyes civiles en su órden natural*, hacia entrar á los juristas en el espíritu de las leyes, y facilitaba su estudio; Claudio Ferriere tenia el mérito de confrontar las leyes romanas con las francesas, y de reducir á uso del foro frances el derecho romano; y su hijo Claudio Josef, ademas de seguir las huellas de su padre en una nue-

Franceses.

Domat.

Ferriere.

va traduccion francesa de las instituciones de Justiniano con la aplicacion al derecho frances, daba la historia del derecho romano, en la qual le ha superado mucho Terrasson, que ha compuesto una mucho mas llena, bien que ni aun esta es bastante perfecta, ni capaz de satisfacer la erudita curiosidad. Chesio, en medio de los juristas escolásticos de su tiempo, daba honor á la universidad de Pisa escribiendo obras eruditas de jurisprudencia, capaces de merecerse los elogios de Heineccio (*a*); y despues de él Averani, en la misma universidad, presentaba al público libros de interpretaciones del derecho, en los quales, en concepto de Mayans, superaba en aquel género de escribir á todos los intérpretes, y hacia dudar si era mas digno de estimarse su ingenio ó su juicio, su elegancia ó su expedicion (*b*). Por lo que posee el derecho, y por la práctica legal se hace respetar en el foro civil igualmente que en el eclesiástico el cardenal de Luca. Pero sobre todos los italianos del siglo pasado y del presente florecia Gravina, el qual, tanto en las oraciones, como en las otras

Chesio.

Averani.

Gravina.

(*a*) *Opusc. min. XX. de vita, et fact., et. scrip. Bartb. Chesii, et Guid. Panciroli.* (*b*) *Epist.* lib. V; *Bibl. Mayans.*

Digitized by Google

otras obras mayores, esparció muchas claras luces sobre la antigua jurisprudencia; y aunque en los libros de los orígenes del derecho civil, que es su grande obra, encuentren los eruditos juristas poco de original, y reconozcan en toda ella los sentimientos de Agustin, de Cujacio, de Gotofredo, de Sigonio, de Manucio, y de otros antiquarios y jurisconsultos, sin embargo no dexan de admirar en ella sólida doctrina, selecta erudicion, recto juicio y ameno estilo (*a*); y pocas obras hay en esta materia, segun dice Terrasson, que hayan obtenido una estimacion y aprobacion tan universal, como las obras de Gravina (*b*). Despues de Gravina, otro napolitano, Alfani, ha merecido el estudio de los juristas por tres doctos libros de jurisprudencia criminal, en la qual tambien se ha distinguido Risi con sus sabias y sólidas animadversiones; pero en esta parte á todos ha superado mucho el maestro de los criminalistas de nuestros dias el romano Renazzi (*c*). Aun posteriormente Zirardini en el año 1766, y en el siguiente Amaduzzi han publicado é ilustrado con eruditas anota-

(*a*) Mayans ibid. Meerman. al. (*b*) *Hist. de la juris.* par. IV, paragr. VI. (*c*) *Elem. jur. crim.*

taciones cinco novelas de Teodosio y de Valentiniano, y una respuesta de Papiniano; y así con estas ediciones, como con las disputas posteriores han enriquecido con nue-

Españoles. vas luces la antigua jurisprudencia. Los españoles, que habian merecido la alabanza de exâminar las materias con particular diligencia y exâctitud, juntando á un profundo ingenio mucho estudio legal (*a*), quisieron conservar hasta nuestros dias el derecho á semejantes elogios; y aunque la jurisprudencia española se resintiese mucho con la pérdida de Ramos y de Retes, sin embargo no permitió que se extinguiese del todo su luminoso esplendor. La escuela de Retes produxo jurisconsultos, que á fines del siglo pasado, ó á principios de este dieron honor á la universidad de Salamanca, y á los buenos estudios de las leyes, habiendo salido de ella un Valero Diaz, un Gonzalez Tellez, un Hernandez de Henestrosa, un Chavarri y Eguia, y algunos otros, autores de obras de mucho ingenio y juicio, y de legal

Puga y Feixoo. erudicion. Cuentanse entre estos Puga y Feixoo, para cuya alabanza basta decir, que ha tenido por editor de sus obras, y por escri-

(*a*) V. Morhof. *Polyhist.* tom. III, lib. VI, sect. VIII.

critor de su vida al eruditísimo Mayans. Conservó el lustre de aquella universidad, aun en este siglo, su doctísimo profesor el noble valenciano Don Josef Borrull, cuyas doctas obras han merecido el estudio y los elogios de Mayans, (*a*) y de Meerman (*b*). Pero los duumviros de la jurisprudencia española de este siglo, los únicos que pueden estar al lado de los del pasado, Ramos, y Retes, son el tantas veces alabado Mayans, y su amigo Finestres. Mayans empezo pronto á hacerse conocer, y sus disputas del derecho, los comentarios sobre algunos títulos de las leyes, y las ilustraciones de los fragmentos de algunos jurisconsultos antiguos, obras de su edad juvenil, le dieron presto ilustre nombre entre los eruditos juristas. Pero las doctas vidas, que despues escribió de Agustin, de Ramos, de Retes, de Antonio, y de otros jurisconsultos españoles, las ediciones y las ilustraciones de las obras de algunos de ellos, y mas que todo los eruditos comentarios á los fragmentos de treinta de los jurisconsultos antiguos, lo elevaron al honor de ser reputado por uno de los primeros doctores de

Borrull.

Mayans.

(*a*) *Ubi supra, et passim.* al. (*b*) *Consp. nov. thes.* &c. pag. 60.

Digitized by Google

de su tiempo. Pero el mismo Mayans, que no cedia facilmente la preferencia á ninguno en el honor literario, daba abiertamente á Finestres la palma de la jurisprudencia, y no temia igualarlo con Cujacio por el ingenio, por la erudicion, y por el conocimiento de las lenguas (*a*). En efecto, aunque es cierto que ni en el número, ni en el volúmen de las obras es Finestres comparable con aquel príncipe de los jurisperitos, no le es sin embargo inferior en el mérito por la agudeza en explicar los mas recónditos preceptos del derecho en algunos tratados (*b*), y por el conocimiento del derecho natural y público en otros (*c*), y en otros por la erudicion de la antigüedad (*d*). Así que Mayans no tiene dificultad en reconocer al *Hermogeniano* de Finestres por superior al *Papiniano* de Cujacio, aunque era la obra, á que el mismo Cujacio daba la preferencia sobre todas las suyas (*e*).

Finestres.

Sin embargo, no ha sido en este siglo la España el verdadero teatro de la jurispru-

den-

(*a*) *Cens. Praelect. Acad.* (*b*) *De vulg. et pupill. substit. De liberis et posthumis* &c. &c. (*c*) *Exercitationes ad. Leg.* V, *De just. et jure.* (*d*) *De jure dotium.* (*e*) Ibid.

dencia; sino que desde fines del antecedente habia ya pasado á Holanda y á Alemania. A la frente de todos se ve el ilustre nombre del Proteo literario Leibnitz, el qual con vastedad inmensa de luces, y con suma sutileza de ingenio ha aclarado varias complicadas qüestiones, ha descubierto los defectos de la jurisprudencia, y ha sugerido su correccion; ha propuesto un nuevo método de tratar aquella ciencia, ha juntado al derecho romano el derecho natural y de gentes, y del derecho público universal ha descendido tambien al derecho público germánico; y si en todo no ha llegado á la perfeccion, en todo ha dado luces á los escritores posteriores, como dice Bon (*a*); y en suma Leibnitz se ha merecido un distinguido puesto entre los jurisconsultos, casi igual al que ocupa entre los matemáticos y entre los filósofos. A fines del siglo pasado, y á principios de este, esparció en las lecciones, y en los libros muchas luces sobre el derecho de gentes, y sobre el romano Enrique Coccei, el qual transfundió su mismo espíritu á su hijo Samuel, que lo empleó particularmente en benefi-

Alemanes y Holandeses.

Leibnitz.

Coccei.

(*a*) *Jo. D. Bon Praef. ad partem jurispr; GG. Leibn.*

cio de la jurisprudencia pública universal, y
Boemero. de la criminal. Boemero no solo es célebre entre los doctos juristas en el derecho canónico sino tambien en el civil. Las erudítas y claras prelecciones del derecho civil, no menos que la *eunomia romana*, ponen el
Uber. nombre de Uber entre los primeros jurisperitos de este siglo. El derecho pátrio de
Binkershoek. Holanda y de Zelandia, que debe á Binkershoek el estar reducido á cuerpo de derecho, no ha quitado al romano las ilustraciones de aquel grande hombre, en todas las obras del qual alaba Heineccio (*a*) el penetrante ingenio, el sagaz juicio, la extraordinaria ciencia del derecho, y la increible cultura, sin que jamas encuentre nada que no sea exquisito, elegante, y trabajado con particular diligencia; nada de obvio y comun, y nada donde no tengan que aprender los jurisconsultos acostumbrados á severas meditaciones. Antagonista y amigo de Binkershoek fué
Noodt. Gerardo Noodt, el qual por los comentos á veinte y siete libros de las pandectas, y por la explicacion de la ley *Aquilia*, y aun mas por otras obras mas maduras, es mirado como el jurisconsulto de su edad, á quien mas

(*a*) *Praef. ad quatuor lib. Obs. jur.*

Digitized by Google

mas debe la jurisprudencia (*a*). Igual á Noodt es su pariente Sculting, á quien su jurisprudencia antijustinianea, y otras obras le han dado noble lugar entre los primeros jurisconsultos. Lleno de ingenio y de doctrina, pero tal vez sobrado crítico, se manifiesta Van der Water en las observaciones y en otras obras suyas. La historia de las pandectas florentinas, los comentarios al libro de Herennio Modestino, y otras doctas obras han hecho célebre el nombre de Brenkman. Son bien conocidos los comentos á las pandectas y al código de Brunneman; y nombre ilustre se han adquirido con sus obras Struvio, Stuykio, Voet, y algunos otros holandeses y alemanes de este siglo, que podian merecer una historia aparte, pero que lo reducido de nuestra obra ni aun nos permite nombrarlos. Pero ¿cómo podemos pasar en silencio al grande Heiñeccio, á quien la antigüedad romana, la topografía del derecho romano, la historia del mismo derecho, y del germánico, las pandectas, el edicto perpetuo, y todo el derecho, tanto romano y germánico, como natural y de gentes deben tan brillantes luces, y quien en

Sculting y otros escritores.

Heineccio.

(*a*) Mayans *Bibl.* &c.

las prefaciones á las obras de otros, en las exercitaciones, en las cartas, en los opúsculos, y en las obras grandes, y en todo ha puesto tan luminoso adorno de cultura, de elegancia de estilo, de crítica, y de erudicion? Y no solo el derecho romano, y los romanos jurisconsultos, sino la jurisprudencia griega ha recibido mayor ilustracion de los holandeses y alemanes de este siglo. Oton Reitz ha hecho copiar exâctamente por Capperroner algunos libros de los basilicos de un códice de la biblioteca de Paris, y ha dado de ellos una diligente edicion (*a*). Teófilo, ya publicado por otros, ha merecido á Reitz una traduccion latina con una nueva edicion, y mas instructivas ilustraciones; y tambien se ha hecho acreedor á sus meditaciones Teodoro Ermonopolita. Muchas investigaciones ha hecho Runkenio para ilustrar los jurisconsultos griegos; y ha publicado ricos fragmentos de Taleleo, de Teodoro, y de Estéfano, célebres cooperadores de Triboniano, y tambien de un Cirilo, de un Gobida, y de otros griegos menos conocidos (*b*); y así de varios modos se daban nue-

(*a*) Meerman *Thesauru.* &c. tom. V. (*b*) Meerman *Thesau.* &c. tom. III.

nuevas luces á la jurisprudencia griega. Por otra parte debemos á los estudiosos holandeses de este siglo dos preciosas colecciones de obras juridicas sumamente ventajosas á la cultura de aquella ciencia. Con el auxîlio y con las luces de Binkershoek, y de otros eruditos publicó el librero Van der Linden en 1725 un tesoro de jurisprudencia en quatro tomos en folio, que despues aumentó con el quinto, estimulado por el profesor de Utrech, el docto y laborioso Everardo Otto. Iselio, profesor de Basilea, queria enriquecer aquel tesoro con nuevas obras, que formasen un sexto volumen en la nueva edicion, que emprehendia el librero Brandmuller; pero este no hizo mas que una simple é incorrecta reimpresion del tesoro holandes sin adornarlo con nuevas riquezas. Mas grande empresa abrazó Meerman, bien conocido por sus ilustraciones de las instituciones de Cayo, y por otras obras de jurisprudencia. Con su infatigable industria, y con el auxîlio de algunos amigos, singularmente de Mayans, recogió abundante copia de apreciables obras, ó enteramente inéditas, ó ciertamente rarísimas, y quiso dar á la jurisprudencia no una adicion al tesoro de Otto, sino un nuevo, y mas abundante y ri-

Tesoro del derecho.

Otto.

Meerman.

co

co tesoro, qual ahora lo tenemos en siete gruesos tomos en folio. Tantas y tan gloriosas fatigas de los alemanes y de los holandeses, de Mayans, Finestres, y otros españoles, y de otros jurisperitos de otras naciones pueden bastar para darnos una idea del estado de la jurisprudencia en el siglo presente: y nosotros aplaudiendo á tantos ilustres jurisconsultos, que viven todavia, y que pueden merecerse verdaderas alabanzas, dexaremos para los posteriores el juzgar de los progresos acarreados por ellos á la jurisprudencia, y concluiremos este capítulo, y este sobrado largo volúmen.

Conclusion. Pero antes de levantar la mano volvamos los ojos sobre todos los capítulos de este tomo, y de los tres precedentes, ó sobre todos los ramos de las ciencias naturales, y miremos con complacencia á tantos hombres grandes que las han ilustrado: Hipócrates, Platon, Aristóteles, Euclides, Archimedes, Papiniano, Cujacio, Grocio, Bacon, Galileo, Newton, Leibnitz, Montesquieu, Eulero, Haller, Buffon, Linneo, y tantos otros ingenios superiores, que dan honor á nuestra especie; y cotejando los antiguos con los modernos, que han versado sobre las mismas materias, respetemos debidamente á los

unos

Digitized by Google

unos y á los otros, y dexemos á los superficiales pedantes el tomar partidos exclusivos, ó de venerar á los antiguos con desdeñoso descuido de los modernos, ó de alabar locamente á estos con ignorante desprecio de la casi siempre instructiva, y siempre venerable antigüedad: tengamos una noble altivez de la vastedad, elevacion, y, casi diré, divinidad del espíritu humano, que tantas sublimes é impenetrables verdades ha sabido descubrir en sus atrevidos vuelos, que tantas materias envueltas en las mas densas tinieblas ha llegado á aclarar enteramente, y que ha podido superar tan difíciles y arduos puntos, y salir felizmente de los mas intrincados laberintos con su sagaz penetracion: pero por otra parte confundamonos de nuestra inercia, y de las distracciones y deslumbramientos de nuestra mente, que ha dexado escapar tantos descubrimientos, que tocaba ya con las manos, que en medio de los rectos y seguros caminos, que habia sabido abrirse, ha caido en vergonzosos descarriamientos, y que á la vista de brillantes verdades ha vuelto á abrazar los errores; y de todos modos esforcemonos á procurar ulteriores adelantamientos á las ciencias naturales, á proporcionar nuevas luces á algunas ma-

materias aun no bien ilustradas, á decidir incontrastablemente algunos puntos, que están todavia en disputa, y seguir con infatigable atencion tantas verdades, que apenas se nos han manifestado, y tantas otras, que se nos presentarán siempre y quando hiciéremos una perspicaz y diligente investigacion; y estemos seguros de que no podremos dar ocupacion mas gloriosa ni mas agradable á nuestro espíritu, que la de contemplar y escudriñar la naturaleza, en cuyo fecundo seno jamas nos faltarán útiles verdades que manifestar, é importantes descubrimientos que hacer en beneficio de la humanidad.

IN-

Digitized by Google

INDICE
ALFABETICO
DE LAS COSAS MAS NOTABLES
que contiene este tomo.

A

Abailardo pag. 173.
Academia 55 : Platónica 192.
Acursio 422 , 424.
Agustin , Antonio 436.
Alberto Magno 178.
Alciato 429.
Alcino 132.
Alembert 242 , 252.
Alexandría , escuela de filosofia 119 , 135 , y sig.
Alfarabi 162.
Alkindi 157.
Alonso X , sus partidas 408.
Almaduzzi 461.
Amelio 145.
Amonio Sacca 135.
Anaxágoras 8 , 15.
Anaximandro 8.
Andronico rodio 80.
Aniano 391 , 406 , 410.
Antioco 63.
Antistenes 50.
Antonino 296 , 380 , 450.
Apuleyo 132.
Arabes filósofos 156 , 164 , 300.
Arcesilao 55.

474
Aristipo 266.
Aristones 76.
Aristóteles 34, 270.
Aristoxenes 68.
Arquelao 8, 21.
Arriano 296.
Averani 460.
Averroes 166.
Avicena 163.
Aurelio (M.) 131.
Azo 421.

B

Bacon, Rugero 187.
Bacon de Verulamio 202, 216, 310.
Baldo 427.
Barbeirac 457.
Bartulo 427.
Bayle 235.
Beccaria 330.
Berito, su escuela de jurisprudencia 384, 411.
Binkershoek 466, 469.
Bodin 307.
Boecio 154.
Boemero 466.
Bonet 232, 255.
Borrul 463.
Boscovich 231, 246.
Boyle 219.
Brenkman 467.
Broeo 446.
Bruno 196.
Bruyero 316.
Budeo 429.
Bulgaro 420.
Burlamachi 458.

Cal-

Digitized by Google

C

Caldera 447.
Campanela 197.
Capiton 373.
Cardano 197.
Carli 329.
Carneades 59.
Cartesio 206, 311.
Casianos, juristas 375.
Cato, Elio 360, 363.
Caton 364.
Cebes 265.
Charron 305.
Chesio 460.
Ciceron 66, 117, 286, 368.
Cinicos 50.
Clarke 233.
Cleanto 86.
Clemente Alexandrino 135.
Clitomaco 61.
Coccei 457, 465.
Código gregoriano 386 : hermogeniano 387 : teodosiano 389 : justinianeo 392.
Codorniu 322.
Collins 234, 239.
Condillac 248, 259.
Cornuto 132.
Coruncanio, Tiberio 362.
Covarrubias 433.
Crisipo 86.
Critolao 76.
Cudworth 219.
Cujacio 438.

D

Demetrio Faleréo 114
Demócrito 12, 14.

Derecho, papiriano 350 : flaviano 359 : eliano 360, 363 : muciano 365 : justinianeo 391 : en el oriente 400 : en el occidente 399, 404 : romano en los tiempos baxos 405, y sig. universal 452.
Diagoras 12, 15.
Diderot 254.
Diógenes 50, 88.
Domat 459.
Dracon 339.
Duareno 435.

E

Eclecticos 112, 134.
Edicto perpetuo 376.
Empedocles 11, 20.
Enesidemo 111.
Epicuro 52, epicureos 91, 282.
Epitecto 131, 295.
Eschines 265.
Escoto, Miguel 176, Juan Duns 181.
Espeusipo 34.
Espinosa 238.
Estoycos 50, 81, 277.
Estraton 72.
Eubulido 24.
Euclides, xefe de la secta megarense 24.
Eulero 254.

F

Fabro 443.
Fabrot 446.
Ferecides 6.
Ferriere 459.
Ficino, Marsiglio 192.
Filangieri 330.
Filon 62, 122.
Filosofía, 3 y sig. sus primeras sectas 7 : sectas posteriores 21 : sectas escolásticas 171, 182.

Digitized by Google

Finestres 464.
Flavio 359.

G

Galileo 200.
García de Ercilla 430.
Gasendo 93, 211.
Gatakero 309.
Genovesi 246, 321.
Gerberto 175.
Gotofredo 444.
Govea 432.
Gracian 314.
Gravina 460.
Gregoriano 386.
Grocio 312, 452.

H

Heineccio 320, 457, 467.
Heraclito 12.
Hermogenes 387.
Hobes 218, 237, 312, 454.
Huet 210.
Hume 252.

I

Irnerio 419.
Isidoro (San) 155.

J

Jamblico 146.
Juliano, Salvio 375.
Jurisprudencia, sus sectas 374: escuelas 384, 411, 427, 434, 446.
Justiniano 391.

L

Labeon 373.

Leibnitz 224, 244, 465.
Leucipo 12.
Leunclavio 440.
Leyes, romanas 348 : de las doce tablas 352 : su ciencia peculiar de los patricios 362.
Licon 75.
Licurgo 338.
Lipsio 196, 307.
Loke 220, 258.
Lucrecio 103.
Luculo 64.

M

Mably 326.
Macchiavelo 306.
Malebranche 215.
Marmontel 327.
Mattei 445.
Maupertuis 244.
Mayans 322, 463.
Meerman 469.
Merille 446.
Minos 337, 340.
Montagne 304.
Montesquieu 323.
Moysés 336.
Mucio Scevola 365.
Muratori 321.

N

Newton 233.
Nomofilacios 346.
Nomotetas 345.
Noodt 466.
Numa Pompilio 349.

O

Odofredo 422.

Ori-

Digitized by Google

Orígenes, Adamancio 135.
Otto, Everardo 469.

P

Padilla 441.
Pandectas florentinas 415.
Panecio 88.
Panteno 135.
Papiano 391, 410.
Papiniano 382.
Papirio 350.
Parmenides 12.
Partidas, siete, del rey Alonso X. 408.
Patricio 195.
Peripatéticos 68, 153, y sig.
Petrarca 187, 303.
Piquer 322.
Pirron 104.
Pitagoras 9, 20.
Piteo 443.
Platon 25, 267.
Pleton, Gemisto 189.
Plotino 136.
Plutarco 129, 292.
Policiano 428.
Pomponio 381.
Porfirio 145.
Posidonio 90.
Potamon 134.
Proclo 148.
Procultanos 374.
Protágoras 12, 14.
Pselo, filósofo 168: escritor de leyes 404.
Pufendorf 455.
Puga 462.

Q

Quintanadueñas 441.

R

Ramo 194.
Ramos del Manzano 448.
Reitz 468.
Retes 450.
Rochefoucauld 315.
Rousseau 328.

S

Sabino 374.
Scepticos 104.
Sculting 467.
Séneca 128, 291, 297.
Servio Sulpicio 366.
Sexto Empirico 111.
Sexto (Quinto) 118.
Sócrates 21, 263.
Solon 339.
Solorzano 443.
Suarez 183.
Suarez de Mendoza. 450.

T

Talés 6, 18.
Telesio 196.
Temistio 154.
Teofrasto 70, 275.
Tesmotetas 346.
Thabit 161.
Timon 107.
Tirio (Máximo) 132.
Tollant 239.
Tomas (Santo) de Aquino 178.
Tomasio 318, 457.

Digitized by Google

U

Uber 466.
Ulpiano 382.

V

Varron 65.
Vico 245, 353.
Vinio 445.
Voecio 210.
Voltaire 329.

W

Watel 457.
Wolfio 230, 319, 458.

X

Xenofanes 11.
Xenofonte 264.

Z

Zanotti 321.
Zenon 50.
Zirardini 461.

Digitized by Google

ERRATAS DE ESTE TOMO.

Pagina.	*Linea.*	*Dice.*	*Lease.*
67	28	romanoscomo	*romanos como*
98	21	¿	¡
141	20	termina	*y termina*
144	10	, y	; *y*
150	23	, y	; *y*
207	3	, y morales y	*y morales* , *y*
219	23	Bayle	*Boyle*
241	18	Bayle	*Boyle*
325	16	y	, *y*
358	11	, y	; *y*
369	20	satisfaceria	*satisfaria*

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google